LA EPOPEYA DE ARTIGAS



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol 40

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

LA EPOPEYA DE ARTIGAS

Tomo IV

Preparación del texto a cargo de
JOSÉ PEDRO BARRÁN y BENJAMÍN NAHUN

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

LA EPOPEYA DE ARTIGAS

TOMO IV

MONTEVIDEO

1963

CONFERENCIA XVIII

EL MILAGRO HEROICO

¡El espectro no mentía! — Artigas ante la gran conjuración. — Los secretos de las tinieblas — El pueblo argentino. — Artigas y Guemes — El pueblo oriental se apresta a la defensa heroica — Chacabuco — Las tres banderas· la de Bolívar, la de San Martín y la de Artigas. — Irrupción de la conquista portuguesa. — Plan de defensa de Artigas — La salvación de Roma en Cartago — Mitre, López, Alberdi — Hombres y dioses

I

Amigos artistas:

Cuando Artigas, consagrado a la organización democrática de su Patria Oriental recién nacida, y a su unión con la occidental, para la consecución del común propósito de libertad, ve alzarse repentinamente en el horizonte, como un fantasma armado de todas armas, la primera nube de la invasión portuguesa; cuando, al querer lanzarse sobre el diabólico endriago, siente el contacto de las redes ocultas que han tendido bajo sus pies; cuando, al dirigir la mirada hacia el hermano occidental, ve reflejada la complicidad con el invasor en su actitud indiferente y en la sarcástica impasibilidad de sus ojos, se da cuenta de todo en un instante.

¡Ah, el espectro no mentía! decía el príncipe de Dinamarca. "No sin fundamento hemos mirado con recelo todos los movimientos de Buenos Aires", dice Artigas al Cabildo de Montevideo, al recibir las primeras

pruebas, que se le envían de Santa Fe, sobre la codelincuencia de Buenos Aires.

Pero Artigas no es Hamlet; no es la duda. Él es el otro loco, el español, el andante caballero. Y como éste, lejos de sentir desfallecimiento, ve retemplada su fe en el ideal, y su confianza en las heroicas energías de su pueblo, en las de todo el pueblo argentino, ante la siniestra aparición diabólica.

Artigas ha saltado a caballo, en la cumbre de la meseta del Uruguay; mira hacia Buenos Aires... mira hacia la frontera del Norte... ¡Oh, sí, todo lo ha comprendido! Es preciso que os detengáis a verlo largamente en esa actitud. El héroe inclina la cabeza, y la levanta a ratos, mirando alternativamente hacia el Norte y hacia el Sur. Él no sabía entonces, con el detalle y precisión con que lo sabéis ahora vosotros, todo eso, tan triste, tan amargo, de que hemos hablado en nuestra conversación anterior; pero lo adivinó todo, lo vio todo con mayor intensidad que nosotros.

No así sus contemporáneos Aun muchos de sus compatriotas, que no pudieron creer en aquella inverosímil realidad, llegaron hasta perder la fe en Artigas, que la veía, y a sufrir escándalo por su nombre. Hoy ya es otra cosa. "Se han alumbrado con lámparas los secretos de las tinieblas".

Dos empresas han de absorber la atención del héroe repeler la invasión extranjera que viene del Norte, e impedir, dentro del territorio argentino, el predominio de su aliado o cómplice.

Para esto último, para el enemigo interior, está el mismo pueblo argentino occidental, que sigue las inspiraciones del héroe oriental, y que, al sospechar la invasión y sus complicidades y sus consecuencias, comienza a agitarse airado, y seguirá agitándose con-

tra Pueyrredón y su gobierno, hasta dar con ellos en tierra. Esto sucederá, no sólo en las provincias interiores, no sólo por obra del caudillaje, como han dicho los que sólo ven las superficies, sino también en Buenos Aires, donde esa protesta tomará el carácter de una revolución, que será sofocada con el destierro de muchos próceres.

Pero hay algo en que debemos parar mientes, y que nos revela la amplitud del pensamiento de Artigas. En este supremo momento, él es el jefe inmediato de los orientales, pero no deja de considerarse *el hombre* de la revolución de Mayo. Piensa en el invasor portugués que amenaza su Banda Oriental; pero no olvida al español que amaga, por el otro horizonte, todo el cuerpo del antiguo virreinato, y que, vencedor en *Sipe-Sipe* (octubre de 1815), hace flaquear las energías de Buenos Aires, en las que Artigas no tiene fe.

Ved la carta que, con fecha 5 de febrero de 1816, precisamente cuando va a caer sobre él la invasión portuguesa, dirige a Guemes, el caudillo de Salta, que, con sus guerrillas de gauchos, contiene heroicamente, como lo dijimos antes, la irrupción de los ejércitos españoles, vencedores en las batallas campales, y permite así que San Martín prepare su expedición a Chile. Esta carta me parece un monumento.

"Señor don Martín Guemes.

"Mi estimado paisano:

"El orden de los sucesos tiene más que calificado mi carácter y mi decisión por el sistema que está cimentado en hechos incontrastables. No es extraño parta de este principio para dirigir a Vd. mis insinuaciones, cuando a la distancia se desfiguran los sentimientos, y la malicia no ha dormitado siquiera para hacer vituperables los míos. Pero el tiempo es el mejor testigo, y él admirará

ciertamente la conducta del Jefe de los Orientales. Yo me tomo esta licencia, *ansioso de uniformar nuestro sistema, y hacer cada día más vigorosos los esfuerzos de América*. Ella ciertamente marcha a su ruina, dirigida por el impulso de Buenos Aires .. Su preponderancia sobre los pueblos le hace mirarlos con desprecio, y su engrandecimiento le sería más pesaroso que su exterminio. Las consecuencias de este principio son palpables en sus resultados; y, abatido el espíritu público, nada es tan posible como nuestro anonadamiento. Por fortuna, los pueblos se hallan hoy penetrados de sus deberes, y su entusiasmo los hace superiores a los peligros *Dar actividad a esa idea sería formar el genio de la revolución y asegurar nuestro destino.*

"Estoy informando de su carácter y decisión, y ésta me empeña a dirigir a Vd. mis esfuerzos por este deber. *Contener al enemigo después de la desgracia de Sipe-Sipe debe ser nuestro principal objeto Por acá no hacemos menores esfuerzos por contener las miras de Portugal.* Este gobierno, rodeado de intrigantes, duplica sus tentativas; pero halla en nuestros pechos la barrera insuperable. La fría indiferencia de Buenos Aires y sus agentes en la corte me confirman su debilidad. Nada tenemos que esperar sino de nosotros mismos. Por lo tanto, es preciso que nuestros esfuerzos sean vigorosos, y que, reconcentrado el Oriente, obre con sólo sus recursos.

"Gracias al Cielo que protege la justicia. Nuestro estado es brillante, y los sucesos dirán si se hace respetar de todos sus enemigos.

"Por ahora, todo nuestro afán es contener al extranjero. Pero si el año 1816 sopla favorable, ya desembarazados de estos peligros, *podremos ocurrir a los del interior, que nos son igualmente desventajosos. Enton-*

ces, de un solo golpe, será fácil reunir los intereses y sentimientos de todos los pueblos, y salvarlos con su propia energía. Entretanto, es preciso tomar todas las medidas conducentes a ese fin. Yo, por mi parte, ofrezco todos mis esfuerzos, cuando tengo el honor de dirigirme a Vd., y dedicarle mis más cordiales afectos.

"Con este motivo, tengo especial gusto en saludar a Vd. y ofrecerme su muy afecto servidor y apasionado

José Artigas".

No podríais apreciar, amigos, todo lo que esa carta significa, si no leyerais con ella la que Artigas ha recibido, algunos días antes, del Director Álvarez Thomás, con motivo de esa *desgracia de Sipe-Sipe,* de que aquél habla a Guemes. Os anuncié esa carta cuando hablamos de los ultrajes de que Álvarez hizo objeto a los embajadores de Artigas, o del Congreso del Arroyo de la China, mejor dicho. Muy poco después de encarcelar a éstos en la *Neptuno,* cayó como una bomba en Buenos Aires la noticia de aquella derrota de Rondeau en *Sipe-Sipe,* en el Alto Perú; se creyó que los vencedores venían en derechura a la capital, al Plata. Todo fue allí desconcierto y consternación, y las miradas se volvieron instintivamente a Artigas, como en 1812; al presunto Bolívar de Sarmiento. He aquí, pues, la nota, llena de pánico, que entonces, *el 3 de enero de 1816,* cuando ya la invasión de Portugal está en campaña contra Artigas, dirige a éste el Director Supremo, que es su cómplice. Álvarez, el Director Supremo Álvarez, escribe a Artigas:

"Las armas de la Patria han sufrido el más tremendo contraste en los campos de *Sipe-Sipe.* El general

Rondeau se ha visto en la necesidad de retirarse con los restos del ejército hasta Tupiza, donde espera los auxilios de todos los pueblos para reorganizarse. El enemigo ocupa las provincias interiores desde dicho punto, y, aunque no ha hecho el estrago con impunidad, la última victoria que ha conseguido hace *verdaderamente temible su poder, y nuestro peligro inminente.*

"Esta capital va ha hacer los últimos sacrificios para acudir al riesgo en que la patria se encuentra y reparar las pérdidas sufridas con el eclipse de su gloria Iguales esfuerzos harán todos los pueblos, y se creen con derecho de exigir que V. S. concurra con sus auxilios a la defensa común.

"*La Honorable Junta de Observación,* el *Excelentísimo Cabildo y los Jefes militares* me han invitado a dar este paso para con V. S., y yo no he tenido que hacer sino seguir los impulsos de mi corazón y ofrecer a V. S. una ocasión de acreditar a las provincias sus sentimientos patrióticos y generosos En mi nombre y en el de la patria pido a V. S. el auxilio de 500 ó 600 bravos orientales, o los que pueda desprenderse V. S, para incorporarlos a las legiones que marchan desde este pueblo al ejército del Perú".

Observad, amigos, que la fecha de esa nota *es la misma precisamente* de la que dirige García desde Río Janeiro a ese Álvarez Thomás, anunciándole con alborozo la partida, desde Santa Catalina, de la expedición portuguesa encargada de exterminar a esos *bravos orientales;* no olvidemos que ésta se ha concertado por ese mismo García *de acuerdo con Álvarez;* que ya en abril de 1815 le comunicaba su consumación, y en noviembre su partida para Santa Catalina, y en enero su próxima irrupción, y en marzo, por fin,

la solemne revista de las tropas invasoras por el general inglés Beresford en Río Janeiro.

Es eso un proceso, como lo veis.

Y es su sentencia, dura sentencia, la contestación de Artigas a la nota del acongojado Director. "Para mí, le dice el 15 de enero, para mí es un problema insoluble que V. E. me crea su mejor amigo en los momentos de un contraste, y siempre su enemigo en los instantes precisos de una perfecta conciliación".

Yo convengo, amigos míos, en que esas palabras son implacables en tales momentos, tan duras como merecidas; la figura de Aquiles, el griego, cuya cólera canta Homero, parece reaparecer aquí, bajo la forma del héroe americano. Pero, no; para que distingáis precisamente los personajes de las dos epopeyas he querido que leyéramos juntas las dos notas: la de Álvarez a Artigas y la de éste a Güemes. El caudillo de los platenses, aunque irritado en el alma como el de los aqueos, no hace lo que éste; no se retira a sus naves, lejos de los muros de Ilión. Al par que envía a Álvarez sus palabras afiladas, mezcla de ira y de fuerza olímpica, corre hacia Güemes, como la diosa de ojos claros hacia el héroe que le es querido, y se hace sentir a su lado, y le infunde su soplo. "Contener al enemigo, le dice, después de la desgracia de Sipe-Sipe, *debe ser nuestro principal objeto*". Eso es sólo *una desgracia,* y no más. No hay tal *tremendo contraste,* no hay tal *temible poder* ni *inminente peligro.* Allá iré yo, no bien me desembarace del portugués que se me echa encima; de un solo golpe nos salvaremos con nuestra propia energía.

Como Aquiles a Patroclo, Artigas viste a Güemes de su propia armadura, forjada por un dios. Y lo

envía a contener al feroz hijo de Príamo, cuyo carro avanza en la llanura.

Juzgad, amigos míos, de la talla de ese hombre y de la fe que tiene en sí mismo, por esa arrogante actitud. "Siga Vd. conteniendo al extranjero allá en el Norte, dice a Güemes, que, una vez que yo lo destruya en el Sur, iré hacia allá, *hacia el interior;* iré yo, no Buenos Aires, de quien nada hay que esperar; nos uniremos ambos contra el otro enemigo de los pueblos, y haremos la patria republicana, sin pedir su venia a la Santa Alianza. Impondremos al mundo *el hecho;* que no otra cosa son las nuevas naciones; un hecho heroico".

Bland, comisionado por los Estados Unidos para informar sobre los asuntos del Plata, advirtió bien ese rasgo de Artigas. "Atacado, dice, por los portugueses y por los patriotas de Buenos Aires, se defiende de ellos, pero está siempre en guardia contra un ataque imprevisto de España".

Para repeler y aniquilar al invasor extranjero, que tiene ya encima, Artigas se considera con elementos suficientes, y sale a su encuentro, con una fe tan absoluta en las energías y en el triunfo de su pueblo, que uno llega a creer realmente que ese hombre es un alucinado.

Poco después de decir al Cabildo de Montevideo que, no viéndose enemigo alguno extranjero, el año 16 iba a ser el año feliz de los orientales, Artigas recibe las noticias de la invasión que se preparaba contra él, y comienza a apercibirse a la defensa, impartiendo sus órdenes. En el mes de junio, él y el Cabildo de Montevideo denuncian al pueblo la inicua invasión; dan el toque de alarma, y llaman a todo el mundo a la defensa de la patria en peligro. El pueblo

se levanta en masa y rodea una vez más a su caudillo. Éste le promete la victoria. Parece sentirse clarines en el aire, agitar de banderas, jadear de corazones.

Ya conocéis, amigos artistas, las proporciones formidables de la invasión portuguesa. La resistencia de solo el pueblo oriental contra ella era el secreto de la sombra. Chile sin San Martín, Colombia, Ecuador, el Perú sin Bolívar, eran incomparablemente más fuertes. El pueblo de Artigas, toda la Banda Oriental tiene 70.000 habitantes, entre hombres, mujeres y niños; de ellos van a morir 10.000 hombres, en el transcurso de cuatro años que durará la resistencia del héroe abandonado. En la última batalla que se librará, después de otras veinticuatro y de innumerables combates, todavía quedarán en el campo *ochocientos cadáveres de orientales*. Ved a esos hombres que aclaman a Artigas, cuando éste los llama, a mediados de 1816: son los que van a morir.

¡Oh sombras luminosas! ¡Vengativas sombras!

II

La irrupción portuguesa cae sobre el territorio oriental, desde todas sus fronteras, en agosto de 1816, Penetrará en Montevideo en 1817. El año, y casi el mes, de Chacabuco.

¡De Chacabuco!

Es preciso que sepáis lo que es ese *Chacabuco*; que os deis cuenta de este momento histórico, mis amigos artistas. Es el momento en que la revolución de la América Meridional, iniciada en 1810, después de verse casi sofocada por la metrópoli española, va a emprender el nuevo y definitivo empuje. Lima, sede

del gran virreinato del Perú, es el baluarte que debe expugnarse. En los dos extremos equidistantes, en el Norte y en el Sur, brotaron, según lo vimos oportunamente, los focos de independencia: Venezuela, Nueva Granada, en el Norte; Santiago de Chile, Buenos Aires, Montevideo, en el Sur.

Venezuela y Nueva Granada, después de sus primeros triunfos, han caído y están de nuevo en poder de España, Caracas y Bogotá están sometidas materialmente, Bolívar se ha ido. Chile también queda tendido heroicamente en los muros de Rancagua; Santiago está sojuzgado desde 1814; O'Higgins está en Mendoza, de este lado de los Andes, Carrera va a recorrer el mundo, buscando elementos de revuelta.

Buenos Aires y Montevideo, ya lo sabéis: Buenos Aires, aunque derrotado en Sipe-Sipe, Vilcapugio y Ayohuma, no está sometido materialmente los invencibles gauchos de Guemes han puesto a la invasión española, que viene del Perú, una barrera allá en el Norte del territorio; Artigas no ha podido acompañarlo, porque le han echado encima al portugués. Pero ya habéis visto que, moralmente, Buenos Aires está sometido, pues gestiona la coronación de un rey, quiere volver atrás. El mismo Güemes, reducido por Belgrano, ha aceptado, como sabéis, la idea monárquica. Quien no espera vencer, está vencido.

Sólo Artigas no lo está, ni moral ni materialmente, sólo él conserva íntegro, incontaminado, el espíritu democrático de independencia, y la fe en la capacidad del pueblo argentino, oriental y occidental, para "salvarse con su propia energía", como dice a Guemes, para coronarse a sí mismo.

Mientras él va a lanzarse con esa bandera al encuentro de la invasión portuguesa, dos héroes reanu-

dan la campaña contra la dominación española: Bolívar, con el pabellón venezolano, se mueve en el Norte; con él reconquistará a Caracas, cruzando los Andes australes; penetrará en Bogotá, refundirá a Quito en la Gran Colombia; acudirá, por fin, al llamado de los que vienen del otro extremo del continente, acaudillados por San Martín.

Éste se hace sentir también, en esos momentos, en el Sur, en Mendoza, donde ha estado organizando prodigiosamente su ejército, obedeciendo a una inspiración propia, personal, que fue su gloria; pasará los Andes australes, reconquistará Santiago, subirá hasta Lima, se encontrará con Bolívar en Guayaquil.

Mirad, amigos artistas, esas tres banderas que parecen movidas por la misma ráfaga de viento: la de Bolívar, la de San Martín, la de Artigas. La primera lleva en sus colores el espíritu del héroe que la conduce, el espíritu volcánico de que os he hablado: es el ensueño grandioso, la creación inaudita, la gran Colombia, la confederación panamericana, la constitución empírica; es lo irreal, lo inconsistente; pero es la fe en la libertad del nuevo mundo, pese a las vacilaciones y quebrantos de aquel fulgurante espíritu.

La bandera de San Martín es la libertad contra España, la acometida sobre el cuartel real. El propósito negativo es fijo y grande: arrojar a España; pero el positivo es vago, vago cuando menos. El héroe de Chacabuco no es un estadista, ni mucho menos un creyente de la fe americana; ha sido el brazo de Pueyrredón y del Congreso de Tucumán, y de la Logia que él mismo fundó con Alvear; de la Logia, cuyo fin, según lo dice López, era "acabar con el espíritu republicano (que para el pueblo era sinónimo de patria) y crear una monarquía sometida a un príncipe portu-

gués, español, o al mismo Fernando VII, si, en último caso, no había otro medio de poner fin a los extravíos de la revolución de Mayo". Hay algo, sin embargo, que salva la memoria de San Martín: su respeto hacia Artigas. Él lo respetó, cuando los otros lo denostaban, se resistió a destruirlo. Creo que lo amó. En la tradición antigua, dice Emerson, se creía que ninguna transformación podía hacer que un dios no conociese a otro

Mirad, por fin, y miradla bien, la bandera de Artigas, la tricolor americana por excelencia· lleva en sus colores la guerra contra Portugal, pero considerado como invasor extranjero a América Ella representa, en primer término, la independencia oriental; pero identificada con la argentina y con la de todo el continente, es decir, con la soberanía del pueblo americano, opuesta al título de las monarquías europeas. Ese pabellón no es ni el escepticismo de San Martín, ni el idealismo poliforme de Bolívar, es la fe, el pensamiento equilibrado, la plena realidad futura, lo que hoy existe. No olvidéis, mis amigos, la frase de Artigas. "Nuestros opresores, no por su nación, sólo por serlo, deben ser objeto de nuestro odio"

Mucho se ha hecho, oh artistas, por desconocer ese espíritu de alas rojas que atraviesa, como un relámpago, el pabellón de Artigas. Vosotros tenéis que verlo, y verlo a la luz del fuego, para someterlo al fuego invencible.

Las banderas de San Martín y Bolívar van a dar al través con la dominación española en el mundo occidental, a lo largo de los Andes, desde el Orinoco y el Magdalena hasta la margen occidental del Plata. San Martín subirá victorioso, desde Chile hasta Lima; Bolívar bajará, triunfante también, hasta la sede del vi-

rreinato, desde Caracas y Bogotá, y se encontrará en Guayaquil con el primero. En esa entrevista, celebrada en 1822, terminará la gloriosa carrera de San Martín. Éste se retirará para siempre, y Bolívar terminará la obra. Será Bolívar quien, en 1824, en *Junín* y *Ayacucho,* dará el golpe de muerte a la dominación española; él será quien, respetando la voluntad del pueblo boliviano, formará una nación independiente del Alto Perú, que era provincia, no del virreinato del Norte, sino del de Buenos Aires, y que Buenos Aires consideraba propia, como el Uruguay y el Paraguay, a título hereditario, como heredero del rey.

¿Os dais cuenta, amigos míos, del significado de la bandera de Artigas, en la lucha con el Portugués y con el Directorio de Buenos Aires?

Es la conservación, para la familia hispánica, del trozo de territorio español, que se extiende del Uruguay al Atlántico, nuestra tierra oriental; pero es, sobre todo, la última lucha heroica, en todo el virreinato platense, por la causa democrática republicana, es decir, por la verdadera independencia.

Artigas será vencido en el Sur, como lo fue Bolívar en el Norte al comenzar su obra; los desastres y los descalabros de Bolívar, sus impopularidades, sus derrotas, sólo son comparables a sus triunfos, a sus glorias, a las adoraciones de que fue objeto después. Artigas no pudo alcanzar los triunfos. En vez del mutuo auxilio de Bolívar y San Martín; en vez de la unión de Venezuela y Colombia y Ecuador y Perú y Chile, para secundar el pensamiento volcánico del libertador del Norte, el pobre libertador del Sur sólo tendrá la común hostilidad de Buenos Aires y del portugués, y, más allá, el abandono; y, todavía más allá, la calumnia de la historia.

Hasta llegar la justicia de que vais a ser intérpretes, amigos artistas; hasta llegar el claro día de justicia que saldrá de vuestro mármol, inoculado de estas mis palabras.

Ahora comprenderéis, del todo, por qué os hago mirar, en este momento histórico, las banderas de Bolívar y de Artigas, entre las que flota la gloriosa de San Martín. Éste vence, en Chile y en el Perú, al enemigo exterior de la independencia del Plata; pero es Artigas quien vence al enemigo interior, en la misma patria de San Martín; es él quien, aun vencido por el portugués, forma la roca en que se estrellan y deshacen los planes de dinastías europeas en el Plata, mantiene el espíritu republicano en el pueblo argentino, y, al formar del oriental un solo bloque amasado con sangre, funda con él una patria, depositaria de una misión propia, hace de él un ser orgánico, imperecedero, hijo de diosa: la inmolación es madre divina.

Imaginaos, mis amigos, que San Martín, al regresar vencedor del Perú, dejando a Bolívar con su bandera americana en marcha hacia *Ayacucho,* halla en su país realizado el plan de monarquía tributaria que, de acuerdo con él mismo, desarrollaba Buenos Aires, imaginaos que Artigas ha aceptado las ofertas de Portugal, que, como lo hizo España, le brinda grados y bienestar, en cambio de la sumisión; suponed que, unido por fin a Buenos Aires, en vez de conducir a su pueblo a la resistencia extrema, lo ha llevado a la resignación y a la aceptación de los planes diplomáticos, imaginaos, por fin, que, sobre esa base, se ha extirpado la anarquía y coronado por fin, el rey del Plata y de Chile.

¿Se exigirá también de Bolívar que comparta esas sumisiones y acepte la solución del rey francés, o portugués, o español, que corone la logia de Buenos Aires, so pena de declararlo anárquico y lanzarse contra él, como contra Artigas, en unión de Portugal, o Francia o Inglaterra?

Yo no sé, mis amigos, si habré conseguido haceros comprender lo que dicen esos colores de la bandera de nuestro Artigas; no sé si os habré incitado a que los améis, cualquiera que sea el nombre de vuestra patria, como los amamos los orientales, pero yo os conjuro a que lo hagáis. Si esa bandera no es la grande reneguemos de la revolución de América.

Y vamos en pos de ese pabellón. Las horas luminosas tocan a gloria.

III

La invasión portuguesa hace irrupción por tres puntos del Norte del territorio oriental, rápida, simultánea, igualmente pujante. El general Lecor, barón de la Laguna, jefe de la expedición, penetra, con 5.000 hombres de las tres armas, por el Nordeste. Su punto de mira es Montevideo; va directamente hacia él por las costas atlánticas, por Santa Teresa, por Maldonado. Lo precede su vanguardia, 2.000 hombres escogidos, al mando del mariscal Pinto. La retaguardia, a las órdenes del mariscal Silveira, penetra poco después por el centro del territorio, con 2.000 hombres, por Cerro Largo, en dirección a Minas, en línea convergente a las marchas de Lecor.

El marqués de Alegrete, gobernador y capitán general de la provincia limítrofe de Río Grande, coloca en el centro de ésta su cuartel, de donde enviará al

teniente general Curado directamente sobre Artigas. Reforzará, en caso necesario, las otras dos expediciones y será el núcleo de los recursos.

Un ejército de 10 000 hombres, mandado por los más expertos generales del reino, circunda, pues, el Uruguay, desde las Misiones Orientales hasta Maldonado. Un plan de campaña largamente meditado, y a cuya ejecución concurren los mejores elementos, se desarrolla con precisión.

Es el momento de que Artigas nos demuestre si es realmente capaz de concebir un vasto plan militar. Ahí le tenéis, a caballo, solo, con la cabeza sobre el pecho, en el peñón del *Hervidero*. ¡Cuánta soledad! He ahí un hombre, un héroe.

Con apenas 8.000 hombres, mal armados, sin recursos, debe repeler la invasión. ¿Correrá en auxilio de Montevideo, a interponerse entre la capital y el formidable ejército de Lecor? Artigas no piensa en eso. Montevideo no es la capital del Estado; está desguarnecido, por otra parte, casi indefenso. Ya sabéis que Alvear, al entregarlo a sus dueños hace dos años, le arrebató todo cuanto pudo arrebatarle. cañones, pólvora, fusiles; recordad el retiro de su ejército, después de la explosión de los polvorines. Pero no por eso el general oriental prescinde por completo de esa plaza fuerte. El Cabildo, convencido de la imposibilidad de defenderla, consulta a Artigas sobre la conveniencia de demoler sus fortificaciones, para que no sirvan al enemigo. "No, le contesta Artigas, revelando en eso las condiciones de un táctico; es preciso que los momentos sean muy apurados para la demolición de las murallas de esa ciudad, ellas imponen respeto, y entran, en razón de una fuerza positiva, en el cálculo del enemigo para superarla. Por lo demás, descuide V. S., que los

portugueses no marcharán muy sin cuidado hacia ese punto, con la rapidez de nuestros movimientos".

Como lo veis, Artigas, con una precisión que denuncia la claridad de su plan militar, sólo ve en la plaza de Montevideo un simple colaborador negativo de su defensa. Se limitará, pues, a entorpecer la marcha del grueso del ejército invasor, que hacia allá dirige toda su fuerza incontrastable. Para eso elige a Rivera, a quien ya conocéis, y a quien, desde el mes de enero, ha anunciado la posible invasión portuguesa, y a Otorgués, que también os es conocido. El primero tiene el encargo de salir, desde el Sur, al encuentro de la vanguardia de Lecor, que viene por la costa atlántica; el segundo debe atravesarse al paso de su retaguardia, que penetra, al mando de Silveira, por el centro, por Cerro Largo.

Artigas, con los principales elementos con que cuenta, realiza personalmente la magna idea, el alma de su plan primero, del que propuso a Buenos Aires en 1812, y de que Andrés Artigas es centinela avanzado en las Misiones· por el extremo septentrional, por el Norte y el Oeste, invade el territorio portugués, con la rapidez del relámpago; va al mismo corazón del enemigo, dejándole libres los brazos. Éste es todo el plan: hacer afluir allí sus principales elementos, y obtener de la audacia inaudita, de la sorpresa temeraria, del valor de sus hombres, en quienes tiene plena fe, lo que no es humanamente posible obtener de los recursos militares, que Buenos Aires, poseedor de ellos, le negará, ni de las batallas campales en que, sin esos recursos, todas las ventajas estarán siempre del lado de las tropas enemigas, veteranas y ampliamente equipadas y provistas. Él no cuenta con las montañas de Guemes; las colinas del Uruguay son abiertas. No hay más de-

fensa que el pecho de los caballos y el corazón de los hombres.

"Ese plan, dice el general Mitre en su *Historia de Belgrano,* era verdaderamente atrevido, bien desenvuelto, con mejores elementos y más pericia, pudo y debió dar sus resultados; era nada menos que el de Escipión el Africano. buscar la salvación de Roma en Cartago. Teóricamente considerado, agrega, haría honor a cualquier general. Era, no sólo atrevido en el sentido de la ofensiva, sino también prudente en el de la defensiva".

No entraré a apreciar la exactitud del parangón con el Africano; pero es necesario que nos demos cuenta de ese juicio de Mitre, sobre el plan militar de Artigas. Con sólo haberse agregado que si Artigas no tuvo *mejores elementos* fue porque Buenos Aires le impidió siempre formarlos, ese juicio sería en un todo luminoso.

Vosotros, mis amigos artistas, conocéis al general Mitre, fue organizador de su patria, fue soldado bueno, fue historiador, hombre de letras, serio pensador, gran ciudadano, os aseguro que, si no es el primero, no es tampoco el segundo entre los hombres ilustres de la América contemporánea. Pero es necesario que sepáis que ese esclarecido varón, con ser el republicano fustigador de los planes insidiosos del Directorio, ha sido el sucesor del patriciado de Buenos Aires, la voz elocuente, sobre todo, de aquel espíritu extraviado, ensimismado, que sólo veía la independencia en la conservación de la estructura del antiguo virreinato y en la sumisa disciplina de los pueblos al pensamiento y a la acción de la capital. Él ha creído, con la mayor buena fe, al revés de Sarmiento, que el Uruguay, el Paraguay y Bolivia no fueron, como la Repú-

blica Argentina, hijos emancipados de la madre España, sino desmembraciones de una supuesta patria argentina, determinada por las fronteras coloniales; y que todo lo que a esto se opusiera era anarquía, dispersión de fuerzas vitales, germen de muerte y no de vida. Es claro que jamás pensó en que quien más obstáculo puso a la formación de esa supuesta gran patria argentina fue precisamente Buenos Aires Obsesionado por esa funesta idea, ha tenido que hacer ver en Artigas sólo la barbarie, la anarquía, la destrucción; lo ha presentado, pues, como a un genio infernal, pero como a un genio; lo ha fustigado con espada de arcángel, pero lo ha iluminado con ella.

Existe en la República Argentina un rival esclarecido de Mitre: Juan Bautista Alberdi. Debemos a éste los más grandes homenajes a Artigas que en parte alguna se le han tributado. Yo no los utilizo para vosotros. ¿Sabéis por qué? Porque he creído, con razón o sin ella, que el ilustre Alberdi se sirve de Artigas como de un recurso de política interna; que lo presenta grande, para que otros aparezcan pequeños. Y Artigas no debe servir para eso: no empequeñece a nadie; es grande *en sí mismo*, en la región de los iguales. No es, ni debe ser, un tema de controversia; es una evidencia: es lo que es.

Bien mirado, en nada aparece tan de relieve su grandeza como en la pasión enconada con que los historiadores de Buenos Aires han procurado apagar su nombre, borrar la historia oriental que os estoy enseñando, tapar el cielo con un harnero.

Al lado de Mitre figura otro famoso historiador, don Vicente Fidel López, hijo de don Vicente López, el ministro del Directorio, que ha escrito la Historia Argentina. Mitre y López han sostenido acaloradas po-

lémicas sobre historia; pero han coincidido siempre en una cosa, eso sí: en el anhelo de destruir al héroe oriental. "Los dos, escribe Mitre a López después de una contienda, hemos tenido la misma predilección por las grandes figuras, y las mismas repulsiones por los bárbaros desorganizadores, como Artigas, *a quien hemos enterrado históricamente*".

No parece una grande gloria esa que consiste en enterrar un bárbaro. Y sin embargo, esos dos ricos hidalgos se la reparten, y se la guardan en los bolsillos Hay bastante para los dos. Y se reconcilian de sus agravios mutuos.

López es implacable; odia a Artigas *a priori;* porque debe odiarlo, porque es ley de su sangre. Escribe sobre él como poseído por un espíritu rencoroso, que le sopla fuego en los oídos y le lleva la mano, lo trata de malvado, de facineroso, de enemigo de la humanidad, le imputa muchos delitos, bien que no trate de justificar uno solo. Pero después de desahogar su ingénito rencor, dando demasiado crédito a su encono, entra un momento en sí mismo y vacila; comprende que lo que está diciendo puede no ser verdad, aunque debe serlo. No lo quiere borrar; pero, como es hombre bueno, tampoco quiere traicionar a sus semejantes. Y el buen prosista escribe en su libro esta interesantísima nota, refiriéndose a Artigas. "Es una regla elemental de la historia no dar asenso a las apreciaciones que proceden de espíritus prevenidos contra los hombres de quienes se trata; y nosotros no tenemos la menor intención de negar que execramos la persona, los hechos y la memoria de ese funestísimo personaje de la nuestra".

Eso está bien dicho; son ésas unas honradas palabras, pero aquello de que todos son muy honrados y

la capa no aparece, se ocurre en este caso. El hecho es que esos ánimos prevenidos contra Artigas son los que, durante cincuenta años, han escrito la Historia del Río de la Plata. Y sus dichos, indignos de fe, según ellos mismos, han sido los únicos informes que, hasta hace muy poco, ha tenido todo el mundo sobre el asunto, el mundo americano inclusive. Una rencorosa conjuración se ha formado, como os dije al principio, contra la execrada memoria del grande hombre oriental, a quien ni siquiera se ha procurado *conocer.* Dice Carlyle "que el verdadero *conocimiento* es algo vivo, algo que abarca el objeto en su realidad toda, penetrándole hasta con el afecto. Para conocer una cosa, agrega, lo que se llama conocerla, hay que amarla, simpatizar con ella".

Yo no hago mías esas palabras, tal como suenan, pues en mí expresarían otra cosa de lo que significan en el original inglés; pero sí creo que, cuando se trata de un hombre extraordinario, sólo a fuerza de amor, efectivamente, sólo a fuerza de identificación de nuestra alma con la suya, nos es dado a los demás hombres conocerlo, es decir, adivinarlo, penetrar en su recóndito pensamiento, y aun más allá, si cabe, al través de la periferia nebulosa de los hechos de su vida.

Porque yo juzgo, mis amigos, que, así como no se debe temer atribuir a los grandes artistas, para comprender y gozar sus obras, un ideal que acaso ellos mismos no abrigaron jamás, así, para comprender a estos fundadores de patrias, para comprenderlos, estéticamente sobre todo, no debemos vacilar en atribuirles un ideal amplísimo y puro, aunque la demostración de que ellos lo percibieron con precisión, en toda su pureza y amplitud, no sea matemática. Tales pruebas objetivas son inaccesibles. No están en los papeles

viejos, ni en los nuevos; están en nosotros mismos, en la proyección del héroe sobre nuestro espíritu predispuesto a amarlo, como los colores no están en las cosas, sino en la retina de los hombres.

Así se han formado todos los héroes, desde los semidioses

Y si se nos dijera que, según eso, el Artigas que yo os inspiro es más un mito de mi fe patriótica que una figura histórica, creo que podemos desdeñar la imputación, sin el menor cargo de conciencia Por más engañosa que sea la sugestión de la fe patriótica de un pueblo, siempre lo será muchísimo menos que la producida por los papeles o documentos en el espíritu de un hombre Y sobre todo, mis amigos. por más inconsistente que sea la visión del amor, siempre será más real, más viva, más histórica que la del odio. ¿Imparcialidad decís? ¡Oh, imparcialidad! La imparcialidad de que suelen hablar los historiadores es uno de los nombres de la hipocresía.

Imaginad, según eso, cómo podrán penetrar en Artigas los que se reconocen poseídos por el demonio de la execración, enemiga implacable de la cualidad suprema en el historiador educativo. la magnanimidad.

El general Mitre no declara lo que López, sin por eso ser menos honrado. Ni tiene por qué declararlo. Mitre no odiaba a Artigas; pero tampoco hizo ni podía hacer nada por amarlo, es decir, por conocerlo, lo que se llama conocerlo, según el concepto del inglés. Él amó y conoció a Belgrano; también a San Martín; los creó, los *reengendró* para su patria, e hizo bien. Que no es otro el objeto primordial de la historia: cultivar el *sentimiento racional* de la Patria; *racional*, entendámoslo bien. La Patria es, ante todo, una historia conocida y amada en común; un conjunto de imá-

genes y afectos engendradores de una noble pasión colectiva. Pero ese Mitre, estrechando su criterio, llegó a creer, en mala hora, que aquellos sus amores excluían necesariamente el de Artigas, en el que alcanza a ver, sin embargo, por fin, *un mito*, según lo declara expresamente, *una esfinge* que no descifra. Vio malo a Artigas, por la obligación de ver buenos a los otros; y esa lógica traidora lo hizo formar en la conspiración histórica, a pesar de que, en muchas circunstancias, se siente arrastrado a la simpatía hacia el salvador de la democracia en América. Al encontrarse con las gestiones de García, Mitre no puede dejar de decir con noble despecho. "El mismo Artigas representaba un principio más trascendental que García", su fuerza, aunque la supone bárbara, "era una fuerza vital, cuya pérdida debía debilitar el organismo argentino".

"Esa política tenebrosa, agrega, no resolvía ningún problema de la revolución; sacrificaba el porvenir de la República a los miedos del momento, y, realizada, enervaba, por una serie de generaciones, las fuerzas de un pueblo independiente y libre, degradaba el carácter nacional y hasta renegaba de la propia raza".

El ilustre historiador no pensaba, sin duda alguna, cuando tal nos dice en que esa política tenebrosa no era sólo de García, sino de Alvear, y de Álvarez, y de Pueyrredón, y de Rivadavia, y del Congreso de Tucumán, y de todos. . de todos, menos del pueblo argentino, eso sí.

Era preciso, sin embargo, debelar a Artigas, y, para ello, era menester hacer callar los papeles indiscretos. Hoy los tales papeles reaparecen y rompen a hablar; se leen los que están saliendo de todas partes, inclusive los que Mitre poseía y no utilizó, y una duda penosa asalta al espíritu; se había ocultado mucho... aún

se oculta quizá... y lo ignorado u oculto no era contrario, ciertamente, a la figura histórica del Jefe de los Orientales. Seamos magnánimos, amigos artistas; creamos, todo cuanto sea posible, en la honradez de los hombres. Bien sabéis, por otra parte, cuán poco respeto me inspiran a mí los papeles, tanto los viejos como los nuevos; hay empresas muy buenas que suministran, a precios razonables, *toda la documentación* para cualquier asunto histórico, para el pro y para el contra; hay papeles para todo. Lo que no puede venderse es la proyección de los hechos en los espíritus privilegiados, y, menos aún, su expresión sincera y perdurable, que es la que se hace bronce, la que calienta el mármol.

Mitre ha sufrido congojas, indudablemente, en esos momentos en que Artigas se aparecía colosal a sus ojos: tenía que cerrarlos. Los árboles le ocultaban el bosque, según la repetida frase alemana.

La sombra de San Martín, la de Belgrano, la de muchos próceres de Mayo ¡muchos! se han interpuesto entre sus ojos y el héroe oriental. ¿Qué sería de esas sombras si Artigas no fuera un bárbaro, y resultara realmente un héroe, y acaso *el héroe?*

Era un error, un funesto error. Esas figuras venerables pueden coexistir, y coexistirán, cada cual en su nube: hombres y dioses; hombres grandes, y dioses pequeños.

Algún día los argentinos todos reclamarán a Artigas como la más alta de sus glorias.

Y ese día seremos libres en el pensamiento y en el corazón.

Comprenderéis ahora, mis artistas, lo que significa el juicio de Mitre sobre el plan militar de Artigas. Y sin embargo, el ilustre general no ha penetrado ple-

namente en el pensamiento del héroe. Ha visto en su plan sólo un plan militar: imposibilitar la invasión portuguesa por el Norte; amagar por la espalda la del Este; conservar el dominio continuo de la parte más importante del país oriental, manteniendo libres sus comunicaciones con el occidental; dominar el río Uruguay y cubrirse con la barrera del río Negro, etc., etc. Es verdad; todo eso se ve en el plan de Artigas, y nadie más autorizado para hacérnoslo observar que el general Mitre, tan dado, en sus libros de historia, a la crítica científica de las operaciones bélicas.

Pero ni Mitre ni nadie ha observado, hasta ahora, que ese plan que Artigas pone en ejecución, en este momento, es el que ha estado en su visión tenaz desde el instante en que se resolvió a levantar a su pueblo e incorporarlo a la revolución de Mayo, como núcleo de su espíritu; desde el en que se retiró del segundo sitio de Montevideo especialmente. Vosotros lo vais a comprender. Artigas sabía desde entonces, y aun desde mucho tiempo atrás, que, en definitiva, el enemigo inmediato de su Patria Oriental tenía que ser el que iba a venir de la frontera del Norte, el portugués, animado de su ambición secular, sabía que allá, en el Norte, estaba su campo de batalla. Recordad, mis amigos, recordad bien que Artigas, al realizar el éxodo del pueblo oriental, en 1811, miró con luminosa intensidad hacia el Paraguay, hacia la provincia hermana del Norte, limítrofe con los dominios portugueses; se dirigió a su gobierno, tributó a ese pueblo los más expresivos homenajes, buscó su alianza por todos los medios, su incorporación a la obra común. Recordad, os lo ruego con grande empeño, que, en las instrucciones que dio a los diputados orientales el año 13, les impuso que exigieran expresamente, en la Asam-

blea Constituyente, la inmediata reivindicación, por cualquier medio, del territorio de las Misiones Orientales, que se da la mano, allá en el Norte, con el territorio paraguayo, y que estaba injustamente poseído por los portugueses. Es preciso que recordéis también que, en 1814, cuando se retiró del sitio de Montevideo, lo primero en que pensó fue en mover sus caudillos del Paraguay, y que, en 1815, después de arrojar a Buenos Aires de la Banda Oriental, y cuando predominaba en las provincias occidentales, Artigas insistió, como presa de una obsesión, en sus planes sobre el Paraguay. No olvidemos, por fin, la predilección del gran caudillo por su capitán indígena Andrés Artigas, a quien ha colocado en las Misiones, no sólo para estar allí alerta contra el portugués precisamente, sino para suscitar y apoyar, si es posible, la rebelión del pueblo paraguayo contra su tirano Rodríguez de Francia.

Imaginad, como entonces dijimos, que Artigas consigue su propósito; suponed que la invasión al territorio portugués, que ahora realiza, es ejecutada, no sólo por sus casi inermes soldados, sino por todo el pueblo paraguayo, unido al oriental y a las provincias argentinas septentrionales; supongamos que éstas no son hostilizadas y aniquiladas por Buenos Aires en odio a Artigas, sino dejadas siquiera en libertad. Sólo así comprenderéis la extensión del plan genial de Artigas y sus consecuencias en la América austral. El mapa de ésta sería hoy muy distinto de lo que es, como una vez lo dijimos; el lote de la familia lusitana estaría muy reducido, sin dejar por eso de ser magnífico; muy aumentado el de la hispánica, oriental y occidental, sin duda alguna; y mucho el del Paraguay. Si Artigas, con sólo el pueblo oriental, y hostilizado por Buenos Aires, estuvo a punto de triunfar del portugués, y

logró resistirle durante cuatro años, ¿qué no hubiera hecho con la alianza del pueblo paraguayo allá en el Norte, y sin la hostilidad, cuando menos, del hermano occidental? ¿Qué hubiera conseguido la misma expedición española que se proyectaba, si Artigas le hubiera opuesto esas legiones fascinadas?

No pudo ser. Buenos Aires no lo quiso, prefirió las soluciones diplomáticas a las heroicas; prefirió aniquilar a Artigas. Y el dictador Francia le miró de lejos, encerrado en su guarida Francia y Buenos Aires estaban en eso de acuerdo.

Pero hay otra idea madre, que vemos clarísima, en ese plan de Artigas, los que, por la admiración y el afecto, penetramos en las honduras de su pensamiento. Ésa no ha sido percibida por Mitre, no podía éste percibirla.

Artigas, con su arremetida temeraria desde el Norte, desde su capital genuinamente americana, sobre el territorio del invasor portugués, al que casi abandona la capital colonial, busca obtener un triunfo augural, que no sólo quebrante al invasor, sino que permita al Jefe de los Orientales imponerse con su pueblo a Buenos Aires. Y ¿queréis que os diga más? imponerse al mismo Montevideo. Artigas quiere y espera triunfar con los elementos populares incontaminados, "con sus propios esfuerzos", dice Guemes. Sólo así salvará la patria, salvando con ella la democracia.

Pero los elementos patriotas de Montevideo, me preguntaréis vosotros, ¿no son los mismos que los que rodean a Artigas? Os lo debo decir con franqueza: no, no lo son unánimemente, y Artigas lo sabe muy bien. Hay allí hombres de fe firme, que pronto irán a reunirse al profeta; pero también los hay de poca fe, análogos a los del patriciado porteño, que sólo creerán

en aquél si ven milagros. Esos hombres ya han comenzado a manifestar sus temores ante la invasión formidable, a buscar la salvación en la sumisión a Buenos Aires, en la atenuación de la fibra artiguista, en borrar de la bandera la franja roja diagonal, trazada por la espada del héroe para que no quepan en ella *jeroglíficos* extraños.

Artigas quiere hacer los milagros que son necesarios para conservar la totalidad de sus fieles y la integridad de su bandera.

Y a eso va al territorio enemigo: a jugar el todo por el todo. Él sabe, tanto o más que sus compatriotas vacilantes, que, siendo la solidaridad o el mutuo auxilio la ley de la revolución americana, no es humanamente posible conseguir la independencia de la Banda Oriental sin su alianza con la Occidental; pero también está firmemente persuadido de que esa alianza en pro de la verdadera independencia, que es la democracia, sólo se obtendrá, de los directorios de Buenos Aires, imponiéndola por la victoria del verdadero pueblo argentino, oriental y occidental, que él acaudilla. Él, como lo habéis visto en su carta a Guemes, se sabe el profeta, el depositario del divino mensaje; siente una verdad viviente que se mueve en sus entrañas, y se encierra en sí mismo con su visión; se queda solo con ella. Su bandera es el fin; la alianza, o el auxilio de Buenos Aires, el medio de hacerla triunfar. No ha de sacrificar el fin al medio; no aceptará alianzas o auxilios impuestos por el miedo o la necesidad, y obtenidos a trueque de la sumisión del pueblo a las resoluciones secretas de los sanedrines. Eso es la muerte, no es la vida.

Lo veréis, pues, reclamar auxilios a Buenos Aires, en nombre del pueblo argentino, una y diez veces, pero

pedirlos con altivez, y hasta con amenazas, aun en los momentos supremos. Los exigirá como el cumplimiento de un deber para con la América, jamás como una limosna en cambio de la dignidad del pueblo oriental, a quien a todo podrá condenarse menos a no morir. Entonces lo veréis rechazar esa limosna, y preferir a ella la muerte. Y oiréis de su boca las palabras más altivas que han sonado en boca de libertador alguno: *"No venderé el rico patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad"*.

Ese *patrimonio de los orientales* es algo más que el territorio es la gloria de ser el núcleo de la democracia, de la patria republicana, y la víctima inmolada a esa diosa del porvenir.

.. ..

Se lanza solo a la invasión temeraria; va a buscar, para imponer su evangelio, el milagro heroico.

Pensad mucho en esto que os digo, mis artistas, porque estamos penetrando, cada vez más, en la región del pensamiento del héroe; estamos en el centro de su espíritu, y debemos acercarnos, y penetrar en él, con el recogimiento del que franquea una sagrada puerta, y oye voces de sombras fugitivas. Aquí debéis percibir las musicales vibraciones de ese espíritu singular, su ajustamiento a la universal armonía, el equilibrio misterioso que le imprime su estabilidad imperturbable. Todas las apariencias pasarán sobre él, como nubes o aluviones; él, la sola realidad, reaparecerá entre las tinieblas que se disipan, o entre las aguas que bajan.

Artigas no realizará el milagro heroico; caerá, al parecer, ante la invasión portuguesa; pero veréis reaparecer su pensamiento, hasta cuajar, algunos años más tarde, en la nueva patria. Artigas se pondrá en

su crepúsculo; se hundirá en la noche germinal. Es en el silencio de las noches donde se consuma el misterio de la vida, al que acompañan las angustias y los dolores sin nombre.

CONFERENCIA XIX

LA INMOLACION

Sangran las estrellas — Geografía de la gran campaña — El Uruguay y el Paraná — Las Misiones Orientales y las Occidentales. — Andresito — Hora solemne — El primer choque. — Sitio de San Borja — Sotelo y Chagas — Ibiracoy — India Muerta — Corumbé — Pablo Páez. — Casupá — Sorpresa del Arapey. — Batalla del Catalán — Visión de la victoria — El desastre — La Guardia Vieja de los Gauchos — Irrupción de Chagas — Destrucción de las Misiones Occidentales. — Embajadas de Vedia y de Durán y Giró — "No venderé el patrimonio de los orientales" — Lecor en Montevideo. — El genio infernal. — El primogénito de América. — La hija de los holocaustos

I

Amigos artistas:

Penetremos en la noche estrellada, pero dolorosa, de cuyas alturas descienden los silencios. Las estrellas son todas de color de sangre, y ante ellas cruzan largas procesiones, mudas de toda luz.

Artigas pone en ejecución el plan de que hemos hablado largamente; pero lo hace sin conocer el género de endriago con quien va a combatir.

No os daría cuenta exacta de sus operaciones, si, a fin de trazaros con la mayor simplicidad el teatro de ellas, no os invitara a tomar una vez más la carta geográfica que nos sirve de guía, para haceros ver ese río Uruguay, que corre de Norte a Sur, que viene desde allá arriba, desde el Brasil, para desembocar en el Plata, y marcaros, más al Oeste, ese otro río, el

Paraná, que corre paralelo al primero, y se une a él en el estuario del Plata, en que ambos se derraman para entrar al Atlántico. El primero de esos ríos, el Uruguay, es el que nos sirve de relación, cuando hablamos de los estados *Oriental* y *Occidental;* éstos son los que están *al Oriente y al Occidente del Uruguay y del Plata.* A mano derecha está la Banda Oriental, la patria de Artigas propiamente, que sólo sube por esa margen, hasta la altura del *Cuareim,* tributario del Uruguay. Al Occidente, entre el Uruguay y el Paraná, está la región litoral de la patria occidental, que sube, por ese lado, mucho más arriba que la oriental: allí están la provincia de Entrerríos, al Sur, frente a la Banda Oriental, más al Norte, la de Corrientes, limítrofe, Uruguay por medio, con el territorio del Brasil; y más al Norte todavía, el territorio de las Misiones Occidentales poseídas hoy por los argentinos, que tienen enfrente, del otro lado del río, las Orientales, poseídas por los portugueses desde 1801, y no recuperadas.

Detengámonos un momento a darnos cuenta, porque es preciso, de eso que llamamos *Misiones Orientales y Occidentales del Uruguay,* y de cómo y por qué las primeras se extienden hacia el Norte mucho más que las segundas. Esos territorios, hasta la misma altura de uno y otro lado del río, formaron parte indiscutiblemente del dominio español en América, y debieran formarla, aún hoy mismo, del territorio de los estados de lengua española, ya que los límites de las antiguas metrópolis han servido de frontera a los estados americanos. Artigas, como lo hemos dicho con insistencia que parece cargosa, sentía eso con gran intensidad, la "Patria Oriental", el "Patrimonio de los Orientales" que él veía era grande también material-

mente: medio millón de kilómetros en región privilegiada.

En todo ese territorio, tanto el oriental como el occidental del Uruguay, se fundaron las célebres Misiones jesuíticas, misiones españolas, cuyos doctrineros fueron expulsados, como sabéis, en 1767, por el rey Carlos III, y cuyas hieráticas ruinas, de un estilo arcaico original y primitivo, son todavía testimonio de aquella colosal tentativa de salvación de una raza. En la época de nuestra historia quedaban aún, en la margen oriental del Uruguay, los *Siete Pueblos*, el principal de los cuales era *San Borja*, habitados por los últimos indios, condenados al exterminio.

El enemigo de esas reducciones fue siempre el portugués. Defenderse de sus irrupciones fue la brega patriótica de los indios reducidos; tal fue para éstos la tradición nacional, cultivada allí por Artigas con pasión. Los portugueses pugnaban por poseerlas con todo el territorio oriental, llegaron, como sabéis, hasta la Colonia, y hasta el mismo Montevideo. Fueron, por fin, desalojados de todo este territorio, entre el Uruguay y el Atlántico; pero, al iniciarse la revolución de la independencia, se encontraron aún, de hecho, en posesión de las Misiones Orientales, gracias al golpe de mano de un aventurero audaz, que las conquistó, en 1801, para los portugueses, y a las inteligentes gestiones de éstos ante la Santa Alianza. Los habitantes de ellas veían en éstos a sus dominadores injustos, se consideraban parte integrante de la región oriental española, y, sin la guerra de que fue objeto Artigas por parte de los directorios de Buenos Aires, aliados a Portugal, esa región formaría hoy parte de la familia hispánica independiente.

El héroe ejerce, pues, su dominio, al Oriente del Uruguay, sólo hasta la parte media de éste, que es donde recibe sus más importantes afluentes de la región oriental: el río Negro, el Queguay, el Daymán, el Arapey: el Cuareim, por fin, que es el límite superior. No le es dado subir más arriba; ni a las Misiones Orientales, ni siquiera al río Ibicuí, gran afluente septentrional del Uruguay. Todo eso está incorporado a la provincia portuguesa de Río Grande del Sur, y es todo eso lo que el vidente caudillo considera parte integrante de la región hispánica, y ha pensado siempre en reivindicar, como legítima herencia de su patria, que él custodió desde la epoca colonial.

Pero hemos visto que Artigas, además de la autoridad que tiene sobre la región oriental, ejerce su protectorado sobre la occidental, sobre la provincia de Entrerríos, y sobre las de Corrientes y Misiones Occidentales, separadas sólo, como sabemos, por el río Uruguay, del territorio detentado por los portugueses Él es quien ha reconquistado ese territorio occidental de Misiones para las provincias del virreinato español; él, quien lo ha deslindado, haciendo respetar por el estado del Paraguay la frontera del río Paraná, que lo separa del argentino, él, por fin, quien, por órgano de su capitán Andrés, ha cultivado en aquella población indígena, como hemos visto, el sentimiento de nacionalidad, simbolizado en su bandera tricolor, y formado el ejército que ahora, en el momento esperado, va a llamar a las armas, en defensa de la patria común contra el común enemigo.

II

De ahí, pues, de la Banda Occidental, de Entrerríos, Corrientes y las Misiones, tiene que partir la contra-

invasión al territorio portugués, la reconquista de los Siete Pueblos, base del plan militar de Artigas, combinada con la que éste llevará desde el Norte de la Banda Oriental. El experimentado capitán imparte al efecto mandatos premiosos y reiterados a su teniente Andrés Artigas, para que, sin pérdida de momento, y sin esperar el ataque del portugués, vadee el Uruguay, al Norte del Ibicuí, y caiga de sorpresa sobre las Misiones Orientales, amenazando así, por retaguardia, la invasión que penetra en el territorio oriental. Al examinar esas órdenes, continuación de las preparatorias que le hemos visto dar a su capitán misionero durante largos meses, uno se convence, amigos artistas, de que Artigas no se había imaginado las proporciones de la invasión que estaba sobre su cabeza. Él se había precavido contra una tentativa de aventurero, análoga a la de 1801, más o menos audaz o vergonzante, pero no contra una guerra de conquista, abierta y sin declaración alguna, y mucho menos contra la alianza del invasor con el hermano. Aquel "*secreto, secreto, secreto*", pues, que García recomendaba como primera condición de su empresa, ha sido guardado en Buenos Aires, en Tucumán, en todas partes, con solícito cuidado. Las órdenes que vemos impartir a Artigas para Sotelo, Berdún, Tomás Yegros, que deben moverse sin tardanza en combinación con Andrés y a sus órdenes; la precisión que recomienda en la ejecución de su plan estratégico, la altivez, sobre todo, la seguridad con que promete la victoria a sus bravos, inspiran un respeto sólo comparable al desprecio que el alma noble siente hacia aquella conjuración aleve y cobarde.

"Constancia y esfuerzo, dice Artigas a su heroico capitán indígena; constancia y esfuerzo, que éste es

el último golpe que va a coronar nuestros trabajos y el triunfo de la libertad..." "A los diecisiete días desde esta fecha, le escribe el 25 de agosto, deben abrirse las hostilidades contra Portugal, cumplido ese término debe usted cruzar el Uruguay y atacar San Borja, continuando sus marchas hasta libertar los pueblos de Misiones".

He aquí, pues, el momento en que Andrés Artigas va a entrar en acción; es el caso de conocer detenidamente la simpática figura del indio capitán. Este Andrés Artigas es una especie de criatura mitológica. Su nombre era *Andrés Guacurarí*, le llamaban, y le llama la historia, *Andresito*. Nada más intenso, nada más estético que ese joven capitán del padre Artigas. Es un indio americano, un ejemplar genuino de la doliente raza que se fue. Su historia es un poema primitivo que espera su rapsoda. Nació en esas *Misiones Orientales* que va a reconquistar, y donde recibió de los Padres misioneros la primera educación, bastante adelantada, por cierto escribía bien, redactaba con corrección, raciocinaba con claridad Quedó muy niño cuando murió su padre; él se despidió de su madre, y se fue por el mundo. Se fue con toda la melancolía de su ambulante raza, que parece sin destino sobre la tierra.

¿A dónde va el joven indio?...

Yo he pensado muchas veces en el misterio psicológico de ese muchacho de pequeña talla, de tez cobriza, de pómulos salientes, de ojos negros, en que brilla una lámpara noctámbula. Me parece un pájaro crepuscular de una gran bandada migratoria. Era inteligente, pero vivía en la noche de su raza. Se encontró solo en presencia de la naturaleza misteriosa; había

recibido de los misioneros los principios cristianos, y los amaba con gran devoción; sabía de vagas predestinaciones; miraba largamente al cielo, y pensaba en los destinos de su estirpe moribunda, creía en los ángeles y en los arcángeles tutelares. Él también se sintió profeta y lo era: profeta tributario. Oía un mensaje, que alguien decía en la oscuridad; pero no veía el camino sobre la tierra, envuelto como estaba en su propia niebla.

Cuando, en 1811, Artigas, que conducía a su pueblo en el éxodo, apareció por el Ayuí, el joven indio vagabundo se acercó a él, como Ariel y Calibán a Próspero en la isla de los encantos.

Era Ariel, la amable visión cautiva, genio del aire.

¿Qué vio en Artigas?. . Desde aquel momento creyó percibir un camino iluminado, un destino en su vida; entrevió una patria, una tierra prometida, una libertad, para sí y para su estirpe La tierra prometida es siempre aquella en que no se está. Andresito halló en la lucha por ese vago ideal un empleo a las misteriosas actividades heroicas, hasta entonces sin objeto, que sentía en el fondo de su alma, hendida por el rayo; es el *Espartaco guaraní*. Veneró en Artigas al profeta de esa revelación, y lo consideró cosa sagrada y poderosa. Ese fue el móvil, más o menos confuso, de todos esos indios que, en pos del héroe, lucharon por la patria, y de que Andresito es el molde escultórico Es más que un héroe· es el heroísmo de una raza agonizante que, como el anciano que planta un árbol frutal, ayudó a fundar una patria que no había de gozar. Y lo hizo obedeciendo a una ley, no del individuo, sino de la especie; la ley de universal germinación y de constante depuración en la muerte y por la muerte. Yo he diluido mucho de todo esto en mi

poema *Tabaré*, que es apenas un esbozo de algo que yo tenía no sé donde. No lo he puesto todo, estoy seguro. ¡Queda tanto en el alma después de decirse todo! Si así no fuera, el artista moriría en su obra como el gusano de seda. Algo debe haber en *Tabaré*, sin embargo, de lo que os digo sobre Andresito, y lo que os dije, en otra lección, sobre los indios de Artigas. Este problema es hondo y lleno de voces, como un mar que se oye y no se ve.

Yo no sé cómo miró Artigas a Andresito. cuando éste se le presentó. Mi imaginación crea la escena, ve muchas cosas tenuísimas: los ojos azules de Artigas en los negros de Andresito. Pero yo no os diré lo que pasa en mi imaginación, ni hay para qué, basta que excite la vuestra, haciendo llover mis palabras sobre vuestro corazón sembrado de semillas musicales.

El hecho es que Artigas cobró tal afecto a aquel indio caminante, que lo adoptó por hijo; le dio su nombre Andrés Artigas. Por eso se llama Andrés Artigas. Yo atribuyo un gran significado, y espero que vosotros se lo daréis, a esa adopción de un indio por el padre de la Patria Oriental. Recordad que Washington no mandó indios. Artigas hablaba el guaraní, el idioma americano. Ya hemos hablado de eso más de una vez. Me perdonaréis mis repeticiones u obsesiones.

Andresito fue su capitán; fue también su gobernador en las Misiones Occidentales y en la provincia de Corrientes.

El estudio de este indígena en el desempeño de sus funciones nos ofrecería la ocasión de darnos cuenta del medio ambiente social de aquellos pueblos, pero ese estudio no cabe aquí. Bástenos con recordar que aquellas sociedades eran entidades embrionarias, algo así como el *légamo del caos*, el *sagrado fango*, con

que, al decir de Esquilo, modelaba Prometeo las estirpes de que fue libertador.

Artigas en el Plata, más aún que Bolívar en el Norte, según lo dijimos antes, fue el incubador de aquel pujante embrión; lo estudiamos ya como educador, como consejero, como maestro; lo vimos inculcar a este Andresito la virtud sobre todo, la caridad, el anhelo de hacerse amar más que temer, la obligación de ser "ejemplo de virtudes" para ser legítima autoridad. Pero Artigas no era un dios; no podía consumar con una palabra la transformación de la raza, ni modelar hombres de arcilla, ni estar él en todas partes. La vibración de la vida había de ser *inmanente*, de los bárbaros sicambros tenían que brotar los Clodoveos.

Este Andresito de que hablamos es el tipo y ejemplar de la molécula fecundada por el espíritu creador. Por eso lo he llamado *Ariel*, el genio bueno del aire, que, cautivo del Mago, pone a su servicio y somete al conjuro de su palabra los elementos rebeldes y poderosos; es el orden primitivo.

El inglés Robertson, de quien ya hemos hablado, conoció mucho en Corrientes al indio capitán. Andresito, dice, era un hombre de muy buen corazón, y mucho más instruido de lo que podía suponerse. Robertson nos presenta a ese indio como el ordenador del caos. Sus soldados, desnudos, hambrientos, andan por allí como fieras domesticadas, convertidas en corderos. De tal suerte impone Andresito allí, según se lo ordena Artigas, su autoridad protectora de la sociedad, que, en siete meses que duró su gobierno, "sólo se cometió un robo en la ciudad de Corrientes", dice el inglés comerciante.

El siguiente episodio, que también nos cuenta Robertson, nos hará conocer el carácter del hijo adoptivo de Artigas, con mayor precisión que todos los informes.

Un caudillo correntino, Bedoya, abraza la causa de Buenos Aires, y se alza contra Artigas, en la ciudad de Corrientes, de que se apodera. Andresito es enviado a sofocar la revolución, al frente de setecientos indios. Vence a Bedoya y recupera la ciudad, después que aquél ha sacrificado bárbaramente un pueblo entero de indígenas, que no quisieron abandonar la fe artiguista.

La ciudad de Corrientes espera consternada las represalias del vencedor. Andresito tenía consigo doscientos indios niños, que habían sido arrancados a sus madres por los correntinos, y a quienes él había rescatado. Pero al libertar a éstos, el caudillo había arrebatado, a su vez, un número igual de hijos de las mismas familias, que tenían como esclavos a aquellos niños indígenas.

¿Qué iba a hacer con esos sus inocentes prisioneros el capitán de Artigas?

Oigamos a Robertson: "Después de una semana de cautiverio, hizo reunir a todas las madres correntinas, que estaban en una situación desesperante; les habló de la crueldad y de la injusticia con que trataban a los pobres indios, y, sacando partido de las angustias que ellas acababan de pasar, les dijo: *"Llévense a sus hijos; llévense a sus hijos... cada una el suyo pero recuerden, en adelante, que las madres indias tienen también un corazón"*.

Se cree estar leyendo, ¿no es verdad?, una página de la Biblia: la vida en los desiertos idumeos, el sa-

crificio de Isaac interrumpido por el ángel, el juicio de Salomón en la disputa de las dos madres.

Ese es el carácter de esta figura, que parece de un pasado remotísimo, y que se ofrece, como muy pocas, al poema intenso El poeta del porvenir se encontrará con ella, y hallará su forma homérica.

Sí, es un héroe ese pobre indígena que luchó por nuestra patria, y murió, rodeado de soledad dolorosa, envenenado —dicen algunos — en un calabozo de Río Janeiro. Esa soledad está cantando en mi memoria un largo nocturno sinfónico, que se diluye en la distancia. Así murió toda su raza. sola, sin quejarse, acaso envenenada, como una fiera en el bosque, lamiéndose las heridas, y mirando lejanías infinitas, y dejándonos su tierra, legándosela a la raza nueva. Yo veo la sombra de Andresito, sentada en la cumbre de una colina solitaria de mi país y envuelta en sus alas de *carancho* o pequeño halcón americano; alas largas y finas, como velas de barcos aéreos ligerísimos, que se disuelven en el misterio de las transparencias.

Y volvamos a la invasión portuguesa, y a la ejecución del plan de Artigas contra ella.

III

Cuando Andresito recibe la orden premiosa de reconquistar sin demora sus Misiones Orientales, se cree movido por un agente supernatural: Artigas lo quiere. Él devolverá la patria a los indios; él los hará ciudadanos, él es, el solo que los ama. Andresito cruza el Uruguay como un arcángel de pómulos salientes, y de melena y ojos negros; se hace preceder en el territorio misionero por un emisario o precursor de su misma raza, Curaeté, que anuncia su próxima llegada, y

predica su mensaje de libertad. En éste, Andresito, comparándose a Moisés, libertador de los hebreos sojuzgados, convoca a sus hermanos a las armas, en nombre de Dios y de la libertad; los incita, los conmina, los llama a la lucha contra el portugués, que, desde 1801, les detenta su sagrada tierra, les promete el apoyo de las armas orientales; les pronuncia el nombre de Artigas, el armipotente que vendrá, que está ya cerca.

La palabra alucinada del precursor sacude el espíritu de aquel pueblo primitivo, que lo escucha atónito. Todos se levantan a esperar a Andresito Cuando éste llega, después de cruzar el Uruguay, más arriba del Ibicuí, el pueblo misionero afluye a él; las milicias de la frontera desertan y se pasan a sus filas. El caudillo, cumpliendo la orden de su general, se dirige al pueblo principal de las Misiones, San Borja, guarnecido por 500 hombres, que comanda el brigadier Chagas. Éste envía a reconocerlo una fuerza de 300 jinetes, que es arrollada. El hijo de Chagas, portaestandarte, muere en el choque. Andresito encierra al enemigo en San Borja, al que pone sitio, disponiéndose a asaltarlo inmediatamente. Es Josué, que va por la tierra prometida y asalta a Jericó.

Entretanto, el comandante Sotelo, que debe incorporarse al sitiador, ha partido de Entrerríos con tanta rapidez como aquél; todo el éxito de esta operación depende de la rapidez, la sorpresa debe suplir la inferioridad de recursos.

Desgraciadamente, aquélla no pudo realizarse. Interceptadas algunas comunicaciones de Artigas, el marqués de Alegrete se ha dado cuenta del plan de éste, y ha enviado contra él al teniente general Curado con fuerzas considerables. Curado ha acudido a los dos

ataques que tiene enfrente: a Andresito, que cae del Norte, desde las Misiones, y a Artigas y sus capitanes, que suben del Sur, desde la línea de Cuareim, en combinación con el ataque de aquél. Destaca al teniente coronel Abreu hacia el Uruguay, para impedir la junción de Sotelo y Andresito, y batirlos en detalle, y, al mismo tiempo, con nuevos refuerzos que recibe, envía el grueso de sus soldados, al mando del brigadier Mena Barreto, contra Artigas, sobre el Cuareim. Éstos chocan primeramente con los jefes avanzados Gatel y Berdún, y, por fin, con Artigas mismo.

Todos estos choques, y los que en el mismo tiempo tienen Rivera y Otorgués, en el Sur y en el centro, contra la vanguardia y retaguardia de Lecor, que avanza hacia Montevideo, son simultáneos; tienen lugar casi en el mismo instante.

Estamos, pues, en una hora solemne y grandiosa, en que se libra un combate formidable y decisivo, desde las Misiones Orientales hasta las costas atlánticas. Es una hora de lucha desigual, de emulación heroica, de riego de sangre; es la hora del milagro que busca Artigas. Son diez, veinte, cien batallas simultáneas: lucha del heroísmo desnudo contra el cálculo cubierto de armadura férrea; el gran clamor sube al aire de la patria y queda flotando en él, fundido en un acorde de gloria y de martirio como una nube llena de cantos. Santa Ana, San Borja, India Muerta, Ibiracoy, Corumbé, Arapey, Catalán... todo eso es una sola noche de relámpagos, una sola palabra de un idioma que no existe, mis amigos artistas.

¡Media noche estrellada de la patria! ¡Horas azules!

¿Cómo presentaros todas esas batallas juntas, tales cual ellas acontecieron, y daros la sensación de sus

líneas y colores, de su estrépito sinfónico, de su movimiento frenético, de su barbarie homérica, de su espíritu, que es espantosa armonía, sin entrar en el detalle, enemigo del mármol? ¿Cómo plasmaros en el momento de una maudita palabra, habitada por un dios, esos tres o cuatro últimos meses del año 16, "el año feliz de los orientales", en que Artigas busca el milagro?...

El tropel de las caballerías indígenas; los racimos de hombres y de caballos desnudos que se estrellan en los compactos cuadros veteranos, en los muros de bayonetas triangulares; los soldados que ruedan y caen de pie dentro del cuadro enemigo, abandonando la lanza, y tomando el puñal que llevan en los dientes; los pelotones de caballeros inverosímiles, como trozos de una banda de pájaros de largas crines negras, con haces de serpientes en las garras, los *lazos* y las *boleadoras;* el caballo que huye solo, sin jinete, relinchando, mojado de sangre, de la sangre del hombre que cayó.. todo eso, y todo lo que eso sugiere, forma el canto rapsódico. Sólo a Homero es permitido detallarlo, hacer bello el horror· el efecto de la lanza en los negros hígados, el estertor de la garganta abierta por el cuchillo, el cadáver de Héctor arrastrado por el carro de Aquiles. Nosotros no haremos eso, el horror material ya no es sagrado.

La palabra humana tiene que ser sucesiva, y la sucesión, hija del tiempo, es el atributo de la limitación, de la impotencia. Lo infinito es simultáneo; el tiempo y el espacio son apariencias.

¡Maldita sucesión de hechos! Yo no quiero narraros hechos, mis amigos; quiero hacer vibrar *el hecho* en vuestras almas, para que ellas vibren en él: cien combates, una lluvia de sangre bautismal, un derrumbe heroico, un genio airado, por fin, un dios que emerge

de entre las ruinas, y un grito que sale de su boca, abierta como un cráter: *Gloria victis!*. . Y sobre todo eso, Artigas a caballo, con la cabeza sobre el pecho, con relámpagos en los ojos, con el pensamiento en su visión.

Y, del otro lado, Buenos Aires, que mira todo aquello impasible, y al par anhelante, esperando el exterminio de los héroes, y lo que resuelvan las potencias europeas sobre nuestro destino.

El primer choque resuena en la línea del Cuareim: fue un rayo de luz fugaz. El jefe portugués Queirós, enviado por Curado, empeña una acción, en las cercanías de *Santa Ana*, con las avanzadas de Artigas, mandados por Gatel, sobrino del héroe. El portugués es completamente deshecho y se repliega en derrota. Un momento de estupor pasa por el enemigo. En ese mismo tiempo, 20 y 21 de setiembre de 1816, Sotelo está pasando el Uruguay, frente a Yapeyú, en busca de Berdún. Hombres y caballos cruzan a nado el río, en la superficie flotan las cabezas, relinchan los animales, unos hombres se agarran a sus crines, otros nadan arreándolos con sus gritos; gran número de canoas, protegidas por dos lanchas cañoneras, atraviesan la corriente, cargadas de armas, pertrechos, hombres. . Cuando se está en la mitad de la operación, cae Abreu con sus caballerías sobre la expedición; la desbarata, la acuchilla; los cadáveres flotan en las aguas, y son llevados por la corriente. Sotelo repasa el Uruguay; tienta un nuevo pasaje, y de nuevo es rechazado. Corre entonces por la margen opuesta, en busca del otro vado; logra, por fin cruzar el río, esquivando un nuevo ataque del enemigo; pisa tierra oriental y, desistiendo de su propósito de incorporarse a Berdún, corre hacia el Norte con sus centauros, en

busca de Andresito, al que encuentra en el asedio de San Borja.

La ciudad se consideraba perdida, y el indio capitán le intima rendición inmediata. Pero Chagas, el defensor de la plaza, hace un último esfuerzo de resistencia. Andresito, sin pérdida de tiempo, da la orden de asaltar las trincheras. Es el amanecer del 3 de octubre. Cuando va a llevarse a cabo el asalto, Abreu, que ha vadeado el Ibicuí, aparece por retaguardia con todas sus fuerzas. Andresito se ve entre dos fuegos, pero no desmaya sostiene el sitio con una parte de sus tropas, y con la otra, 800 hombres, sale personalmente al encuentro de Abreu, y le presenta batalla, batalla campal, abierta, desigual. El indio profeta lucha a zarpazos, sostiene indecisa la acción por largas horas; ve caer a sus hombres en torno suyo; 500 muertos y prisioneros; mira huir los restos en derrota; se queda casi solo.. ha perdido él mismo la espada... jura no usar otra hasta que la arrebate al enemigo... repasa el Uruguay... se sienta, con la cabeza entre las manos.. piensa en Artigas. Es un pájaro que grazna en la soledad crepuscular posado en una piedra gris. Sus ensueños se desvanecen en el aire; sus indios son sombras vagantes en la oscuridad, que florece en flores negras No hay patria para los indios.

El general Curado, al saber la derrota de Andresito, incorpora las fuerzas de su vencedor a las del brigadier Mena Barreto, y ambos se lanzan sobre Berdún, que precede a Artigas. Lo encuentra en *Ibiracoy* (19 de octubre); Berdún es derrotado. Otro gran chorro de sangre sale del cuerpo de la patria. No contemos los muertos orientales, son muchos. Estos insurgentes, dice Mena Barreto en el parte de la batalla, pelean como desesperados... Berdún se va con el caballo jadeante;

le da de beber, quitándole el freno, en territorio oriental.

Y aparece entonces Artigas personalmente. En *Corumbé* sale al encuentro de los vencedores de Andresito y de Berdún, choca con ellos en combate formidable, casi en los mismos momentos (27 de octubre) en que Rivera, allá en el Sur, en *India Muerta* (19 de noviembre), se pone en frente de la poderosa vanguardia de Lecor, mandada por el mariscal Pinto. Los ecos de ambas batallas, *India Muerta y Corumbé*, casi se alcanzan al través del espacio; se funden en un solo tumbo de multitud, son una sola batalla; los caballos que cargan en la una sienten en la tierra la vibración del galope de los que cargan en la otra; los muertos de ambas se ven y se reconocen, en cuanto se desprenden de la tierra, al través de las colinas solitarias, y se abrazan en la dantesca transparencia de las sombras.

Aún no se ha extinguido en el Norte y en el Sur el clamor de India Muerta y Corumbé, y otro nuevo estrépito de batalla suena en el centro. Es Otorgués que lucha con el mariscal Bernardo da Silveira, jefe de la vanguardia de Lecor, compuesta de 2.000 hombres y dos cañones. Otorgués quiere cerrarle el paso hacia Montevideo, aniquilarlo en el camino con sus 1.500 milicianos reclutados en los departamentos del Sur. El 6 de diciembre, en *Pablo Páez,* ataca y triunfa; deshace la vanguardia del enemigo, y corre enseguida en pos de éste, que ha conseguido vadear el Cordobés; lo acosa de día y de noche; lo obliga a encerrarse en los potreros de *Casupá*. En el curso de la persecución se le incorpora Rivera, que ha logrado rehacerse después de derrotado en *India Muerta,* con una división de 1.200 hombres, y juntos resuelven librar una batalla decisiva en *Casupá*. Ésta no tuvo lugar por disiden-

cias entre ambos jefes, y Silveira logró evadirse de entre sus perseguidores, cuya vanguardia comandaba Lavalleja. Silveira alcanza, por fin, la incorporación de Lecor. Y la bandera portuguesa sigue su marcha hacia Montevideo.

IV

Y con tanta lucha, mis amigos artistas, que yo pretendo en vano haceros oir en una sola palabra llena de sustancia musical, aún no ha sonado la nota fundamental, la perdurable de este combate de varios meses, en que se diría que los caídos en la tarde reaparecen en la mañana con la aurora. Oidla, pues es simultánea; es Artigas que lucha de nuevo allá en el Norte. Ahí lo tenéis, sin el más mínimo quebranto en el alma fuerte. Se ha levantado ileso; reaparece con 4.000 hombres, surgidos no sé de dónde; tiene su cuartel general sobre el río Arapey, en territorio oriental, y se dispone a invadir otra vez el portugués.

El general Curado ha refundido todas sus fuerzas en un poderoso ejército de 3.000 hombres y once piezas de artillería, cuyo mando toma el marqués de Alegrete, gobernador de Río Grande. Éste se lanza sobre el territorio oriental en busca de Artigas, anunciando a los orientales que entra a libertarlos. Artigas no espera el ataque; desprende de su cuartel general, en el Arapey, 3 400 hombres y dos piezas, que pone a las órdenes de su mayor general don Andrés Latorre, y ordena a éste que ataque a Alegrete donde lo encuentre. Este Andrés Latorre, mis amigos, es un bravo, es un héroe, y apenas podemos mirarlo un momento con intensidad. El conjunto nos reclama, el viento nos arrastra. ¡El animoso Latorre! Pasa el Cuareim

a cumplir la orden de Artigas; penetra en el territorio portugués, y amaga la retaguardia de Alegrete, a la que coloca entre sus fuerzas y el campamento de Artigas. Alegrete concibe entonces, y ejecuta, un pensamiento atrevido· echa sobre Latorre, hacia el Norte, un cuerpo de 500 jinetes ágiles para entretenerlo, y él se lanza rápidamente en dirección opuesta, hacia el campamento de Artigas, que espera, en el Arapey, el resultado de la operación de su mayor general. El jefe portugués vadea el Cuareim, y en uno de sus afluentes, el *Arroyo del Catalán*, toma fuertes posiciones. Allí cerca, al Sur, a una jornada de marcha, está el campamento de Artigas, sobre el río *Arapey*, allí está aquél con 400 hombres y gran cantidad de provisiones y pertrechos. Es el caso de tentar una sorpresa, y Alegrete destaca con ese objeto al coronel Abreu, con 600 hombres de infantería y caballería y dos cañones, para que, salvando durante la noche el espacio que lo separa de Artigas, ataque el campamento de éste por sorpresa, y se repliegue inmediatamente, cualquiera que sea el resultado de su tentativa. Un regimiento de dragones apoya la expedición, quedando entre el campamento de Artigas y el de Alegrete. Era la noche del 2 de enero de 1817; el 1816, el *año feliz*, había pasado, pues. En la madrugada del 3, Abreu expugna el campamento silencioso, situado entre unos cerros; vadea el río sin ser sentido; emplaza su artillería en dirección al centro del campamento, y, quedando en el mando de ella, ordena a algunas compañías el ataque. Es Artigas personalmente el que avanza, al sentir al enemigo. Las fuerzas orientales tienen que replegarse al centro del campamento, donde, al ser descubiertas por la artillería de Abreu, son eficazmente cañoneadas y desmoralizadas. El desas-

tre fue obra de un instante; la confusión se produjo, desatentada y sangrienta, ochenta hombres quedaron muertos por la metralla; Artigas mismo, en medio del fuego, estuvo a punto de caer prisionero, cuando, sin espolear su caballo, procuraba dominar la confusión No fue posible: la estrella del héroe daba fulgores de desolación. Todo fue incendiado, todo destruido en aquel campamento del Arapey.

Latorre, el buen Latorre, no ha visto caer en el vacío la estrella incendiada de su jefe; sólo se ha dado cuenta de la falsa maniobra de Alegrete, y ha repasado rápidamente el Cuareim en su busca. Va como el jaguar de noche entre los matorrales. Y amanece en la mañana triste. en la entrada del bosque del Catalán, lleno de silencios que lo miran. Y se prepara a la batalla; sus jinetes no han desmontado.

Esta *Batalla del Catalán* es una pesadilla horrible en nuestro recuerdo, amigos míos. Se piensa en ella como en una ilusión amortajada...

¡Si allí se hubiera vencido!

Aún está por averiguarse, a ciencia cierta, lo que pasó en ese día, pero es indudable que la visión del triunfo apareció en aquel campo.

Tengo aquí, mis amigos, un discurso inédito, autógrafo, de don Miguel Barreiro, en que éste describe el que él llama terrible desastre del Catalán, es una primicia que os ofrezco. Ved aquí, en cambio, el parte oficial pasado por el marqués de Alegrete al marqués de Aguiar, ministro del rey don Juan VI Podéis imponeros, si os interesa, de la narración de José Moraes Lara, capitán del ejército portugués, que, como testigo, escribe esa historia, y de otras fuentes de información, que son las más corrientes. Barreiro, disintiendo de

lo que hasta ahora hemos creído, nos dice: "Una marcha feliz, sin que fuese posible combinarla al efecto, condujo el grueso de nuestras tropas, sin ser sentido, hasta una inmediación de contacto con el ejército del enemigo. De éste había salido una fuerte división de caballería, a sorprender nuestro cuartel general, que se hallaba a doce leguas de distancia".

Esta división (que es, como lo véis, la de Abreu, de que hemos hablado) regresó al Catalán, según Barreiro, y no dándose cuenta de la proximidad de nuestro ejército, acampó a media legua de éste, sin anunciar a nadie su regreso. El ejército oriental dominaba por su posición al enemigo, entregado al sueño Latorre no sabía que Abreu estaba detrás; las bandas militares debían sonar el toque de aurora en medio del campo contrario.

Latorre se apoderó sigilosamente, durante la noche, de todos los bagajes, tren y caballadas de éste, y esperó la mañana para intimarle rendición. Se creía con una gran victoria en la mano.

El general portugués había ordenado que la mitad de su caballería se mantuviera sobre las armas; pero la orden no fue cumplida, y sólo se colocó una guardia de ochenta hombres en la entrada del bosque.

"Amaneció, continúa el narrador, y esta insignificante guardia, al hacer la descubierta de costumbre, se encuentra con nuestra izquierda Sin ver el grueso de nuestro ejército, por la estrechura y la escasa luz crepuscular, y creyendo que nuestra izquierda era una simple partida, rompe el fuego sobre ella. Los nuestros, cuya atención se concentraba toda al frente, en que creían tener atrapado al enemigo, al sentir aquel fuego lateral, juzgan que han estado en error, que nada tienen enfrente, sino que el portugués ocupa el

bosque, y que son ellos, por consiguiente, los que han caído en la trampa. La izquierda, presa del pánico, se repliega sobre el centro, y le comunica su desorden; toda la masa se conmueve y sobrecoge y desorienta.

"Fue en vano ver claramente, en aquel momento, a la luz del día, al ejército enemigo, que realmente estaba al frente, tomar precipitadamente las armas y formarse delante de sus tiendas, casi desnudos hasta los oficiales generales: el desorden y el pánico habían cundido en nuestras filas.

"Una circunstancia más contribuyó a hacer imposible la reacción: la división de caballería portuguesa que había vuelto del Arapey, y estaba acampada a corta distancia, atraída por las detonaciones, apareció por el otro flanco, y cargó rápidamente.

"A su vista, aumentada la fatal ilusión de los nuestros, todo se desbanda, todo se comprime, dice Barreiro, y, embarazados en su mismo número, empieza la carnicería más horrenda y la defensa más heroica que referirse puede".

En este precioso discurso, Barreiro defiende al vencido del cargo de impericia o de imprudencia. "Esta jornada, dice, nos demuestra que los sucesos humanos no están abandonados a la ciega aventura. en todo se manifiesta la mano poderosa del Altísimo. Si la calumnia y el error se han cebado en esa desgracia, desechemos sus funestas sugestiones, y no amarguemos, con una credulidad ligera, la ya demasiado triste suerte de las ilustres víctimas del más acendrado patriotismo. No, no fue la mala dirección, no la impericia quien hizo funesto aquel solemne día... "La relación de esta horrible derrota habéis visto que nada presenta debido al cálculo de los hombres. Si se descubren

yerros, es una y otra parte, y el triunfo de los enemigos fue debido a sus mismas faltas..."

No es así como nos presenta la batalla el parte oficial del marqués de Alegrete. Éste la describe como pudiera describirse la acción de Austerlitz. Dice que colocó su ala izquierda de caballería apoyada en el Catalán y en tres piezas de artillería; el centro estaba compuesto de dos tercios de infantería y dos cañones; un regimiento de dragones y un escuadrón de caballería formaban el ala derecha; cuatro obuses y dos destacamentos de infantería, protegidos por más caballería, ocupaban la retaguardia, y guardaban los pasos del río; en la extrema derecha estaba Abreu, con sus caballerías y dos piezas, etc., etc. Al frente de todo eso figuraban los más expertos militares del reino: los generales don Joaquín Curado, célebre por sus crueldades, y don Joaquín de Oliveira Álvarez; el brigadier don Juan de Dios Mena Barreto; el coronel Bentos Correa de Cámara; el coronel Abreu; el marqués de Alegrete, por fin, rodeado de un largo Estado Mayor.

Sobre todo eso se lanzó personalmente Latorre, a la cabeza de sus milicias, casi inermes y desnudas; él llevó el ataque desesperado sobre el centro portugués. Latorre, si bien era un militar, no era un técnico de la preparación científica de sus enemigos; pero era un hombre que defendía a su madre. Para darnos cuenta de lo que hizo el heroísmo en esa batalla, cualquiera que haya sido su plan y desarrollo, bástenos saber que ella se sostuvo el día entero, y que, según lo afirma, entre otros, el capitán portugués Moraes Lara, el éxito estuvo indeciso por largas horas y vacilante la victoria.

Determinada ésta en favor de Alegrete, los restos de nuestro ejército lograron reunirse en un extremo

del monte, y allí, acorralados por las fuerzas diez veces superiores, recibieron la intimación de rendirse.

No fue posible. Una nueva y suprema batalla se libró allí, en aquel bosque sagrado. No fue batalla: fue una ejecución a cañonazos. ¡Hora clamorosa! Las descargas portuguesas sonaban sin interrupción, y sólo eran contestadas por interjecciones de rabia; los pocos fusiles patriotas ya no tenían voz. De repente, salían de entre los árboles, como fieras de su guarida, diez, veinte jinetes casi desnudos, que cargaban dando alaridos, y caían sobre las bayonetas enemigas. Y nadie se rendía. Y nadie se rindió. Hasta que en aquel bosque quedó sólo el silencio. Porque los que habían vivido callaban para siempre.

¡Hora postrera del *Catalán!* ¡La Guardia Vieja de los Gauchos sin historia!

El marqués de Alegrete, que llama a esa batalla "la primera en los fastos militares del Brasil", puso su triunfo, con todos sus trofeos, en manos de su rey. Su parte al marqués de Aguiar, ministro de la Guerra, termina así: "Quiera V. E. besar en mi nombre la mano augusta de Su Majestad; sólo me lamento de no estar a sus pies, cuando tengo la honra incomparable de exponer mi vida en su servicio".

Los trofeos que presentaba el vencedor no eran suntuosos: los dos únicos cañones que tenían los vencidos para oponer a sus numerosas baterías, seis cajas de guerra, una bandera tricolor, que el mismo Alegrete casi no se atreve a presentar, por los motes injuriosos contra el enemigo y su rey que en ella iban escritos, según lo dice en su parte. Pero, en cambio, la sangre oriental que baña el ara portuguesa es copiosa: novecientos muertos dice Alegrete que quedaron en el cam-

po. Yo no sé si es exacta la cifra, pero debe serlo; otros la dan mayor. Sólo muriendo, y muriendo sin cesar, han podido sostener indeciso, durante un día entero, ese inverosímil combate, aquellos hombres casi desnudos y desarmados. ¿Qué habían de hacer sino morir?

Hay historiadores que, con gran copia de tecnicismos, hacen la crítica militar de esos combates, y motejan de incompetentes a Artigas en Corumbé, a Rivera en India Muerta, a Latorre en el Catalán, porque sus planes de batalla no se ajustaron a las reglas. Aquí faltaba un cuadro, dicen; allí una reserva; la artillería no debió emplazarse así, etc., etc. Convengamos en que esos críticos no pasan de la categoría de retóricos inflados. ¡El plan de batalla de Corumbé, o de India Muerta, o del Catalán! Es el mismo, oh sabios de la estrategia libresca, es el mismo que, dentro de algunos años, servirá a Rivera y a Lavalleja para triunfar en el Rincón y en Sarandí, y para reconquistar las Misiones Orientales. En unas se triunfó y en otras no; eso fue todo. Pero en ambos casos no hubo, ni podía haber, más táctica que la del heroísmo homérico, sin más recurso que el de saber morir. La desigualdad de aquella lucha salta a los ojos y los salpica de sangre.

V

Trescientos muertos en San Borja, doscientos en Ibiracoy, doscientos cincuenta en Corumbé, mil en el Arapey y el Catalán. . ¡Es mucha sangre oriental la que está corriendo, mis amigos! ¿Nadie la siente gotear con algún noble sentimiento, en la oscuridad de aquella noche? ¿Ni siquiera el hermano occidental?

Tendríamos que renegar de la raza, si esa indiferencia hubiera existido. Esa lluvia de sangre podía sonar, como rumor grato, en los cristales de los que, en Buenos Aires, esperaban ansiosos la consumación de la conquista portuguesa con el exterminio de Artigas; pero el pueblo argentino, el pueblo hermano, todo él, sentía que aquel chorro de sangre americana salía de sus propias arterias. Y sufría, rugía, se sentía heroico en los orientales, en cuyas filas figuraban numerosos combatientes de las provincias. Las hazañas de esos orientales llegaban a sus oídos, como un cuento fantástico de gloria; la pasión popular daba mayor relieve a esas proezas, y sugería a Bland, el comisionado de Estados Unidos, su informe oficial, que conoceréis oportunamente Dice en éste que. "los gauchos de Montevideo son los más formidables guerrilleros que jamás han existido; que los hechos que de ellos se relatan exceden a lo que se cuenta de los escitas, de los partos o de los cosacos del Don".

El pueblo argentino, el occidental, bien sabía que él estaba tan amenazado como el oriental por la invasión portuguesa, y que el portugués no se limitaría, como lo afirmaba, a destruir a Artigas y a dominar la Provincia Oriental, a título de que ésta se había declarado independiente de las demás.

Eso ya no era una simple presunción, por otra parte: el ejército portugués había violado el territorio occidental, salvando la frontera del Uruguay, su invasión había llegado hasta el mismo río Paraná, y hubiera salvado éste, si hubiera sido necesario, hasta los Andes, hasta darse la mano con España, que venía del Perú. Y no por eso el Directorio de Buenos Aires se había sentido herido en carne propia, ni creído en el caso de declarar la guerra al portugués, ni mucho

menos. Esa invasión al territorio occidental había sido algo más que una violación del territorio de las llamadas Provincias Unidas; nada más vandálico que esa bárbara irrupción.

El capitán general de Río Grande, para evitar que Andresito se rehiciera después de sus desastres, ordenó al brigadier Chagas que, con mil hombres y cinco cañones, pasase el Uruguay, y talase el territorio occidental, trayéndose su población para repartirla, como un rebaño, en las Misiones Orientales portuguesas. Chagas llenó su cometido a maravilla, os lo aseguro, perfectamente bien. Cruzó el río el 17 de enero de 1817, se apoderó del pueblo de *La Cruz* abandonado; hizo destruir el de *Itapeyú*, saqueó e incendió *Santo Tomé*, arrasó los pueblos de *San José, Apóstoles, Mártires y San Carlos; Concepción y Santa María la Mayor* fueron arruinadas; *San Francisco Javier* quedó destruido. La caballería de Chagas avanzó, por fin, hasta la costa del Paraná, hasta la población de *Loreto,* que fue saqueada y destruida.

Yo no os he de narrar los horrores que allí se vieron. Un escritor brasilero, actor en esos hechos, dice que "vióse a un teniente Luis Mairá estrangular a más de un niño, y jactarse de ello, vióse la inmoralidad, el sacrilegio, el robo y el estupro en auge; vióse, por fin, la religión católica ofendida por todos lados". Un templo ardía, el cura se echa a los pies del comandante, diciéndole que no podrá sobrevivir a la ruina de su iglesia. "Pues métase pronto en ella, le contesta el incendiario, y quémese con ella..."

El 13 de febrero comunicaba Chagas sus triunfos al marqués de Alegrete. "Destruidos y saqueados los siete pueblos de la margen occidental del Uruguay, le decía; saqueados solamente los pueblos de Apóstoles,

San José y San Carlos, dejando arrasados todos los campos adyacentes a los mismos pueblos, en un espacio de cincuenta leguas". En otras comunicaciones, computa en 80 arrobas de plata lo arrebatado a las iglesias, además de los muchos y ricos ornamentos, campanas, etc El número de enemigos muertos era de 3.910: los prisioneros, 360... Desde la época de la conquista, dice Mitre, la historia no presenta ejemplo de una invasión más bárbara que ésta. Desde entonces las Misiones Occidentales, las que fundaron y doctrinaron los jesuitas españoles, son un desierto poblado de ruinas. Y aquellas tierras habían sido fértiles y hermosas; los viejos, las mujeres, los niños, que vagan sobrecogidos por los campos, habían sido felices.

Ésos eran los que, aliados a Buenos Aires, venían sólo a libertar a los pueblos de la tiranía del bárbaro oriental

El portugués había, pues, cruzado el río Uruguay; lo salvaba cuando quería; no había fronteras que lo detuvieran, si ya no era la espada de Artigas

Pero no era esa la causa principal de la atracción del pueblo argentino hacia el oriental. lo arrastraba el solo espectáculo de su heroísmo y la convicción instintiva de que, en esa guerra contra Portugal, más aún que en la que libraba San Martín contra España en el otro extremo, se estaba defendiendo la independencia de América, y, sobre todo, el principio republicano que San Martín no defendía. Artigas aparecía gigantesco; el pueblo oriental cobraba formas propias, inconfundibles, y era mirado, desde el otro lado del río, como una raza elegida, forjada en fragua y con martillos extraordinarios. Mitre se ha encontrado, al escribir su historia, con esa impresión de sus compatriotas sobre Artigas y su pueblo, y la refleja honradamente en las

mismas páginas en que denigra al héroe. Éste es bárbaro para él, es repulsivo; pero el pueblo que vive de su vida y lo sigue como a un dios, es admirable. "A pesar de tantos y tan severos reveses, dice, los orientales no desmayaban en su heroico empeño. Defendían su suelo patrio y su independencia, contra la agresión injusta de un poder extraño que, tomando por pretexto la anarquía del limítrofe, sólo era movido por su ambición y su codicia. Solos, mal mandados, mal tratados, mal organizados, casi sin armas y desprovistos de todo, se mostraban, empero, dispuestos a hacer el último esfuerzo... Jamás causa más sagrada fue sostenida por soldados más llenos de abnegación". "Artigas, acaudillando esta valerosa resistencia, se hubiese levantado ante la historia, si hubiese poseído algunas de las cualidades del patriota, del guerrero". No se ha levantado, efectivamente, en la historia de Belgrano o de San Martín, escritas por Mitre; pero veréis cómo se levanta en la de Washington, escrita mucho más lejos y a mayor distancia, y cómo acabará por convertirse en un mito o misterio, en el concepto del mismo Mitre.

¡Los soldados llenos de abnegación!

Era en esa época, sin embargo, cuando Pueyrredón escribía a San Martín: "Artigas ha sido completamente derrotado por los portugueses, y se ha refugiado en los bosques con *algunos facinerosos*".

¡Oh los pobres facinerosos que morían por América!

VI

La ira del pueblo argentino, ante la impasibilidad con que los gobernantes de Buenos Aires seguían el curso de la inmolación del pueblo hermano, hace a

aquél participante de la gloria de éste. Desde Buenos Aires hasta Mendoza, rugía siniestro y vengador; gritaba a la complicidad, a la traición; se vigorizaba en el odio al predominio central; ahondaba las raíces de la futura organización federal El director Pueyrredón sentía el rugido, y tenía noches de insomnio.

En vano recurrió a las persecuciones y los ostracismos contra los que, como recurso político de oposición, querían revelar aquellos secretos que la *Gaceta de Buenos Aires* ocultaba. Ni una palabra dice ésta de los sucesos de la Banda Oriental. Uno la lee hoy con interés, entrega por entrega, y ve en ella el reflejo delator de la inicua conspiración contra el pueblo. Ni una palabra se le dice de estos sucesos, ni de las gestiones en Río Janeiro, ni de la invasión portuguesa, ni de la existencia de Artigas, ni de los chorros de sangre argentina que están corriendo. Pueyrredón y el gobierno no saben nada de esto hasta el 1º de diciembre de 1816, en que aquél hace saber al pueblo, por fin, *con grande indignación*, que los portugueses han violado el sagrado territorio de la patria. Algunos días después entrarán triunfantes en Montevideo. Fue entonces cuando Pueyrredón desterró a Dorrego, y Moreno, y Pazos, y Chiclana, y al general French, y a los coroneles orientales Pagola y Valdenegro. El grito de las muchedumbres no se acallaba, y el pueblo oriental, núcleo de esa resistencia, y que debía estar ya postrado para siempre, no se resolvía a morir para dejar en paz a Buenos Aires, y dejar el paso libre al esperado rey. No está muerto aún ¿Es que tendrá realmente algo de inmortal?

Y ese Artigas, ese bárbaro de Artigas, en vez de darse por vencido y someterse a su suerte, se agigan-

taba en la derrota, se presentaba altivo como nunca, y como nunca señor de su pensamiento.

Pueyrredón, ocultando lo que hoy todos conocemos, le ha estado haciendo las protestas más expresivas de cordial amistad; le ha llamado ilustre general, y hasta le ha dado explicaciones sobre una agresión llevada a Santa Fe por el ejército de línea, que comete allí depredaciones inauditas de que más adelante hablaremos. Pero lo abandona a su suerte; lo ve desangrarse sin una queja; oye impasible, y sin moverse, sus reiterados e imperiosos pedidos de declaración de guerra al invasor extranjero, de recursos bélicos para rechazar al enemigo común Artigas pide sólo recursos, armas, pólvora, balas... nada más. Sólo consigue *simulacros de amistad*, como él, valga su propia frase, decía.

Al caer en Corumbé, convencido ya plenamente de la complicidad de Buenos Aires con el invasor, que hoy nosotros conocemos ampliamente, quiere demostrar su vitalidad intacta en el desastre, y lanza al rostro de ese enemigo el anatema de su pueblo, declarando abiertamente la guerra a Buenos Aires, cerrando los puertos orientales a toda procedencia de esa banda y embargando sus buques. Parece que ese hombre, como el Anteo del mito antiguo, ha tocado, al caer, una vez más la tierra, su madre divina, y se ha alzado con una nueva convulsión de locura heroica. Azuza a sus enemigos, a todos sus enemigos; y, con los ojos luminosos y la boca llena de estridentes cóleras, extiende hacia ellos el brazo crispado, en actitud de imprecación vengadora.

"No puedo permanecer indiferente, escribe al Cabildo de Montevideo, ante la conducta criminal y reprensible de Buenos Aires; he mandado cerrar los

puertos y cortar toda comunicación con aquella banda. Si esta medida no penetra a aquel gobierno de nuestra indignación, yo protesto no omitir diligencia alguna hasta manifestar al mundo mi constancia y la iniquidad con que se propende a nuestro aniquilamiento. Buenos Aires debe franquearnos los auxilios a que siempre se ha negado, o Buenos Aires será el último blanco de nuestro furor".

VII

Y sin embargo, parece que Pueyrredón no se ha convencido todavía de que es imposible, absolutamente imposible, engañar, y mucho menos reducir, a ese rojo arcángel, poseído de la visión del porvenir, aún cree que puede encontrarse algún recurso diplomático que le permita remover ese obstáculo, que se opone a la consecución de sus planes monárquicos. Para ello pone en juego dos expedientes, de una doblez ingenua como la de un niño. a fin de calmar la ira del pueblo argentino, que, aunque sólo entreviendo o sospechando las gestiones diplomáticas secretas, le llama traidor por su inacción ante el sacrificio de los orientales, envía un embajador, el coronel don Nicolás de Vedia, a interpelar al general portugués, que se dirige vencedor a Montevideo, sobre las intenciones que lo han traído al Río de la Plata con su ejército, e intimarle que se retire. Y, para aniquilar la resistencia de Artigas, se dirige a Barreiro, gobernador de Montevideo, y lo estimula a arreglarse con Buenos Aires, su hermano leal; a someterse a él, vista la notoria imposibilidad en que está Montevideo de resistir por sí solo al ejército y a la escuadra portugueses, que van a caer sobre la plaza indefensa.

Como lo comprenderéis, mis amigos, ninguno de esos recursos tenía la más mínima realidad intrínseca: ni había intención de declarar la guerra a Portugal, cualquiera que fuese la contestación del general invasor, ni existía el propósito, por consiguiente, de reconocer la personalidad del hermano oriental, cualesquiera que fuesen las gestiones que iniciara Barreiro. Eso lo sabéis hoy vosotros perfectamente, pues conocéis los antecedentes de la invasión portuguesa, y los propósitos, que jamás aceptará Artigas, del Directorio de Buenos Aires.

El simulacro de embajada del señor Vedia se realizó, sin embargo, con la mayor formalidad. Éste fue en busca del general Lecor, barón de la Laguna, que se hallaba en Maldonado, el 19 de noviembre de 1816; precisamente el día de la batalla de *India Muerta*, algunos días después de *Corumbé*. Eran los momentos en que más corría la sangre oriental, y en que el brigadier Chagas preparaba su espantosa irrupción de exterminio al territorio occidental. El barón de la Laguna, que tenía como secretario y consultor y conductor a don Nicolás de Herrera, antiguo ministro de Alvear, como sabemos, y coautor con García, el agente de Buenos Aires, de la invasión portuguesa, recibió al señor Vedia como si fuese otro vizconde o barón, o muy poco menos. Ese barón de la Laguna era un hombre de facultades quizá algo menos de mediocres; más bien menos que más; pero, eso sí, era un gran señor, como Pueyrredón, casi un príncipe, un verdadero príncipe; tenía alabarderos, y trompas, y banda de chirimías; no como Artigas, que no tenía nada de eso. Lecor, que, poco después, contrajo matrimonio con una hermosa prima de su secretario, don Nicolás Herrera, era cortesano, galante con las damas, muy aci-

calado en el vestir; y era olímpico en el mirar. Una suntuosa persona. Salió al encuentro de Vedia, desde su magnífica tienda de campaña, rodeado de su Estado Mayor; le hizo fastuosos honores; se tocaron músicas, se formaron soldados, etc., etc. Fue un bonito espectáculo marcial.

Es bueno no olvidar un detalle auténtico entre otros: al entregar Vedia el pliego de Pueyrredón, Lecor se puso de pie para recibirlo, y de pie lo leyó, como abrumado ante tanta grandeza.

Pero dijo al señor Vedia, palabra más, palabra menos.

"Me pregunta usted, en nombre de Buenos Aires, qué es lo que vengo a hacer por estas tierras, con estos soldados, y, en esa misma representación, me intima usted que me retire de aquí. Oh, señor mío, yo me siento desolado, al tener que contestar a usted que nada está más lejos de mi intención que el complacer a usted en eso de retirarme de aquí, ni en nada que se le parezca. En primer lugar, yo soy un simple ejecutor, y sólo obedezco a quien me envía, a mi augusto dueño y señor, pero puede usted decir a Buenos Aires, porque yo se lo aseguro, que nada tiene que temer de mi; yo no tengo ninguna mala intención para con Buenos Aires, que me es muy simpático; todo lo contrario. Vengo sólo a combatir a Artigas, su enemigo y el mío, que es un bárbaro, incapaz de derechos; en eso estamos perfectamente conformes... ¿no es verdad? Vengo, por ahora, en busca sólo de esta Banda Oriental, que está tiranizada por aquel bárbaro; vengo a redimirla". *"Ignoro si después pasaré a ocupar la provincia de Entrerríos,* agregó; pero tengo orden de guardar con Buenos Aires la más perfecta neutralidad. El rey, mi amo, se ha resuelto a enviar sus tropas *para*

recobrar lo que ya en otros tiempos poseyó con justos títulos, y que la Corona de Castilla le arrancó con violencia".

"Para tomar lo que a uno le pertenece, no es necesario pedir el beneplácito de nadie. Y como, por otra parte, esta Provincia Oriental se ha declarado independiente de Buenos Aires, y del mundo entero, nada hallo más razonable que quedarme con ella, en nombre del rey mi amo, y nada menos oportuno que la intromisión de Buenos Aires en este asunto, que no le va ni le viene".

El señor Lecor dijo algo más al señor Vedia. Le mostró las fuerzas de que disponía, le dio resumen escrito y bien detallado de ellas, para que lo llevara a Buenos Aires, y le aconsejó que procurara contener a su gobierno y moderar su animosidad, porque, de lo contrario, bloquearía el Río de la Plata, y llevaría la guerra a la Banda Occidental. En cambio, si Buenos Aires procedía juiciosamente, quizá la independencia de las Provincias Unidas sería reconocida por Portugal. Y, de todos modos, dijo, Buenos Aires se verá libre de Artigas, de quien *nada bueno debe esperar.*

¡Oh, esas conferencias de Lecor y Vedia, mientras San Martín libraba la batalla de Chacabuco, y Artigas sostenía su heroica resistencia! — ¿No le parece a usted, dijo Lecor a Vedia en una de sus conversaciones, que la grandiosa bahía de Río Janeiro es la puerta del *Imperio Sudamericano,* cuyos límites están trazados, por la naturaleza, en los magníficos ríos Amazonas y Plata? Ustedes deben comprender que sería una locura, en una nación pequeña, como Portugal, extenderse más allá.

El señor Vedia, que verbalmente había revelado a Lecor los entretelones de su misión, manifestándole

que sus protestas ostensibles no tenían más objeto que hacer creer al país que se protestaba, fue embarcado, con demoras calculadas, en Maldonado, y se retiró con grandes honores, al son de musicales trompas y chirimías.

Y el señor vizconde, con su formidable ejército de ocho mil hombres y su escuadra, continuó impasible su marcha hacia Montevideo, guarnecido por seiscientos soldados. Quería llegar a Montevideo antes que Vedia a Buenos Aires, si fuera posible.

Y se apoderó de Montevideo indefenso un mes después

Convengamos, mis buenos amigos, en que ese simulacro de Vedia fue sarcástico e impío; pero fue también humillante.

¿No sabía el Directorio de Buenos Aires a qué y por qué había venido ese ejército traído de Portugal, y cuya partida había anunciado con júbilo el señor García al Directorio, y al ministro Tagle, y a la Logia Lautaro, y al Congreso de Tucumán, y a todos los demás iniciados? ¿No continúa el señor García, acreditado por Pueyrredón, en Río Janeiro, ante el rey invasor, aún después de violadas todas las fronteras argentinas? ¿Y no está Rivadavia en Europa, junto a las otras cortes de la Santa Alianza?

Nosotros, que sabemos todo eso y mucho más, podríamos reírnos de la misión de Vedia, si en esas horas no estuvieran muriendo tantos hombres orientales a manos de Portugal, en las batallas homéricas por la independencia americana, por el alma de Mayo de 1810 No yo os confieso francamente, mis buenos amigos, que no puedo reirme en este momento; esos facinerosos, como llamaba Pueyrredón a los hombres desnudos que morían, eran mis hermanos, los prínci-

pes, la sangre real de mi patria, la verdadera sangre real...

¡Oh, mis augustos malhechores! ¡Padre Artigas! No, no puedo reírme. Lo que yo experimento es algo que no se compadece con la risa.. ¡Cómo desagraviaros, oh, los benditos facinerosos de mi tierra!

VIII

Pero si amarga fue la misión de Vedia, no lo fue menos la que, estimulada por Pueyrredón y autorizada por Artigas, envió a Buenos Aires, pocos días después el 6 de diciembre de 1816, el gobernador Barreiro, en busca de alianza o protección, o, cuando menos, de recursos para defender la plaza.

Imaginaos, mis amigos, la índole y la situación de la ciudad de Montevideo, al aproximarse Lecor a sus murallas. Es una plaza indefensa; no hace dos años, el otro conquistador, el otro enemigo de Artigas, Alvear, al verse obligado a entregar la ciudad a sus dueños, después del Guayabo, no lo hizo sin llevarse todo cuanto elemento bélico le fue posible arrebatar: cañones, fusiles, pólvora, todo eso enriqueció a Buenos Aires, como decía el director Posadas; su simple devolución era lo que Artigas reclamaba. Bien recordáis la catástrofe que se produjo, al pasar a la otra banda hasta el último grano de pólvora que había en los polvorines.

Recibida así la plaza por los orientales, éstos han hecho todo lo posible por habilitarla. Ya os he descrito el entusiasmo con que los patriotas, en esos años 1815 y 1816, organizaban milicias ciudadanas, que armaban y uniformaban con recursos populares; los jóvenes de mejor posición mandaban y sostenían de su propio

peculio esas milicias; las damas cosían las banderas tricolores y bordaban los escudos de los morriones y ostentaban en el pecho la escarapela de Artigas. Éste, allá en el Norte, en la que hemos llamado verdadera capital de la República recién nacida, hacía lo imposible por conseguir recursos bélicos, que en vano reclamaba a gritos de Buenos Aires: obtenía algunas docenas de fusiles de acá, un centenar de sables de allá, un cañón del otro lado, vendía cueros a los comerciantes ingleses para comprar fusiles; enastaba hierros de lanzas o componía armas casi inservibles en su maestranza primitiva de Purificación, hacía fabricar pólvora.

Todo eso que se iniciaba en Montevideo fue interrumpido por la invasión portuguesa, que cayó sobre el país cuando éste comenzaba a vivir.

Pero lo que constituía la debilidad de esa plaza, más aún que su carencia de elementos bélicos materiales, era la naturaleza de su población.

La nación autóctona, la incontaminada, está con Artigas, que es el centro de toda vida, la capital ambulante de la patria; a ésa podrán exigírsele los sacrificios heroicos; ésa es la que, allá en el Norte, lo arrasará todo antes de rendirse, la del éxodo, la de Guayabo.

Pero la ciudad de Montevideo no ha podido transformarse en dos años de dominio patrio; es todavía la ciudad colonial hispánica. Los españoles, monárquicos empecinados, que constituyen la base social, y son dueños del comercio y de la fortuna, no han de luchar, ni mucho menos, en favor de los orientales, contra el monarca portugués, aliado natural de España, y que bien puede ser el restaurador del dominio español. Entre los mismos orientales existe esa gran masa de gente conservadora que anhela la paz y el bienestar

relativo, y que está muy cansada de una guerra cuyo objeto no distingue bien, y cuyo término no ve. Esa gente no está dispuesta al sacrificio; sólo espera los acontecimientos para adaptarse a ellos. Ése el tipo corriente y bien estudiado en la historia universal: el *afrancesado* que, en Madrid, esperaba a Napoleón, y, en París, aguardaba y recibía a los aliados vencedores; el que, en todas partes del orbe terráqueo, ha hecho otro tanto, y ha servido y servirá siempre de base para organizar las conquistas y los despotismos. Bien sabemos que esos hombres nada representan en tales casos: son el hombre corriente, ni más ni menos; el Sancho Panza escudero; son la prudencia humana, la lógica, la negación de lo imposible heroico.

Por eso Artigas no hizo jamás de Montevideo su baluarte; ni siquiera penetró dentro de sus murallas, desde el momento en que las abandonó para iniciar su empresa.

La patria, es decir, el grande espíritu inmanente, el del andante Artigas, está también en Montevideo, sin duda alguna, y allí domina y gobierna; está representado, no sólo en el ilustre Barreiro y en el integérrimo Joaquín Suárez, a quienes obedecen los seiscientos u ochocientos soldados de la guarnición, mandados por Bauzá, Oribe, Ramos, etc., sino en muchos ciudadanos que se sienten poseídos de la inquietud heroica, y que pueden ser héroes, si el ambiente los enciende. Pero ese elemento, para imponerse adentro y luchar afuera, necesita armas, recursos, refuerzos en la base de soldados de fila, los quiere, los reclama, porque está dispuesto a defender la ciudad hasta el último extremo. Y con ese objeto, Barreiro, estimulado por Pueyrredón, envía una misión compuesta de dos miembros del Cabildo, don Juan José Durán y don

Juan Francisco Giró, a tratar con aquél, con plenos poderes.

Esa es la misión, amigos míos, que os he calificado de más triste aún que la de Vedia.

Un tratado parecido al que ella celebró es el narrado por el Libro Santo, y concluido entre aquel Esaú, diestro en caza, hombre de campo, y Jacob, su hermano, varón sencillo, que habitaba en tiendas:

"Y Jacob coció un potaje; y habiéndose llegado a él Esaú, que volvía cansado del campo,

"Dijo· Dame de eso rojo que has cocido, pues en gran manera estoy fatigado.

"Jacob le respondió: Véndeme tu primogenitura.

"Él respondió: Ves que me estoy muriendo ¿De qué me sirve mi primogenitura?

"Jacob dijo: Pues júramelo. Esaú lo juró, y vendióle su primogenitura

"Y habiendo tomado pan, y el plato de lentejas, comió, y bebió, y se fue; haciendo poco aprecio de haber vendido la primogenitura".

Bueno será recordar que esa primogenitura, que cambia Esaú por el plato de comida roja, no era sólo la doble parte en la sucesión del padre, que correspondía al primogénito, ni la autoridad casi paterna sobre los hermanos, ni el cargo de sacrificador anexo a ella. Era más que todo eso, incomparablemente más. del linaje del primogénito debía nacer el Mesías, Libertador de Israel.

Y ahora, pasemos a nuestra embajada.

Pueyrredón recibió a Durán y Giró con grande agasajo. Al mismo tiempo, sostenía una correspondencia asidua con Barreiro, y enviaba otra embajada, que estudiaremos, a la provincia de Santa Fe, para arreba-

társela a Artigas A todos prometía auxilios, pero.. a condición de que previamente se enajenara la primogenitura. Que el Estado Oriental renuncie a toda autonomía; que se incorpore *a la nación*, y se refunda en ella; que reconozca sus autoridades; que se les someta en absoluto: que, renegando de esa bandera tricolor, a cuya sombra han muerto y siguen muriendo su héroes, enarbole la bicolor occidental, que aún espera los jeroglíficos que digan lo que ella significa Así el Brasil, que invoca como pretexto de su invasión el hecho de haberse la Banda Oriental declarado independiente, carecerá de pretexto. Entonces... ¿entonces qué? Entonces se auxiliaría *pronta y vigorosamente* a Montevideo, decía Pueyrredón; el mismo general Artigas conservará su carácter y primacía; será el Jefe de los Orientales; "quedará con la autoridad que ejerce".

Todo eso, como lo sabéis perfectamente, no era verdad; era mentira, simulacro, viento de palabras.

"La verdad, dice Mitre, es que el Director en lo que menos pensaba era en comprometer una guerra nacional con un aliado tan inhábil en lo militar y tan peligroso en lo político como Artigas, y que se felicitaba de sus derrotas, como de las de un enemigo de todo el mundo, como, en efecto, lo era. Así escribía al mismo tiempo al general San Martín: "Los portugueses consiguen ventajas en todas partes sobre Artigas, y este *genio infernal* acaba de embargar todos los buques de esta banda y cerrar todos sus puertos a pretexto de que no tomamos parte *en su guerra*. Yo también he cerrado nuestros puertos, y voy a reunir las corporaciones, con arreglo al Estatuto, para deliberar. Es una crueldad comprometer uno su crédito a la opinión ajena".

Pero en esos mismos momentos, el día en que Durán y Giró llegan a Buenos Aires, recibe Pueyrredón la orgullosa y sangrienta contestación de Lecor, de que Vedia es intérprete Los portugueses se quedarán con la Banda Oriental, y pasarán a Entrerríos, si les conviene. Pueyrredón no pudo menos de sentir aquella bofetada; en el fondo de su alma existía un caballero. La idea de que era preciso declarar la guerra a Portugal pasó acaso por su cabeza. ¿Podía hacerse otra cosa, ante aquellas amenazas y sarcasmos?

Convocó entonces, en ausencia del Congreso, que funcionaba aún en Tucumán, a las corporaciones, Cabildo, Cámara de Policía, Gobernador y Cabildo Eclesiástico, Tribunales, Jefes de Cuerpos, Secretarios de Estado, etc., y, exponiéndoles la situación de las cosas, y mostrándoles lo que decía Lecor, las consultó sobre si debía declararse la guerra al Brasil.

No, no y no, le fue contestado casi unánimemente, y sin vacilación; *no debe declararse la guerra*. Que se envíe un embajador al Brasil, a pedir explicaciones sobre la invasión portuguesa a la Banda Oriental.

Pueyrredón protestó contra esa resolución; se puso de pie ante la Asamblea para protestar: se lavó las manos sobre sus consecuencias, pues la indignación de los pueblos crecía ante la inacción del gobierno... Y, como dice el inglés, aquello era un hecho hambriento, que era preciso satisfacer, o ser devorado por él. Esos hombres fueron devorados por él, amigos míos, por el *hecho hambriento* La libertad, como la esfinge, devora a los que no saben descifrar sus enigmas

Creyendo, sin embargo, que, para satisfacer a esos pueblos, bastaría con arrancar a los comisionados Durán y Giró la venta de la primogenitura, firmó con és-

tos, dos días después de la resolución de las corporaciones, el 8 de diciembre, un mes antes de la caída de Montevideo, un tratado en el que se estipuló que la Banda Oriental juraba obediencia al Congreso y al Director, y se comprometía a enarbolar el pabellón occidental, el bicolor de Belgrano, en sustitución del tricolor de Artigas, y mandar sus diputados al Congreso, en cambio de algunos auxilios que no llegaron: 1 000 hombres, 1.000 fusiles. 8 cañones, una flotilla, etc., etc., es decir, en cambio de la declaración de guerra, *que no se haría*, que no se hizo jamás en los cuatro años que duró la resistencia de Artigas.

Y, sin esperar ratificación alguna de ese tratado el mismo día de suscrito en Buenos Aires, Pueyrredón lo hizo publicar allí, lo comunicó al Congreso de Tucumán y a todas las autoridades civiles y militares de las provincias, sin excluir las que obedecían a Artigas, y lo hizo celebrar como un feliz acontecimiento, con pompa extraordinaria: cohetes, campanas, fuegos nocturnos, etc., etc. Todo estaba salvado, todo resuelto. Y Lecor continuaba su marcha sobre Montevideo, del que se hará dueño en poco más de un mes.

Los pueblos creyeron que aquello era, por fin, la declaración de guerra a Portugal, y hubo un momento de entusiasta espectativa; todos supusieron que Artigas había aceptado el arreglo, y, puesto que él lo hacía, debía confiarse en él.

Nada había, sin embargo, de real en todo eso· era sólo un simulacro, un recurso de Pueyrredón para acallar, un momento siquiera, la irritación del pueblo, que crecía contra él; era la contradicción, la no entidad.

Si fuera necesario, que no lo creo, ofreceros mayores elementos de juicio sobre esto, os invitaría a leer la

carta confidencial que escribe Pueyrredón a San Martín, el 24 de diciembre de ese año 1816, quince días después de firmar el tratado "La escuadra portuguesa, le dice, bloquea a Montevideo, y el ejército dicen que se ha movido de Maldonado sobre la plaza, los orientales se resisten a unirse a nosotros, *y yo me resisto a enviarles auxilios, que sólo han de servir para caer en manos de los portugueses, o que se convertirán contra nosotros*".

Pero para que os deis cuenta más exacta, si cabe, de la insinceridad y falta de todo rumbo en las relaciones entre la capital y el pueblo argentino, así como del significado de Artigas en esta dolorosa gestación de la nueva patria americana, me parece conveniente invitaros a examinar la negociación de que acabo de hablaros, paralela a la de Durán y Giró, que sigue el Director Supremo en la provincia de Santa Fe. Esta provincia, que nos servirá de tipo para juzgar de las demás, se encuentra en un estado tal de exacerbación contra Buenos Aires, que no es posible pasar de largo ante el fenómeno, ni contentarnos con afirmar, como lo hacen los espíritus superficiales, que eso no es otra cosa que *el nacer del caudillaje*. No caeremos nosotros en semejante simpleza y estudiaremos el punto con juicio.

No echemos en olvido, con tal objeto, el examen sociológico que hemos hecho de la capital virreinal, del concepto que ésta tiene de los demás pueblos, y de la falta, en aquella ciudad, de todo *nexo*, si me permitís repetir la palabra un poco extravagante, capaz de fundir con la realidad viviente, y no con simulacros y mentiras, el principio anímico de la nación que nace.

Recordemos, pues es oportuno, que Artigas, al retirarse del sitio de Montevideo, ha llamado y congregado en torno suyo a las provincias; sólo la del Paraguay le ha sido arrebatada por el ogro. Recordemos también cómo Montevideo, conquistado por Alvear contra españoles y orientales, ha sido recuperado por sus dueños, los orientales, en 1815, después de la campaña del Guayabo, en que fue vencido Dorrego, de triste recordación.

Ahora bien: es este coronel Dorrego quien, en compañía de los generales Viamont y Díaz Vélez, ha dejado en la provincia de Santa Fe la simiente de rencor de que os hablo. Esos jefes bonaerenses resolvieron, por sí y ante sí, contra las órdenes de Pueyrredón, dar una batida, lo que se llama una batida, sobre la provincia de Santa Fe, en castigo de haber enarbolado, como lo hizo Córdoba, el pabellón de Artigas. Fue algo parecido a la invasión de la Provincia Oriental que terminó en Guayabo Trataron a Santa Fe de modo realmente atroz, y dejaron allí un recuerdo peor que el de Castelli en el Alto Perú; peor que el de Alvear en Montevideo, todavía peor, me parece. Díaz Vélez y Dorrego se apoderaron de la ciudad, en la que permanecieron 28 días, hasta que fue reconquistada por Vera, a quien inspiraba Artigas, secundado por el entonces capitán Estanislao López.

Y son las consecuencias de esa inconsiderada conquista, cuyo carácter vamos a conocer, las que Pueyrredón intenta borrar con una misión diplomática, análoga a la de Durán y Giró, que envía al gobernador Vera, el primer gobernador elegido libremente por el pueblo de Santa Fe, gobernado hasta entonces por enviados de Buenos Aires. Ambas se complementan, por lo tanto, y recíprocamente se explican.

Pueyrredón diputa ante aquel gobernador a don Alejo Castex primeramente, y al ilustre deán de la catedral de Córdoba don Gregorio Funes, después. Van a dar explicaciones y satisfacciones, a fin de separar a Santa Fe de la influencia de Artigas, y atraerla a la unión con Buenos Aires.

La embajada del primero fracasa. Si leyerais, amigos míos, que no lo haréis conmigo, por cierto, la iracunda carta, de 3 de agosto de 1816, en que Vera contesta la credencial de Castex, os quedaríais estupefactos. El mandatario santafecino devuelve a Pueyrredón su embajador, diciéndole que, a pesar de lo que reza su credencial, éste ha afirmado que no le llevaba más misión que la de hacer retirar de Santa Fe las tropas de Díaz Vélez, pero con ese motivo hace Vera un proceso tan estupendo de las invasiones porteñas, que casi sobrecoge. "Tiembla la humanidad, dice a Pueyrredón, tiembla la humanidad ante el cuadro lastimoso que presentan los desórdenes y extravíos causados por el general Díaz Vélez ..." Todos los delitos le son imputados incendios, asesinatos, robos y saqueos, violaciones, ultrajes groseros a la sociedad. . . No quiero, ya os lo he dicho, que leamos juntos esa nota, yo no le hubiera dado crédito si no la viera tristemente confirmada por el general Belgrano, y aun por el mismo Funes.

Éste reemplaza a Castex en la embajada. Pueyrredón insiste, con buena intención, en aplacar a Santa Fe.

La carta credencial que lleva el venerable Funes es de *26 de agosto de 1816;* el gobernador Vera la contesta el 7 de setiembre; el deán y los representantes de Santa Fe celebran, por fin, la conferencia conciliatoria el 5 de octubre.

Si os doy estas fechas tan detalladas no es sin algún objeto, como debéis comprenderlo. Quiero que recordéis que la invasión portuguesa fue preparada *en 1815;* que el ejército de Portugal pasó de Europa al Brasil, con gran contento de García y demás, en noviembre de ese año; que Lecor llegó en *marzo de 1816*, que las tropas portuguesas, preparadas para invadir la Banda Oriental, fueron revistadas por el príncipe real, en Río Janeiro, *el 13 de mayo*, y su público embarque presidido por Beresford y comunicado por García; que la invasión cayó, por fin, con banderas desplegadas, sobre todas las fronteras orientales, *en agosto de ese año*. Sabéis cómo todo eso ha sido anunciado por García, participado al Congreso de Tucumán, comunicado a Pueyrredón por Tagle, etc., etc. Y no podéis olvidar, porque eso no se olvida, que, desde setiembre, en que los orientales solos, sin auxilio alguno, luchan y mueren en Santa Ana, hasta diciembre, en que combaten en el Catalán, han quedado 300 muertos en San Borja, 250 en Corumbé, 1.000 en el Catalán y el Arapey, 200 en Ibiracoy... Y que Chagas prepara su incursión de exterminio a las Misiones argentinas.

Pues bien, es el 26 de agosto, de ese mismo agosto, cuando Pueyrredón envía a Funes a Santa Fe, con una carta en que dice: "Estoy informado de que el proyecto de Portugal es ocupar la Banda Oriental del Río de la Plata por cesión y convenio con los españoles, que, a su vez, deberán ser auxiliados para someter al antiguo yugo estas provincias. Un peligro de ese tamaño me ha hecho superior a todas las diferencias con el Jefe de los Orientales, para enviarle el auxilio de monturas, pólvora, fusiles y artillería, ofreciéndole sin reservas todos los recursos que estuvieren a mi alcance". En esa virtud, incita a Santa Fe a la unión

con la capital, en contra del enemigo común, del portugués invasor, aliado de España.

Y es el 5 de octubre, de ese mismo octubre, amigos artistas, cuando el deán Funes celebra la conferencia con los representantes de Santa Fe, y les dice: "Soy mandado por el Supremo Director del Estado cerca de este honorable pueblo de Santa Fe.. " Les habla entonces largamente de la necesidad de la unión *entre todas las provincias confederadas*, ante el común peligro de muerte, y agrega: "Vuestras Señorías deben tener presente que los ultrajes a este pueblo, consumados por los generales Viamont y Díaz Vélez, han puesto al Supremo Director de parte de vuestros intereses". Recuerda entonces que Pueyrredón, además de declarar que las invasiones se han perpetrado contra sus órdenes, ha dispuesto la inmediata evacuación de la provincia.

Y continúa: "No es menos expresiva la prueba de sus puras intenciones y de su firme adhesión a la paz, la prontitud con que ha socorrido al general don José Artigas y al Cabildo de Montevideo, en el peligroso conflicto de una nación enemiga. Yo me hallo en la obligación de hacer saber a Vuestras Señorías el pérfido concierto de la corte de Portugal con la de Madrid, por el cual, cediendo ésta la Banda Oriental del Río de la Plata, *adquiere, en recompensa, la ayuda y protección de aquélla para volvernos al yugo*".

Dijo Funes allí que: "el Director Supremo, *fiel a las obligaciones de su puesto y a los sentimientos de la patria*, corrió en auxilio de la aflicción de Montevideo, con un considerable repuesto de pólvora, fusiles y artillería. "

Esto que me estáis oyendo, amigos míos, está literalmente escrito en el acta que os leo; está suscrito

por el deán Funes, y es tan auténtico como la carta de Pueyrredón a San Martín, que acabamos de leer, en que le dice: "Los orientales se resisten a unirse a nosotros, y yo me resisto a enviarles auxilios, que sólo han de servir para caer en manos de los portugueses, o que se convertirán contra nosotros". Y es tan auténtico como la nota de Artigas al Cabildo de Montevideo, precisamente escrita entonces, después del Catalán, en que se lee: "No puedo permanecer indiferente ante la conducta criminal y reprensible de Buenos Aires . Yo protesto no omitir diligencia alguna hasta manifestar al mundo mi constancia y la iniquidad con que se propende a nuestro aniquilamiento. Buenos Aires debe franquearnos los auxilios a que siempre se ha negado, o Buenos Aires será el último blanco de nuestro furor".

El venerable deán, hombre de letra menuda y de grande inocencia, creía haber triunfado, sin embargo, con su alegato, escrito en su apretada letra española, de los irritados santafecinos. Los que lo escuchaban, en representación de la provincia, eran cuatro ciudadanos, no insignificantes por cierto· don Francisco Antonio de Quintana y el comandante de armas don Estanislao López, diputados por parte del gobierno; el doctor don Pedro de Aldao y don José Elías Galisteo, por la del muy ilustre Cabildo

Imaginad, amigos míos, el efecto que habrá producido allí la aparición del espectro de la Verdad implacable Artigas. El acta original dice·

"En consecuencia de la anterior exposición, los diputados por parte de las autoridades de este pueblo advirtieron que todo lo que se tratase en la presente sesión había de ser ratificado por el señor Protector

General, atento a que la alianza de este pueblo con dicho señor es importantísima, no solamente en su beneficio, sino en el de todas las provincias".

¡Y este Protector General era Artigas, el Jefe de los Orientales!

Era, precisamente, lo único imposible: irle a decir a Artigas que Buenos Aires lo auxiliaba, y que Pueyrredón lo protegía, porque España y Portugal eran la misma cosa.

El diputado de Pueyrredón podía aceptarlo todo, menos eso; todo, menos encontrarse con la sombra de Artigas, con su mirada impasible y fija.

Contestó, desencantado, según el acta. "que esta disposición (la de hacer intervenir a Artigas) era excedente a sus instrucciones: que, por consiguiente, no podía admitirla sin infracción de las facultades que se le habían cometido, y pidió que, para satisfacción del señor Director comitente, se le diese testimonio de la presente acta".

No era necesario tal testimonio. Pueyrredón ya lo sabía todo: ya había recibido la carta del 7 de setiembre, contestación del gobernador santafecino a la credencial de Funes, en que aquél le anunciaba la inevitable resolución. "Los auxilios que la generosidad y el patriotismo de V. E. han proporcionado a la Banda Oriental, le dice, para hacer infructuosos los conatos del enemigo contra nuestra independencia y libertad, afianzan nuestra confianza, y consolidan la unión que ha de salvarnos en la gloriosa lucha que sostenemos..." "Pero yo espero, agrega Vera, que se nos hará justicia". Y, con este motivo, reproduce, en palabras temblorosas de indignación, su expresión de agravios contra los generales porteños. "Es el menor de sus crímenes, dice haber desobedecido las órde-

nes de V. E... Por enorme que sea ese desacato, no puede entrar en el cotejo con los que han cometido, hollando todas las leyes de la naturaleza y del honor, en todo el tiempo que atravesaron estas campañas, y en los 28 días de su odiosa mansión en esta ciudad..."

No me es grato que sigamos leyendo este papel... Es largo... es triste . Pero sí quiero que sepáis que ahí está, extraído, lo mismo que el acta, del archivo del deán Funes, por Vedia y Mitre, que acaba de publicarlo en su libro *El deán Funes y la Historia Argentina.* Todo eso, y lo concordante, os será útil cuando oigáis a los fariseos de nuestra historia platense imputar a nuestro inmune Artigas, y a *las bandas artiguistas,* todos los delitos de aquellos tiempos.

Quiero reclamaros, sin embargo, amigos míos, algo que me pertenece. Al verme insistir en este punto, no me juzguéis movido sólo por un espíritu de represalia. que no se compadece con la grandeza del rapsoda de los héroes. Bien es verdad que Artigas ha sido muy injustamente ofendido. "el gran calumniado de la historia de América", le llama el decreto a que obedezco cuando os hablo. Se disculparía, pues, se explicaría cuando menos la represalia. Pero yo la rechazo altivamente, como una debilidad. Aquiles ofrece a los manes de Patroclo la bárbara profanación del cadáver de Héctor; deguella, en la pira funeraria, doce jóvenes héroes del enemigo, junto con los bueyes, y los corderos, y los perros domésticos, y los caballos, del holocausto vengador. Artigas no es el "matador de hombres de rápidos pies"; el humo de tales hecatombes antes ofende que aplaca su venerable sombra. Yo hubiera puesto aquí dos o tres equis, o jotas, o asteriscos, en vez de nombres propios, si los

de los culpables no fueran indispensables al análisis científico de nuestro problema.

Pero lo es, amigos míos; esos hechos tienen un profundo significado sociológico, que os debo hacer notar. En esos ultrajes de los generales bonaerenses A o B a las pobres masas campesinas, o a las familias, dignísimas, si no opulentas, de nuestras ciudades segundonas, debemos ver algo más que un delito individual: es el del viejo espíritu feudal del gran señor, que no reconoce derechos en la canalla, que aquí ha solido llamarse *caudillaje* o *gauchaje*, es el espíritu del conquistador, precisamente, cuya expulsión constituye la esencia de la revolución de América, y le imprime su carácter democrático, con exclusión de reyes y noblezas hereditarias; es el de la *mita* y la *encomienda*, que persiste en los tuétanos de esos hombres que organizan sus batidas contra las provincias en la ciudad virreinal. Las masas, oprimidas, buscan entonces instintivamente su libertador el que se hace pobre con los pobres, gaucho con los gauchos, indio con los indios, y se sacrifica en ellos y por ellos. El pastor israelita se convierte en Moisés, el *criollo* americano se transforma en Artigas Los faraones lo desconocerán en vano. esos héroes llevan el mandato de la zarza ardiente; se la distingue en los rayos de luz de sus cabezas.

El gobernador Vera reclama de Pueyrredón desagravio y justicia; pero nada serían sus iracundas imprecaciones, si no terminara su nota en estos términos:

"A este propósito, paso a manos de V E., con el número 2, copia autorizada de uno de los oficios que he recibido del Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres, don José Artigas. Las relaciones de

este pueblo con el mencionado jefe son muy estrechas. El vivo interés que siempre ha tomado por nuestras desgracias nos constituye en la necesidad de ir conformes con sus sentimientos. El general Artigas no podría mirar sin escándalo que quedaran en la impunidad las crueles vejaciones de un pueblo que se halla bajo su protección".

Esa invocación al libertador de la especie ahuyentaba, como si fuera un conjuro. el viejo espíritu. Éste huía irritado ante el solo nombre de Artigas. Era un oprobio Las provincias argentinas debían creer en la protección de Buenos Aires, y contentarse con ella; debían creer en la misión de Buenos Aires y en la virtud que, para desempeñarla. tenían aquellos hombres, y estaba a la vista. Todo lo demás era anarquía, y barbarie, y traición a la patria.

Santa Fe tendrá, por eso, su merecido dentro de dos años verá de nuevo la invasión de Díaz Vélez, puesto en libertad por Artigas, después de ser su prisionero. Y la tendrá Entrerríos, mientras Artigas sucumbirá a manos del portugués. Se impondrá el Corán por la cimitarra.

No era posible; aquellos pueblos no eran tan indignos de la libertad. Por eso son lo que son. El derrumbe de aquel inconsistente simulacro, que vais a presenciar, será el cumplimiento de una ley histórica. ¿No lo veis venir, amigos míos, inmediato, fatal?

Ahora bien, si la ratificación de Artigas era necesaria en Santa Fe, pensad en si Pueyrredón podía dar por definitiva su conquista sobre Durán y Giró, con sólo arrancarles la firma del tratado de diciembre. Volvamos, pues, a ese tratado concluido con Durán y Giró

IX

Barreiro, al imponerse de los términos de lo que habían firmado sus plenipotenciarios, siente una congoja mortal: rehusa su aprobación. Él les ha dado plenos poderes, es verdad, pero ¿los tiene él mismo del pueblo para disponer así de sus destinos? Si en la provincia de Santa Fe no podía prescindirse de la ratificación de Artigas, ¿habrá de prescindirse en la Oriental?

Barreiro se dirige entonces a Pueyrredón pidiéndole que, con el apremio del caso, pues el enemigo se acerca, se le envíen los auxilios pedidos, pero sin esperar la aprobación del acta de incorporación, que no era posible ratificar con esa premura Nuestras facultades, decía Barreiro, no son ni pueden suponerse bastantes para disponer de la provincia y del jefe que está a su cabeza; mandadnos los auxilios, si realmente pensáis en socorrernos, el enemigo va a caer sobre nosotros, somos vuestros hermanos agredidos injustamente por el extranjero; estamos en el caso de Chile, cuando menos... ¿No va a Chile San Martín? ¿Y habéis exigido su vida a los chilenos, a trueque de vuestro auxilio? ¿Habéis prescindido de O'Higgins? Ganad, ante todo, el alma de los orientales, mostraos realmente sus hermanos en la libertad democrática, y así adelantaréis en el sentido de la unión; pero no os aprovechéis de su cansancio, de su desgracia, del hambre de Esaú.

No, contestó Pueyrredón, no es posible; si no aprobáis el acta, no tendréis un grano de pólvora de Buenos Aires. La primogenitura ante todo; y después... después resolveremos la cuestión diplomática, en Europa y en Río Janeiro.

Eso es lo que se lee, mis amigos, a la luz del espíritu de la historia, en la larga controversia sostenida entre Montevideo y Buenos Aires, mientras Lecor prepara las marchas de su ejército Todo en Buenos Aires es escepticismo, incertidumbre, indecisión· las almas cojean: se quiere la incorporación de la Banda Oriental, para gestionar en Río Janeiro amistosamente la confirmación de esa fácil adquisición: hacer de la Patria Oriental un *producto diplomático*, y, de todo el conjunto, un objeto de arreglos con los monarcas de Europa. Es en esos momentos cuando Pueyrredón, el hijo de la patria de Enrique IV, trabaja para traernos la dinastía de Orleans.

Entonces aparece, por fin, el alma fuerte de Artigas, el primogénito; en ella no hay vacilación; su visión es honda y clara. Barreiro no sabe, acaso no sospecha, las reales intenciones de Buenos Aires; pero Artigas, el mensajero, aunque no conoce las gestiones y documentos secretos que hoy conocemos, lo sabe todo por genial intuición. Él tiene la evidencia, eso sí, de la complicidad de Buenos Aires con Portugal, y, si bien no conoce las negociaciones de Rivadavia, García, el Congreso de Tucumán, etc., está también persuadido de que lo que allí se esconde es la traición a la democracia republicana, que él solo debe salvar. Ése es su mensaje. No en balde el deán Funes daba todo por terminado en su misión, sólo al oir el nombre de Artigas en Santa Fe

Éste va a ser, ahora como siempre, la verdad en medio de tanta mentira, el rumbo fijo en medio de tanto ir y venir sin ton ni son. Él ha autorizado la misión, no hay que ponerlo en duda, ha permitido que se vaya a Buenos Aires, una vez más, en nombre de la federación de los pueblos americanos, a reclamar

auxilios; a que se devuelva siquiera a Montevideo una parte de lo que Alvear y los otros le arrebataron. Pero era necesario estar tan ajeno a su carácter y a su pensamiento vital como lo estaban aquellos hombres, para suponer que Artigas había de comprar la plaza de Montevideo al precio de su visión profética. Excusado es decir, por consiguiente, que, al llegar a su conocimiento el tratado suscrito por Durán y Giró, lo rechazó con la misma energía con que había rechazado, dos años antes, las bases de avenimiento que le propuso, en 1815, Álvarez Thomás Éste le ofreció entonces, como sabéis, el reconocimiento de la independencia de la Provincia Oriental por parte de Buenos Aires, es decir, su abandono al portugués, hoy se le propone lo contrario; su desaparición absoluta como persona soberana, es decir, el mismo abandono en otra forma. Pero la alianza, la unión de los hermanos en un común propósito de libertad, eso jamás.

¡Sumisión incondicional al Congreso y al gobierno que han pactado la invasión portuguesa! ¡Aniquilamiento de la persona oriental, absorbida, con todos los demás estados, por la entidad que gobierna en Buenos Aires desde sus logias secretas! ¡Desaparición para siempre de esa bandera tricolor, que han amado los héroes muertos, y aman los que van a morir! ¡Y todo eso, en cambio de una quimera. de la promesa falaz de auxilios, para tentar una imposible defensa de Montevideo!

Artigas, desde su campo volante de Santa Ana, se dirige a los negociadores que suscribieron el acta de incorporación, en una severa nota, que debe escribirse en granito:

"Por precisos que fuesen los momentos del conflicto; por plenos que hayan sido los poderes de Vuestras

Señorías en su diputación, nunca debieron creerse bastantes a sellar los intereses de tantos pueblos, sin su expreso consentimiento.

"Yo mismo no bastaría a realizarlo sin ese requisito ¡Y Vuestras Señorías, con mano serena, han firmado el acta publicada por ese gobierno el 8 de diciembre!

"Es preciso suponer a Vuestras Señorías extranjeros a la historia de nuestros sucesos, o menos interesados en conservar lo sagrado de nuestros derechos, para suscribir a unos pactos que envilecen el mérito de nuestra justicia y cubren de ignominia la sangre de sus defensores.

"La misión de ustedes, les dice, ha debido limitarse a recabar auxilios en pro de la causa común americana, y ni ustedes ni el Director Supremo han debido ocuparse en otra cosa, y mucho menos en disponer de los destinos de este Estado.

"Esa acta no es nada, mientras no tenga la ratificación de los pueblos; la precipitación en mandarla imprimir y circular sin ese requisito, no ha sido otra cosa que "ostentar un triunfo que está reservado a otros afanes".

"Tanto ese Director Supremo como Vuestras Señorías conocen bien mi modo de pensar.

"!Qué los momentos son premiosos!

"EL JEFE DE LOS ORIENTALES HA MANIFESTADO EN TODO TIEMPO QUE AMA DEMASIADO A SU PATRIA PARA SACRIFICAR ESTE RICO PATRIMONIO DE LOS ORIENTALES AL BAJO PRECIO DE LA NECESIDAD.

"Tengan Vuestras Señorías la bondad de repetir esto en mi nombre a ese gobierno, y asegurarle mi poca satisfacción ante la mezquindad de sus sentimientos.

"En cuanto a la misión de Vuestras Señorías, ella ha cesado, y, si les place, pueden retirarse a Montevideo".

Pero la indignación de Artigas, su dominio sobre aquel momento histórico y la firmeza de su carácter se revelan, tanto o más que en esa nota a los negociadores, en la energía con que se apresura a prevenir contra el engaño a todas las provincias. Ved los términos airados en que lo hace saber a la de Corrientes, por ejemplo, no bien llega a su noticia el texto de los tratados, el 20 de diciembre: "Es un insulto hecho a mi honor, dice en su oficio, y al decoro de los pueblos orientales la publicación del acta impresa en Buenos Aires, y que tengo el honor de adjuntar a V. S. Su contexto evidencia la pobreza de aquel gobierno en su proyecto y la mezquindad de todas sus ideas".

Esa airada palabra corrió como un relámpago por todo el territorio argentino, y desbarató, una vez más, los planes de Buenos Aires; parece verse a aquel hombre sereno hacer pedazos el tratado y arrojarlo a los cuatro vientos.

Vosotros me diréis, amigos artistas si en ese modo de hablar reconocéis la voz de un vencido.

X

Genio infernal llama Pueyrredón a Artigas. Es indudable que esa su voz, como lo veis, suena a voz de arcángel. Si es de los infiernos o de las alturas celestes, vosotros lo juzgaréis. El genio de tinieblas es negación. Pero sea de ello lo que fuere, todos estamos conformes, me parece, en que ese hombre Artigas, vive en el fuego, y que ve en la oscuridad; ve en el alma de Pueyrredón. Y se le aparece como un espectro.

Dentro de muy poco, para acallar la protesta del pueblo argentino ante la invasión portuguesa, Pueyrredón dará un *Manifiesto,* en que dirá con toda sinceridad: "Pueblos· ningún tratado se hará con los portugueses sin vuestra noticia anterior y vuestro conocimiento. Ejército portugués o de cualquiera otra nación no pisará en ningún punto *de esta Banda* sin que encuentre la más viva resistencia Se llevará la guerra a la Banda Oriental misma; se arrojarán los extranjeros de aquellos campos y de los pueblos que ocupan, y esto se hará bien pronto, *si no somos convencidos plenamente de que lo contrario conviene a nuestros intereses y a nuestra gloria*".

Veréis, amigos míos, que lo contrario, es decir, dejar al extranjero en los campos y pueblos de la Banda Oriental, era lo que convenía a los intereses y a la gloria de la Occidental, según los designios de ese hermano Pueyrredón.

Si en este caso, como en tantos otros, nos imaginamos la historia del Río de la Plata sin Artigas, si nos damos cuenta de lo que hubiera sucedido en América si este Artigas, arriando su bandera, ratifica ese tratado suscrito por Durán y Giró, y se entrega a discreción a los planes de Buenos Aires, la visión del héroe se agranda al proyectarse sobre la oscuridad. Ya os he dicho lo que hubiera acontecido, y lo tocaréis más adelante con la mano; lo que decía el deán Funes a los hombres de Santa Fe: la Banda Oriental hubiera redondeado el *imperio americano* de Portugal, la Occidental, con Chile y demás, hubieran formado la monarquía platense o peruana, a la sombra de la Santa Alianza. En eso hubiera parado la revolución de Mayo, la de Mayo cuando menos.

Pero estaba allí ese genio infernal, ese *bárbaro sublime.*

Esaú, diestro en caza, había dicho a su hermano, el habitador de tiendas: —Ves que me estoy muriendo. ¿De qué me sirve mi primogenitura?. . —Y habiendo tomado pan, y el plato de lentejas, comió, y bebió, y se fue.

Artigas, aunque muriendo en los campos con su pueblo hambriento y desnudo, dice al habitador de tiendas. No, no venderé el patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad.

El inmune patriarca ha conservado íntegra la primogenitura de su estirpe, lo mejor de su patrimonio Él conservará el cargo de sacrificador de la víctima propiciatoria.

Y de su linaje nacerá el Mesías de la democracia americana, dueña del porvenir.

Quedaos con vuestras ciudades coloniales, oh vosotros, los habitadores de tiendas híbridas. Abrid esas puertas inermes de Montevideo, para que entre en su circuito el rey de Portugal armado, oh vosotros, los hombres que no sabéis de Mesías prometidos Artigas, el diestro en caza, se queda en el campo, con su hambre, pero con su primogenitura. Él sabe bien que el enemigo que ataca a Montevideo no es sólo el portugués, él ha dicho, desde el primer momento de la invasión, por otra parte, que Montevideo entraba en su plan de defensa, como una de tantas unidades, como unidad negativa; pero no como la esencial, ni mucho menos. Su fuerza vital está en los campos, en la masa popular argentina autóctona, incontaminada, decidida a morir por la libertad; en la materia cósmica, más o menos caótica, pero fecunda, de que se formará "la nueva y gloriosa nación", si es que, realmente una

nueva y gloriosa nación se estaba levantando entonces "a la faz de la tierra".

XI

Y bien, ha terminado, amigos míos, ese año 1816, que Artigas creía iba a ser *el año feliz para los orientales.*

Hablemos del que comienza: del 20 de enero de 1817.

Este 20 de enero de 1817, nobles artistas, es una fecha innocua: en ese día entró triunfante en Montevideo el barón de la Laguna, con los tercios portugueses venidos de Europa. Lo que anunciaba García a sus comitentes.

¿Y qué? Casi no es necesario que os narre lo que allí ha pasado; no tiene nada de imprevisto ni de característico. Es idéntico a todos los casos análogos de la historia universal.

Convencidos los patriotas de que nada podían esperar de Buenos Aires, y, sobre todo, conocido el pensamiento de Artigas de concentrar en sí mismo, y en los campos, la vida germinal, nada había que hacer dentro de las desartilladas murallas de la ciudad colonial. Artigas es el alma de todo, y, una vez que su espíritu abandonó a Montevideo, éste quedó como cuerpo muerto: toda vida lo desalojó y refluyó al centro circulatorio.

Ya os he dicho cómo y por qué no había que pensar en hacer de esa ciudad heterogénea una Numancia heroica, ni mucho menos, en aquel momento.

Los jefes de la pequeña guarnición se reunieron, y acordaron evacuar la plaza. Lecor estaba ya sobre ella, la escuadra de Viana poblaba sus aguas. Cono-

céis los términos jubilosos en que Pueyrredón anunciaba ese suceso a San Martín.

Los defensores, seiscientos u ochocientos hombres, a cuyo frente marchaban Barreiro y Suárez, con la visión de Artigas, no se rindieron; salieron en silencio. en la madrugada del 19 de febrero, dispuestos a abrirse paso hacia el campo entre el ejército enemigo; alcanzaron, por fin, la pequeña división de caballería de don Manuel Francisco Artigas, y allí iniciaron la reconquista, antes de estar la conquista consumada. Es esa reconquista de Montevideo la que tendrá su término en una batalla que llamaremos de *Ituzaingó*, precedida de otra que se llamará de *Sarandí*, y seguida de la conquista de las *Misiones Orientales* Pero eso está aún muy lejos, y será largo de contar.

Ya os imaginaréis lo que quedó entonces amortajado en las murallas de Montevideo· lo que siempre se ve en estos casos· un vecindario atemorizado, sin más autoridad que la ilusoria formada por una minoría de cinco miembros del Cabildo que habían quedado, y que, ya desprendidos del núcleo de vida, se erigieron en entidad representativa de la ciudad inánime, para interponerse entre ésta y el conquistador Esa minoría se reunió, y acordó salir al encuentro de Lecor, y ofrecerle su acatamiento y su apostasía de la fe artiguista, en cambio de su protección contra los que aún pudieran tentar un acto desesperado.

Porque es indudable que los había. Gritos anónimos de ¡mueran los traidores! salían de las impotentes iras comprimidas; se creía en la existencia de planes tenebrosos, mezcla de crimen y de heroísmo... Pero no era posible, la mayoría española, que constituía la ciudad activa, esperaba con ansia a sus hermanos portugueses; la minoría capitular renegó de Artigas, llamó

libertador al portugués, le abrió las puertas, salió a su encuentro, le entregó las llaves de la ciudadela, condujo bajo palio al césar vencedor.

Lo que a eso sigue, en tales casos, es bien sabido: celebraciones del triunfo, besamanos, protestas de fidelidad, incorporaciones, cesiones de territorios, etc., etc Todo lo que ordena el que triunfa.

Os engañaría, mis amigos, si os dijera, aunque he llamado innocua a esa fecha, que miro indiferente cómo es arriado de la inerme ciudadela ese venerable tricolor de la primera patria, y cómo es borrado el lema del escudo coronado de plumas: "CON LIBERTAD, NI OFENDO NI TEMO". Ahora suben la bandera portuguesa, y clavan el nuevo blasón con su corona real y sus castillos... ¡Y las fanfarras del ejército europeo lo saludan!

Confieso que también os engañaría, mis amigos, si os dijera que miro indiferente las resignaciones y las apostasías de esos hombres de carne y sangre, por pocos que ellos sean; los desmayos de esos espíritus cautivos; las palideces sepulcrales de esos miedos, hijos del amor a la vida, que encogen el corazón dentro del pecho, y lo dejan flojo y fuera de su sitio, como un cascabel.

Pero líbreme también Dios de dejarme llevar de mi anhelo de ver todo heroico en la historia de mi tierra, y de acompañar en sus severidades de fariseo a los que, para atenuar el delito de Portugal, y, sobre todo, el de sus cómplices americanos, con la depresión de Artigas, se han empeñado en dar un carácter excepcional a esa entrega de Montevideo, y la han presentado como una sincera adhesión del pueblo oriental al conquistador. ¡Eso no!

El heroísmo no es obligatorio a todos los hombres. Por eso son levantados los héroes y los mártires sobre los demás, porque van más allá del deber. No confundamos, sobre todo, en nuestras condenaciones, la debilidad de los hombres que, en Montevideo, estimulados por Buenos Aires, se rinden al portugués armado, que les pone al pecho sus cañones de bronce, con el delito de los que, en Buenos Aires, y en Tucumán, y en Río Janeiro, lo han traído, y lo protegen, y lo protegerán. ¡Oh, no! Son cosas completamente distintas, completamente. No podemos permitir que éstos condenen a aquéllos. Esos amedrentados capitulares montevideanos habían resistido al extranjero y sólo apostataron de la fe ante el peligro inminente. Fueron patriotas; sólo dejaron de ser héroes o mártires. Pero cuando Alvear, Director Supremo de las Provincias Unidas, llama, desde Buenos Aires, al rey de Inglaterra espontáneamente, para rogarle que acepte bajo su cetro estos pueblos, como tribus, incapaces de vida; cuando Rivadavia va a Madrid a ofrecer a Fernando VII, restaurado en su trono absoluto, o a Carlos IV, la sumisión de estos millares de súbditos contritos; cuando el Congreso de Tucumán, y Belgrano, y García, y todos los demás que conocemos, buscan un rey en cualquier parte, para sustituir con cualquier corona europea la cimera de plumas de la patria americana que enarbola el bárbaro Artigas, la apostasía no es sólo de la carne flaca: está más hondo, creo que bien comprendéis que está más hondo.

No confundamos, pues, mis amigos, una cosa con la otra. soportar el yugo con buscarlo. Cuidemos mucho de no confundir esas cosas, aunque disculpemos todas las flaquezas de los hombres.

La precaria dominación lusitana durará algunos años, ocho o diez, no me interesa precisarlo ahora; lo veremos más adelante. Lo mismo es cuatro que quince para lo que ahora decimos. Durante esa dominación habrá una minoría, un simulacro o fantasma de representación, que servirá de instrumento al vencedor; que cederá territorios a cambio de cualquier cosa, de un abalorio, de un farol en una isla, de una recoba en la plaza; cesiones nulas que no hay para qué examinar; las actas capitulares que se conservan están llenas de esas apostasías arrancadas a la humana fragilidad, os hice conocer, en otra ocasión, cómo el ilustre Larrañaga, por ejemplo, se resignaba a eso, y por qué se resignaba Y al par de Larrañaga algunos otros: no tenían temple de mártires de su fe, abjuraban en el tormento.

Pero el odio concentrado al usurpador estuvo allí en perpetua y sorda fermentación; todos sus esfuerzos para radicar su conquista en el alma social serán vanos· el rechinar de los dientes de aquel pueblo en el freno portugués se escuchará en medio de las falaces manifestaciones de obediencia, las tentativas de sacudir el yugo comenzarán inmediatamente, hasta acabar por hacerlo saltar. Los mismos hombres, equivalentes a los *afrancesados españoles,* y a todos sus congéneres del mundo, que, en no escaso número, han secundado la dominación, tienen el odio a ella, en el fondo del alma cubierta de ceniza; creen que proceden ante lo inevitable y por evitar mayores males. Acabarán muy pronto por confesar la fe de Artigas, de que renegaron, y por rendir culto al héroe profético. La resistencia pasiva contra el intruso, el rechazo de sus distinciones, la actitud hosca, el divorcio radical, la formación de sociedades secretas con la idea de la eman-

cipación, son el carácter de aquella vida de algunos años. Saint-Hilaire vio eso muy claramente al pasar entonces por estos países. "Los portugueses están aquí, dice, de una manera precaria y nadie mejor que ellos sabe que muy pronto tendrán que evacuar del país"

La historia ajena ha cometido aquí perversas injusticias, y hasta ha inficionado la nuestra Ni un solo vestigio ha dejado en Montevideo esa fugaz dominación lusitana, la tradición doméstica, que conservamos de nuestros abuelos, sólo nos da notas de odio, de desprecio, de repulsión profunda contra aquel usurpador de lengua extraña, que vivió en nuestra casa siempre armado. Nada prueba más enérgicamente la existencia de dos pueblos, de dos caracteres, de dos núcleos cósmicos, biológicos o como queráis llamarles, al Norte y al Sur del trópico, sobre las costas del Atlántico. Montevideo y Río Janeiro.

Y allá, del otro lado, el tercero: Buenos Aires, el núcleo de la región andina.

XII

Entretanto, Artigas está allí. Vais a verlo, mis amigos, inmune en el estrago, salamandra en el fuego, roca en la tempestad.

Pueyrredón tenía razón que le sobraba cuando decía a San Martín: "No envío auxilios a los orientales porque caerán en manos de los portugueses, o se convertirán contra *nosotros*". Tenía razón. sólo es necesario precisar quiénes son esos *nosotros*

En lo que no anduvo muy acertado, que digamos, el Director Supremo de las Provincias Unidas, fue cuando supuso que el hombre oriental "quedaba reducido a unos cuantos facinerosos refugiados en los bosques",

o cuando, el 24 de enero de 1817, cuatro días después de la caída de Montevideo, escribía a San Martín para darle cuenta *"de la total destrucción de Artigas en su territorio"*.

¡Como hay un sol que nos alumbra en el firmamento, mis queridos amigos, que eso no es verdad!

¡La destrucción de Artigas! ¡El fin de su resistencia! Ahora comienza precisamente. Tres años de batallas homéricas nos quedan por presenciar; estamos en el principio.

Esa bandera tricolor, que es arriada de la Ciudadela de Montevideo, va a derramar sus colores, todo su color, en la que Artigas sostiene allá en el Norte, su franja roja diagonal va a tomar en ella la intensidad de la sangre recién salida de la arteria.

Ese Montevideo será reconquistado; pero lo será en el foco de donde partió su conquista en Buenos Aires y con Buenos Aires, reconquistado, a su vez, para la democracia, por los pueblos todos argentinos, acaudillados por Artigas.

Éste permanece entero como un monolito, su pensamiento resplandece, más sideral que nunca; su mensaje grita en su corazón sonoro. Va a apelar al pueblo argentino, a todo él, al oriental y al occidental; va a reforzar la cohesión de ese pueblo en la libertad democrática, ofreciendo al conjunto, como núcleo de rotación, la vida del pueblo oriental, y va a llevarlo vencedor, con esa bandera que es arriada de Montevideo, con esa misma tricolor, hasta el centro de la plaza de Buenos Aires. Allí caerán los cómplices de la invasión portuguesa, y, con el principio democrático republicano, se salvará el alma de la revolución de Mayo.

Y San Martín, que ha protestado contra la invasión portuguesa, irá al Perú.

Mirad bien, amigos míos, a ese impasible Artigas, semejante a un dios, como diría Homero; distinguid en él al primogénito de América.

La progenitura lleva anexo, aquí como en Israel, el título de sacrificador. Artigas lo será.

E inmolará a su propia hija, que correrá al altar, como la ternera blanca consagrada a los dioses.

Pero será gloriosa en las generaciones
Y entre las hijas de los holocaustos.

CONFERENCIA XX

EL HERMANO DE WASHINGTON

El grito airado de Artigas — Relaciones exteriores. — Tratado con la Gran Bretaña — Entrevista en Purificación con el cónsul de Estados Unidos — Carta de Artigas a Monroe — Organización del corso marítimo — Los corsarios orientales. — La goleta "República Oriental". — Gestiones del Directorio de Buenos Aires en Estados Unidos. — La de Saavedra y Juan Pedro Aguirre, en 1811. — La de Manuel Hermenegildo Aguirre, en 1817 — Artigas ante Washington — Canning y Clay — La doctrina de Monroe — Las memorables sesiones del Congreso de Washington — Triunfo del héroe. — El bravo y caballeresco Artigas, único campeón de la democracia en el Plata — Misión de Rodney, Graham y Bland. — La fragata "Congress". — El folleto de Cavia o de Pueyrredón — Informes de los comisionados. — Prometeo encadenado.

I

Amigos artistas:

El grito airado de Artigas, lanzado contra Buenos Aires en medio de sus desastres, parece el de un pájaro en el mar en noche oscura. "Yo protesto no omitir diligencia alguna hasta manifestar al mundo mi constancia y la iniquidad con que se propende a nuestro aniquilamiento. *Algún día se alzará el tribunal que administrará justicia*".

Es mucho énfasis el de este hombre iluminado; parece un loco peligroso, efectivamente. ¡Al mundo! ¿Acaso el mundo piensa en ese pobre pueblo oriental que se desangra? ¿Hay alguien en el universo que esté dispuesto a juzgar la causa de Artigas, y nos permita

creer que su grito augural tiene algo siquiera del de aquel atormentado Prometeo, libertador de los hombres, víctima del águila de Júpiter, que le come el hígado a picotazos?

La Europa no sabe, ni tiene por qué saber, que existe tal Artigas; éste no acredita embajadores. El que está por alla es Rivadavia, en busca de príncipe, y sin obtener tampoco maldita la atención de aquellos grandes de la tierra, que lo desprecian, como a todo lo que es americano. Éstos, reunidos en París, como hemos visto, se disponen a resolver las cuestiones de América como resuelven las de Europa· con prescindencia absoluta del pueblo.

En cuanto a los estados hispanoamericanos, tampoco pueden detenerse, ni poco ni mucho, a escuchar a ese hombre que grita su enfático anatema, harto tienen con pensar en sí mismos. Y si algo saben de lo que acontece en el Plata, sólo lo conocen por lo que les dice Buenos Aires, que es quien tiene voz, prensa, enviados más o menos diplomáticos, algún dinero, etc , etc. Y Buenos Aires llama a Artigas facineroso, y bandidos a sus orientales.

El grito de Artigas fue escuchado, sin embargo, en alguna parte. El viento lo llevó consigo, y la figura mítica del héroe, rompiendo los nublados tempestuosos que la envolvían, fue a proyectarse en el cielo del Norte, llena de luz de sol. Todo sociólogo que quiera conocer esta historia, debe detenerse a estudiar las causas y la constitución de ese meteoro, porque en él tiene que haber una intrínseca luminosa realidad.

II

El portugués ha tomado posesión de Montevideo; pero sólo es dueño de la tierra que pisan sus legiones

victoriosas; ni siquiera lo es del mar, como lo veremos, pese a su poderosa escuadra. Artigas, el vencido, reaparece inmune entre el humo que se va disipando. Algunos orientales comienzan a renegar del profeta; pero su pueblo ensangrentado, cuya gloria resuena como un himno, lo adora y lo aclama más que nunca; le ofrece con mayor pasión la sangre que le queda; le pide que la tome, que la siembre. Artigas, no el portugués, es el solo soberano de aquella tierra, su solo representante legítimo ante el mundo.

Ahí tenéis al caudillo en su capital, en la verdadera capital primera del Uruguay, dentro del foso artillado del caserío de *Purificación*, al pie de la meseta del *Hervidero;* ahí está su escudo y su lema: *"Con libertad, ni ofendo ni temo"*; flota en el baluarte su bandera tricolor. En *Purificación* continúa su gobierno, y continuará por varios años; la injusta guerra que se le declara ha perturbado su labor civilizadora de edificación, que era su solo anhelo; pero la esperanza de reanudarla da fuerzas a su alma y a su brazo. Allí, en su capital-baluarte, reorganiza su ejército, y conserva la personalidad independiente de la Patria Oriental, no sólo como pueblo soberano, sino como protector de las provincias occidentales, que continúan fieles a la dirección del capitán derrotado; allí está el núcleo del espíritu republicano; allí, por fin, sobre todo, y es esto lo que quiero haceros observar hoy, como complemento de nuestro estudio sobre el gobierno del héroe, el organismo oriental comienza sus funciones de relación con los seres de su especie; van a buscarlo y a reconocerlo como persona jurídica internacional, los representantes de Inglaterra y de los Estados Unidos; sale su bandera armada a recorrer los mares, to-

dos los mares, y a proclamar con imperio la existencia de un pueblo nuevo.

Esto ha desconcertado a mucha gente; a toda esa gente de que habla Carlyle, incapaz de reconocer un rey, aunque lo vea y lo toque, si no ve mantos de púrpura, y carrozas, y cetros de oro, y cuerpo de alabarderos, con su correspondiente banda de trompas y chirimías, si no ve un vástago de reconocida realeza, y fórmulas escritas, por más deshabitadas de toda realidad intrínseca que sean. Ésos, los escépticos y los domésticos de Carlyle, no pueden concebir cómo la Gran Bretaña pudo autorizar a un representante suyo a acercarse al derrotado del *Catalán* y a tratar con él en su capital en el caserío de *Purificación*.

El cónsul británico en Buenos Aires, por intermedio del comandante de la estación naval, teniente de navío don Eduardo Franklan, concluye, sin embargo, un tratado de amistad con el general Artigas, y regulariza las relaciones comerciales inglesas con el pueblo que éste dirige y representa Ahí tenéis, en seis artículos, ese tratado, suscrito en el Hervidero, el 8 de octubre de 1817, ratificado en Buenos Aires por el cónsul y el comodoro Bowles, y por Artigas, en Purificación, el 20 de agosto

En ese convenio internacional, el Jefe de los Orientales se obliga a respetar la seguridad personal y las propiedades de los comerciantes ingleses; pero éstos han de exhibir el pasaporte de la comandancia británica, han de pagar los derechos de importación y exportación, y sólo en los puertos realizarán sus operaciones. La comandancia inglesa, por su parte, hará las gestiones para que el tráfico no sea impedido por los gobiernos neutrales o amigos. No se otorgarán pasa-

portes ingleses a ningún comerciante que proceda de puertos enemigos, o que se dirija a ellos.

La comunicación y el intercambio de la nueva nación con las demás quedaban, pues, garantidos por la bandera inglesa; el bloqueo portugués burlado, el carácter de beligerantes reconocido a Artigas y a su bandera tricolor.

He de advertiros que, en los mismos términos que a Artigas, el comodoro Bowles se dirigía también oficialmente al Director Supremo de Buenos Aires, al jefe del otro estado del Plata, que contestó cordialmente su correspondencia, atribuyéndole gran importancia, y la transmitió al Congreso de Tucumán.

El cónsul de los Estados Unidos, don Tomás Lloyd, va también, en carácter oficial al *Hervidero*, a tener una entrevista con el Jefe de los Orientales. Artigas lo recibe noblemente, y, atribuyendo a ese acto del representante de la gran República toda su trascendencia, aprovecha la oportunidad para ponerse en comunicación con Monroe, presidente entonces de la Unión Americana, y le dirige una nota, que es preciso que conozcáis. En ella hace saber Artigas a Monroe que ha tenido ocasión de comunicarse en oportunidad con el señor Lloyd Halsey, cónsul de los Estados Unidos en esta provincia, congratulándose de tan afortunado suceso "Le he ofrecido, agrega, mis respetos y todos mis servicios; y quiero valerme de esta favorable ocasión que se me ofrece, para presentar a V. E. mis cordiales respetos. Los variados acontecimientos de la revolución me han privado hasta aquí de la oportunidad de unir el cumplimiento de este deber con mis deseos. Ruego a V. E. se sirva aceptarlos, ahora que tengo el honor de ofrecerlos con la misma sinceridad

de que me encuentro poseído *para promover la felicidad y la gloria de esta República.* A conseguirlas se dirigen todos mis esfuerzos, como también los de los miles de mis conciudadanos. Que el cielo escuche nuestras preces".

Espero que, sin necesidad de que os comente esa interesante comunicación, le daréis todo el alcance que ella tiene.

Artigas, que no ha aceptado trato ni contrato con virreyes, ni enviado embajadores ante las potencias de la Santa Alianza, el hombre que ya en 1814 escribía a Pezuela aquel "han engañado a Usía y ofendido mi carácter cuando le han dicho que yo defiendo *a su rey*", ofrece sus cordiales respetos a Monroe, y busca su mano, y la estrecha en el fragor de la lucha. Es preciso que meditéis un poco en esto, mis buenos amigos

El gobierno de Inglaterra, que ni siquiera daba audiencia en Londres a Rivadavia, ratificó de hecho el tratado celebrado entre su almirante y el Jefe de los Orientales, pero Monroe, no sólo confirmó también el proceder de su cónsul y reconoció en Artigas el carácter de Jefe de un estado, sino que oyó su voz con singular interés. Hasta ahora ha sido ignorado el destino que dio Monroe a esa comunicación, cuya existencia ha permanecido también oculta hasta ayer no más. Hoy ya sabemos todo eso: la carta del Jefe de los Orientales fue elevada por Monroe al Congreso de los Estados Unidos, cuando éste, por resolución del 5 de diciembre de 1817, pidió antecedentes para juzgar sobre la independencia del Plata. Monroe, en mensaje de 25 de marzo de 1818, la presenta al Congreso, con los documentos que juzga más importantes: la declaratoria de independencia de Tucumán; la nota de Puey-

rredón que comunica las victorias de San Martín en Chile; la comunicación de O'Higgins, que transmite las mismas victorias y su elevación al mando supremo del estado; la nota de don José de San Martín, en que éste hace saber la victoria de Chacabuco y la liberación de Chile, etc., etc.

Ese fue el destino de la carta de Artigas. Bueno es que vosotros lo sepáis, mis amigos, porque tenemos que hablar un buen rato de estas cosas: de la recepción de Artigas en el seno de la única nación que, en aquel tiempo, podía ser pues de su causa: la República de Washington.

III

Pero antes, como comentario y complemento de lo dicho, hemos de conocer y apreciar, mis buenos amigos, la nota más resonante acaso que produjo la aparición de la patria de Artigas en el concierto de las naciones. Os la anuncié, como acaso lo recordaréis, cuando estudiamos el gobierno del héroe, y hablamos de su faz internacional. Falto de marina militar para repeler la aleve agresión portuguesa, el Jefe del Estado Oriental echa mano del único elemento que puede sustituir a aquella: organiza el corso marítimo.

El corso, como sabéis, no es otra cosa que el enganche de naves auxiliares. El buque corsario, como el soldado enganchado, es la unidad naval que, estimulada por el interés privado, se pone al servicio de un estado beligerante, y, enarbolando su pabellón de guerra, persigue la marina mercante del enemigo en aguas libres o enemigas. El corso ha sido abolido, como recurso lícito de hacer la guerra, en el derecho moderno, más o menos teórico, pero advirtamos bien que esa

abolición no ha tendido a realizar el verdadero ideal de la civilización, que quiere sustraer de la agresión en el mar la propiedad privada inocente, lo mismo que en la tierra; ha tenido por objeto, por el contrario, dar a las escuadras de los poderosos el monopolio de esa injusta facultad de atacar y destruir al que no toma parte en la contienda: al barco inofensivo que navega en aguas libres. ¿No os parece tan injusto y brutal, en ese caso, el barco de guerra que ataca la nave inocente, como el mercante auxiliar debidamente autorizado?

Pero conviene que no nos engolfemos demasiado en esta controversia; no tenemos tiempo Bástenos recordar que, si bien las grandes potencias modernas se han puesto fácilmente de acuerdo en la abolición del corso, también han estado conformes en oponerse a lo que más reclamaba la civilización: la inviolabilidad del hombre desarmado, y de la propiedad privada. en la guerra marítima. Ayer nomás, en el Congreso de El Haya de 1907, fracasó toda generosa iniciativa en tal sentido· ese corso de los fuertes está hoy subsistente.

Ya sabéis que el otro, el de los débiles, fue abolido en el Congreso de París de 1856. después de aquella guerra de Crimea, que todos conocéis, en que Francia e Inglaterra renunciaron al corso, de que no necesitaban, pero recordad que, aún entonces, ni los Estados Unidos, ni Méjico, ni España, quisieron despojarse de él, como recurso lícito de guerra, mientras subsistiera, sobre todo, el derecho de atacar la propiedad privada en el mar; lo consideraron indispensable a las potencias sin marina militar.

Pensemos ahora, amigos míos, en si Artigas, cuarenta años antes de ese Congreso de París, tenía o no

el derecho de compartir aquella actitud de Méjico, Estados Unidos y España; en sí, falto de todo elemento marítimo, podía o no levantar su bandera de enganche contra la marina portuguesa que lo bloqueaba.

Artigas, con un dominio del derecho de gentes que hoy nos admira tanto como el que reveló del constitucional en sus *Instrucciones,* organizó el corso desde el primer momento de la invasión. En 1816, antes de la caída de Montevideo, armó dos embarcaciones, la *Salcero* y la *Valiente,* cuyo primer viaje anuncia al Cabildo en estos términos: "Marcharon a penetrar en los saltos del Uruguay los dos corsarios, bien pertrechados, para auxiliar por el río nuestros movimientos de tierra. Conviene autorizar el corso, expidiendo la correspondiente patente, para hostilizar por ese medio a los portugueses por mar. La medida, puesta en práctica, comienza a dar buenos resultados".

Barreiro siguió sin demora la indicación: a fines de 1816 expidió en Montevideo patente de corso, en la forma consagrada por derecho, a don Ricardo Leech, capitán de una goleta. Éste y sus tripulantes afianzaron el cumplimiento de las cláusulas de la patente, y se obligaron a entregar al tesoro público el diez por ciento de las presas.

Notemos una interesantísima circunstancia: esa goleta, al recibir el pabellón de Artigas, adoptó el nombre de *República Oriental*

Os he dicho, amigos artistas, que la organización del corso marítimo por ese gobernante que legisla desde su peñón del Uruguay es quizá la nota más vibrante de aquel período histórico, y una de las más altas de aquel caudillo original. Detengámonos en ellas, pues; ninguna nos define con mayor precisión el carácter

épico de ese fundador de naciones en los tiempos modernos.

Tengo en mi poder un borrador, que juzgo auténtico, pues, como lo veis, está escrito en aquella época, contiene la *Instrucción* dictada por Artigas para definir los deberes y derechos de sus corsarios. Este precioso documento, nuevo en la historia del Plata, reclama nuestro examen detenido. Es el siguiente:

"ARTÍCULOS DE INSTRUCCIÓN QUE OBSERVARÁ EL SEÑOR COMANDANTE DEL CORSARIO NOMBRADO, SEGÚN EL ESTATUTO PROVISIONAL DE DECRETOS Y ORDENANZAS DE ESTA PROVINCIA ORIENTAL.

"Art. 1º El Comandante y Oficiales y demás subalternos del predicho Corsario quedan bajo la protección de las leyes del estado, y gozarán, aunque sean extranjeros, de los privilegios e inmunidades de cualquiera ciudadano americano, mientras permanecieren en servicio del estado

"2º Los armadores podrán celebrar los contratos que estimen convenientes con el Comandante, Oficiales y tripulación, debiendo entrambas partes mantener una constancia por escrito del contrato, para hacerlo cumplir religiosamente, en caso de duda, por este Govierno.

"3º Los armadores serán obligados a satisfacer un cuatro por ciento ante este Govierno sobre el producto de cada una de las presas, debiendo en las reparticiones considerarse esta porción como la más sagrada y recomendable para el estado.

"4º Los armadores y apresadores serán obligados a dar a este Govierno la mitad del armamento y útiles de guerra tomados en las Presas; el resto quedará a beneficio de dichos armadores, con prevención de que si este Govierno los necesita, deberá ser preferido en la compra por su valor ordinario.

"5º En razón de los dos anteriores artículos, el Govierno concede el privilegio a los armadores y apresadores que las presas vendidas en qualquiera de los puertos de su mando paguen solamente sobre sus efectos la mitad de los derechos ordinarios, que será un doce y medio por ciento, y que no serán gravados estos mismos efectos con pecho extraordinario

"6º Los armadores y apresadores serán obligados a satisfacer qualquier auxilio que por vía de reintegro hayan pedido o exigido de los buques mercantes o de guerra del Estado o de otros qualesquiera traficantes de los poderes neutrales o amigos a quienes se les haya exigido por el mismo principio.

"7º Los armadores y apresadores serán obligados a enarbolar en el corsario la bandera tricolor, azul, blanca y colorada, en el modo y forma en que la usan los demás corsarios y que tiene ordenado la Provincia

"8º El Govierno declara por buena presa todo y qualquiera buque navegante con bandera portuguesa y con patente de aquel Govierno, debiendo todos sus cargamentos, buques y efectos ser vendidos o enajenados en justa represalia.

"9º El Govierno declara por buena presa qualesquiera buque que, reconocido por alguno de nuestros corsarios y *enarbolando el pabellón de la Provincia,* se les haga el menor movimiento de hostilidad, con justificación de no haber sido provocado por ellos.

"10. El Comandante de corso podrá reconocer qualesquiera buque navegante, y si lo encontrase con armamento, útiles de guerra y papeles oficiales de qualesquiera de las dos majestades española y portuguesa *relativas a la subyugación y nueva conquista de estas provincias u otras qualesquiera del continente americano será,* por el mismo hecho, declarado buena presa.

"11 El Comandante de corso apresará qualesquiera buque navegante que fuese encontrado sin credenciales de alguno de los goviernos reconocidos, y será reputado como pirata, a no ser que el capitán y tripulación de dicho buque justifique la casualidad de este incidente.

"12. El Comandante de corso, habiendo hecho las presas por qualesquiera de las causales indicadas en los artículos anteriores, podrá remitirlas con qualesquiera de sus oficiales de presa, autorizándole para que pueda enajenarlas o venderlas en qualquiera de nuestros puertos u otros de las Provincias neutrales o amigas

"13 Ni el Comandante de corso ni alguno de sus Oficiales podrá tomar ninguno de los buques mencionados, siempre que se hallen a un tiro de cañón de los puertos neutrales o amigos, o a la misma distancia en qualesquiera de sus costas, en cuyo caso, gozando inmunidad aquel terreno, declaro ser nula aquella presa, aun cuando por nuestro corsario hayan sido perseguidos dichos buques enemigos desde mayor distancia.

"14 El Comandante y demás Oficiales de corso guardarán y harán guardar la mayor moderación posible con los prisioneros de guerra, usando con ellos la mejor conducta, según el derecho y costumbre de las otras naciones civilizadas.

"15. El Comandante y demás Oficiales de corso guardarán y harán guardar a la tripulación el mejor orden en la visita de los buques y reconocimiento de las presas.

"16. El Comandante y Oficiales de presa están obligados a remitir a este Govierno todo y qualquiera papel interesante hallado en dichas presas, los que serán conducidos con la brevedad y seguridad posibles

"17. El Comandante y Oficiales de presas, en caso de hallar alguna contradicción en qualesquiera de los puertos neutrales o amigos para su venta, ocurrirán a este Govierno con los justificativos suficientes del apresamiento, y, calificado que sea, hacer el reclamo y gestiones convenientes.

"18. El Comandante y Oficiales de corso guardarán y harán guardar a la tripulación el mejor orden, y cuidarán de la más puntual observancia de las leyes penales.

"Y para que dichos artículos tengan toda la fuerza y valor, van firmados de mi mano y sellados con el sello de la Provincia. Dado en..."

Os invito a consagrar un momento de atención, mis buenos amigos, a esos 18 artículos. Así como en sus *Instrucciones* del año 13 consignó Artigas sus principios de Derecho Constitucional, en éstas establece, como lo veis, los más adelantados del Internacional a que somete su conducta. No hay, ni en aquéllas ni en éstas, ninguna novedad jurídica; pero si se piensa en que esa *Ordenanza sobre el Corso Marítimo,* que hoy podría someterse al examen de un Congreso de naciones, ha salido de la ambulante cancillería instalada en la tienda del *Hervidero,* la adopción de tales principios cobra aquí un color original y grande. La redacción de esa *Ordenanza* debe ser atribuida, es mi parecer, al Padre Monterroso, sucesor de Barreiro en la secretaría de Estado, pero, en este caso, como en el de las *Instrucciones* del año 13, y en el de la *Ley de Tierras públicas,* y en el de la *Reglamentación de Aduanas* y demás leyes de este género, es en Artigas donde el pensamiento es acción y vida; es ese hombre quien, solo en su tienda con sus secretarios, sin asambleas

ni congresos, que no puede convocar, constituye, sin embargo, el vértice a que convergen ideas y principios para formar un alma nueva. No es éste, pues, el *guerrillero heroico, genial*, que han visto algunos en Artigas.

En ese papel, como en cualquier otro, me parece, podéis percibir el pensamiento y el carácter del fundador de una nación; la conciencia plena que lo asiste de su representación soberana: el celo por el honor de su bandera, que llama *de la Provincia* en el sentido claro de *estado libre en la confederación de América;* el respeto por los principios que rigen las relaciones de los pueblos civilizados, a los que incorpora el suyo recién nacido en condiciones de igualdad.

Pero antes que los principios que en ella se consagran, yo quiero haceros advertir aquí, una vez más, el concepto que de sí mismo y de la misión de su pueblo tiene el gobernante del *Hervidero.* Artigas pone, a la sombra de la bandera tricolor, no sólo las provincias rioplatenses, *sino cualquiera del continente americano que pueda ser amenazada de subyugación o nueva conquista por las antiguas majestades* La bandera que tal pretenda es, por ese solo hecho, pabellón enemigo ante el derecho de gentes.

Si recordáis, amigos artistas, las *Instrucciones* de 1813, el *Zollverein* aduanero de 1815 y las demás leyes y actitudes concordantes del gran caudillo, que os he hecho conocer, acaso se os ocurra pensar en que no fue Monroe, el presidente de los Estados Unidos, quien primero proclamó el principio aquel de *"América para los americanos"*.

Y si sois capaces, como no lo dudo, de ver sólo un accidente en la diferencia que existe entre el palacio de gobierno de Washington y la tienda del Hervidero, espero que sentiréis en éste, más aún que en aquél, la

presencia del grande espíritu. La *Doctrina de Artigas* es más *internacional,* cuando menos, que la *Doctrina de Monroe;* no lo pongáis en duda; ésta, la de Monroe, era una base de legislación interna, un *criterio político,* si queréis, del pueblo angloamericano, sobre sus relaciones exteriores; aquélla, la de Artigas, era *una ley de confederación hispanoamericana,* que el héroe promulgaba, y a la que se sometía como a una ley natural que a todos se imponía. El héroe verdadero del *panamericanismo* estaba entre nosotros y hablaba en español.

Como el caudillo lo presumía, su idea cobró enormes proporciones. Armados y equipados al principio en Montevideo, y principalmente en la Colonia, los corsarios orientales comenzaron a romper el bloqueo y a perseguir el comercio portugués en el Río de la Plata y aguas adyacentes; pero en seguida se lanzaron a pleno Atlántico, que cruzaron en todas direcciones, en busca de su presa. Los marinos de Estados Unidos, los de Baltimore sobre todo, acudieron al llamado del Estado Oriental, y, enarbolando su pabellón de guerra, aniquilaron el comercio enemigo. La travesía de Portugal al Brasil se hizo casi imposible: Río Janeiro, Pernambuco, Bahía, Oporto, Lisboa, sufrían pérdidas invalorables. El gobierno de don Juan VI recurrió en vano a los viajes en convoy; las presas caían una tras otra, y eran vendidas públicamente en los puertos de Estados Unidos, en Baltimore especialmente, centro de los armamentos. Los corsarios orientales se hicieron célebres por su valor y audacia; llevaron ésta hasta atacar el pabellón enemigo en sus propios puertos, en el mismo de Lisboa, bajo el fuego de sus baterías.

Convengamos, amigos míos, en que la voz de esos cañones, los solos que en los mares europeos repelieron

la fuerza con la fuerza, fue la primera proclamación del derecho hispanoamericano recién nacido; esa voz de Artigas, que sonaba en los oídos de la Santa Alianza, era la rectificación de las protestas de acatamiento que otros le hacían oír, y que ella no quería escuchar.

No; aquellos corsarios, amigos míos, no eran piratas o bandoleros del mar, como alguien ha dicho, invocaban un derecho agredido; enarbolaban un pabellón reconocido como nacional, cuyo enemigo exclusivamente perseguían; formaban parte, como los cuerpos francos o los pueblos levantados en masa, de la fuerza pública de un estado. Eran la codicia lanzada contra la codicia; el hecho contra el hecho.

Esos mercenarios fueron nuestros auxiliares; eran nuestros, porque los pagábamos ¡y cuán caro! con la sangre de los que caían, a la sombra del mismo pabellón, en *Corumbé*, en el *Catalán*, en *India Muerta*, y compraban con ella, para su patria, el título de persona internacional

¿Cómo no mirar, entonces, con simpatía, a esos primeros heraldos, en el viejo mundo, de nuestra recién nacida beligerancia, oh amigos míos?

¿No os he de hacer mirar, con el interés con que yo lo miro, a ese barquichuelo vaticinante que, por primera vez, pasea sobre las aguas, como una palabra del porvenir, ese nombre querido de *República Oriental?*

La actitud de los Estados Unidos fue, en este caso, muy sugerente: los enemigos de Artigas la calificaban de complicidad con la *piratería*. El gobierno de don Juan VI reclamó ante el de Washington, pero sin resultado, recurrió entonces, abrumado y suplicante, a quejarse de las agresiones de Artigas ante las grandes potencias reunidas en *Aix-la-Chapelle*, y allí obtu-

vo que los gobiernos dueños de colonias prohibiesen la entrada a sus puertos de los corsarios orientales. Reanudó entonces sus trabajos en Washington; fundó su nueva instancia en el hecho de haber ya arrebatado *legítimamente* todos sus puertos a Artigas, lo que lo inhabilitaba para expedir patentes de corso... Salió, por fin, con la suya: el Congreso de Washington, en marzo de 1817, prohibió el armamento de corsarios, y el Ejecutivo la admisión de presas en los puertos de la Unión. Pero es preciso reconocer que no fue grande el celo desplegado en la ejecución de tales leyes y decretos. El Congreso y el Ejecutivo de la Unión cedían ante las circunstancias: pero la patria de Washington no podía olvidar tan pronto que, en su guerra de independencia, aun teniendo, como tuvo, el apoyo de la escuadra francesa, echó mano resueltamente de sus corsarios, tan audaces como los de Artigas; aniquiló con ellos el comercio de Inglaterra, y apresuró el reconocimiento de su persona soberana.

Pero no sólo por eso se negaron los Estados Unidos a considerar como pabellón pirata el tricolor de los corsarios de Artigas. Hemos llegado, amigos artistas, a la oportunidad de hablar de lo que antes os decía: del juicio que de la persona y la causa y de la bandera del gran caudillo platense se había formado la República del Norte.

IV

Conocidas nos son las gestiones diplomáticas de los Directorios de Buenos Aires en Río Janeiro y en Europa. En todas ellas, iniciadas y seguidas, como sabéis, sobre la base del acatamiento al rey. Artigas, o no ha figurado, o ha aparecido como un bárbaro, cuya des-

trucción con todo su pueblo es gloria y provecho es un facineroso en la tierra; un pirata en el mar. No era difícil convencer de eso a los reyes europeos, convencidos como lo estaban de que, en estos mundos americanos, quien más quien menos, todos eran bárbaros, cualquier fuera el pabellón que levantaran.

Pero al mismo tiempo que esas gestiones monárquicas se seguían en secreto, el Directorio de Buenos Aires, por resolución del Congreso, inició, en este año de 1817, negociados paralelos en Estados Unidos, con objeto de buscar la amistad de la gran República del Norte, y obtener de ésta el reconocimiento de la independencia de las Provincias del Río de la Plata, *a título de identidad en los ideales políticos*

Esos negociados, de que voy a daros cuenta detallada, no habían sido los primeros intentados en Estados Unidos. En mayo de 1811, cuando Artigas triunfaba en *Las Piedras* precisamente, la Junta Gubernativa de Buenos Aires, la que había nacido de la asonada del 5 y 6 de abril, que derrocó a la formada el 25 de mayo de 1810, había comisionado a don Diego de Saavedra y a don Juan Pedro Aguirre, para que fueran secretamente, con los nombres supuestos de Pedro López y José Cabrera, a Estados Unidos, gobernados a la sazón por su cuarto presidente, Jacobo Madisson, a comprar armas y hacer conocer allí la revolución del Plata El ministro de Madisson era Monroe. Éste acordó a los comisionados una audiencia confidencial, en la que manifestaron que el deseo del país era el de constituirse en nación independiente, para lo que pedían protección Dos días después Monroe, en nombre de Madisson, contestó "que los Estados Unidos verían con agrado la emancipación de sus hermanos los pueblos del Sur, *bajo una constitución liberal*", y que, en

ese concepto, les prestarían el apoyo compatible con las circunstancias. Los comisionados contrataron entonces, con la casa Stephen Gérard, la adquisición de veinte mil fusiles y gran cantidad de pistolas y sables. Stephen obtuvo de Monroe que, para evitar retardos, esas armas se sacasen de los arsenales de la nación, en los que serían repuestas, y que se entregasen las mejores, y a precios reservados. En cuanto a su pago, el gobierno de la Unión se satisfacía con la garantía de un comerciante de crédito en el país. Pero la Junta de Gobierno de Buenos Aires, agobiada entonces por el desastre del Desaguadero, y resuelta a su arreglo con Elío, en que reconocerá a Fernando VII, ordenó a sus comisionados que no extendieran sus gastos más allá de la suma que tenían en su poder. Ésta había sido ya invertida en la adquisición de mil fusiles. Por otra parte, esa Junta, como todos los gobiernos bonaerenses, era precaria; será sustituida muy pronto, en setiembre del mismo año, por el Triunvirato, y éste por el Directorio, etc. No se veía allí una persona permanente al través de las variaciones constantes. Sus comisionados tuvieron que regresar a la patria, a la que arribaron el 14 de mayo de 1812.

Como lo veis, mis amigos, los Estados Unidos se presentaron dispuestos, desde el primer momento, a secundar la revolución del Plata; pero en el concepto de que estos pueblos *se emancipasen realmente, bajo una constitución liberal.* La República del Norte quería cerciorarse de que, efectivamente, el Río de la Plata pensaba en la independencia, es decir, en la democracia republicana.

Ya sabéis vosotros lo que ha pasado, desde que esos comisionados de Buenos Aires hablaron a Monroe de independencia en 1811. hasta el momento en que es-

tamos (1817), en que un nuevo embajador, don Manuel Hermenegildo Aguirre, va a hablarle de lo mismo. Y si vosotros lo sabéis, mejor lo sabía Monroe. Allá, en los Estados Unidos, se conocía todo: desde las gestiones de Alvear para entregar a la madre patria Inglaterra el Río de la Plata, en compensación de lo que perdió en el Norte; desde las idas y venidas de Rivadavia a Madrid a ofrecer a Fernando VII, restaurado en su trono absoluto, la sumisión de sus súbditos americanos, hasta las gestiones pendientes con la Santa Alianza y la entrega de la Banda Oriental al rey portugués. Vais a ver cómo todo eso se conocía, y, sobre todo, cómo se sabía también quién era y a quien representaba Artigas.

Presentar a éste, en los Estados Unidos, como un salvaje o facineroso, merecedor de muerte de fiera, no era obra tan sencilla como condenarlo ante los monarcas de Europa, o en los decretos del Directorio, o en los panfletos locales. El enviado de Buenos Aires va a encontrarse allí con una sorpresa. va a presenciar la primera apoteosis de ese odiado personaje, realizada precisamente en los momentos de su infortunio, de su abandono y sus desastres. Alguien ha escuchado, pues, sus gritos y conjuros: el solo que, en el mundo, puede oir y juzgar la causa del Nuevo Mundo republicano.

V

No perdáis de vista, mis pacientes amigos, el momento en que nos encontramos. El portugués, apoyado por el director Pueyrredón, es dueño de Montevideo, donde lo sitiarán y acosarán los patriotas, mientras tengan sangre que verter. San Martín ha pasado los Andes y entrado vencedor en Santiago, donde, recono-

ciendo la soberanía del pueblo chileno, acata como director supremo al general O'Higgins, jefe de los chilenos. Rivadavia, tras el fracaso de la negociación para coronar al infante don Francisco de Paula, está en Europa, donde, después de presentar al rey de España, el amado monarca, los sentimientos de lealtad de sus vasallos americanos, y de recibir los mayores desaires en su plan de reconciliación, urge a Pueyrredón para que haga declarar la monarquía en el Plata, gestiona, con instrucciones expresas del Congreso, la coronación, en el Plata y en Chile, de un príncipe de las casas reinantes, sostenido por las grandes potencias europeas, se dirige a estas potencias, reunidas en Aix-la-Chapelle, y hace toda clase de esfuerzos por dar a la revolución de Mayo, como solución, una corona apoyada en soldados de ultramar. García está en Río Janeiro cultivando la alianza de Portugal contra Artigas, como agente de Pueyrredón y del Congreso; envía al Supremo Director un proyecto de tratado, y, para conjurar el peligro de que el gobierno pueda romper con Portugal, a causa de la usurpación de la Banda Oriental, le dice en comunicación de 25 de abril de 1817: "Demos por supuesto que triunfamos de los portugueses y que los obligamos a desalojar la Banda Oriental. ¿Hemos ganado algo en fuerza y poder? No, señor; *entonces el poder de Artigas aparecerá con mayor ímpetu y será irresistible.* La naturaleza de ese poder es anárquica, es incompatible con la libertad y la gloria del país. Artigas y sus bandas son una verdadera calamidad... No tenemos otro sacrificio que hacer sino dejar, por algún tiempo más, el territorio ocupado en manos del extranjero... Nos privamos temporalmente *de un territorio que, evacuado, no volverá a nuestro poder*".

Ése será siempre el criterio de García y de los suyos, si ese territorio no vuelve a poder de Buenos Aires, no hay para qué pugnar por que salga de manos del extranjero; sólo se le disputará al extranjero diplomáticamente, para hacerlo propio, no para hacerlo libre, dueño de sí mismo, miembro personal de la familia española, como Chile o el Perú.

Artigas, entretanto, en su homérica capital primitiva, continúa su resistencia contra el invasor portugués, y enarbola la franja roja diagonal de su bandera republicana.

Y es en esas circunstancias cuando Pueyrredón envía a los Estados Unidos ese agente de que os hablo, don Manuel Hermenegildo de Aguirre, con el objeto de recabar de la gran República, el reconocimiento de la independencia de las Provincias del Plata y la protección del gobierno americano, *a título de fraternidad en el ideal político*. Ha de hacer las mismas protestas que hicieron don Diego de Saavedra y don Juan Pedro Aguirre en 1811.

El señor Aguirre, que va también encargado por San Martín y O'Higgins de adquirir barcos y armas para Chile y distribuir patentes de corso argentinas y chilenas, llega a Baltimore en julio de 1817, es decir, muy poco después de ocupado Montevideo por el ejército del rey portugués, de acuerdo con el representante de Buenos Aires en Río, y con las instrucciones del Congreso de Tucumán, y con todo lo demás que sabemos

El ilustre Monroe, el mismo que, como ministro de Madisson, había recibido en 1811 a los primeros enviados confidenciales, es ahora quinto presidente de la gran República. Mr. Quince Adams, que lo sucederá en la presidencia, es su ministro.

Fijémonos ahora en Mr. Clay. Éste, que aspiraba al ministerio, como base de su candidatura a la futura presidencia, ve su derrota en la elevación de Adams, y se constituye en *leader* de la oposición, en la Cámara de representantes, contra Monroe y su gobierno. Esa su plataforma de política interna dará resonancia a su nombre en la internacional de América.

¿Qué dirá Aguirre a Monroe, a Adams, al pueblo angloamericano? ¿Les dirá que las Provincias del Río de la Plata, que han declarado su independencia en Tucumán, fraternizan con sus hermanos del Norte en la defensa heroica del principio republicano, y les pedirá su apoyo, en consecuencia?... ¿Les dirá eso en los precisos momentos en que Pueyrredón, de acuerdo con San Martín, reorganiza la Logia Lautaro, que, según dice López, tenía por objeto "acabar con el espíritu republicano y crear una monarquía sometida a un príncipe portugués, español, o al mismo Fernando VII", y en los clásicos instantes en que el Congreso de Tucumán, que se trasladaba entonces a Buenos Aires, ordenaba que se hiciese saber a la corte del Brasil que los pueblos argentinos abdicaban de sus ideas democráticas, y que estaban dispuestos a aceptar una monarquía de Braganza, es decir, a sellar la bandera bicolor con los jeroglíficos del rey?

Sí, eso dijo Aguirre, en hora feliz, a los Estados Unidos: invocó la identidad de los principios políticos. Y digo en hora feliz, mis bravos amigos, porque ello dio ocasión a que se pronunciasen, en el Congreso de la República de Washington, las memorables palabras que son sentencia y apoteosis del prócer oriental: *"El único demócrata de las Provincias Unidas del Río de la Plata es el bravo y caballeresco general Artigas". "The brave and galant republicain general Artigas".*

Lo que dijo Aguirre fue lo que debía decirse, en los Estados Unidos; para reclamar el reconocimiento y el apoyo de la gran democracia del Norte en favor de la revolución de Mayo. Aguirre afirmó que ésta fue una revolución democrático-republicana, un estallido contra los reyes que sojuzgaban la América, dijo que sus luchas por la libertad, *en especial las empeñadas en la Banda Oriental,* le daban títulos de gloria, etc., etc. Todo eso era la verdad; eso era, efectivamente, la revolución iniciada el 25 de mayo de 1810 Pero no estaba habilitado, para ser órgano de esa verdad intrínseca, un agente de Pueyrredón y del Congreso de Tucumán, un colega de Rivadavia. Eso hubiera podido ser dicho, con serena altivez, por un representante de Artigas; pero éste, ocupado en restañar los chorros de sangre de su pueblo, no podía enviar embajadores a Monroe ni defenderse en los Estados Unidos. Apenas si pudo trazar, sobre el arzón de su caballo de batalla, las pocas palabras de la carta memorable que conocéis, en que ofrece sus respetos al fuerte de la tierra, e invoca el auxilio del Fuerte de los Fuertes, que está en el cielo.

Y sin embargo, ellas fueron bastante; Artigas fue defendido en los Estados Unidos como héroe jamás lo ha sido Esa defensa es un fenómeno sociológico con pocos precedentes.

¿Es el eco o la ratificación de ella lo que nos trajo Mr. Elihu Rŏot, el embajador de Roosevelt, cuando hace muy poco tiempo (en 1906) nos dijo que "*fue el alma turbulenta e infatigable de José Artigas la que hizo la independencia del Uruguay?*"

Pero otra voz, más reciente aún, espontánea y generosa, venida del Norte, nos acaba de decir algo más.

En el mes de junio de 1910, cuando se celebraba el centenario de la revolución de Mayo, sin que en Buenos Aires se pronunciara el nombre del vencedor de Las Piedras, condenado al destierro de la posteridad, nuestro presidente Williman, en cuyo nombre os hablo, recibía, como ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, a Mr Morgan. El 8 de ese mes, presentaba éste solemnemente al contraalmirante Stauto, y dirigía al presidente del Uruguay estas palabras, que todos los orientales hemos escuchado conmovidos, y que deben incorporarse a nuestra historia:

"Señor Presidente: Cuando tuve el honor de presentar mis cartas credenciales a V. S., le anuncié que un almirante de la marina de guerra de los Estados Unidos vendría con el cometido de visitar y felicitar a los países de la costa oriental del continente, que consiguieron su independencia hace un siglo

"De acuerdo con el expresado anuncio me es grato ahora presentar a V. E. al señor contraalmirante Sydney A. Stauto, que, después de haber participado de los festejos del centenario en Buenos Aires, viene a Montevideo a saludar la bandera de la República Oriental del Uruguay, atestiguando una vez más los sentimientos de confraternidad que unen a las marinas del Uruguay y los Estados Unidos.

"Es pronóstico de buen augurio, que jamás buques de guerra de la marina de Norte América hayan llegado a las aguas del Río de la Plata sino en misión de paz y de amistad. Así ocurrió en 1818, con la llegada de la fragata *Congress*, que conducía la comisión que, en cumplimiento de instrucciones del presidente Monroe, debía estudiar las condiciones políticas de las Provincias Unidas del Río de la Plata e informar respecto del reconocimiento de su independencia, *en*

aquellos momentos difíciles para el patriota y bizarro Artigas, que, con razón, ha sido llamado el Washington del Uruguay".

El doctor Williman contestó, en nombre del pueblo oriental "Yo agradezco a V. E. el recuerdo dedicado a la personalidad de nuestro Artigas, cuya actuación reverenciamos todos los uruguayos".

Era de agradecerse, efectivamente. Nada más oportuno que esa fuerte declaración, para celebrar, con los hijos de Artigas, en nombre de la patria de Washington, el aniversario de la independencia de estos países de la costa oriental del continente, nada más oportuno.

¡El Washington del Uruguay! Valiente y honrada frase.

Mr. Morgan, que tal decía, es un gentil representante de su patria, pero es también, en su tierra, un profesor de historia, lo es de largos años atrás.

Las páginas de la historia angloamericana que Morgan ha estudiado, para poder designar a Artigas con el predicado de *Washington del Uruguay,* son las que voy a haceros conocer ahora, amigos artistas. Esas páginas no figuran generalmente en la historia del Río de la Plata, que está llenas de lagunas; lagunas estancadas que hemos de cegar echando en ellas verdades y verdades; las hemos de cegar, así sean más profundas que el Océano. Que no lo son tanto, ni mucho menos, como lo estamos viendo.

Hablaremos, pues, de esa fragata *Congress,* recordada por Morgan en su discurso, y de la comisión que vino en ella con instrucciones de Monroe. También de los momentos difíciles para el patriota y bizarro Artigas, en que aquélla llegó al Plata.

De todo eso hablaremos amablemente.

VI

Aguirre, el embajador de Buenos Aires, es recibido por el presidente Monroe, quien, en la única conferencia que con él celebra, le protesta la amistad de la América del Norte hacia la del Sur; pero con las reservas impuestas por la diplomacia, y conciliando la protección *indirecta y disimulada,* que le hace esperar, con las relaciones amistosas que los Estados Unidos cultivan en esos momentos con España.

El agente argentino se pone entonces en comunicación escrita con el ministro Adams, al que elocuentemente expone los títulos que tienen las Provincias del Plata al reconocimiento; pero al entrar a precisar su negociado, el representante de Buenos Aires se ve desconcertado por la siguiente pregunta, que le hace el ministro de Monroe. — ¿Cuáles son los territorios que han de constituir el nuevo Estado cuya representación invocáis, y cuya independencia queréis ver reconocida por la democracia de Washington?...

Aguirre contesta con vacilación: —Son los que constituyeron el virreinato español del Río de la Plata.

—Y ese territorio que gobierna Artigas, responde Adams, ¿no formaba parte del virreinato?. Habéis presentado poderes del gobierno de Buenos Aires; nos traéis una carta de O'Higgins, el jefe de los chilenos. ¿Traéis alguna de Artigas, el Jefe de los Orientales, con quien ha tratado nuestro cónsul, que ha estado en comunicación con nuestro presidente, que nos ha ofrecido su amistad republicana? Decís que sois agente de los gobiernos argentino y chileno. ¿Y el oriental?... ¿Quién os da la representación de ese pueblo heroico, que, como Chile, está separado de Buenos Aires por fronteras naturales, y que quiere su autonomía?...

Yo veo allí a ese hombre Artigas, que lucha solo con su pueblo, y que, cuando menos, representa tanto como O'Higgins ¿Quién es ese Artigas? Yo veo a Montevideo en poder de un monarca europeo, del portugués, hermano del español, protegido de la Santa Alianza, que no puede ser nuestra amiga. Y ese rey extranjero está allí, con el beneplácito del gobierno de Buenos Aires, que vos representáis, y que pide el reconocimiento. ¿Quién me garantiza entonces la estabilidad, la verdad de esa patria, de principios idénticos a los nuestros, de que me estáis hablando?... Y si ese Artigas, Jefe de la Banda Oriental, que proclama la independencia republicana, dijo expresamente Adams, me pide el reconocimiento que vosotros me pedís, el reconocimiento de su independencia de España y de Buenos Aires, ¿qué le contesto, si hoy reconozco su dependencia de vosotros sin su voluntad o contra ella?... ¿Me he de poner contra el, en la lucha que sostiene con vosotros, aliados del rey de Portugal, en defensa de la democracia?... ¿Y si el mismo portugués me pide el reconocimiento de su dominio sobre Montevideo, su ciudad conquistada?. .

Adams, el pueblo americano, mis amigos artistas, no conocían, como nosotros conocemos hoy, en todos sus detalles, la gestión que precedió a la invasión portuguesa; todo eso ha venido a conocerse 60 años después, pero conocían lo suficiente para formar su juicio El representante de los Estados Unidos en Francia, Mr Gallatin, estaba impuesto de los proyectos de Rivadavia, que le había sido presentado por Lafayette, el representante de los Estados Unidos en Inglaterra, Mr. Ricardo Rush, neutralizaba en esos momentos, ante Lord Castlereagh, el proyecto de éste, de mediación de Inglaterra en Europa, para restituir a España sus

dominios, y negaba el concurso de esos Estados Unidos a todo arreglo que no tuviese por base la independencia de las colonias españolas; estaban también en autos sobre el espíritu monárquico predominante en los directorios de Buenos Aires, y sobre la intervención de éstos en la invasión portuguesa. Los Estados Unidos sabían, pues, todo lo esencial, absolutamente todo.

Aguirre tuvo que contestar a la formidable objeción de Adams. Allí no podía recurrir a la gratuita depresión de Artigas; no le era dado salir del paso con decir que éste era un caudillo anárquico y vulgar, mientras sus enemigos eran el orden; mucho menos con que era un bárbaro o un facineroso, mientras sus émulos eran la humanidad generosa. Oíd su contestación, que os va a llenar de asombro: "Artigas, aunque en hostilidades con el gobierno de Buenos Aires, dijo, *sostiene la causa de la independencia contra España.* En cuanto a la invasión portuguesa, el motivo principal de esa guerra es la antigua pretensión del Brasil a mayores límites territoriales. Será probablemente imposible que lo consiga, porque uno de nuestros más distinguidos jefes, ayudado por los más amplios recursos, está ahora comprometido en el rechazo de esas tropas. *Y no obstante el doble vínculo con que actualmente se une ese soberano al rey de España,* nuestra existencia nacional, lejos de estar seriamente comprometida por la guerra *en ese rincón (quarter)*, está fortalecida por ella".

Ese rincón era la Banda Oriental; ese distinguidísimo jefe, ayudado por los más amplios recursos era... yo no sé quién era. ¿Sería Artigas?... ¡Artigas representado por el agente de Pueyrredón!...

Convengamos, mis amigos, en que la posición del señor Aguirre era muy escabrosa y llena de peligros. Todo cuanto decía era falso, insincero; ni era verdad que Artigas ni ningún otro general argentino estuviera ayudado por Buenos Aires para rechazar al portugués, ni era verdad nada de lo que dijo Vosotros sabéis la verdad, y, sobre todo, también la sabía Adams; creo que mejor que Aguirre.

Éste no tuvo el resultado que buscaba. No sólo no fue reconocido en su carácter de enviado diplomático o ministro público, con las inmunidades de tal, sino que, por reclamación del cónsul español, que lo denunció como armador de buques de guerra contra España, fue reducido a prisión, por haber transgredido la *ley de neutralidad,* que acababa de dictarse en los Estados Unidos, y que prohibía adquirir elementos bélicos. Muy malos ratos tuvo que pasar en los Estados Unidos el señor Aguirre, y eso debió serle tenido muy en cuenta por su país, al que sirvió con la mejor voluntad.

VII

¿Eran los Estados Unidos enemigos del movimiento de emancipación de la América española? . No es eso, precisamente. Es menester que veamos las realidades, al través de las apariencias Los Estados Unidos, por razones fáciles de comprender, tenían que apoyar ese movimiento, y lo apoyarán más adelante, pero lo harán en el momento que juzguen oportuno, consultando, sobre todo, como es corriente en estos casos, sus propias conveniencias nacionales El momento en que se presentó Aguirre no podía ser más intempestivo. Los Estados Unidos estaban en buenas relaciones con España, y les convenía estarlo, entre otras

razones, porque esperaban de ésta la cesión del territorio de las Floridas, que se realizará en 1821. No por otra causa habían dictado esa ley de *neutralidad* que os he citado, por eso, a requisición de España, se negaban a recibir a Aguirre en carácter diplomático; no por otro motivo accedían a las reclamaciones del cónsul español, que denunciaba a Aguirre como violador de la citada ley, y obtenía orden de prisión contra él; por eso, por fin, se negaban a recibir al señor Forest, como cónsul de las Provincias Unidas, después que éstas proclamaron su independencia, y declaraban que, si antes habían reconocido agentes consulares de esas provincias, *era porque ellas se gobernaban a nombre de Fernando VII.*

¿Quiere esto decir entonces que lo que objetaba Adams a la representación de Aguirre, la falta de representación de la Banda Oriental, la invasión portuguesa, la personalidad de Artigas, eran sólo subterfugios o dilaciones?...

Tampoco es eso, precisamente; no, no es eso. La gran República no tenía necesidad de tales subterfugios; no tenía necesidad de invocar con respeto la causa de Artigas, si no tuviera la convicción muy honda de que éste era realmente *el hombre representativo;* con haber dicho categóricamente a Aguirre que convenía esperar, el aplazamiento hubiera sido un hecho. Creo que no cabe la menor duda.

Pero Monroe, que dentro de cinco años, en 1823, en el momento oportuno para Estados Unidos, apoyará, con su célebre *doctrina,* la independencia de las colonias hispanoamericanas, quería ver en éstas, porque así convenía a su propia vida, otras tantas naciones realmente emancipadas de Europa. Y, como era natural, no veía tal emancipación en la formación de mo-

narquías con príncipes sostenidos por los reyes absolutos, sino gobiernos emanados de los pueblos libres.

En su mensaje de 1823, Monroe declarará que verá un peligro *para la paz y felicidad de los Estados Unidos,* no sólo en las ambiciones conquistadoras o reconquistadoras de las potencias extranjeras en América, sino *en toda tentativa de extender el sistema político europeo en este hemisferio* El reconocimiento vendrá cuando los principios republicanos los de Artigas, hayan prevalecido sobre las tendencias de Rivadavia, de Pueyrredón y del Congreso de Tucumán sólo entonces habrá patria argentina, pueblo argentino soberano, en el concepto del pueblo de Washington.

Monroe no dijo nada nuevo, lo que ha dado en llamarse *doctrina de Monroe,* lo mismo podría apellidarse *doctrina de Artigas,* o más propiamente, *doctrina de América;* la vimos consignada, y, sobre todo, sinceramente practicada por el Jefe de los Orientales en su Ordenanza sobre el corso marítimo para él, es bandera enemiga de la tricolor que enarbola todo pabellón que signifique "subyugación o nueva conquista, no sólo de las provincias del Plata, sino *de cualquiera del continente americano*". Esa *doctrina de América* difiere fundamentalmente de la europea sostenida por Mr Canning, por ejemplo, en el seno del gobierno inglés y de su Parlamento, cuando, en la misma época de que hablamos, y coincidiendo en el propósito con los Estados Unidos, hacía reconocer por Inglaterra *el hecho* de la independencia americana.

No estará fuera de lugar que nos detengamos un momento en este recuerdo.

Este Mr. Canning de que os hablo era, como todos sabemos, en 1822, ministro del rey de Inglaterra

Jorge IV. Contra la opinión de todos, sin excluir la del mismo rey, defendió la independencia de la América española, imponiendo su reconocimiento a su patria; se lo impuso al propio rey. Eso ha hecho que el nombre de Canning se rememore con gratitud entre nosotros.

Sea en buena hora: Canning nos hizo bien; conjuró, cuando menos, un gran peligro que entonces nos amenazaba; ahorró sangre a nuestra independencia. Pero el significado de la personalidad del gran ministro de Jorge IV es muy diferente, completamente distinto del de los presidentes y ministros de los Estados Unidos de que hablamos. En Inglaterra no se pensaba en Artigas, a buen seguro, como en la patria de Washington. Y eso tiene su profundo significado, aunque no lo parezca.

Canning era un ministro de aquella Inglaterra que, pocos años atrás, había tentado, con el desastroso resultado que conocemos, la conquista de las colonias de España, para compensarse de la pérdida de las propias. Ahora la Santa Alianza, con la que Inglaterra no hace buenas migas, después de reponer a Fernando VII en su trono absoluto, por órgano de Francia, está pensando en reconquistar la América para devolverla a su dueño, sin perjuicio de reservar un buen pedazo, que bien podía ser el Río de la Plata, para Luis XVIII, a título de indemnización por sus servicios a Fernando en su intervención en la política española resuelta en el Congreso de Verona. Y eso es lo que Canning no quiere, y está resuelto a impedir a todo trance, por razones de conveniencia política inglesa no muy difíciles de percibir. Por eso quería que se reconociese la independencia hispanoamericana; pero sin preocuparse, ni poco ni mucho, de que ésta fuera o dejara

de ser republicana. Canning y Rivadavia podían, pues, entenderse a maravilla. Y lo mismo Alvear el que llamaba a Inglaterra al trono del Plata, y los demás que conocemos.

Pero Monroe, Adams, Clay, el pueblo angloamericano, no pensaban lo mismo; no miraban con tanta indiferencia lo que ser independiente significaba en América. No diré yo, por cierto, ni mucho menos, que la proclamación de los celebérrimos *principios de Monroe* fuera un acto de desinterés nacional, esa caridad colectiva es un remotísimo ideal. Yo creo que los Estados Unidos no hicieron entonces otra cosa que promulgar *una norma de política interna respecto de sus relaciones exteriores.* Pero esa *doctrina,* o como queráis llamarla, del presidente Monroe, no es sólo la defensa de un interés o conveniencia exclusivamente angloamericanos; lo es también de un principio vital que nos es común a todos los hijos de América, y nos distingue de todos los otros pueblos en la historia universal: el de la democracia republicana identificada con la independencia, con la vida misma; el que hace de Artigas, precisamente, lo que Artigas es: el héroe americano por excelencia, mal grado sus apariencias modestas, y acaso por ellas mismas.

Por eso en los Estados Unidos, y no en Inglaterra, apareció, en su altísimo significado, esa inaparente personalidad. Canning no sostenía, ni podía sostener, lo que el héroe oriental significaba; Monroe sí.

El insigne ministro de Jorge IV, al defender su tesis en el Parlamento, declara que él no intenta proclamar ni sostener *el derecho* de los americanos *a ser* independientes; se limita a reconocer *el hecho* de que *lo son* en ese momento: el de la expulsión de España en América; el de su impotencia para recobrar por sí

misma sus colonias; el de la existencia, por consiguiente, de pueblos soberanos en el Río de la Plata. Y eso es bastante, dice, para que Inglaterra, como cualquier otra potencia neutral, proceda de acuerdo con tal hecho, y cultive con esos pueblos las relaciones que le convengan. Ni quita ni pone rey, pero ayuda a su señor· emancipa el comercio colonial. Canning nos prestó un servicio, no cabe duda; pero no la tengo tampoco de que dijo demasiado cuando decía, algunos años después "Llamé a la vida al Nuevo Mundo, para corregir la balanza en el Viejo".

No, Inglaterra no llamó a la vida al Nuevo Mundo; bien sabemos lo que costó a su propia hija la emancipación. Ésta, la realizada por Washington, dio por resultado la libertad cívica, la de pueblos y ciudadanos; y mal podía nacer esa misma libertad en una nación que. pese a sus libres instituciones metropolitanas, dejaba que el oprimido pueblo irlandés, por el delito de ser católico, clamara en vano por la emancipación de su vida y de su conciencia.

En los Estados Unidos era otra cosa: los conceptos de independencia americana y de libertad eran allí inseparables, como lo eran el de libertad plena, aun para los católicos, y el de plena autonomía de los pueblos.

De ahí que los Estados Unidos vieran en Artigas lo que nosotros vemos, porque es la realidad· el hombre de la revolución hispanoamericana. Y por eso hicieron a Aguirre, en forma de interpelación, los duros reproches que hemos visto. Tan arraigada estaba en los hombres de los Estados Unidos la desconfianza respecto a la fe en la democracia del enemigo de Artigas, que, aun en 1820, recomendaba Adams a su cónsul en Buenos Aires, Forbes, mucha observación al res-

pecto "No en balde, le decía, ha estado Rivadavia dos o tres años en Europa".

Esa convicción de Monroe y de Adams sobre Artigas tuvo su exponente concreto y su desarrollo en el Congreso norteamericano.

Veamos cómo pasa eso, que debéis conocer plenamente. Os voy a hacer sonar horas de verdad y de gloria.

VIII

A fin de proceder con mayor conocimiento de causa, el gobierno de Monroe creyó oportuno enviar al Río de la Plata una misión que le informase sobre lo que aquí pasaba Para desempeñarla, fueron designados los señores César A. Rodney, Juan Graham y Teodorico Bland, que partieron, en diciembre de 1817, a bordo de esa fragata de guerra *Congress* de que hablaba al presidente uruguayo Williman, en cuyo nombre os instruyo, el ministro Morgan. Los comisionados llegaron a Buenos Aires a principios de 1818.

El presidente Monroe dio cuenta al Congreso del envío de esa misión, pidiendo los recursos necesarios para ella Y he aquí que surge, con ese motivo en el seno del Parlamento, una personalidad brillante, el diputado Mr Clay, de que antes os he hablado como rival de Adams.

Este Clay, jefe del partido de oposición a Monroe, toma ocasión del envío de la misión al Plata, de la prisión de Aguirre y del rechazo del cónsul Forest, para combatir la actitud de Monroe con relación a la independencia de la América española, y plantear netamente el problema de su reconocimiento con criterio puramente americano, distinto del de Mr. Canning, el inglés.

Vamos a penetrar, mis amigos, en el Parlamento. Cinco sesiones, las del 24, 25, 26, 27 y 28 de marzo de 1818, fueron absorbidas por esa disputa parlamentaria, en que tomaron parte los hombres más descollantes de la Unión, y que la opinión pública siguió con grande interés

¿Cómo daros una noticia sintética de esos memorables debates? En ellos se reproduce la controversia entre Adams y Aguirre Clay, Robertson y otros diputados de oposición son el órgano de ésta. Adams mismo, Smith, Forsyth, Lowndes y otros muchos, reflejan el pensamiento del gobierno, que quiere aplazar el reconocimiento y estudiar el problema.

Clay sostiene, en un brioso discurso inicial de tres horas, que, en vez de la misión que se dirige al Plata, debe enviarse un ministro diplomático; reconocerse la independencia de los pueblos hispanoamericanos Las Provincias del Río de la Plata, decía el orador, reúnen ya las condiciones de hecho y de derecho necesarias para ser reconocidas como soberanas: se han declarado tales, con un territorio determinado, libre de extranjeros: han proclamado los principios políticos de Estados Unidos, tienen un gobierno capaz de cultivar relaciones con los demás pueblos, y que es un gobierno republicano. Clay citaba, con ese motivo, la frase de Washington· "Nacido en una tierra de libertad, mis fervientes votos y mis mejores anhelos se excitan irresistiblemente, donde quiera que veo una nación oprimida romper las barreras que la separan de la libertad". O despídase, pues, al ministro de España, agregaba Clay, o recíbase al ministro republicano. Norte América no debe esperar a que los reyes le den el ejemplo de reconocer a la única república existente en el mundo, después de la nuestra Protestaba contra

aquella complacencia con los monarcas de Europa. Si la salud de las monarquías en Europa, decía, depende de la muerte de las repúblicas, la seguridad de la república de América no debe ser restringida por las otras repúblicas que nacen a su lado.

La voz de Clay resuena en el presente como un canto conocido. En el pasado, era la voz de lo ideal, entendiéndose por tal la realidad futura, que se apareció un momento al pueblo argentino, el 25 de mayo de 1810 Aquello era la verdad intrínseca, la realidad sustancial. ¡Valiente y honrado Clay!...

Pero el pensamiento musical de éste tenía que sonar como un diapasón en las realidades del Río de la Plata; como una proyección de fuego luminoso, tenía que penetrar en las verdades de su historia, y ofrecerlas a los ojos del mundo. De la realidad tenía que surgir la nota que se ajustase a aquel diapasón, y la forma humana resistente al fuego y a la luz. Es, pues, el momento de ver cuál es la voz acorde con la grande armonía; cuál la forma humana histórica que resiste la sumersión en el fuego y la inmersión en la luz.

Es entonces, mis amigos artistas, cuando se presenta la figura de Artigas, en el Congreso de los Estados Unidos, a someterse al fuego lustral del pensamiento republicano. Allí se fundió por primera vez, y para siempre, la estatua que vais a reproducir vosotros; un siglo de golpes de martillo no ha sido bastante a hacerle perder su temple ni su gesto de dios. Son Adams, Smith, Forsyth y Lowndes quienes la evocan como un espectro vengador. Sí, dicen a Clay los que combaten su proposición, todo eso es verdad, eso que decís es el espíritu de Washington. Pero ese espíritu puro no es el que anima a todos los hombres del Plata. Y dicen

entonces la palabra vengadora y expiatoria: "*El único campeón de la democracia en aquellas regiones es el bravo y caballeresco republicano general Artigas*". Quedó dicha, y no la levantará la historia. *Quod scripsi scripsi.*

Y dijo Adams. Se ha preguntado al enviado del gobierno de Buenos Aires, por lo primero que debe precisarse, al reconocer una nación: por los territorios que comprende el nuevo estado. El enviado ha respondido que son los del antiguo virreinato español. Y sin embargo, ahí está la Banda Oriental, parte integrante de ese virreinato, sometida al poder de un monarca europeo, contra el cual lucha Artigas, como el fuerte león de Judá. Y ese monarca europeo ha llegado hasta allí, hasta la posesión de la parte más preciosa del suelo del virreinato, hasta la misma margén oriental del Plata, con la connivencia del gobierno de Buenos Aires... ¡Y pronunciáis el nombre de Washington!... Artigas puede escuchar ese nombre, sin sentir serpientes que se muevan en su alma... Pero el enviado que nos ha llegado, y que reclama el reconocimiento de la independencia republicana, no es el enviado de Artigas; es el amigo, más o menos encubierto, del invasor monárquico portugués, que derrama la sangre de aquel pueblo oriental heroico.

¿Conocéis, por otra parte, las gestiones diplomáticas que en estos momentos sigue el gobierno de Buenos Aires ante las cortes europeas?... El gobierno de la Unión las conoce; allá están sus representantes, en contacto con los del Plata. Y el gobierno, que las conoce, os dice que el hermano de Washington, en aquellas regiones platenses, es Artigas, no sus enemigos.

Eso y mucho más dijo Adams, mis amigos artistas; he reproducido su espíritu, ya que no sus palabras, que fueron largas, y están escritas.

Las de Smith, diputado por Maryland, fueron éstas textualmente: "El Ejecutivo Directorio del Plata hace la guerra, como aliado del rey de Portugal, contra Artigas, que es el jefe de la Banda Oriental, y que parece ser, en verdad un republicano, un hombre de cerebro fuerte y de inteligencia vigorosa, valiente, activo, abnegado por su país, y poseedor de la plena confianza del pueblo de que es jefe".

La discusión cobró grandes proporciones; la historia del Río de la Plata fue expuesta y comentada; y, en medio de todo, la figura de Artigas permanecía inmóvil, invulnerable: nadie dijo allí que era la sombra de un facineroso ni la de un caudillo anárquico, indigno de atención.

Robertson, en apoyo de la moción de Clay, contestó al argumento de Adams sobre el significado de Artigas "La posesión de Artigas, dijo, sobre la Banda Oriental, no es la posesión de Fernando VII; toda la Banda Oriental está tan libre de la autoridad de éste como Buenos Aires mismo; y la única cuestión que se debate es la de la independencia del Río de la Plata *de sus primitivos dueños europeos*".

Eso dijo Robertson, americano, en la casa de Washington. No sabía lo que decía.

¡La independencia de sus primitivos dueños! .. ¡Primitivos! ..

No de lo que allí se trataba — si es que se trataba de la revolución de Mayo — era de la independencia contra todos los dueños, también contra los secundarios y contra los terciarios; de todos los dueños, también del portugués, tan europeo como el español.

Se trataba, no del morir de un rey, sino del nacer de un pueblo sin dueño, señor de sí mismo, revestido de todos los atributos esenciales de la persona. Artigas lo había dicho en su forma inconmovible. "Nuestros opresores, no por su patria, sólo por serlo, forman el objeto de nuestro odio".

¡De sus primitivos dueños europeos!.. Sí, eso era lo que buscaba la gente escéptica· un dueño secundario, cambiar de dueño... Pero eso no era la fe que transporta montañas de un lado a otro, no era el espíritu de Washington ni el de Artigas. Ni el del pueblo argentino ni el de la revolución de Mayo tampoco.

Clay, *leader* de lo ideal, hizo el último esfuerzo, en la sesión del 28 de marzo. El argumento de Adams, la ausencia de Artigas y de su patria en la representación de Aguirre, está de pie como una coraza. Contra ella lanza Clay sus últimos proyectiles. "¡Que se indiquen los territorios de cuya independencia se trata!", dijo Clay. Suponed que el ministro francés hubiera preguntado a Franklin qué número de estados representaba — Treinta. *s'il vous plait* — hubiera contestado Franklin. — Pero, señor Franklin: ¿quiere usted decirme si Pensilvania, cuya capital está poseída por Inglaterra, es uno de ellos?... — ¿Qué hubiera contestado Franklin?...

¡Oh, el valiente Clay!... ¿Conque en poder de los ingleses?... Pero es que Montevideo, mi bravo, mi honesto Clay, no está en poder de los españoles, equivalentes a los ingleses en el mundo hispánico, salió de su dominio hace cuatro años, para caer en el de Buenos Aires, en el de Alvear, en los momentos en que éste ofrecía a Inglaterra precisamente, a vuestra madre patria, la corona del Plata. Los orientales, sus verdaderos dueños, lo recuperaron por fin; pero... hoy

está en manos de portugueses, no de españoles. ¿Qué hubiera contestado Franklin, si un estado de la Unión se hubiera encontrado en poder, no de Inglaterra, la madre común, sino de Austria, verbigracia, y eso por obra de otro de los estados de esa Unión, y Franklin, en representación de éste último, hubiera ido a pedir el reconocimiento de la independencia de todos?...

Ese era el caso, honesto Clay, hombre de bien.

La moción de Clay fue rechazada por la representación del pueblo norteamericano. Sólo 45 votos le acompañaron; 150 estuvieron con Adams.

Es claro, como lo veis, que ese resultado significó, ante todo, un voto de confianza al gobierno, el apoyo del Parlamento a la política internacional de Monroe, y su colaboración a los planes diplomáticos que le guiaban, y que la moción de Clay entorpecía. Pero fuera cual fuere el objeto inmediato de la memorable contienda, ella dio ocasión de abrir el gran proceso histórico sobre el hombre del Río de la Plata, proceso que hoy va a terminar, con el monumento que os estoy inspirando, amigos artistas; con la emersión triunfante del héroe que hace un siglo fue aclamado, en la casa de Washington, como el caballero de la democracia y el campeón de la república en esta América, como el hombre del 25 de mayo de 1810, si es que esa cifra es, realmente, una cifra inicial de independencia.

El *Palacio de las Repúblicas Americanas*, construido en Washington como casa común, estará decorado con el busto del héroe representativo que cada una de ellas envíe. Excusado parece decir que será Artigas quien allí estará en nuestro nombre. En el bloque de su busto, las palabras de Smith, diputado de Maryland, que os he citado, dirán bien al pasajero quién es aquel hombre de mármol; las hemos grabado textuales en su

pedestal. Dicen así: *Artigas appears to be, in truth, a republican, a man of strong mind and strong understandings, brave, active, intelligent, devoted to his country, possesing the entire confidence of the people of whom he is chieff.*

(Mr. Smith, of Maryland. Congress U. S. A., 28 march 1818).

IX

Ya os imaginaréis el efecto que produjo, en los enemigos de Artigas, la controversia parlamentaria de Washington, que ha estado oculta hasta hace pocos años. En esos momentos precisamente —principios de 1818— llegaba a Buenos Aires, como hemos dicho, en la *Congress*, la misión enviada por Monroe, compuesta de los señores Rodney, Grahan y Bland, y encargada de informar sobre lo que pasaba en estos países. El tercer comisionado, señor Bland, pasó después a Chile.

Artigas, entretanto, seguía su lucha inverosímil con el portugués y con Buenos Aires. Las batallas no acababan el pabellón de la franja diagonal flotaba en jirones, en medio de aquel infierno dantesco, la lluvia de sangre oriental continuaba sin cesar; la guerra del director Pueyrredón arreciaba contra el héroe republicano; el pueblo argentino miraba con admiración aquella lucha titánica, y su protesta indignada hervía en torno del gobierno, que sólo ansiaba la caída del hombre irreductible, a cualquier precio. La figura de éste era la protagonista en el teatro del Plata, y no era posible ocultarlo a los comisionados de Monroe, que no podían menos de informar sobre ella. Era, pues, preciso decirles, en forma fidedigna, quién era ese Artigas, que iban a ver en primer término, a fin de que no incurrieran en algún error.

Y fue encargado de ello, con muy buen acuerdo por cierto, un caballero Cavia, don Pedro Feliciano Cavia, hijo de Buenos Aires, persona de representación si las había, pues era oficial mayor del Ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores, y, por ende, tenía que estar bien informado en el asunto Este señor Cavia fue encargado de escribir un libro o panfleto, sobre la personalidad y hechos de Artigas. Con ser una mediocridad intelectual, y quizá por eso mismo, era Cavia un hombre conveniente. Fue de los arrojados por Artigas en el séquito de Sarratea, cuando éste lo fue del primer sitio, secretario del coronel Soler, en el despótico y fugaz gobierno de Buenos Aires en Montevideo, que terminó en el Guayabo; fue unitario entusiasta primeramente; celoso federal después, amigo de don Facundo Quiroga y apologista de don Juan Manuel de Rosas, director de *La Gaceta,* etc., etc. Su figura hubiera desaparecido, y el libro o folleto que entonces escribió no sería materia de nuestra conversación, ni de conversación alguna, si ese libro no fuera, como es, el tipo o *substratum*, o quintaesencia, o como queráis llamarle, del sentir y proceder, ya que no del pensar, de los rencorosos detractores de Artigas

El señor Cavia se desempeñó bizarramente, preciso es reconocerlo, en el libro que le fue encomendado. Es éste una larga glosa de aquel decreto de Posadas que ponía a precio la cabeza del héroe, y que fue sustituido después por una apología *del gran patriota Artigas,* firmada por el mismo Posadas; lo es también de aquellos otros decretos de Alvear, quemados por manos del verdugo y por orden del Cabildo de Buenos Aires. Y de todo lo de su especie. Además, coincide de tal manera con las proclamas que en esos mismos momentos dirigía Pueyrredón a los entrerrianos para separar-

los de Artigas, que se adquiere la convicción de que, o Cavia o Pueyrredón han escrito las dos cosas: el folleto y las proclamas.

El Jefe de los Orientales es, en ese libro, un espécimen de la estupidez y de la malignidad humanas; la jauría de todos los perversos instintos tiene en su alma una cómoda guarida y ladra en ella como una legión de demonios. El origen de Artigas es oscuro; nadie lo conoce; negra es su historia como un antro; sólo se sabe que se separó de sus padres muy joven, y que anduvo errante, sin patria y sin familia, como una fiera. Hasta su rubia figura y sus ojos azules están allí ennegrecidos sus ojos son oscuros, torvos; su piel cobriza; es un troglodita Bandolero en su juventud, montaraz e indómito, fue simple capitán de malhechores, hasta que, por sus fechorías precisamente, y sólo por ellas, lo hicieron capitán español, es un facineroso, y la gavilla que lo sigue es digna de su insigne capitán; es incapaz de concebir más ideal que su propio predominio personal y la saciedad de sus vicios, que son innumerables, es un enemigo de la patria, un traidor a la independencia americana; es un déspota inaccesible a la piedad; sus crueldades hacen erizarse como púas los cabellos de la cabeza humana; mataba hombres envolviéndolos en cueros frescos de vaca, que hacía secar al sol, y se deleitaba en el dolor ajeno. Ése es el Artigas, mis amigos, que ha pasado a la historia americana, por obra del panfleto del señor Cavia y de sus congéneres

Éste quedó dueño del campo; no fue desmentido, cuando menos; ha sido el maestro de los maestros de la historia argentina que los mismos orientales comenzaron a estudiar en las escuelas públicas. "Eres más malo que Artigas", se decía a los niños traviesos. Ni

siquiera se dijo que ese señor Cavia, que afirma en su folleto que Artigas estuvo siempre divorciado de su familia, fue el escribano que autorizó el acto en que el padre del héroe da a éste su consentimiento y su dote para contraer matrimonio; menos se dijo, por supuesto, que el teniente de blandengues José Artigas es instituido albacea en el testamento de su padre. La prensa de Buenos Aires, que, como hemos dicho nada sabía oficialmente de la invasión portuguesa, no se empeñó en defender al atacado; la de Montevideo, del señor Barón de la Laguna, tampoco se apresuró a decir que todo aquello era una patraña.

En cuanto al mismo Artigas y sus parciales, no podían rebatir el folleto; ellos no tenían prensa, y estaban muy ocupados en morir; eran realmente montaraces; cruzaban, goteando sangre, las colinas de su tierra, enarbolando los jirones del pabellón tricolor

Por otra parte, aquel hombre no era amigo de rectificaciones. "No tengo para qué comprar apologistas". Es frase suya, que creo ya conocéis, una de tantas, que revela al hombre encerrado en sí mismo, al hombre solo, que emplaza a sus enemigos para ante los hombres futuros. Hemos llegado, al fin, los hombres futuros, mis amigos artistas, hemos llegado.

Parece que el folleto, con ser tan venerable y autorizado, no ejerció, sin embargo, la benéfica influencia que era de esperar, sobre los enviados angloamericanos. Éstos lo vieron, sin duda alguna; pero no quedaron edificados, ni tan convencidos, como los historiadores argentinos que han escrito después, de que lo que en él se decía fuera la verdad. Acaso recordaron que el padre Washington había sido juzgado así, por los Cavias del Norte y sus sucesores, con la sola diferencia, a favor

de Washington, de que éste fue tratado también de ladrón; título que, si mal no recuerdo, se olvidó el señor Cavia de adjudicar al facineroso oriental. No estoy del todo seguro.

Además de ese libro, ya os imagináis cuáles fueron las influencias que rodearon a los comisionados de Monroe en Buenos Aires, y cuáles sus fuentes de información. Puede afirmarse, cuando menos, que no fueron artiguistas quienes les contaron la historia. El deán Funes, ilustre historiador de Córdoba, fue su principal cicerone Los comisionados obtuvieron de él los datos históricos que sirvieron de base a sus informes. Rodney y Grahan adoptaron los de Funes, en cuanto al curso general de la historia del Plata. Comienzan, en el informe que elevaron a su gobierno, con la exposición de la historia argentina. conquista, según Humboldt, dominación española y sus vicios, invasión inglesa, revolución de Mayo, Congreso de Tucumán, etc., etc. Es la historia corriente del Plata. Pero al llegar a informar sobre la personalidad, el pensamiento y la obra de Artigas, y sus disidencias con Buenos Aires, ya no es el deán Funes quien habla en ese memorándum. son los comisionados, que han visto con sus propios ojos, que no han podido menos de ver, a pesar de todo: folletos de Cavia, informaciones de Funes, atmósfera oficial de Pueyrredón, documentos, que se les suministraron expresamente en Buenos Aires para demostrar la inocencia de los enemigos del héroe, etc., etc.

Rodney oye todo eso, se refiere a ello en su informe, remite a su país los documentos que recibe. Pero concluye en estos términos. "Es justo agregar, sin embargo, que el general Artigas *es considerado por personas dignas de crédito, como un amigo firme de la independencia del país*. Difícilmente podría esperarse de mí

una opinión decisiva en esta delicada cuestión, desde que mi posición no me permite arrojar una vista completa sobre el estado de todo el territorio. No he tenido la satisfacción de celebrar una *interview* formal con el general Artigas *que es incuestionablemente un hombre de excepcionales y singulares talentos.* Pero si tuviera que arriesgar una conjetura, creo que no sería imposible que en ésta, como en la mayor parte de las disputas domésticas, haya faltas de ambas partes. Es de lamentarse que estén en abierta hostilidad".

Y este Rodney, mis amigos, no conocía lo que vosotros conocéis. ni las *Instrucciones del año 13,* que han estado ocultas, ni la dominación bonaerense en Montevideo, ni la correspondencia de García, que también ha estado ignorada, ni las actas secretas del Congreso de Tucumán, ni la génesis de la invasión portuguesa. Todo eso ha sido conocido treinta o cuarenta años después.

Es cierto que el deán Funes, si bien no era amigo del prócer oriental, era un hombre de bien, y no deprimió a éste como Cavia; en su informe a los comisionados recordó y condenó el decreto de Posadas; les dijo que los orientales *levantaron un trono a Artigas en sus corazones,* y vieron en las diatribas otras tantas pruebas de su virtud. Pero ¡cómo se guardaría ese ilustre miembro del Congreso de Tucumán de hacer saber a sus discípulos lo escondido de la historia!...

Tampoco sabía nada de todo eso, ni oyó a Artigas, el otro comisionado, Grahan, sobre el que obraron las mismas influencias que sobre Rodney Y sin embargo, al hablar en su informe, que da por separado en forma sintética, sobre la lucha con Buenos Aires, dice "El general Artigas y sus partidarios sostienen que la intención del gobierno de Buenos Aires es dominarlos

y obligarlos a someterse a un estado de cosas que les arrebate los privilegios del *self-government*, que se consideran con derecho a reclamar. Dicen ellos *que están deseosos de unirse al pueblo de la margen occidental del río; pero no en forma de quedar sujetos a la tiranía de Buenos Aires*... Esta guerra ha tenido por origen una combinación de causas, en las que quizá ambas partes tienen algo de que quejarse, y algo de que arrepentirse ellas mismas. El mutuo interés requeriría la unión, agrega, pero mucha moderación y discreción deben ser necesarias para conseguirla; mucho más de lo que en estos momentos puede esperarse de los ánimos irritados de algunos de los principales personajes de ambos lados".

¿Por qué estarían irritados contra el Directorio los orientales de Artigas, esos que están muriendo, o van a morir, bajo la metralla portuguesa?... ¿No sería más conveniente que murieran callados, que se sometieran buenamente a quien buenamente mandara en Buenos Aires, y que no obstasen a la unión con sus gritos desapacibles?...

Federico *el Grande* se daba a todos los diablos, en una batalla, al ver algunos de sus escuadrones que retrocedían atemorizados ante un fuego demasiado mortífero del enemigo. "¿Hasta cuándo quiere vivir, entonces, esa canalla?..." — gritaba —. "¿No ha vivido ya bastante tiempo?..."

¡Esos orientales que obstan a la unión! ¿No han vivido ya bastante tiempo? ¡Ese malvado de Artigas!...

Rodney y Grahan no sabían que, en el mismo momento en que escribían sus memorias, principios de 1818, Pueyrredón escribía con alegría a San Martín: "Artigas ha sido completamente destruido por los por-

tugueses, refugiándose en los bosques con muy pocos facinerosos". Tampoco sabían que, en esos mismos instantes, el Director Supremo buscaba la alianza de Rodríguez de Francia, el tirano paraguayo, contra ese refugiado en los bosques.

¿Por qué obstaban los orientales a la unión con Pueyrredón, con el buen hermano, si con ella tendrían un príncipe de buena sangre real y de una gran casa reinante europea?

El informe o memoria del otro comisionado, Teodorico Bland, es el más notable. Después de trazar el cuadro de las tiranías que gobiernan en Buenos Aires, del servilismo de la prensa, y de las dos tendencias, federalista o republicana, y absolutista, que encuentra en la opinión, dice: "Artigas puso a prueba los planes del gobierno de Buenos Aires, exigiendo que la Banda Oriental fuese considerada y tratada como un estado... Fue considerado esto por Buenos Aires como la más irracional, criminal y declarada rebelión contra el único gobierno legítimo de las Provincias Unidas, cuyo gobierno, *según su doctrina,* alcanzaba a todo el virreinato, dentro del cual la ciudad de Buenos Aires había sido siempre, y de derecho lo era entonces, y debía continuar siéndolo, la capital de que emanase toda autoridad. Artigas combatió y denunció esto como manifestación de un espíritu de injusta y arbitraria dominación de parte de Buenos Aires, al cual no podía ni debía someterse...

"Artigas, arrastrado primero en una dirección, después en otra: *atacado por los portugueses y por los patriotas de Buenos Aires, y en guardia siempre ante un ataque imprevisto de España,* tiene a toda la población sometida al imperio de su voluntad... Podría

decirse que Artigas y sus gauchos defienden valerosamente sus hogares, sus derechos y su patria, y que el rey de Portugal tiene el propósito de agrandar sus dominios con la anexión de una parte de la provincia al Brasil".

Este notabilísimo informe de Bland, que tan adentro penetra en el pensamiento del héroe, nos sirve mucho también para reflejar la impresión que producía en América la inverosímil resistencia de los orientales. Al hablar de los campesinos de Montevideo, Bland los exalta hasta considerarlos "como los más formidables guerrilleros que jamás han existido". "En valor, dice, no son inferiores a ninguno; y los hechos que de ellos se relatan son tales, que exceden a lo que se cuenta de los partos, de los escitas o de los cosacos del Don".

Poco debe detenernos, sin embargo, mis amigos artistas, esa faz del cuadro que preside nuestro Artigas: el valor de sus soldados. Yo, cuando menos, me empeño poco en impresionaros con ello; y si os hago conocer el elogio de Bland, es porque estoy persuadido de que esos relatos que éste oía repetir en toda América sobre el valor de los jinetes del Uruguay, no reflejaban tanto la admiración hacia el valor mismo de esos hombres animosos, cuanto a la causa que ese heroico esfuerzo sostenía. Era el holocausto de aquel puñado de bravos el que arrancaba la aclamación de América; ésta sentía que aquel pequeño pueblo custodiaba en el Plata, en medio de su desierto, el arca de la alianza, las tablas de la ley común, el candelabro de los siete brazos. La pujanza, el valor, no son rasgos que diferencien de los demás a nuestros campesinos orientales; éstos no eran ni más ni menos formidables que los otros soldados americanos, ni pretenden serlo. El canto al valor heroico de la América, que aún espera acaso la forma

estética, es un solo canto unísono, desde Méjico hasta el cabo de Hornos. Yo, que lo siento sonar en mi memoria como una sola enorme sinfonía, creería robar, para hacer limosna a mi madre, si diera a los gauchos orientales algo que arrebatara a los occidentales de Guemes, o a los llaneros colombianos de Paez, o a los guerrilleros chilenos de Rodríguez, o a los jinetes mejicanos de Morelos.

Pero ese hombre, ese mito de gesto sereno que conduce a mis paisanos de tiempo heroico, y que hace de ellos un pueblo inconfundible, con ser sólo un puñado de combatientes; ese soldado que se ofrece silencioso, cruzado de brazos y rodeado de su indigente pueblo agonizante, al examen del Congreso de Washington, y allí, sin más defensa que su intrínseca realidad, se hace reconocer y proclamar con su pueblo como caballero de la democracia en el Plata, ese hombre es una extraña y original figura, sin duda alguna. Yo no lo veo en otra parte. O es un gran malhechor, como lo quieren Buenos Aires y el señor Cavia, o es otra cosa grande, como se ve desde la tierra de Washington. Arcángel o demonio, desde ambos puntos de vista se le ve alado, y resplandeciente, y solitario.

Desde la tierra de Washington, desde el Norte remoto, lo vieron como la nebulosa cósmica del Sur, cuando aún no juzgaban allí conglomerados los astros de este hemisferio Cuando, poco después, a los dos o tres años de celebradas las sesiones memorables que acabamos de conocer, Artigas caiga desplomado en la soledad, se presentará a él el representante de los Estados Unidos a ofrecerle, con el homenaje de su patria, un asilo honroso en el territorio angloamericano.

Y un siglo después, en el centenario de Mayo, en que el nombre de Artigas ni siquiera se pronuncia en

Buenos Aires entre los héroes, será otro representante de los Estados Unidos el que vendrá a Montevideo a saludarnos, y a decirnos que el hombre aquel *se llamaba Washington*, que era hermano del otro.

¡Pobre hermano! ¡Él no tenía a Franklin en Europa, ni despertaba las simpatías de los nobles de Luis XVI, ni sentía en su mano el calor amigo de la de Lafayette, sino en sus hígados las uñas del águila vengativa; lo envolvía el viento de la soledad traidora!... ¡Pobre hermano de Washington!

X

¿Llegaron hasta Artigas, en las horas de suplicio, los ecos perdurables de las sesiones del Congreso de Estados Unidos? ¿Se mezclaron en sus oídos las palabras de Adams y de los representantes del pueblo angloamericano, a los insultos y diatribas que le venían de sus hermanos aliados del rey enemigo?

Yo creo, artistas míos, que nada en el mundo hubiera hecho vacilar la fe de aquel vidente, ni quebrantado su carácter, era una roca de hielo, iluminada por los lejanos astros misteriosos, que la soledad y el frío de las cumbres desoladas endurece

Pero si se piensa en que esa primera ráfaga de gloria y de justicia, que vino del océano, al través de América, pudo refrescar los ojos de aquel hombre, cuyas entrañas devoraba el buitre de las olímpicas venganzas, no puede menos de pensarse en aquellas oceánidas que acudieron, en coro compasivo, a la roca del titán cautivo.

Si vosotros juzgáis, oh amigos, que el recuerdo del mito griego es propicio a la inspiración marmórea,

podéis pensar, una vez más, en ese rebelde Prometeo de la fábula, sin temor de incurrir en vulgaridad.

Aquel hijo del titán, que, después de sostener a Júpiter, roba a éste el fuego, para darlo a los hombres, sus hermanos vencidos, y expía su robo en el suplicio de la monta a Escitia, es el símbolo eterno de los humanos libertadores. Él era hijo de Asia, o de Gea, si queréis, de la madre tierra, hija a su vez de Océano, principio de todos los seres, de todas las cosas y hasta de los mismos dioses. Era el hombre autóctono; más que el arquitecto del ser humano, es el generador de las estirpes; él formó a los hombres, *modelándolos con légamo del caos.*

Nada pudo calmar el enojo del vengativo Júpiter, contra el que osó dar al hombre lo que sólo pertenecía, y debía pertenecer, a los dioses el fuego y la esperanza.

Recordad, mis amigos, a ese desnudo Prometeo, clavado en su roca. Sufre el tormento, los vientos negros, siempre despiertos, luchan, los unos con los otros, en torno a su cabeza; el águila sangrienta, perro alado de Júpiter, como dice Esquilo, abre sus alas silenciosas, y enciende sus ojos sobre los ojos del titán, y se ceba en sus negros hígados descubiertos, pero él no desfallece, ni devuelve, ni devolverá jamás, el fuego conquistado para el hombre. Ni dejan de oírse sus alaridos de protesta. Y la frase sublime sale de su boca sedienta "He sentido piedad de los hombres Por eso nadie ha tenido piedad de mí".

"¡Yo agité la rama encendida, en medio de esa raza oscura! . Y desperté la inteligencia en los cerebros, e iluminé los ojos, y desperté el regio instinto que estaba latente, y los libré del temor a la muerte... ¡E infundí en ellos la esperanza ciega!..."

Oyó entonces el Libertador la voz amiga del coro azulado de las ninfas marinas, de las tres mil hijas de Tetis y de Océano. Venían a consolarlo. Y llegaron los titanes Y vino Océano, con su fluyente barba de hielo, sobre el dragón alado.

Y entre los alaridos de los vientos enemigos, y entre los gritos del águila, sonaban los coros, y las palabras del porvenir glorioso, en que un hijo de Júpiter, pero descendiente de la Tierra, Hércules, la fuerza heroica, invocando a Apolo, el infalible arquero, atravesará con su flecha el corazón del águila verdugo, y romperá las cadenas del titán. Y le ceñirá a la frente la rama pálida del sauce.

Y el fuego fue para siempre de los hombres. Y lo fueron la libertad y la esperanza.

¡Oh, Libertador! ¡Oh, padre Artigas, hijo de Cea, de la madre tierra, hombre autóctono, generador de estirpes modeladas con el limo virgen, padre de razas nuevas, depositarias del eterno fuego! Los descendientes de tu estirpe lucharemos con el águila.

Y lucharemos hasta herirla en el corazón. Y la pondremos en el escabel del monumento que, cimentado en piedras y palabras duras, levantamos en el alto promontorio.

¡Para los hombres futuros!

CONFERENCIA XXI

EL PERSONAJE REINANTE Y EL HEROE

Tres años nocturnos — San Martín y Artigas — San Martín en Santiago de Chile y Carlos Federico Lecor en Montevideo — San Martín se va, Artigas se queda — El enemigo exterior y sus aliados interiores — Las conspiraciones contra Pueyrredón — Sarratea Alvear, Carrera — La guerra entre la fe y la incredulidad; entre la realidad y la apariencia — El Brasil y su independencia — Caudillos y caudillaje — El personaje reinante y el héroe. — La causa artiguista.

I

Amigos artistas.

Tengo que hablaros de tres años nocturnos, en que hay que andar al resplandor de algunas estrellas; y es preciso, para no extraviarme, que fije en mi mente las grandes masas, las siluetas que se nos proyectarán en los horizontes de esta historia y le darán carácter, para ofreceros a vosotros la línea fundamental, sin ofuscaros con los detalles. Tengo que haceros ver al héroe, que, como el de Osián, desciende solo la colina, en un poniente de fuego, sobre el que se condensa y agranda su figura.

La soledad comienza a circundarlo, como una nube que sube lentamente y acaba por envolver su luz sideral, y hacerlo desaparecer como un majestuoso meteoro.

Son los tres años que median entre 1817, en que la bandera tricolor de Artigas es arriada en Monte-

video y sustituida por la portuguesa, y 1820, en que el héroe desaparece, precisamente en el momento en que su espíritu triunfa en el Río de la Plata, dejando en éste el germen fecundo de la república democrática, hija del caos.

Mirad bien a Artigas, mis amigos, y comprenderéis el alma de la historia americana: no bien lo perdáis de vista, os hundiréis en tinieblas.

Este período, de 1817 a 1820, comprende la historia de la consumación de la independencia en esta parte de América. el triunfo de los ejércitos sobre el enemigo exterior, al iniciarse la campaña del Perú, pero, sobre todo, el de los pueblos sobre el interior, al penetrar en Buenos Aires, vencedores, los elementos, más o menos caóticos, pero fecundos, que alzan el tricolor de Artigas.

II

También hay otro hombre en este instante, que vosotros conocéis, y que se ofrece iluminado por un pensamiento que arde. No es la idea o la visión total de Artigas la que lo mueve, pero es un pensamiento conductor, una visión bajada del polo. Os hablo de San Martín, que, durante estos tres años, subirá al cenit: pasará los Andes, extirpará el dominio español en Chile, y amenazará sus últimos baluartes del Perú.

No pongo en duda que hay gentes, familiarizadas con las apariencias de esta historia, que jamás se han detenido a pensar en esto: en la relación entre Artigas y San Martín.

¡San Martín!... San Martín es otra cosa, dicen.

Pues no es otra cosa. Si fuera otra cosa, no sería nada. Si no tuviera algo de común con Artigas, sería

sólo un militar, un técnico inspirado, genial, si queréis; pero no sería nada. Y San Martín *es.*

Oid estas palabras de Pascal, que son palabras vivas, y que debéis recordar siempre que os asalte, que bien puede asaltaros, la idea de que yo os magnifico enfáticamente a mi protagonista. "*¿Qué es el hombre en la naturaleza? Una nada con relación a lo infinito; un todo con relación a la nada*".

Eso es Artigas, en esta historia que os estoy sintetizando: un pobre conductor de la humana grey; el depositario de una revelación, aparecido en una región pequeña del mundo, casi deshabitada: una nada, con relación al universo; un todo, con relación a la nada de los que no creyeron en la libertad de América, ni en la posibilidad de modelar una nación con limo de esta tierra. *Ser o no ser; he ahí el problema.*

Fijaos bien en eso, amigos míos: en San Martín y Artigas. En tanto San Martín es grande; en tanto puede considerarse como algo más que como simple capitán de soldados, en cuanto se acerca a la órbita de Artigas y participa de su pensamiento, es decir, en cuanto confía los destinos de la revolución americana, no a las solas combinaciones diplomáticas, sino al esfuerzo y a la gloria de las batallas del pueblo. En una palabra: San Martín es grande ahora, porque se rebela contra el Directorio de Buenos Aires, y, como Artigas, sigue su propia inspiración, neutraliza la obra de aquel Directorio, y colabora, a pesar suyo, a la de la democracia, de que Artigas es el exponente excelso.

Fijaos bien, mis amigos, en los núcleos sociológicos que se mueven en las entrañas de esta historia llena de dolores. Podemos reducirlos a tres: un ente colectivo, impersonal, heterogéneo, instable, sin pensamiento fijo ni carácter, cuyas unidades suben y bajan: el

Directorio de Buenos Aires. Y dos personas reales, dos conciencias humanas, dos hombres inspirados, Artigas y San Martín, que revelan a los demás hombres un mensaje de que son conductores, y lo ponen por obra.

El Directorio de Buenos Aires pugna por arrastrar el pueblo argentino a su órbita, que es la solución diplomática, la monarquía. San Martín y Artigas quieren llevarlo a la lucha gloriosa: al triunfo exterior el primero; al triunfo exterior e interior, al triunfo total el segundo. El primero quiere vencer a España por las armas, ese es todo su pensamiento, toda su obra: vencer a España. El segundo, ya conocéis su pensamiento: "Los déspotas, no por su nación, sólo por serlo, deben ser objeto de nuestro odio". Quiere vencer todo lo que se oponga a la independencia de la América confederada.

Al presentaros unidas estas dos figuras, yo no afirmo la identidad de su carácter; el de Artigas es incomparablemente más grande que el de San Martín; su figura, más heroica y genial. Pero la obra de ambos es complementaria, y ambos llenan una misión.

Os debo un dato aquí mis buenos amigos, que me empeño en que guardéis. San Martín, como lo hemos dicho, fue monárquico; pero, desde el momento en que conoció el plan político del Congreso de Tucumán, fue su enemigo. Cuando Pueyrredón, después de elegido Director Supremo, se lo hizo saber, en la conferencia que celebró con él en Córdoba, el general que había de cruzar los Andes lo oyó encolerizado, y dijo (valga en esto la afirmación de Saldías, el historiador) que, "mientras le quedara un soplo de vida y un soldado, se opondría enérgicamente a las tramas y ambiciones portuguesas". Cuando llegaron a su noticia las negociaciones pendientes, que también conocemos,

dijo: "Que no debía entrarse en negociación alguna con la corte del Brasil, sin que a ella precediera el reconocimiento de la independencia; y declaró que si el Congreso insistía en su resolución, él se retiraba de la obra, pues no quería asumir tales responsabilidades".

Todo eso nos lo dice Saldías, y yo lo creo. Y porque lo creo, porque he visto en San Martín, en más de una ocasión, más de un impulso hacia el misterio de Artigas, he llegado a percibir en aquella alma el germen del rasgo heroico, la visión entrevista. Ésta es confusa, remota, pero está allí. San Martín, soldado formado en España, no puede compartir el pensamiento del héroe americano, pero, sin saber por qué, siente que no puede tampoco ser su enemigo, como los otros. No es capaz de comprenderlo; pero es capaz de amarlo.

Artigas, en cambio, ama y comprende al héroe de los Andes; sigue con ansiedad sus operaciones militares; lo veréis ordenar acciones de gracias a Dios cuando recibe noticias de sus triunfos, hacer suya su causa, velar por el honor de su nombre.

III

Casi en el mismo día del año 1817, entraban dos generales vencedores en dos capitales conquistadas de América San Martín en Santiago de Chile, después de vencer al español en *Chacabuco;* don Carlos Federico Lecor, barón de la Laguna, en Montevideo, después de aniquilar, al parecer para siempre, al oriental, en la tempestad de batallas terminadas en el *Catalán.*

San Martín, el vencedor, guiado por su visión, quiere continuar su obra. llegar a Lima, arrojar al español. Eso es lo que tiene que decir y hacer, ése es su fin. Artigas, el vencido, sigue la suya: arrojar al portugués,

al extranjero; pero ése no es su fin; es el medio para conseguir su verdadero objeto: la independencia real, la democracia, que sólo se obtendrá venciendo, con el pueblo argentino, a la oligarquía de Buenos Aires, que trajo al portugués y traerá a cualquier otro.

Buenos Aires pugna por impedir la obra de ambos: la de San Martín y la de Artigas. Aunque ha comenzado por estimular la expedición a Chile; aunque ha recibido a San Martín victorioso, después de Chacabuco, y no le ha negado los recursos para continuar su obra, no por eso ha dejado de apresurar sus trabajos en Europa, a fin de dar a la revolución un desenlace que no necesite de batallas, no ve en las de San Martín otra cosa que medios para concluir, en mejores términos, los tratados o transacciones en que medita. Acabará por ordenar a San Martín, como lo ordenará a Belgrano, que desista de su empresa, para emplear sus fuerzas en matar la democracia interna, aniquilando a Artigas.

Y le ordenará eso, precisamente cuando el vencedor de Chacabuco va a realizar su ensueño: la expedición al Perú Ese sueño de gloria debe ser sustituido con ventaja, según el plan de Buenos Aires, por los arreglos diplomáticos pendientes, que darán por resultado una monarquía americana con un príncipe europeo.

Para que fijéis bien esa idea en vuestro espíritu, debéis saber que, aún en el año 1820, llegó a Buenos Aires, en el bergantín *Aquiles*, una comisión enviada por el rey de España, con la misión de restablecer su trono en América. Esa comisión recibió una *Memoria* secreta de la Junta de Gobierno y de la *Sociedad Caballeros de Buenos Aires*, en la que se protestaba la fidelidad al rey, se proyectaba el medio de restablecer su dominio y se afirmaba que la revolución no había

tenido otro propósito. En esa *Memoria,* que nos ha hecho conocer Saldías recientemente en su *Evolución Republicana,* se lee: "Lo que menos pensó el director Pueyrredón fue que tuviesen éxito las desesperadas tentativas para la recuperación de Chile, ni que se realizase la temeraria expedición sobre Lima, pues jamás se franquearon al general San Martín los auxilios para llevarla a cabo, *pero él se precipitó, y entró en Chile,* dándonos días bien amargos".

Eso, en cuanto a San Martín.

En cuanto a Artigas. Buenos Aires lo combate como al mayor enemigo: se une al portugués para darle el último golpe, le sonsaca sus elementos orientales, le suscita insurrecciones, le promueve deserciones, le arrebata sus hombres y su influencia en las provincias occidentales, declara a éstas la guerra, para extirpar en ellas el espíritu del héroe republicano, aunque sea exterminando el pueblo que las compone, pide a Rodríguez de Francia, el paraguayo, su alianza o auxilio. Todo para sostener la oligarquía que gobierna en Buenos Aires, y realizar sus planes salvadores.

San Martín, que hasta este momento ha formado parte de esa oligarquía, se rebela contra ella, cuando siente que le tocan su visión de gloria; desobedece, no entrega el ejército; lo lleva al Perú, contra la voluntad del Director Supremo: triunfa. Entonces fue grande, cuando se rebeló.

Artigas acepta la doble lucha, se rebela, como San Martín, en defensa de su pensamiento pleno. Triunfa también; pero el triunfo lo aniquila.

San Martín se va, se coloca con su ejército, fuera del alcance de Buenos Aires, el éxito, la victoria, glorificarán su rebelión. Pero concluida su misión de ven-

cer a España, no va más allá; piensa, no en coronarse él mismo, como se ha dicho, pero sí en realizar una monarquía independiente, con un príncipe europeo, que él mismo irá a buscar si es preciso, y con una corte más o menos americana; recurre a las logias secretas, a combinaciones ajenas a la voluntad popular. Su pensamiento se agota en el triunfo de sus armas.

Artigas no puede alejarse ni ocultarse, se queda en su patria, rodeado de su pueblo, como se quedó en 1811, cuando el éxodo; se queda defendiendo su suelo, encadenado a su peñasco, blanco de todos los ataques combinados: de los portugueses, de los directoriales, y aun de algunos de sus compatriotas Todo a su alrededor es fuego convergente sobre él, sobre su visión en peligro: Patria Oriental, democracia, república.

¡Cómo lucha entonces contra los enemigos interiores y exteriores! ¡Cómo lo alumbra aquel círculo de llamas o de antorchas infernales! Emerge de entre ellas con su gesto impasible de dios; los dos rayos de fuego brillan sobre su cabeza y se apagan lentamente como una puesta de sol.

Esta historia, mis amigos, ha sido muy mal comprendida por los escritores argentinos, que no han querido mirar a Artigas con intensidad, que no pueden, que no quieren mirarlo; han visto sólo al Directorio y a San Martín al Directorio, en lucha con el *caudillaje*, con la *anarquía*, y a San Martín, en guerra contra España. No han querido ver a Portugal, que es tan extranjero como España, y que es su aliado natural, ni tampoco al *pueblo*, al *pueblo argentino*, que no es la oligarquía comunal de Buenos Aires.

Portugal no existe para ellos como enemigo; Artigas no existe tampoco, por consiguiente, como campeón de independencia. No han querido verlo; lo des-

tierran de la historia. Pero el cielo no se tapa con un harnero; vosotros lo habéis visto, mis amigos, lo estáis viendo Y lo veréis más grande todavía.

IV

El pabellón portugués ondea en la ciudadela de Montevideo, Lecor con sus 8.000 veteranos domina en la plaza.

En el otro extremo del territorio, allá en el Norte, en las márgenes del Cuareim, ha quedado el general Curado, con su formidable ejército vencedor en el Catalán. Pero Artigas, el vencido, se interpone con sus tropas, más bravas que nunca, entre uno y otro, y los tiene casi estrangulados en sus puestos. Artigas es el dueño exclusivo de todo el territorio, en que no se reconoce más autoridad que la suya, ni más bandera que la tricolor. Para evitar el avance de Curado y su junción con Lecor, el héroe realiza, en toda la costa Norte del Uruguay, el vacío defensivo de los rusos· la hoguera de Moscu ilumina las colinas uruguayas y se refleja en el río Las villas de Purificación y Paysandú son completamente desalojadas y demolidas, todo ser viviente, incapaz de llevar armas, debía cruzar el Uruguay y refugiarse en Entrerríos, en el arroyo de la China, o replegarse al centro del territorio. hombres, caballos, reses; hasta las aves. El desierto debía devorar al portugués invasor. Las casas y los campos quedaban incendiados. "La energía de todos los bárbaros es la misma, desde Moscu hasta el Hervidero". Eso es todo lo que dice López, el historiador argentino, con rencoroso desdén, máscara dolorosa de su admiración, al encontrarse en presencia de ese cuadro heroico, que no puede confesar.

Vosotros, mis amigos artistas, meditad un momento en estos tres años de gobierno y de resistencia del héroe. Artigas, el derrotado, el abandonado, es el núcleo ambulante de la patria, que no quiere morir, que no puede morir. Imparte sus órdenes, que son acatadas, a todos los confines del Estado, a los cabildos locales, a las autoridades inferiores; infunde alientos inverosímiles en sus capitanes fieles, en sus huestes fieramente agonizantes, que, con sólo mirarlo, se consideran inmortales, acude en auxilio de las poblaciones que, devastadas por el portugués, reclaman amparo; levanta uno, dos, diez ejércitos, que brotan de la tierra, para llenar los claros de los que van cayendo muertos, y que mueren a su vez en una serie interminable de combates frenéticos. "Al día siguiente de un contraste, dice nuestro ilustre Carlos María Ramírez, se le veía redoblar su ardor guerrero, enviando a todos sus tenientes palabras orgullosas de implacable aversión contra el invasor prepotente. Estaba en relaciones con todos los cabildos de la campaña oriental, agradeciendo al uno sus esfuerzos, estimulando al otro en sus empeños, amenazando a veces y castigando también, si necesario era, la tibieza de sus compatriotas ante el grito de la patria esclavizada. Se consideraba el representante armado de una causa santa, universal; y reconcentraba en su alma todos los odios y todas las cóleras de las razas maltratadas y ultrajadas".

El héroe invocaba recuerdos gloriosos, como si fuera el padre de una patria de diez siglos; forjaba un pasado; mostraba la bandera recién nacida, como si alzara un símbolo anciano. Y mientras así defendía su tierra, como la leona a sus cachorros que no puede abandonar, defendía su protectorado sobre la región occidental, sobre las provincias argentinas, dirigía y

auxiliaba a sus gobernadores y caudillos, que nada hacían sin él, y lanzaba contra la oligarquía de Buenos Aires sus miradas, y sus anatemas, y sus condenaciones fulminantes.

El portugués sólo es dueño del terreno que pisan sus legiones portuguesas; para dominar, tendrá que reducir, apresar o matar a los orientales uno a uno, casi extinguir un pueblo. "La conquista, dice un historiador portugués, sentó sus reales sobre 8.000 cadáveres". ¡En un pueblo de setenta mil habitantes!

Artigas hubiera triunfado en esa lucha contra el extranjero; oh, sí, es indudable que hubiera vencido: lo han reconocido sus mismos detractores. Ni el portugués ni extranjero alguno hubiera podido resistir a esa tenacidad inverosímil de tres años, en que el hombre oriental acosó sin descanso, en campo abierto, al usurpador. Fueron tres años de combates incesantes; los héroes brotaban de todas partes: se extirpaba una cabeza, y surgían diez. Esas colinas de la patria que os he descrito, mis amigos artistas, esos bosques que franjean las corrientes, esas ásperas serranías, todo sangraba, todo se inmolaba.

Y mientras los orientales mueren y no se reponen, el portugués recibe del Brasil y de Portugal nuevos tercios, nuevas legiones; la resistencia no decrece, sin embargo, ni amengua la fe de Artigas; no sufre eclipse la inquebrantable convicción que tiene de triunfar.

V

Pero si la lucha contra el extranjero era eficaz, y hubiera sido coronada por la victoria, el triunfo era imposible mientras aquél conservase como aliado al Directorio de Buenos Aires. Éste lo secundaba insidio-

samente, mientras, para ocultarse del pueblo argentino, enviaba al héroe falaces protestas de amistad. El vacío heroico que hacía Artigas ante el invasor, tanto en el Norte como frente a Montevideo, era llenado por la complicidad de Buenos Aires con aquél; cuando el director mandaba algún auxilio a los orientales, pedía disculpa por ello a los portugueses, invocando la necesidad de satisfacer las protestas del pueblo argentino; pero, en cambio, permitía que los comerciantes de Buenos Aires surtieran a los portugueses sitiados, haciendo ilusorio el sacrificio de los sitiadores.

En Buenos Aires, más que en Montevideo y en el Brasil, está el debelador de la democracia rioplatense, el formidable enemigo de Artigas y del pueblo, tanto oriental como occidental, que le seguía; ésa era la causa, hoy evidente, del *antiporteñismo* que se ha imputado al héroe, como un signo de irracional prevención. Ese poder que estaba en Buenos Aires era irresistible por lo impalpable, era la insidia, el descrédito, la protesta de amistad falaz; sus armas principales era la seducción, el soborno, el estímulo a la defección, el abandono del héroe, presentado como un adversario selvático de la paz y de la fraternidad, como el obstáculo que se oponía a la independencia.

Para combatir a ese enemigo interior en la Banda Occidental, mientras lucha con el exterior en la Oriental, Artigas tiene que dividir su atención y sus fuerzas, debilitando más y más la resistencia en su propia tierra; tiene que conservar, sobre todo, y vigorizar, su autoridad y su influencia sobre el pueblo de las provincias occidentales, Corrientes, Entrerríos, Santa Fe, Córdoba, que, faltas de un hombre conductor, lo han aclamado y lo siguen aclamando como jefe, como indispensable protector, para defenderse, a la sombra

de su bandera que enarbolan, de la oligarquía de Buenos Aires, que pretende dominarlas y someterlas a su arbitrio.

Artigas tiene que conservar esos pueblos: ellos fueron desde el principio, como os lo dije, su esperanza; debía salvarlos a ellos, para salvar con ellos después a la Patria Oriental del extranjero Ése había sido y era su plan: dominar a Buenos Aires con el pueblo argentino, para en seguida dominar con éste, dueño de sí mismo, al portugués usurpador de su patria, si él no había podido hacerlo con sólo el pueblo oriental.

Buenos Aires pugna por arrebatarle aquellos pueblos; les declara la guerra, diciéndoles que sólo va, como el portugués, a destruir en ellos la influencia de Artigas, el *peligroso patriota*, y a darles la libertad.

Ahí tenéis planteada la última lucha, la lucha suprema del héroe oriental, en que se condensa la de toda la patria argentina: de una parte, el Directorio aliado al portugués contra Artigas, y aun contra el pueblo argentino; de otra parte, Artigas, en prosecución de una confederación democrático-republicana, de la patria que hoy tenemos orientales y argentinos, chilenos y peruanos, paraguayos y bolivianos, todos los pueblos del continente.

Hoy se ve eso con claridad. Vosotros lo veis así, porque conocéis los secretos de la misión de García y los del Congreso de Tucumán, y las gestiones de Rivadavia, etc., etc., pero esas pruebas eran entonces ignoradas; la logia era secreta. Sólo Artigas lo veía entonces, gracias, más aún que a las pruebas, a su doble visión; él lo sentía, lo palpaba; su convicción era inquebrantable, como brotada de aquella región de las madres de que hablamos al principio.

¿Cómo hacer creer en ella? ¿Cómo convertir a esa

fe profética los hombres de poca fe, sin apoyarla en el milagro?

El héroe tenía que imponer su evangelio por la fuerza y por la victoria inverosímil, de que jamás desesperó. Murió creyendo en ella.

VI

Es preciso no olvidar que, también en Buenos Aires, había adversarios del Directorio; enemigos encarnizados y poderosos de Pueyrredón, de su política y de sus propósitos. Pero es necesario no confundir las cosas; esos hombres y partidos, así fuesen más enemigos de Pueyrredón que el mismo Artigas (y lo eran acaso mucho más), no por eso tenían nada de común con éste, ni con su pensamiento angular. Hay tanta distancia del uno a los otros, como del cielo a la tierra, infinita distancia. Y es menester que vosotros os deis cuenta de ello, si queréis comprender esta historia, y ver destacarse, sobre sus tinieblas, la forma humana que debéis hacer de bronce.

Muchos primaces combaten en Buenos Aires al gobierno de Pueyrredón; pero ellos no son otra cosa que la continuación de la anarquía política que allí reina desde el principio; son llamas de aquel infierno. Entre ellos están quienes echarán abajo al director; pero para sustituirlo por otro del mismo género, que no tendrá más analogía con Artigas, que la que con él tenía Álvarez Thomás cuando derrocó a Alvear.

Al subir Pueyrredón al gobierno, se formó un partido llamado de los *congresales*.

Frente a éste se constituyó el de los *segregatistas*, que proclamaban el régimen federal interno y combatían al director.

Era jefe de éste último el coronel Dorrego, el mismo que había luchado con Artigas, secundando al joven director Alvear, y devastado la provincia de Santa Fe; estaban con él don Manuel Moreno, Paso, el doctor Agrelo, el general French, los Anchorena, etc., etc. Ese partido, que tenía por órgano un diario apasionado, llamado *La Crónica*, al iniciarse la invasión portuguesa denunció la complicidad del Directorio con el extranjero, lo acusó de traidor, manifestó grande indignación. El director Pueyrredón, al verse agredido, hizo una alcaldada· aprehendió primeramente a Dorrego, y, sin forma alguna de proceso, lo desterró a las Antillas, como insubordinado y conspirador, como enemigo del Directorio y del Congreso, como acérrimo partidario de la guerra con el Brasil. Más tarde se deshizo, en la misma forma, de los demás, desterrando como a conspiradores a Moreno, Agrelo, Paso, French, Chiclana, Pagola, Valdenegro. Éstos, en llegando a Baltimore, publicaron un manifiesto furibundo, en que denunciaban, en términos fulminantes, los planes de perfidia y traición del Directorio.

Yo, que no he querido hacer mías las nobles páginas de Alberdi, por juzgarlas inficionadas de pasión política que no nos atañe, miraré indiferente, con mayor razón, este ajeno toletole.

Todo eso, mis amigos artistas, artículos de *La Crónica*, manifiesto de Baltimore, panfletos revolucionarios, así sean más incendiarios que las teas infernales, es fuego de paja, que nada tiene de común con el encendido en el espíritu de Artigas. Todo eso no es otra cosa que la continuación de la anarquía política de Buenos Aires, alimentada por las ambiciones de los hombres. Esa idea de federación, de que hablan éstos, nada tiene que ver con el gran pensamiento federal del

capitán de la democracia: *"the brave and galant republican general Artigas"*.

Bueno es que fijemos bien este concepto. Aduzcamos un hecho que le da relieve.

¿Sabéis quiénes conspiran también contra Pueyrredón, además de los desterrados de que hemos hablado?...

Pues bien es Alvear, aquel joven dictador aristocrático de 25 años, el hijo primogénito de Marte, el sobrino y sucesor de Posadas, que entró vencedor en Montevideo, que fue rechazado del ejército del Perú, y que, elegido Director Supremo por la Logia que él fundó, ofreció a Inglaterra la propiedad del Plata. Ese Alvear, arrojado por el motín de Fontezuelas, fue a acogerse, como sabemos, a la piedad del rey Fernando VII, y a reconocerlo como su solo soberano; pero desdeñadas por aquél sus contriciones, y desestimado su concurso, ha vuelto del ostracismo, y conspira hoy en Montevideo, en Montevideo precisamente, contra Pueyrredón, bajo la protección de Lecor, el portugués. Y no es de sorprenderse· ya sabéis que el secretario de Lecor es don Nicolás Herrera, ministro que fue de Alvear, redactor de su *Memorial* al agente español Villalba, y que no ocultaba su sincera convicción sobre *la imposibilidad* de pensar en la independencia de América.

Conspira asimismo Carrera, el libertador chileno, José Miguel Carrera, compañero de armas de Alvear en España, caído como éste en su país, rival de O'Higgins, y que, poseído por su vértigo, sólo busca, dondequiera y como quiera, elementos para pasar los Andes, y derrocar a su rival y a San Martín en su patria, y satisfacer allí sus venganzas. Este Carrera está también en Montevideo, a la sombra del portugués que lo

protege, y de allí lanza sus panfletos incendiarios contra la situación política de Buenos Aires, que lo ha perseguido, y lo perseguirá, y lo matará.

Conspira, por fin, aquel Sarratea, que tanto conocéis, a quien Artigas arrojó del segundo sitio de Montevideo; aquel que, después de declarar traidor al héroe oriental, pasó a Río Janeiro y a Europa a gestionar la monarquía platense. Este Sarratea está en Buenos Aires, y allí espera también su hora, la ocasión de trepar, desacreditando a Rivadavia, que ha quedado en París, y se queja desde allí de las intrigas de este buen Sarratea, y aconseja la adopción urgente de la monarquía que él gestionará.

Comparad todo eso con Artigas, mis amigos, y decidme si puede haber punto de contacto entre esos políticos y el Libertador oriental; entre la serenidad de profeta del que a nada personal aspira, del que vive y morirá en la pobreza, y la febricitante inquietud de los otros. Cualquiera de ellos que consiga predominar por un momento sobre el pueblo argentino será tan enemigo de Artigas como los que caigan en el incesante derrumbe; todos son el reverso de éste, que no cae en su patria, que es el orden intrínseco, lo permanente, lo invariable.

VII

Un temor me asalta, mis buenos amigos, siempre que os revelo estas penosas verdades: el de que lleguéis a creer, por un momento, que yo abrigo, en éste como en todo los casos análogos, el ánimo censurable de deprimir a los hombres, ilustres muchos de ellos, del patriciado comunal de Buenos Aires, que me inspiran un gran respeto, o el de negarles o menoscabarles mi

homenaje de americano y rioplatense, como factores que fueron, más o menos indirectos, pero esenciales, de la común independencia.

Y respetaré con toda América, los monumentos que a sus figuras venerables levante la posteridad. Yo os aseguro que el mismo Artigas los mirará con respeto desde su caballo de bronce.

Os diré más aún: creo que aquellos hombres obraban lógicamente y con muy buen sentido, con el buen sentido corriente, cuando no tenían fe en el pueblo americano de aquella época, ni en su capacidad para constituirse en persona soberana.

Como consecuencia estrictamente lógica de ese humano escepticismo, rechazaban y perseguían a Artigas, que era la fe, la visión inaccesible para ellos, y pugnaban por importar un rey o príncipe de buena cepa.

Sí, estoy conforme: el pueblo americano de nuestros campos (y casi todo era campo en nuestra América) era una masa caótica, un embrión que, como todos los embriones, ofrecía muchos aspectos repulsivos, era un pueblo casi nómada en su gran parte; la idea de propiedad parecía incipiente; el hombre se emancipaba de sus padres en la adolescencia, montaba su caballo sin domar y comía la res salvaje sin dueño; la familia, unidad social, era rudimentaria, el vínculo político muy frágil; el hombre se hacía justicia por su propia mano; la idea de libertad se asemejaba al instinto del avestruz o del pájaro, el barro y la paja de las cañadas eran los solos materiales de construcción. La falta de centros urbanos tornaba difícil la acción de la autoridad: el hombre no dependía sino de Dios y de su lanza, en aquellos inmensos horizontes; parecía casi insensible al padecimiento; luchaba con

las fieras; se ocultaba en los bosques y cañaverales; aguzaba sus sentidos, el oído, la vista; atisbaba desde la copa del ombú; moría sin sorpresa. La descripción de este cuadro se ha hecho muchas veces, con los colores más vivos, por los sociólogos enemigos de nuestros campeones primitivos principalmente. El *Facundo* de Sarmiento, inspirado en esa idea, ha sido el libro clásico del Río de la Plata. En él, frente al cuadro de la barbarie, se nos presenta el de la civilización, simbolizada en *"el frac de corte francés"* que se vestía en Buenos Aires, como un supremo contraste. "No es fácil darse una idea, dice el bueno de Sarmiento, no es posible darse una idea de la cultura y refinamiento de la sociedad de Buenos Aires antes de 1828. Todos los europeos que arribaban creían hallarse en Europa, en los salones de París; nada faltaba; ni la petulancia francesa, que se dejaba notar entonces en el elegante de Buenos Aires".

Imaginemos, efectivamente, la impresión que en ese ambiente produciría el aspecto *general* de nuestros pueblos.

¿Cómo hacer de eso, decían los no creyentes, una república organizada? ¿Cómo hacer ciudadanos libres, capaces de ejercer la soberanía, de esas multitudes incultas, arrastradas por cabecillas tan incultos como ellas? El rey europeo era, pues, indispensable, mientras aquellas masas se civilizasen, mientras se vistiesen decentemente, cuando menos.

En todo eso hay una fuerte apariencia de verdad. "La república, dice Amiel, no es una semilla, es un fruto". "En el asunto vivo, dice Carlyle, que ya citamos otra vez, la transformación es de ordinario gradual; así cuando la serpiente se despoja de su vieja

piel, la nueva ya está formada... la creación y la destrucción se efectúan simultáneamente".

¿Cómo creer que, debajo de la piel visible del pueblo americano, existían ya, siquiera a medio formarse, los filamentos de la nueva, para sustituir a la que la revolución destruía? ..

No seamos, pues, fariseos. Esos hidalgos, togados o no togados, enemigos de Artigas, procedieron lógicamente al no creer en éste, que era el solo que podía saber lo que había bajo la piel visible de la serpiente, y por eso conservaba, y educaba, y conducía aquella masa. Y no hay a qué mirarlos con ojeriza, por no haber visto más de lo que ve la generalidad de los hombres de carne y hueso. Lo que ellos creían parecía la verdad, y acaso nosotros mismos, los académicos de hoy, lo hubiéramos juzgado así; acaso hubiéramos negado a Artigas nuestra fe.

Pero nada hay más brutal que un hecho, y el hecho es que eso, *que parecía* la verdad, *no era* la verdad; el hecho brutal es que esa masa caótica, con defectos étnicos y atávicos, y todo lo que queráis; ese pueblo que parecía incapaz de ser núcleo cósmico, *no era incapaz* de serlo; *estaban allí los filamentos de la nueva piel* que sólo el genio autóctono percibía y apreciaba. El hecho evidente, luminoso, el que hoy glorifica la América republicana, es que de esa materia informe se formaron nuestras patrias independientes, tales cuales son; las que hoy amamos y glorificamos. ¿No las estamos glorificando?... Eso es lo que es; lo demás, pese a todas las entidades ideológicas, es lo que no es, la simple apariencia.

Ahora bien, mis amigos: si hemos de proclamar en todo esto al héroe, al verdadero héroe, al vidente, al encarnador de lo que era, y ha sido y es, no hemos

de buscarlo entre los que estaban en la lógica de lo aparente, sino al que fue núcleo de aquel cosmos, y, disintiendo de los demás, estaba en la realidad escondida en el fondo de aquellas apariencias. Es a éste al que se llama genio precisamente, hombre real. "Una guerra grande y universal, dice Carlyle al hablar de los héroes, resume toda la historia del mundo: la guerra de la fe contra la incredulidad; la lucha del hombre cuyo pensamiento se fija en la esencia de las cosas, contra los hombres que lo tienen absorbido por las vanas apariencias de las mismas".

Bien es verdad que aún ahora hay gentes que, en presencia de las imperfecciones y caídas de nuestras democracias incipientes, dicen que hubiera sido mejor para nuestra América el no haber realizado tan pronto su independencia, o el haberlo hecho como lo querían los enemigos de Artigas· paulatinamente, con un príncipe de sangre real. Eso hubiera sido, según ellos, la panacea: con ello se hubiera transformado la raza, se habría improvisado la cultura del pueblo, se hubieran evitado convulsiones políticas, y realizado milagros.

Pero confesemos, amigos, en que esa gratuita presunción, si bien especiosa, no merece nuestro respeto ni el de nadie; convengamos en que es una peregrina conjetura suponer que, con la agregación de un motivo más y más fundamental de revuelta, había de conjurarse el peligro de revueltas. ¡Lo que hubiera durado en estas tierras el rey que le trajeran con algunos millares de fusileros de vistoso uniforme colorado!

Porque ni siquiera las experiencias nos faltan en la historia americana, para denunciar a los que así raciocinan como gente de poco juicio. Méjico tentó su independencia en forma monárquica, que se desva-

neció, Cuba retardó la suya casi un siglo. Y buscaréis en vano los males evitados, y las ventajas con tal recurso obtenidas: ahí están.

Pero el ejemplo que más os invito a considerar es el que nos ofrece la gran nación brasileña, constituida en república federal ayer nomás, el 15 de noviembre de 1889, después de haber nacido en la forma que, como milagroso recurso, querían para nosotros los enemigos de Artigas: con su rey o emperador, y su corte y su aristocracia.

¿Se ha adelantado por eso, efectivamente, mucho más que sus hermanas platenses, en la conquista del derecho y del bienestar? ¿Quedaron allí extirpados por la monarquía los males inherentes al estado sociológico de ese pueblo? ¿Es hoy, por dicha, más próspero, más civilizado, más uno, que aquellos sus vecinos, que, gracias a Artigas, no comenzaron con reyes, sino que *fueron concebidos en libertad republicana*, según la frase lapidaria de Lincoln?

Con los mismos sociólogos brasileños podríamos contestar que no.

Y cuidado que la monarquía no fue, en el Brasil, la que los enemigos de Artigas, el republicano, preparaban en secreto para la América española. El Brasil no fue a pedir su rey, y los soldados que habían de sostenerlo, a las potencias de la Santa Alianza; lo formó de su propia sustancia; lo sostuvo con sus soldados propios; lo hizo todo lo brasileño que pudo ser.

Esa interesantísima historia de la América lusitana, amigos míos, que no cabe, desgraciadamente, en el cuadro de nuestras conversaciones, está aún por estudiar entre nosotros; ha sido casi tan desfigurada como la de Artigas por las pasiones o intereses transitorios.

¡Cuánto ha sido echada en cara a esa nación bra-

sileña aquella su primitiva corona imperial, por los mismos apologistas precisamente de los que más la buscaron para el Río de la Plata! Recordemos, pues, someramente, la historia.

Vosotros sabéis cómo el rey de Portugal, desalojado de su trono por Napoleón con el apoyo de los cautivos reyes de España, trasladó su sede real, de Lisboa a Río Janeiro, en 1808, y cómo acabó por erigir al Brasil en reino, en 1817. Cuando, caído Bonaparte y reinstalado don Juan VI en su abandonada sede del mundo antiguo, pretendió que el Brasil volviese a su categoría de colonia, y quiso que su hijo don Pedro, a quien había dejado como regente del reino del Brasil, regresara a Portugal, el pueblo brasileño dijo que no; que ni volvería a ser colonia, ni el regente del Brasil regresaría a la metrópoli, *que se quedaría.* Y el príncipe *se quedó* Se quedó en América, contra la voluntad no tanto del rey su padre, cuanto de las Cortes portuguesas. Pero se quedó, ya no como simple delegado de la metrópoli, sino como *Protector o Defensor Perpetuo del Pueblo Brasileño.* Esa resolución de quedarse precedió de cerca a la de romper todo vínculo político con la madre patria, y proclamar la independencia del Brasil. Don Pedro adoptó esta resolución, instado y sostenido por el mismo pueblo, el 7 de setiembre de 1822, a orillas del arroyo de *Ipiranga;* la adoptó, pues, como caudillo, como verdadero caudillo del pueblo brasileño, y apoyado en éste, que ha glorificado ese recuerdo y consagrado aquel día 7 de setiembre, el *Grito de Ipiranga,* como su fecha nacional.

Todo eso era lo más propicio, como lo veis, a dar el máximun de eficacia a la levadura monárquica.

Pasó, sin embargo, como un episodio de la historia del Brasil. *Fugit velut umbra.*

Hoy, desde el 15 de noviembre de 1889, en que cae la monarquía y nace la república federal, el Brasil, no más preparado, por cierto, que sus hermanos a la vida definitiva, grande por su grandeza intrínseca, y no por la forma de su gobierno, ya no celebra la fecha de *Ipiranga* como su cifra; ha consagrado la otra, la de Noviembre, que será, para siempre, su cifra nacional: la que conmemora la expulsión del emperador, y la proclamación de la república federal; el triunfo, pues, también allí, del pensamiento de Artigas. ¡También allí!

La realidad, la sola realidad permanente, la presentida por el héroe republicano, se ha abierto paso, pues, también en el Brasil, como en toda América, al través de todas las fugaces apariencias.

Y mucho de apariencia ha tenido la organización interna brasileña, que se ha contrapuesto algunas veces a nuestras revueltas y caudillajes. Son muy pocos los que se han dado cuenta de que esas nuestras convulsiones internas, tan denostadas con razón, fueron, sin embargo. el precio a que la América española republicana compró su más precioso y exclusivo privilegio: el de no haber tenido esclavos. El Brasil sólo abolió la esclavitud en 1889, cuando su república rayaba en sus horizontes. Los mismos Estados Unidos del Norte, que tampoco tuvieron caudillos, conservaron, en cambio, la esclavitud. Y bien sabemos que el extirparla llegó a poner en peligro su unidad, y causó males no inferiores a los de nuestras revueltas internas.

El Brasil ha entrado, por fin, en el orden o armonía providenciales. El trono, con haber sido, como fue, muy digno de consideración desapareció por sí solo. La forma artificial se fue, para dejar paso a la natural, que nace de la esencia de las cosas, y que allí, lo

mismo que aquí, era la república democrática, a cuya sombra, más que a la del trono de Braganza, se desarrollan en aquel pueblo los principios sanos y las virtudes sólidas. El Brasil se ha quedado con lo que esencialmente tenía, ni más ni menos; con sus defectos y cualidades; con un pueblo dueño de sí mismo, y que por sí mismo realizará sus grandes destinos.

"Si queréis que el esclavo muestre las virtudes del hombre libre, dice George, comenzad por darle libertad".

La visión genial de Artigas, amigos míos, es el porvenir, porque ella era la verdad, y, siéndolo, era la armonía, el amor, la paz, pese a todo cuanto haya costado. Algún día estudiarán juntos su común historia todos los pueblos románicos de esta América; todos los descendientes de la antigua Iberia: hispánicos y lusitanos. Entonces leerá el Brasil, con nosotros, la historia de nuestro Artigas, la verdadera, que no conoce, e inclinará la cabeza al encontrarse con su frase profundísima: "Los déspotas, no por su nación, sólo por serlo, deben ser objeto de nuestro odio". Comprenderá entonces cómo el vidente caudillo oriental, cuando luchaba con don Juan VI de Portugal, no era el enemigo del pueblo brasileño, bien así como no lo era del argentino, que fue sangre de su sangre, cuando luchaba contra los patricios aliados de aquel monarca. Se adelantaba sólo a la lucha que el mismo Brasil librará contra los reyes; era el primer soldado, por consiguiente, del principio en que hoy descansa la federación republicana brasileña.

Entre las verdades que van a salir triunfantes de vuestro monumento, amigos artistas, no ha de ser ésa la menos nueva ni la menos armoniosa.

Porque podemos pensar lo que queramos de la forma de gobierno republicana; ya os he dicho que no soy un fetichista de tales formas; que detesto la adulación de multitudes y desdeño al hombre esclavo de los hechos. Pero confesemos que la democracia y la forma de gobierno republicana son la armonía del porvenir, cualesquiera que sean sus quebrantos y vicisitudes del presente; convengamos, por ende, en que *el hombre de la democracia*, aun de la democracia fiera del pasado, es el héroe del presente y del futuro: *el héroe.*

El monumento que vais a crear, amigos, es el símbolo de esa fe; lo levantamos los que creemos que la patria americana tenía que formarse como se han formado todas las del universo: sobre la base de un embrión sociológico, más o menos informe, fecundado por la fe y el sacrificio; su desarrollo tenía que ser, como el de todos los embriones, lento y penoso, y debía parirse con dolor, desgarrando entrañas. Lo erigimos los que aceptamos el ser hijos de nuestra madre; no los que quieren serlo de la emperatriz madre del vecino, sin pensar en que esa emperatriz tuvo también una madre o una abuela, que no nació reina, y que fue, como la nuestra, barro animado por el espíritu.

Sería interesante, mis amigos, estudiar, con este motivo, el origen de los distintos pueblos, sus fundadores heroicos, los reyes primitivos, con mucho de bandoleros; las turbas que los seguían, con mucho de sus reyes.

Pero ese estudio, que sólo os sugiero y que podéis hacer por vosotros mismos, sería ahora extemporáneo; lo sustituiremos ventajosamente, como grato descanso, con una amable página, que leo en la *Historia de la Revolución de Inglaterra,* de Macaulay, y que éste traza, después de describirnos el cuadro de una parte del

pueblo inglés poco antes de su revolución. Los cuadros de barbarie y anarquía que él nos ofrece jamás fueron vistos en nuestros desiertos rioplatenses, os lo aseguro; nuestro pueblo *gaucho* no fue, ni con mucho, pese a sus *Facundos,* lo que el inglés que Macaulay nos describe. "Mucha parte del territorio, dice, que se extiende del otro lado del Trent, permaneció hasta principios del siglo XVIII en estado de barbarie...; bajo el reinado de Carlos II aún se advertían las huellas que dejaron siglos de matanza y saqueo, a muchas millas al Norte del Troced, en el aspecto del país y en las costumbres anárquicas del pueblo.. ; se tenía que hacer justicia local y rápida; se mantenían traíllas de perros para perseguir a los malhechores en sus guaridas, casi inaccesibles, de las montañas y pantanos; las quintas y granjas estaban fortificadas como castillos; los mozos y gañanes dormían vestidos y armados y con calderos de agua hirviendo y piedras para defenderse; ningún viajero se ponía en viaje sin hacer testamento; se viajaba armado y escoltado..." "Aún en nuestros días, concluye Macaulay, en pleno siglo XIX, se ha dicho por ancianos, recordando episodios de su juventud, que los cazadores hallaban poblados los matorrales vecinos al castillo de Keeldar de una raza de hombres casi tan salvajes como los indios de California, y oían con sorpresa bárbaras canturías a mujeres medio desnudas, mientras que los mozos bailaban danzas guerreras blandiendo puñales".

De esos hombres ha hecho Inglaterra sus libres ciudadanos de hoy.

Y leamos, pues, la amable página de que os hablaba, para terminar. Es ésta:

"El Ariosto nos narra la historia de una hada que, por una ley misteriosa de su naturaleza, estaba con-

denada a aparecer, en ciertas estaciones, bajo la forma de una horrible y venenosa serpiente. Los que la maltrataban durante el período de su transformación quedaban para siempre excluidos de los beneficios que ella prodigaba a los hombres; pero a aquéllos que, a pesar de su aspecto repugnante, la miraban con piedad y la protegían, ella se les aparecía más tarde en la bella y celeste forma que le era natural; acompañaba sus pasos, satisfacía sus deseos; llenaba sus casas de riquezas; los hacía felices en el amor y victoriosos en la guerra. Tal es la belleza celeste que se llama Libertad. Cobra algunas veces la forma de un reptil odioso; se arrastra, silba, muerde. ¡Pero desgraciados de los que, poseídos de repugnancia, intenten aplastarla! ¡Y felices los hombres que, habiéndose atrevido a recibirla bajo su forma espantosa y decaída, sean recompensados por ella, en la hora de su belleza y de su gloria!"

Yo no sé a ciencia cierta, artistas amigos, si ha sonado o no la hora de gloria y de belleza para nuestra América; pero sólo podremos decir que sí, si vemos que se ha verificado la transfiguración del reptil que ocultaba la hermosura de su madre Libertad.

Y sólo podremos estar seguros de que el pueblo ha cobrado de veras su soberbia y definitiva forma, allí donde lo veamos reconocer y llenar de amor y de victoria a sus héroes verdaderos: a los que no lo renegaron, sino que lo miraron con respetuosa piedad, y lo protegieron, y lo hicieron levadura de la patria, cuando, por misteriosa ley de su naturaleza, silbaba como reptil, y mordía, y se arrastraba; a los que, bajo la envoltura horrible de la serpiente, vieron el hada que hoy domina transfigurada y munífica.

VIII

Los hombres de Buenos Aires, en 1816, los de arriba, y los de abajo, los que han subido y los que van a subir, tienen que ser igualmente enemigos de Artigas, como hemos dicho, no ven sino serpientes en el suelo nativo; serpientes que aplastar.

Pero existe un aliado intrínseco del héroe y del pueblo oriental: el pueblo argentino, todo el pueblo argentino, todas las hadas-serpientes. Y quien dice pueblo, dice sus conductores naturales, brotados de su propia vida; los núcleos de atracción de las multitudes; los que se llamaban *caudillos*.

Es menester que nos detengamos a hablar de esto, que en otras ocasiones hemos tocado a la ligera: de los caudillos rioplatenses.

La voz caudillo, que, en general, significa cabeza, conductor, capitán (Moisés era el *Caudillo de Israel*), aquí, en esta historia, ha solido tomar un significado propio, de menosprecio, que se parece al de cabecilla o capitán de rebeldes, o cosa así Se ha hablado mucho de *caudillos* y *caudillajes*, sin detenerse en la meditación a que yo os invito. No tengáis cuidado. no voy a llevaros a estudiar razas, ni atavismos, ni fenómenos biológicos, ni signos somáticos y psíquicos, en que hoy suelen detenerse, acaso más de lo necesario, los historiadores sociólogos, creo que la ciencia no ha llegado todavía muy lejos en ese orden de descubrimientos, sin negar por eso que ella puede conducir a felices resultados futuros. Yo seguiré el criterio estético, el de la universal armonía, que me guía en estas lecciones.

Los apologistas de la revolución glorifican *al pueblo americano* que la hizo; pero muchos de los tales, te-

miendo contaminarse, reniegan de los caudillos y del caudillaje, que, según ellos, sólo la entorpecieron y hasta la pusieron en peligro.

A poco que meditáramos, notaríamos la contradicción en que incurren. ¿Dónde estaba ese pueblo americano?

Las unidades primitivas de eso que se llama el *glorioso pueblo de Mayo,* y que algunos han creído que eran las personas que se reunían en la plaza principal de Buenos Aires, no son propiamente las personas físicas, son los caudillos precisamente, es decir, los distintos núcleos de atracción de los grupos de hombres que se conglomeran según sus afinidades naturales. El pueblo americano heroico, el guerrero, no es el conjunto de hombres; es el conjunto de caudillos. El Paraguay no tuvo caudillos, y ya hemos dicho por qué: porque el dictador Francia extirpó allí la vida en mal hora con la muerte del espíritu de Artigas.

El caudillo es el *substratum,* la quintaesencia de la masa, es el *personaje reinante* de que nos habla Taine.

Este maestro Taine, gran orfebre del estilo, después de estudiar las diversas circunstancias sociales que nos ofrece la historia humana, dice esto que puede interesarnos, y que tengo empeño en que leáis conmigo en este momento "En los diversos casos que hemos examinado, habéis notado, en primer lugar, una situación general, es decir, la presencia común de ciertos bienes y de ciertos males: una condición de servidumbre o de libertad, un estado de pobreza o de riqueza, una forma dada de sociedad, una especie dada de religión: la ciudad libre, guerrera y provista de esclavos, en Grecia, la opresión, la ambición; el bandolerismo feudal, el cristianismo exaltado en la Edad Media; la corte en el siglo XVII; la democracia indus-

trial e instruida en el siglo XIX; en suma, un conjunto de circunstancias a que los hombres se hallan vinculados y sometidos.

"Esa situación desarrolla en ellos necesidades correlativas, aptitudes distintas, sentimientos particulares: la aptitud física, por ejemplo, o la tendencia al ensueño; aquí la rudeza, allí la dulzura; ya el instinto de la guerra, ya el ingenio en el hablar; ora el deseo de gozar, ora mil disposiciones infinitamente varias y complejas: en Grecia, la perfección corporal, el equilibrio de las facultades no menoscabadas por una vida demasiado cerebral o demasiado material; en la Edad Media, la intemperancia de la imaginación sobreexcitada y la delicadeza de la sensibilidad femenil; en el siglo XVII, el *saber vivir* del mundo, y la dignidad de los salones aristocráticos, en los tiempos modernos, la enormidad de las ambiciones desencadenadas y el malestar de los deseos jamás saciados.

"Ahora bien este grupo de sentimientos, de necesidades y de aptitudes, desde el momento en que se manifiestan por completo y con brillo en un alma, constituye el *personaje reinante*, es decir, el tipo que los contemporáneos circundan de su admiración y de su simpatía· en Grecia, el joven desnudo y de hermosa raza, perfecto en todos los ejercicios del cuerpo; en la Edad Media, el monje extático y el caballero enamorado, en el siglo XVII, el cumplido hombre de corte; en nuestros días, el Fausto o el Werther, insaciable y triste".

Eso es el *personaje reinante* que, como lo veis, es el *substratum* de la masa, y no deja de ser parte de la masa misma. Pero es preciso completar el concepto de Taine con otra entidad que el escritor francés, al revés de Carlyle, no ve con precisión: es una persona que, sin

dejar de formar parte de esa masa, sin dejar de arraigar en ella y brotar de su seno, se eleva sobre ella, y para ella recibe la influencia superior. *ése es el héroe,* el conductor de aquella masa o conjunto de personajes reinantes, hacia su destino armónico con el destino universal. El héroe no es, por lo tanto, la negación o destrucción del personaje reinante; pero es la condensación y transformación de esa fuerza excéntrica en fuerza concéntrica, concurrente a la armonía recóndita. Es el héroe, en el mundo moral, lo que el artista o el poeta en el sensible: la incorporación del alma humana a las cosas o a las potestades que animan el universo. El artista de los árboles es aquel que puede convertirse en árbol; el de los hombres, en humanidad.

El personaje reinante es, pues, lo transitorio y cambiante, el *traje,* diría Carlyle, el autor de *Sartir Resartus.* El héroe es lo permanente. la persona que está dentro del vestido, *el hombre* que está en la multitud.

Concurrirán o no en el héroe las condiciones *exteriores* del personaje reinante; el hombre admira sin amar muchas veces, y ama sin admirar, amar no es siempre absolver al ser amado, es sentir no poder hacerlo siempre. El héroe puede ser o no, por consiguiente, objeto directo de simpatía, lo es generalmente, es también personaje reinante. Pero no es eso lo que forma su esencia: lo que la constituye es el poder de apoderarse de la humanidad, de sus personajes reinantes precisamente, y de arrastrarlos. de llevarlos hacia la luz, visible sólo a los ojos del inspirado.

Si se estudia el estado social de nuestra América, en la época de la revolución, el *personaje reinante,* aquel en que se manifiesta el grupo de sentimientos y aptitudes del pueblo americano. el tipo que sus contemporáneos rodean de su admiración y de su simpatía,

el núcleo en torno del cual se conglomeran y por el cual se determinan a la acción, es el *caudillo*, es decir, el jinete valiente, casi nómada, despreciador de la vida propia y de la ajena, más fuerte que la autoridad, y cuya protección es más eficaz que la de ésta, como es más temible su enemistad, ya que la influencia de la autoridad legal es nula por imposible. El culto del valor personal, de la fuerza, de la audacia, equivale al de la forma desnuda en Grecia, al de la visión extática de la Edad Media, al del hombre de corte, o al de Werther insaciable y triste, en las otras épocas. Acabamos de recordar el libro clásico que entre nosotros ha hablado primero de esto: el *Facundo*, de Sarmiento. Pues bien; éste, que tanto se extasía ante el frac de corte francés de los elegantes de Buenos Aires, nos dice, muy poco después, en su momento de verdadera inspiración: "En la República Argentina, el espíritu de la pampa está *en todos los corazones;* si levantáis un poco la solapa del frac con que el argentino se disfraza, hallaréis siempre el gaucho más o menos civilizado, pero siempre el gaucho".

Ese caudillo americano lo era por sus condiciones exteriores. Casi no pensaba: sentía; no veía más allá de lo que alcanzaba el galope de su caballo, símbolo de la libertad rudimentaria de que tenía noción. Eso eran Ramírez, en Entrerríos; López, en Santa Fe; Bustos, en Córdoba, Araoz, en Tucumán; el mismo Guemes, en Salta, con ser éste, como lo fue, el igneo resplandor de los instintos naturales en el Norte. Güemes, como sabemos, fue convertido al monarquismo por Belgrano sin grande esfuerzo; y lo mismo lo hubieran sido López y Ramírez, a no haber girado en la órbita de Artigas, del otro pensamiento, del verdaderamente heroico.

Siendo, pues, el pueblo argentino, el aliado, el único aliado de Artigas, dicho se está que lo eran sus caudillos. Pero no por eso hemos de confundir ambas cosas: *el héroe*, el depositario del pensamiento, el que mira la luz invisible, con el *personaje reinante* que lo secunda. Vosotros, cuando menos, estáis habilitados, mis amigos, para no incurrir en esa deplorable confusión, lo estáis, por consiguiente, para explicaros el imperio que ejerció Artigas sobre todos los caudillos orientales y occidentales, a pesar de no poderse citar, como rasgo característico de su persona, ni el valor extraordinario, ni el desprecio de la vida propia o ajena, ni la rebelión contra la autoridad, ni la destreza inaudita sobre el lomo del caballo indómito: él era un hombre interior, silencioso, ponderado, opaco, solitario. Y fue, como sabéis, el más sensible y el más clemente de los héroes de la revolución, el más respetuoso de la vida humana.

Advirtamos, una vez más, que la permanente resistencia instintiva de los diferentes pueblos argentinos contra el predominio de Buenos Aires no constituyó la causa *guemista* en Salta, o *bustista* en Córdoba, o *lopista* en Santa Fe, o *ramirista* en Entrerríos, con ser Guemes, y Bustos, y López, y Ramírez, los caudillos o personajes reinantes de esas provincias o estados y los campeones en ellos de aquel instinto germinal de democracia. En todas esas regiones, aquella resistencia se llamó, y aún hoy es llamada por la historia, "*artiguismos*", "*causa artiguista*". "*Veneno artiguista*", le llama López, el historiador, que se encuentra con él en todas las arterias del organismo argentino.

¿Sucedería eso porque Artigas era un simple caudillo más valiente, o más audaz, o más despreciador de la vida que los otros?

No: ese supremo caudillo no era más animoso ni más diestro jinete que Güemes o Ramírez. Los salteños jamás lo vieron ni a caballo ni a pie. Tampoco los cordobeses; ni a pie ni a caballo.

Artigas era mucho más que un valiente; era otra la luz que ardía en sus ojos serenos. Él era el vencedor generoso de Las Piedras; el que condujo al pueblo oriental en el éxodo semisagrado; el que dictó las instrucciones evangélicas del año 1813; el que trazó, en el paralelo de las Misiones Orientales, las fronteras entrañables de la patria, y trató con Inglaterra, y se comunicó con Monroe, y reglamentó el corso, y convocó Congresos constituyentes, y realizó el gobierno ideal del héroe fundador, al pie de la meseta del Hervidero, fundando escuelas, enviando vacuna, aconsejando el orden, la unión, la humanidad y la paz; el que, terminada su misión, irá a morir, por propia voluntad, indigente en el Paraguay. Él era la visión y el carácter, como lo dijimos en otra ocasión.

Pero los hombres de frac y de corbata francesa de Buenos Aires, personajes reinantes en el centro de la ciudad, que se creían héroes, no estaban habilitados, como nosotros, para ver en Artigas al héroe; apenas si veían en él al personaje reinante de la Provincia Oriental, obligado, por consiguiente, so pena de transformarse en bandolero, a no tener más pensamiento ni más acción que el pensamiento y la acción de quien predominase en Buenos Aires, y a secundarlo, sin preguntar a dónde se le llevaba.

Imaginad, por última vez, mis amigos, que eso hubiera sucedido que Artigas hubiera muerto en Las Piedras, o que se hubiera sometido a quien mandara en Buenos Aires: a Posadas, a Alvear, a Pueyrredón, a cualquiera de los que subieron por virtud de los sa-

nedrines secretos. ¿Hubieran dejado de estallar allí las rivalidades, hijas de las concupiscencias? ¿Hubieran dejado esos hombres de caer en el desaliento que, desde los primeros momentos de la revolución, aun antes de surgir Artigas, los hizo perder su fe en el pueblo americano y apostatar de la revolución de Mayo, si alguna vez creyeron en ella, buscando la restauración de Fernando VII o la coronación de otro rey?

Confesemos honradamente que no, mis amigos, y hagámoslo confesar a todos los hombres honrados de la América republicana; hagámosles ver que, si ese hombre Artigas no se sometió, fue porque no pudo, porque no debió someterse; porque no se lo permitió el espíritu profético que había tomado habitación en su carne.

Y confesemos que ese espíritu sutilísimo, recién creado, después de haber salvado la democracia en el Río de la Plata, en la lucha contra las rebeldes regresiones de Buenos Aires, es el que hoy anima y animará para siempre las repúblicas de América; es él solo que hace de ellas personas verdaderas, distintas de las preexistentes, almas y cuerpos nuevos, autóctonos, brotados, como la fauna y la flora que arraigan en las entrañas de este nuevo mundo, para vivir en su ambiente. Y tan insustituibles en esta región americana, como los árboles que horadan el humus y las arcillas del subsuelo, y se agarran, para no ser arrancadas, en los huesos de la madre tierra, en las durezas invioladas de los estratos pampeanos.

CONFERENCIA XXII

ENEMIGOS INTERIORES Y EXTERIORES

Asedio de Montevideo. — El Paso de Cuello — Misa campal. — Bando de Lecor y protesta de Pueyrredón. — Artigas en la línea sitiadora — Su entrada triunfal — El silbido de la serpiente — Caída y deserción de algunos fieles — El batallón de Libertos — Imprecaciones del héroe — Los planes tenebrosos. — La siniestra faz americana de la cuestión — El Calibán que ronda la isla. — El pueblo argentino inmune. — La conquista de las provincias por el Directorio. — Entrerríos, Santa Fe y Corrientes — Hereñú. — Ramírez — López — Artigas, "el peligroso patriota". — Saucesito. — Saladas — Montes de Oca y Balcarce. — Últimas Campañas de Artigas — Lavalleja prisionero. — Prisioneros Otorgués y Bernabé Rivera y Andresito y Barreiro — Nueva invasión de Buenos Aires a las provincias. — Plan de conquista, desolación y exterminio. — Ilusiones y desalientos de Belgrano — Triunfo de las provincias bajo la dirección de Artigas. — San Martín acude a Artigas — Envío de mediadores chilenos — Rechazo de Pueyrredón — Constitución republicana y envío de un embajador en busca de monarca — Artigas vive.

I

Estamos en la lucha que os he anunciado en nuestra anterior conversación, mis buenos amigos. San Martín prepara el supremo combate, en el Pacífico contra el español, Artigas libra el suyo, en el Atlántico, contra el portugués. Buenos Aires está entre ambos, y pugna por su propio predominio interno, cuya base es el aniquilamiento de Artigas, aunque sea sacrificando la misma expedición de San Martín. Entretanto, continúa los trabajos en que, mucho más que

en las expediciones armadas, se cifran todas sus ilusiones· envía nuevos diplomáticos a las cortes europeas y proyecta nuevas coronaciones de príncipes de buena raza, de carne y sangre predestinadas.

Sigamos a Artigas en su lucha.

Montevideo; caído en manos del invasor, está cercado por los capitanes del héroe: Barreiro, Rivera, Manuel Francisco Artigas, Otorgués, Bauzá, Lavalleja, Suárez, Ramos, Oribe. Barreiro con Suárez han establecido el cuartel general en el *Paso de-Cuello,* a 15 ó 20 kilómetros de las murallas. A ellos se incorpora Rivera que, a los ocho días de su desastre en *India Muerta,* ha formado una nueva división de 600 hombres. Lavalleja queda frente a la ciudad, en Toledo, con 400 jinetes en observación, haciendo diarios prodigios de valor, que son legendarios

Es la lucha del águila con el escarabajo. no hay asilo seguro, ni en el regazo de Júpiter. Lecor se ve acosado, no tiene caballos; para forrajear, necesita enviar columnas de las tres armas, que son atacadas. Una de ellas es acuchillada por Lavalleja en Maroñas, y parte de ella tomada prisionera.

Era, pues, necesaria una definitiva y rápida operación de guerra, para barrer de intrusos y amojonar aquella propiedad de la corona portuguesa, dejarle bien redondeado su *imperio americano* del Plata al Amazonas. Con ese objeto, se organiza una expedición que, al mando de Lecor, sale de los cuarteles de Montevideo, del *Fuerte de San José,* del *Recinto,* de la *Ciudadela,* en la mañana del 14 de marzo. Los buenos vecinos, despertados por las músicas marciales, se asoman temerosos a las rejas salientes de sus casas de un solo piso, y ven desfilar, y salir por el *Portón de San Pedro,* seis batallones de infantería con sus casacas

azules de visos amarillos, cinco piezas de artillería tiradas por mulas, varios escuadrones de caballería de cascos negros con guarniciones de bronce; el Barón de la Laguna descuella entre su lucido Estado Mayor por su talante y su uniforme.

Los episodios de esa batida, más que por su importancia por su carácter, merecen nuestro examen, tanto más cuanto que podemos seguirlos con mucha prolijidad, gracias a las *Memorias*, recién aparecidas, de Fray José Benito Lamas, testigo y actor de los sucesos aquellos.

Y miremos, siquier sea de paso, con este motivo, esa amable figura de nuestra historia, la de Fray José Benito Lamas Fue uno de los frailes franciscanos patriotas expulsados por Elío, cuando el primer sitio, *por amigos de los matreros;* ha sido el órgano discreto y elocuente de los deseos populares durante el gobierno patrio en Montevideo, lo vimos sentado a la mesa de Artigas, con Larrañaga, en la conferencia de Paysandú; ha desempeñado los cargos de capellán del Jefe de los Orientales y de maestro de escuela en el Hervidero; será él quien auxiliará en el calabozo, y acompañará en el banquillo de Mendoza, a José Miguel Carrera, el caudillo chileno fusilado allí; morirá, por fin, víctima de la peste, contraída a la cabecera de los enfermos, en 1857. Era entonces, cuando lo sorprendió la muerte, Vicario Apostólico de la República, sucesor de Larrañaga, y había sido preconizado en Roma primer obispo de Montevideo.

En el momento en que nos encontramos, el Padre Lamas, joven entonces de treinta años, ha abandonado la plaza con los patriotas que la evacuaron, y ha permanecido en las líneas sitiadoras como capellán; al salir la expedición de Lecor, se pone en marcha a ca-

ballo hacia Santa Lucía, precediendo aquélla de cerca, con el objeto de llevar la noticia al *Paso de Cuello.* A su lado podremos, pues, seguirla paso a paso Y debemos hacerlo, a fin de refrescar en nuestra imaginación las tintas del ambiente local, que nos es tan indispensable como los hechos mismos, si hemos de vivir la historia Acompañemos, pues, al animoso franciscano, y, con él, al Barón que va a probar ventura.

No bien ha franqueado el portugués los portones de la ciudadela, los enjambres de patriotas le salen al encuentro de todos lados; serán su escolta a la ida y a la vuelta; le amagan los flancos, le pican la retaguardia, cruzan al galope por su frente, le tienden guerrillas de jinetes desmontados, que lo obligan a desplegar en batalla sus infanterías a cada paso. Hay que librar un combate en cada cañada; sale un peligro de todo cañaveral de *paja brava,* cuyos blancos plumerillos agita el viento como banderolas, los cardales son todos asechanzas; las pitas parecen arañas encrespadas. Lavalleja asoma con sus jinetes en lo alto de la cuchilla, desaparece en la quebrada, carga de repente, y pasa como una tromba. Y vuelve a desaparecer, tramontando la cuesta. Manuel Francisco Artigas, más reposado, hace apear generalmente sus soldados detrás de algún grupo de *pitas* o cactus silvestres, cuyos largos *pitones* de enormes flores amarillas se yerguen como mástiles o flacos candelabros; los soldados, tendidos entre las *chilcas,* hacen fuego, lo sostienen cuanto es posible, y saltan a caballo, y desaparecen, sin saberse en qué rumbo. Otorgués es el émulo de Lavalleja; el tropel de sus gauchos, caballeros en potros sin domar, hace relinchar y parar las orejas a los caballos montados del enemigo, y arrebata sus caballadas

libres, arreándolas con grandes alaridos, de día y de noche.

El Padre Lamas llama a todas esas fuerzas "nuestra vanguardia"; lo son, efectivamente, del ejército que, al mando de Rivera, está acampado a algunas leguas de distancia, del otro lado del río Santa Lucía, sobre el *Paso de Cuello*, según hemos dicho, allí tienen su campamento general Barreiro, Suárez y todos cuantos han abandonado la ciudad.

El general Lecor marcha hacia allá; pernocta en Las Piedras, y llega después a Canelones, donde el vecindario, unido a las guerrillas, lo recibe a balazos, atrincherado en los cercados de *tunas;* el pueblo está desierto; las mujeres y los niños han huído con sus ganados. La expedición, después de arrasar la estancia del padre de Artigas, que está allí cerca, en el Sauce, reemprende la marcha; Fray Benito, Lamas, aunque montado en un mal caballo, va adelante; siente detrás de sí el fuego constante de la fusilería, oye de vez en cuando los clarines de la banda militar del portugués, auxilia algún herido, recoge informes de algún jinete que viene jadeante de las líneas de retaguardia. Con esos informes llega, por fin, a la costa de Santa Lucía; vadea el *Paso de Cuello,* y busca a Rivera, para transmitírselos y recibir sus órdenes.

El dato que aquí nos ofrece el fraile patriota es precioso para nuestra historia pintoresca; todo es carácter, justeza de tonos, profundo significado, en su ingenua relación. El joven comandante Rivera, a quien tanto conocemos y queremos, recibe en su campamento con jovial tranquilidad a su amigo capellán; no parece hacer más caso del avance portugués que de las nubes de antaño, todo lo que en ese momento le preocupa es el cumplimiento de una orden que acaba

de recibir de Artigas por chasqui. ¿Sabéis cuál es? La de festejar, con el pueblo y el ejército orientales, solemnemente, la reciente noticia llegada al *Hervidero* del triunfo obtenido por San Martín sobre los españoles en *Chacabuco,* allá del otro lado de los Andes Es preciso que oigamos sobre esto al mismo Lamas.

"Habiéndolo saludado, escribe, me dijo que, con motivo de ser el día siguiente el santo del general (San José, 19 de marzo) y habiéndole éste oficiado celebrase la reconquista de Chile del modo posible, había determinado se celebrase una misa solemne con *Te Deum,* y su correspondiente saludo de artillería; y que, para mayor solemnidad, quería que pronunciase yo un breve discurso, al tiempo de la misa, sobre el objeto que motivaba aquella celebración. Le hice presentes las dificultades, que no había tiempo, por no mediar más que una noche; y que, últimamente, me faltaba el silencio; pero volviéndome a instar, condescendí a su súplica. Esa noche sentí un tiroteo de bastante consideración causado por nuestras partidas de guerrilla y las del enemigo; y, al amanecer, llegó un parte de nuestra vanguardia a don Fructuoso Rivera, anunciándole que el ejército contrario se ponía en movimiento. En efecto, salí fuera del rancho y oí, sin temor de engañarme, la música con que marchaba el ejército enemigo, pero como no observase movimiento en nuestro ejército, antes por el contrario, viese enarbolada la bandera de la Provincia en señal de regocijo, determiné pasar al alojamiento de don Fructuoso Rivera, y saber, por su conducto, lo que ocurría Al pasar por el campamento, no noté movimiento alguno en nuestro ejército, y noté que los oficiales estaban vestidos de gala, como en día de besamanos; llegué al alojamiento de don Fructuoso Rivera, y habiéndolo saludado, me

dijo que ya se hallaba todo dispuesto para dar comienzo a la función, y, a este fin, dio orden al capellán que había de cantar la misa, para que viese a los cantores y músicos, y dispusiese la capilla para empezarla".

Hemos de convenir, amigos, en que ese episodio de nuestra guerra es algo más que pintoresco; pensemos, ante todo, en ese caudillo del Atlántico que, aunque convencido de la complicidad del Directorio bonaerense con el usurpador de su tierra, sigue anhelante el ejército que ha cruzado los Andes, y ve un triunfo propio en el de San Martín y O'Higgins, allá sobre el Pacífico, es conveniente pensar en esto, porque los escribas y fariseos han hecho aparecer a Artigas como un caudillo encerrado en su tierra, y sin más anhelo que el de mandar en ella. Y hasta como un enemigo de los argentinos. Combinemos, pues, esa orden de celebrar la acción de *Chacabuco* con la carta que conocemos de ese Artigas a Guemes, en que le hace esperar su auxilio tan pronto como se desembarace del portugués, y penetraremos cada vez más en las honduras del pensamiento de ese hombre imperturbable, y en el significado de esa su bandera tricolor que, sangrando todavía de las heridas del *Catalán*, saluda a sus hermanas vencedoras en los Andes.

Algo de eso hubiera dicho Lamas, me parece, en la oración patriótica que preparó para el *Te Deum;* pero no hubo tiempo Hablaba con Rivera, cuando éste recibió el anuncio escrito de que el enemigo se dirigía resueltamente al *Paso*, y de que nuestras guerrillas se replegaban hacia él; hubo entonces de suspenderse la misa; Rivera ordenó sólo la salva de artillería al pabellón, y éste bajó del alto mástil en que flotaba regocijado, y, cambiando de ceño, fue al encuentro del

importuno enemigo Y se libró entonces la batalla del *Paso de Cuello,* que os invito a presenciar porque es clásica.

Cruzado nuestro territorio, como sabéis, por ríos y arroyos franjeados de monte, y sólo vadeables por ciertos puntos, esas corrientes fueron, a falta de montañas, nuestras solas trincheras escalonadas, las batallas de nuestra libertad se han librado en esos vados principalmente. Miremos éste del Santa Lucía, para verlos todos, yo os lo mostraré amigos, con pasión de artista y de rapsoda, que no es posible mirarlos de otro modo. Esos bosquecillos de los pasos tienen algo de sagrado para mí, no hay uno en que no se haya derramado sangre de mi raza; aún hoy se suele verter en ellos en atávicos combates. Yo creo verla, como el estigma de una vieja unción, en las manchas de margaritas rojas que crecen en las márgenes, como veo nimbos flotantes en las flores azules de los cardales, y oigo voces gloriosas en las de sus pájaros indígenas Los antiguos hubieran poblado esas espesuras de dioses melodiosos; hubieran visto altares en los troncos de sus árboles venerables. Miremos, si os parece, el paisaje que los circunda; es toda nuestra tierra, sencilla y uniforme como la de Grecia, armoniosa como la Hélada, con todo vasto, amplio, y nada enorme; con grandes colinas y montañas pequeñas, con ríos innumerables sólo suyos, parecidos a ella, hechos sólo para ella, para sus amables genios tutelares, vestidos de sus árboles, animados de su voz

La corriente que viene por los bajos de las colinas encajonada en su barranca se ensancha en el remanso o laguna rodeada de *camalotes,* planta flotante que alfombra el agua el camino que cae al paso, más o

menos suave de un lado, más o menos áspero del otro, penetra en aquél, bajo una bóveda de sauces que se bañan en el agua dormida; el hililllo despierto de la corriente pasa retorciéndose por el centro del remanso, dejando hoyuelos en los remolinos, o junto a la barranca, haciendo ruido de gárgaras o de arrullos. En su torno se agrupa el bosque impenetrable: los tortuosos *sarandíes*, mezclados a la maraña de *camalotes* y *juncos*, los *talas* y los *espinillos*, los *canelones* y *guayabos* silvestres, cubiertos de enredaderas y de lianas colgantes, que todo lo envuelven y anudan· los *ñapindas* llenos de garras, el *cipó*, la *vira-vira*, la *hierba del pajarito*, especie de azahar silvestre que perfuma el aire. Allí, entre la maleza, viven los feísimos *carpinchos*, y las *nutrias*, y los pequeños *lobos acuáticos* de largo hocico, cuya punta asoman apenas, cuando cruzan la laguna, dejando en la superficie una estela triangular, borrada por el coletazo de algún pescado, una *tararira*, una *palometa*, perseguido por la nutria.

A medida que se aleja de las márgenes en que busca el agua, el bosque, en el que descuella el *viraró*, va degradando en árboles y arbustos dispersos, que dejan por fin el espacio a la colina vestido de tréboles y gramillas; en ella se levantan algunos *espinillos* con enormes nidos espinosos agarrados a las ramas negras, o algún tronco de *ceibo*, en que los *horneros*, los pájaros arquitectos, construyen con barro sus maravillosas cúpulas esféricas. Los gritos de éstos en defensa de su casa, unidos al batir de alas de las bandas inmensas de palomas torcaces que se levantan de entre los cardos, son nota musical característica de aquel paisaje, cuyas lejanías domina el avestruz que corre y el venado que se detiene en lo alto de la cuchilla. Pero si os acercáis al paso del río, os saldrá seguramente al en-

cuentro el verdadero simpático protagonista del aire, el centinela, el guardián, no ya de su casa, sino del paso mismo, de la cañada, del juncal, de la tierra: el *teru-tero* Es preciso que conozcáis bien, a fuer de artistas, ese nuestro valiente *teru-tero;* es digno del mármol Él, rabicorto, con sus largas patas y su pico afilado, y su uniforme gris de peto negro y blanco, y su copete movible, y su gracioso porte marcial, y su grito inagotable, es allí la nota de color y el motivo sinfónico predominantes; os sale al encuentro a largos pasos, resuelto, provocativo, insolente, haciendo rápidas reverencias o amagos de embestida, que al fin realiza, levantándose con gritos desaforados y pasando y repasando sobre vuestras cabezas en líneas oblicuas; acorre a su compañera que ha dejado detrás, y que grita con él, se posa en el suelo abriendo las alas, y, antes de cerrarlas del todo, tocando apenas la tierra, vuelve a levantarse, repitiendo acelerado su toque de alarma; acuden sus compañeros, dos o tres parejas, se incorporan a la primera; suenan con ella los clarines; la guerrilla aérea escandaliza el campo. Los otros pájaros estiran los pescuezos y avizoran, mirando con un ojo hacia el lugar del peligro. El *teru-tero* es el guerrillero alado que da el *quien vive* al intruso o denuncia al hombre escondido, tiene la conciencia de su derecho y la ilusión de su fuerza, basada en las dobles púas rosadas de sus alas, no es mayor que una perdiz y hace el efecto de una fiera; lo sería de los aires si fuera del tamaño de un condor. Porque es el *teru-tero* pájaro heroico: no huye de la descarga mortífera, acude al compañero herido, y muere sobre él lanzando su anatema, ¡teru!...¡tero!, con el ojo inyectado, brillante como una gota de tinta. ¡El valiente teru-tero! Es astuto como nuestro *baqueano o bombero* gaucho; está

siempre en emboscada, en cuclillas; corre agazapado, al percibir de lejos al enemigo; jamás gritará en el nido, lo abandonará corriendo silencioso entre los pastos, y se levantará muy lejos, simulando sorpresa. Es nuestro pájaro simbólico; sería, entre los egipcios, el ibis sagrado que enterraban momificado con los cadáveres humanos, y hasta divinizaban dando su cabeza al dios tutelar, al enigmático *Thoth*, cabeza de ibis. El grito del *teru-tero* fue toque de llamada en el silencio, himno aéreo en el combate; como la procelaria en el mar, acudió al estrépito de la tormenta, asistió siempre desde el aire a nuestras batallas; cayó, herido por la metralla, junto a nuestros guerrilleros, sus hermanos Yo lo hubiera puesto, os lo aseguro, como soporte heráldico en nuestro escudo patrio, junto al lema de Artigas: *"Con libertad, ni ofendo ni temo"*, como el unicornio inglés.

Y pues estamos en vena de acopiar colores y notas, amigos artistas, oigamos plena la sinfonía de esos nuestros mitológicos campos de batalla; la voz de sus silencios y el misterio de su naturaleza; son parte de la historia. En la espesura de los *talas* y *sarandíes* oiremos la flauta del *zorzal* pardo y la del *tordo*, afinadas con el trino de la *calandria*, y con el arrullo escondido de la paloma torcaz, y con la voz del agua que va corriendo; el *martín pescador*, posado en una rama saliente, mira inmóvil, largo rato, el agua que pasa bajo su pecho tornasol, da un grito de vez en cuando, y cambia de sitio, volando al ras de la laguna; el silbo intermitente de la *perdiz*, que corre o vuela por las colinas, llega al bosque unido a la algarabía de los lejanos *venteveos*. Y con todo eso, comentado por la ingenua relación de Fray José Benito Lamas, que dejamos pendiente, tendremos la sensación de la

batalla del *Paso de Cuello* que os quise hacer presenciar, como clásica, pues debéis ser, más que narradores, testigos.

Y volvamos a ella, a la misa campal y al *Te Deum* interrumpidos por el avance del portugués. Rivera ha impartido sus premiosas órdenes: ¡A ensillar! ¡Al paso! "En el momento de montar, dice Lamas, sentimos el fuego y aún descubrimos algunos de los nuestros que venían sosteniendo la guerrilla delante del enemigo". Eso es lo que se ve del otro lado del río: los jinetes que desmontan, hacen fuego, y saltan de nuevo a caballo, replegándose hacia el vado. Miremos ahora, con Lamas, el cuadro que ofrece el lado opuesto, y el en que Lamas se encuentra. "Algunos vecinos que poseían ganados los iban retirando para que no fuesen presa del enemigo; las mujeres que, llevadas de su patriotismo, abandonaban sus hogares por no sufrir el yugo portugués, *pasaban a caballo, tirando a la cincha un cuero en forma de tipa, donde conducían sus hijos;* todos los habitantes estaban en movimiento a causa de la inmediación del enemigo".

Los soldados han acudido al paso, pues, conducidos por Rivera, que, según su costumbre, lleva en la mano sólo el rebenque, con el que marca las posiciones; un obús ha sido emplazado en la cuchilla que enfrenta el vado; se ha hecho emboscar entre los árboles a todo el mundo, infantes y caballos. Lamas que, como capellán de artillería, se ha incorporado al servicio del obús, mandado por Aldecoa, ve al enemigo "tendido en batalla, en una línea que llena cuatro o cinco cuadras de a cuatro hombres en fondo, y con los costados cubiertos con la caballería"; sus guerrillas avanzadas se tirotean con las nuestras, que se van replegando hacia el paso. No bien lo cruzan, dejando en

descubierto al contrario, río por medio, el obús rompe el fuego; una granada estalla en las filas enemigas, "abriendo un claro de consideración"; las cinco piezas del portugués, emplazadas en la loma del otro lado, contestan; pero lejos de imponer silencio al valiente obús, éste repite sus disparos certeros, y sostiene aquella situación, que se prolonga varias horas, pues el enemigo no se atreve a romper la valla. El drama tiene, por fin, su desenlace, que es también característico. un *baqueano* de aquellos parajes ha denunciado al portugués la existencia de una *picada* o vado estrecho, escondido entre los árboles e indefenso, más arriba del principal; por allí ha cruzado sigilosamente su caballería y aparecido por nuestro flanco derecho y nuestra retaguardia. El clarín de órdenes de Rivera suena la carga por ese lado; los nuestros, emboscados, la llevan con vigor, y el combate cuerpo a cuerpo, desigual y sangriento, se empeña en las colinas, mientras el fuego de las infanterías continúa en el paso.

"El general enemigo, dice Lamas, se vio en la precisión de precipitarse a pasar el arroyo, a este fin determinó que una división de caballería tomase la retaguardia de nuestra emboscada, vadeando el arroyo por una *picada* falsa, al mismo tiempo que mandó avanzar de frente sus cazadores de infantería protegidos del incesante fuego de artillería... Se arrojaron al agua los cazadores, al paso que la caballería se introdujo por la *picada* referida, con cuyo motivo se redobló el fuego de ambas partes, con pérdida considerable de los enemigos. Eso no obstante, el general contrario consiguió su objeto, y los nuestros, rodeados por todas partes, hubieran sin duda quedado muertos, en especial el comandante de artillería con sus artilleros, a no haberlos salvado la cobardía del enemigo y

el fuego incesante con que se sostuvo la retirada, en la que quedaron prisioneros algunos soldados que, engolfados en hacer fuego, no se retiraron a tiempo".

No es para deciros si eso fue una derrota o una verdadera victoria, para lo que os hago conocer esos preciosos apuntes de nuestro bravo capellán; ellos nos ofrecen, y por eso os los doy, las notas fundamentales de la resistencia de tres largos años que aquí comienza, y que no hubiera tenido término si lo hubiera sido sólo contra el extranjero. Dentro de tres años, cuando éste envíe a Artigas, creyéndolo agotado de fuerzas, proposiciones de honroso sometimiento, recibirá la respuesta que es legendaria entre nosotros: *"Diga usted a su amo,* contestará al emisario, *que, cuando no me quede un soldado, lo pelearé con perros cimarrones".*

Nuestras infanterías y caballerías se han retirado en orden del *Paso de Cuello,* el mismo porfiado obús, que tanto dio que hacer a Lecor, sigue su camino hacia el Norte, aunque desmontado y maltrecho. El portugués ha salvado aquel obstáculo del *Santa Lucía Grande,* pero algo más arriba está el otro, el de *Santa Lucía Chico,* con su paso también, con sus cardales grises, con sus árboles llenos de nidos espinosos, con sus *teru-teros* vigilantes; allí está el *Paso de la Tranquera,* donde los orientales, atrincherados de nuevo, esperan al enemigo; todo está repuesto: el obús en la barranca, las caballerías entre los árboles, la bandera en su mástil; y, del otro lado, alrededor del ejército portugués, escoltándolo siempre, las ágiles guerrillas que no duermen, que comen a caballo.. o que no comen: Lavalleja, Otorgués, Manuel Francisco Artigas ..

Lecor desiste de esa inútil persecución, no va al *Paso de la Tranquera,* sino que entra con su ejército

al pueblo de la *Florida,* hoy ciudad memorable, situado más abajo, hacia la izquierda. De allí destaca una fuerte columna de infantería y caballería, en procura de forrajes y leña en el bosque cercano. Pero en él está emboscado Lavalleja precisamente; éste cae sobre la columna con sus lanceros; la arrolla con grandes pérdidas; le toma cuarenta prisioneros; la arroja en dispersión sobre el grueso de su ejército, y él desaparece por el otro lado... Y allá en el bajo, en la margen del arroyo pedrogoso, junto a la *Piedra Alta,* ordena a sus jinetes que desensillen, que enciendan sus fogones. que *carneen* las reses gordas. Y los gauchos *atan a soga* sus caballos en las matas de *flechilla* bien arraigadas. y clavan sus lanzas de banderolas rojas en el suelo; y en torno de los fuegos, mientras los costillares de los novillos abatidos se asan a fuego lento, toman mate, oyen el canto triste de algún compañero que canta en la guitarra a la amada ausente en el rancho, y se tienden, por fin, en la gramilla o sobre las caronas del recado, dando la cabeza al viento, con los brazos en la nuca y el sombrero sobre los ojos..

Y la noche amiga, llena de sueños, pasa lentamente, entre el cielo y la tierra, sobre el fuerte grupo de nuestros héroes dormidos

Y, de vez en cuando, muy alto, muy lejano, se oye el grito de un *teru-tero* invisible que atraviesa por el aire azulado, como un espíritu vigilante en la soledad... Noche estrellada.

No es, pues, posible al usurpador tomar posesión de aquella tierra. Convencido de ello, Lecor regresa con su ejército a Montevideo; con él, como las aguas que vuelven a su cauce, pasado el aluvión, regresa tam-

bién todo lo nuestro· guerrillas, ejércitos, ciudadanos, familias campesinas, carretas, ganados.

Las guerrillas rondan de nuevo las murallas, Barreiro y Suárez establecen el cuartel general en el *Paso de la Arena*, la vida cívica se restablece al lado de la militar en el campamento.

Porque es de advertir que aquellos campamentos orientales no eran sólo agrupaciones de *montoneros*, como decía Alvear, o de *salteadores*, como va a decirlo Lecor; allí se congregaba el pueblo armado, todo el pueblo en sus diferentes clases y matices; todos comparten el sacrificio por la patria, lo mismo el gaucho lancero que el hombre de educación y de letras, incorporado como él a la aventura heroica. Las *Memorias* de Lamas nos ofrecen, con mucha vivacidad de tintas, ese aspecto interesantísimo de nuestro trashumante cuartel; es preciso que vosotros, mis artistas, lo conozcáis también.

Es el momento que acabamos de describir, en que el enemigo avanza, después de forzado el *Paso de Cuello*, y los orientales están a la espera de sus operaciones "Permanecimos en este sitio, dice Lamas, esperando las determinaciones del enemigo, a cuyo frente se hallaba nuestra vanguardia hostilizándolo, y trabajamos en evitar las incomodidades causadas por las inclemencias del tiempo y escasez de alimentos, sirviéndonos de alguna distracción las conferencias y disputas que se suscitaban entre algunos individuos del ejército que formaban una junta con el nombre de *Sociedad Patriótica-literaria*. Éstos eran el comandante de artillería don Pedro de Aldecoa, el doctor Alen, don Apolinario Lallama, don Matías Larrava y yo, que tenía el oficio de redactor. La presidencia turnaba entre los vocales. Sin embargo, cada uno se diferencia-

ba de los demás por alguna peculiaridad de su carácter". Y Lamas describe, de mano maestra, los caracteres: la flema de Ramos, como buen paraguayo, dice; el aire de *magister* de Aldecoa; el acaloramiento de Alen; la voz atiplada con que Lallama invoca la autoridad de Quintiliano; el aspecto taciturno de Larraya; la sorna con que Mojaine hace perder los estribos al fogoso doctor Alen.

Confesemos que esa *Sociedad Patriótica-literaria* es una bella nota de color, en el vigoroso cuadro que nos ha dejado el buen fraile patriota, y que contrasta con el efecto que ha producido en Lecor el fracaso de su expedición.

Ese efecto ha sido desastroso, según es de innocuo el nuevo recurso de que echa mano. No bien está de regreso en su almenada ciudad, el Barón de la Laguna hace saber, en un decreto bombástico, "que *los orientales en armas serán tratados como salteadores de caminos*"; se les matará, se perseguirán sus familias, se les confiscarán todos los bienes. ¡Los bienes de los orientales dispuestos a morir!

Y he aquí que entonces aparece Pueyrredón, el Director Supremo. Éste protesta indignado contra la barbaridad del barón, que, dicho sea de paso, no se puso por obra. Porque justo es reconocer aquí que la dominación portuguesa de once años no tuvo en Montevideo los caracteres de la porteña de algunos meses: fue inteligente. Todos los esfuerzos fueron hechos, aunque en vano, por cimentar la conquista en las simpatías de aquel pueblo: se respetaron las leyes y las costumbres, se conservaron en sus puestos los funcionarios civiles nacionales, y aun muchos militares; se ofrecieron premios, condecoraciones reales, tí-

tulos nobiliarios; el mismo Lecor, como hemos dicho, contrajo matrimonio con una dama patricia del país.

Pueyrredón protestó, sin embargo, con enfática energía, contra el bando del barón. Quien leyera esa su protesta sin conocer el origen y detalles, que nosotros conocemos, de la invasión portuguesa, quedaría persuadido de que el Director Supremo era más artiguista que Artigas; más republicano, cuando menos. "*Los orientales*, escribe Pueyrredón a Lecor, *sostienen su independencia y la de los pueblos occidentales al mismo tiempo* Así es que han sido y serán auxiliados por esta capital, hasta que V. E. desaloje el territorio de que se ha apoderado con violencia. Si V. E lleva a efecto sus amenazas, protesto por mi parte que ejerceré la más rigurosa represalia, verificando, en cada tres súbditos de S. M. F. residentes en esta provincia, los mismos tratamientos que V. E. verifique en uno solo de los orientales". (2 de mayo)

No está fuera de lugar esa frase del hijo de la patria de Enrique IV, pero precisamente por eso, porque los orientales defienden la propia independencia y la de sus hermanos argentinos, precisamente por eso serán inmolados a la libertad platense. Esa es la historia que estáis aprendiendo, amigos artistas, y ésa la que aún esta por aprender, en sus propios papeles, el buen pueblo argentino occidental, nuestro hermano, hijo, como nosotros, del padre Artigas; concebido, como nosotros, en libertad, y tratado también por eso, por haber abrigado la fe de Artigas, como *salteador de caminos* por los *personajes reinantes* de la capital.

II

En esas circunstancias, llega Artigas a las inmediaciones de Montevideo, su ciudad natal, que verá por

última vez; viene a juzgar del espíritu de sus fieles. Es el mes de abril de 1817. En el Norte, donde ha celebrado, como en el Sur, el triunfo de San Martín en *Chacabuco*, ha dejado a Latorre, con orden de concentrar todas las fuerzas de aquella zona en el campamento de *Purificación*. Él llega con una escolta de blandengues. El poncho blanco que cubre sus hombros trae el polvo de sus derrotas.

La entrada del héroe en las líneas sitiadoras es una entrada triunfal. El pueblo armado lo aclama con pasión, los jefes lo circundan; se le forma una guardia de honor de oficiales, Bauzá, Oribe, Velazco, Cáceres, que acompaña al Libertador. Éste recorre los diferentes campamentos; estrecha la mano a los jefes y oficiales, y les deja en el alma su palabra, recoge sus aclamaciones; los mira largamente en los ojos... largamente.

También vio al enemigo desde la línea del fuego, con ocasión de una nueva salida tentada por Lecor en busca de víveres. A la altura de la *Capilla de Doña Ana* chocó con el ejército sitiador. Artigas vio a Lavalleja sablear y dispersar la caballería portuguesa, mientras Bauzá hacía retroceder su infantería, a la que arrebató un carro de municiones Un jefe y un oficial enemigos quedaron muertos en el campo, entre muchos soldados. También cayeron varios hijos de la patria. Otero, ayudante de Rivera, Escobar y algunos de sus hombres. El enemigo se retiró a sus posiciones.

Artigas observaba silencioso, desde su colina, a ese enemigo visible; pero él había sentido al invisible, al sólo que temía, y que andaba entre sus tropas. Por eso, al estrechar las manos, miraba intensamente lo que había en los ojos.

Era el espíritu de Buenos Aires el que por allí andaba rondando al espíritu oriental, acechaba un desaliento, un quebranto en la fe patriótica, una hora de abandono, para introducirse en las almas predispuestas. Pueyrredón estaba en comunicación con los capitanes de Artigas, con Otorgués y Rivera principalmente, les hablaba de la necesidad que había de unirse todos para rechazar al invasor del suelo común, conoceréis pronto la clase de sus relaciones con Otorgués. No les hablaba de las gestiones secretas que tenía pendientes en esos momentos; de sus esperanzas en el Duque de Orleans, por ejemplo. Es claro que la unión y el abandono de Artigas eran sinónimos; les decía palabras de desaliento y rebelión, y, al mismo tiempo, les infiltraba las de seducción. ellos serían los sucesores de Artigas. Era la serpiente del árbol paradisíaco: *Eritis sicut dii.* "Seréis como dioses".

El héroe oyó silbar, por fin, la melodiosa serpiente, en la boca de algunos de sus capitanes, que le indicaron la conveniencia de reconciliarse a todo trance con el Directorio de Buenos Aires, aun arriando la bandera tricolor. Después de los contrastes sufridos, no era posible seguir la lucha con Portugal. Barreiro, Bauzá, Ramos pensaban así. Rivera, no. Otorgués... miraba con mirada torva, y callaba; guardaba las cartas de Pueyrredón, que en esos momentos recibía.

Artigas oyó aquello en silencio. Se fue, por fin, de las cercanías de Montevideo, llevándose a Barreiro consigo, desde las gestiones de éste, por intermedio de Durán y Giró, con el gobierno central, Barreiro ha perdido mucho en la confianza de Artigas, que, si no culpa o delito, le imputa debilidad en el carácter y en la fe. Se lo llevó, pues, consigo, nombró a Rivera comandante en jefe del ejército del Sur, y se retiró al

Norte, a su atalaya del Uruguay, frente a las provincias occidentales, a concentrar allí la suprema resistencia contra los planes de Buenos Aires. Otorgués permaneció en Canelones.

Los jefes que quedaron en l sitio se reunieron poco después en Santa Lucía. Deliberaron. Sí, era imposible: solos, derrotados en Corumbé, India Muerta, Catalán; rendido Montevideo; sin una plaza fuerte en que cimentar la resistencia; sin grandes técnicos militares; sin elementos bélicos... era imposible. Artigas soñaba o era un poseído ¿Por qué ese odio implacable contra Buenos Aires, contra el hermano leal, que ofrecía su generosa unión *en odio al enemigo común?* Resolvieron entonces declarar que "optaban por la unión de la Banda Oriental *con las demás provincias del continente americano*, puesto que, invadida por el poder de una nación extraña, se hacía preciso el esfuerzo general de todos para rechazar al enemigo común". ¡Al enemigo común!

En ese momento, precisamente, García, el representante del Directorio en Río Janeiro, negociaba con ese enemigo común un tratado de paz y amistad, una liga ofensiva y defensiva contra Artigas Ese tratado fue ratificado por el Congreso. En él se declaraba que la invasión portuguesa tenía por objeto el exterminio de Artigas y sus fuerzas; el gobierno argentino se comprometía a no prestar al héroe auxilio alguno y arrojarlo de la Banda Oriental, y, caso de nò poder aniquilarlo, a pedir auxilio a Portugal para hacerlo. Se pactaba, por fin, una alianza con Portugal, en caso de que éste rompiera con España, lo que jamás podía suceder, porque, amén de otras razones, Portugal no hacía nada sin el permiso de la Santa Alianza; pactar

con él era, bien claro está, someterse a ésta sin condiciones

Aquí, como lo veis, mis amigos, no había más enemigo común que Artigas y sus orientales común a Buenos Aires, y a Portugal, y a España y a la Santa Alianza.

Excusado es decir que Artigas, al ser notificado de la resolución de sus jefes, la rechazó con serena firmeza "Seguid vuestro consejo, les dijo, pero habéis renegado de la fe Los que quedan serán bastantes para morir por ella. Selección de sangre, sangre de héroes".

Algunos permanecieron fieles; fueron éstos los que, como Rivera y Lavalleja, sentían más el contacto o el abrazo de la tierra, los otros, los ensimismados o distraídos, fueron arrebatados por el espíritu de tinieblas, y llevados por él a la apostasía Algunos meses después. en octubre de 1817. Bauzá, joven comandante de infantería que mandaba el *Batallón de Libertos*, seducido con sus oficiales por Pueyrredón, desertaba de Artigas con todas sus fuerzas, y ofrecía al Director sus servicios y su sangre, "para ser empleados allí donde fuesen más útiles a la defensa de la libertad".

Se ha creído por alguien, al juzgar, con informaciones deficientes, esa penosa deserción de Bauzá y sus compañeros, que ella tuvo por causa una afinidad de clase, o cosa así, entre los militares más cultos de la Banda Oriental y los monarquistas occidentales. Nada más falto de fundamento; el Director Supremo de Buenos Aires, para llamar amigos a los orientales, no les exige más condición que renegar de Artigas, así se levante, en sustitución de éste, el más selvático de los caudillos uruguayos; lo que urge es hacer desaparecer a aquel hombre, el solo inaccesible a toda

tentación, el solo *que es, que ve* y que hará imposible la cimentación del trono que ha de hacernos libres. Y tan es así, que el eje de toda aquella trama, continuación de la urdida con Durán y Giró, el sustituto que la Logia de Buenos Aires quiere dar a Artigas, no es otro que Otorgués, Otorgués precisamente, aquel caudillo bravío que, no hace mucho, buscaba el apoyo del príncipe del Brasil en contra *de los pícaros porteños*, y que ahora, como lo veréis, acude al llamado de los porteños contra su propio general y deudo. Los ingenuos comandantes, sin sospechar, estoy persuadido de ello, el plan que secundan, pues son ajenos a la Logia, han hostilizado a Rivera, lo han suplantado por Otorgués en el mando de las milicias en que lo dejó Artigas, lo han obligado, por fin, a retirarse del sitio de acuerdo con éste. Es el caso de estudiar esto con reposo.

La nota siguiente, recién revelada por Mantilla, escritor correntino, en su estudio sobre Galván, desvanece las sombras en que estaba envuelto, hasta no hace mucho, ese episodio, precursor de otros del mismo género, y alumbra los secretos de esta hora triste

"Señor don Martín de Pueyrredón.

"Mi honorable paisano:

"Desde que recibí su apreciable data del 26 de abril, no he cesado de dar ante don José Artigas todos los pasos que he creído conducentes al restablecimiento de la concordia. Las más lisonjeras promesas fueron el resultado de mis instancias, pero él, mal aconsejado, me ha estado faltando a ellas, y, al fin, me he convencido de que será preciso hacerlo sin su consulta. Por acá ya están tomadas todas las medidas que faciliten el acierto. Yo estoy de acuerdo con todos los paisanos

de poder e influjo, con la mayor cautela se han ido dando todos los pasos precisos, y puedo asegurar a V. que todo está listo. Sólo falta una persona autorizada por V. para tratar con ella lo competente para sellar tan preciosa obra. Conviene que en su tránsito no haga saber su comisión, porque esto debe manejarse con la mayor reserva, hasta estar concluido, tanto para evitar el más mínimo entorpecimiento, como para que en el entretanto no hallen los enemigos ocasión alguna sobre nosotros, mostrándonos con división. El objeto es *obligar* a don José Artigas ("obligar" está subrayado en el original) a que oiga el clamor general, sin dar lugar a demoras que hagan nacer los efectos indicados. Yo espero que V., por su parte, no perderá un instante en la remisión del sujeto, previniéndole que me encontrará o aquí o en la línea de vanguardia de Montevideo. Es cuanto tengo que decir a V. sobre un particular en que lo veo tan dignamente interesado, y concluyo ofertándole de nuevo mis más ardientes votos, con la más apasionada adhesión hacia su persona.

FERNANDO OTORGUÉS",

El plan ese fracasó, como había fracasado el análogo de Sarratea en el Ayuí y frente a Montevideo; nadie se atrevió, tampoco esta vez, a atentar contra la vida de aquel hombre amenazado siempre por el rayo. Pero la hora prima de tinieblas está sonando, como lo véis, la duda, neblina del alma, sube de la tierra y se extiende en torno del profeta; éste va a desaparecer en su nube poco a poco. Otorgués, en estos sus contubernios con Pueyrredón, es el equivalente y precursor de Ramírez, el caudillo entrerriano, que, dentro de tres años, será, por fin, el instrumento eficaz de los enemigos del héroe; éstos conseguirán su objeto, pero sólo en parte; levantarán el caudillo en

sustitución del héroe; pero no será un príncipe de Orleans ni de Braganza el coronado en Buenos Aires; será otro el príncipe restaurador, otro el dueño de los personajes reinantes.

III

Artigas no ha podido menos de sentir, sin embargo, esos ruidos subterráneos; otro, que no hubiera sido él, hubiese sentido vacilación, acaso pavor. ¿Será un espíritu del infierno, y no el de la madre tierra, el que lo conduce? Algo de eso debe de haber pasado por aquella alma honrada, porque, como Aquiles a su madre divina, o como el troyano a la Sibila sacerdotisa de Apolo, el héroe oriental recurre entonces a su oráculo: consulta al pueblo. Conoced, amigos, esa memorable consulta; leamos este papel que apareció entonces fijado en las paredes de la ciudad de Minas, el 25 de octubre de 1817 idéntico al fijado en Canelones y en los principales núcleos de población de la Banda Oriental.

"El ciudadano Manuel Cabral, capitán de milicias y comandante militar y político de esta villa y su jurisdicción, a todos los vecinos de ella saludo y hago saber. Que el excelentísimo señor General en jefe don José Artigas se ha dignado dirigirme un oficio fechado en Purificación el 11 del corriente, cuyo tenor a la letra es como sigue:

"Por una vulgaridad inesperada, he traslucido se denigra mi conducta por la desunión con Buenos Aires. Los pueblos han juzgado justos los motivos de esta lid empeñosa, que nunca mejor que ahora subsisten, según el *Manifiesto* impreso en Norte América por los señores Agrelo, Moreno y Paso, y que he mandado circular

para su debido conocimiento. Recordad la historia de vuestras desgracias, la sangre derramada, los sacrificios de siete años de penalidad y miseria, y todo os confirmará mi empeño por no violar lo sagrado de aquella voluntad, ni someterla a la menor degradación, que mancillaría para siempre la gloria del pueblo oriental, y lo más sagrado de sus derechos. He adelantado mis pasos con aquel gobierno, ansioso de sellarla sin estrépito, y en cada uno he hallado un nuevo impedimento a realizarla. Si esta idea no está bien grabada en el corazón de los pueblos, ruégoles quieran aceptar estos mis votos· *Los pueblos son libres de decidir de su suerte, y mi deseo todo decidido a respetar su suprema resolución. Si la autoridad con que me habéis condecorado es un obstáculo a este remedio, está en vuestras manos depositar en otro la pública confianza*, que ajuste vuestras ideas a los deberes que os impone la patria. Yo me doy por satisfecho con haberlo llenado hasta el presente con honor, y contribuido, con el mismo, a la felicidad del país. Espero hará V. inteligible esta resolucion a todo su pueblo, y me responderá abiertamente de su decisión, para adoptar las medidas convenientes.

Tengo el honor de saludar a V con todo mi afecto.

José Artigas

Purificación, 11 de setiembre de 1817
Al señor Alcalde del pueblo de Minas".

"En consecuencia, a fin de dar el debido cumplimiento a la precedente orden superior, he mandado los oficios respectivos a los señores jueces comisionados de los partidos de esta jurisdicción, como son los del *Mataojo de Solís*, del *Solís Grande*, del *Soldado*, del *Barriga Negra*, del *Valle del Marmarajá* y del *San-*

ta Lucía, para que, con todos los vecinos, concurran a esta villa el día 1º del próximo noviembre, festividad de Todos los Santos, a efecto de que, en junta general que se celebrará, manifiesten su voluntad y se una la voz del pueblo... Y para que nadie alegue ignorancia se fija este edicto en el paraje acostumbrado.

"Villa de Minas, 15 de octubre de 1817.

MANUEL CABRAL".

Conociendo, como conocemos amigos míos, el carácter de Artigas, no nos es lícito dudar de la sinceridad con que promueve ese inusitado plebiscito; reconoceréis en ese documento la repetición, casi literal, del discurso que pronunció en el Congreso del Peñarol; sólo los necios confundirán ese recurso al pueblo con los farisaicos que no es raro ver inventar a los tiranos. Para erigirse en tal, el Jefe de los Orientales no tenía para qué echar mano de semejante medio Artigas sólo quiso, en ese momento, sentir, una vez más, el contacto de la tierra, su madre divina. Y lo sintió, sin duda, y reconoció su voz, porque la suya cobró entonces nueva energía, y su actitud una rigidez casi hierática, como lo veréis. Vais a ver cómo la caída de los débiles en la fe ha retemplado la devoción de los fuertes; cómo se conglomera aquel pueblo, con la resolución de morir, en torno de aquel hombre inmóvil El mismo Otorgués ha visto la realidad de las cosas, y, menos candoroso que los comandantes desertores, se ha quedado en su puesto, al lado de su jefe, a quien da sus explicaciones, mientras aquéllos se van a donde creen ser "más útiles a la defensa de la libertad".

Triste fue, por cierto, la forma en que se fueron. De acuerdo y por consejo de Pueyrredón, que los

había inducido y conducido, como lo había hecho con Durán y Giró, se entendieron con Lecor, con el mismo Lecor, para poder entrar en Montevideo con todas sus fuerzas, y pasar de allí a Buenos Aires con armas y bagajes. Y así se hizo· suscribieron un pacto con el enemigo; abandonaron a Artigas, maldiciendo de él; se llevaron los caballos y las armas de la patria Eran 600 hombres, buenos soldados, y tres piezas de cañón. Era mucho para la inerme Patria Oriental. Y entraron en Montevideo al son de sus tambores, que debían sonar como enlutados Y pasaron, por fin, a los brazos del hermano Pueyrredón que, en esos mismos momentos, precisamente, trabajaba por traernos un príncipe de Orleans, y obtenía, de acuerdo con el Congreso, un príncipe de Luca, sobrino de Fernando VII, para coronarlo rey de Buenos Aires y Chile, si la Santa Alianza prestaba su consentimiento.

Pero Artigas está allí. Y mientras él esté, Lecor no cruzará el río Uruguay. Cuando pueda hacerlo por la desaparición de aquél, ya será tarde, el pueblo argentino occidental, gracias a Artigas, no estará ya a merced del aliado de Portugal.

Miremos con pena, pues, pero sin odio, mis amigos, a esos hombres que se van· son unos extraviados de la noche densa: los caminos están llenos de sombra, como dice Homero. No fue la suya una caída sin redención; fue un pecado contra la fe No veían, y no creyeron en el vidente; le arrojaron piedras. Después serán admiradores del héroe, después, cuando haya patria. Todos morirán con Artigas en el corazón. Ellos se sintieron sólo hombres en ese momento, y, como tales, tenían razón: la empresa no era de hombres. Tenían razón, como los próceres de la revolución de Mayo de que antes hablábamos ¿No hemos excusado

a éstos, aun cuando renegaban, no ya de Artigas, pero de la fe democrático-republicana, de cuyas entrañas nació nuestra América a la independencia?

Pero algo más debemos decir en abono de aquellos orientales: no quisieron dejar de serlo, al renegar de Artigas en medio de angustias: eran bravos. Ninguno de ellos cedió a los halagos de Lecor, que quería retenerlos en Montevideo. Cuando el animoso y honesto Bauzá supo que el convenio escrito, acordado entre Lecor y Pueyrredón, les imponía la prohibición de tomar las armas *durante un año* contra Portugal, él reclamó de tal cláusula. No, dijo enérgicamente, el convenio sólo establecía el término de seis meses. ¡No más de seis meses! Esperaba, pues, reanudar muy pronto la lucha por la patria contra el usurpador. Pueyrredón, en cambio, al apoyar la justa apelación de Bauzá, decía, por boca de su ministro de Guerra: "Viniendo ese batallón a Buenos Aires, será remoto el caso a que se refiere el compromiso".

¡Y tan remoto!

IV

Pueyrredón y sus hombres, que estaban persuadidos de la próxima destrucción de Artigas, pudieron creer, y no sin causa, que la deserción que habían provocado y realizado, en las mejores tropas orientales, había sido para el abandonado capitán un golpe casi mortal, y ansiaban conocer el estrago producido por él en la coraza de aquel fuerte corazón. Puede afirmarse que fue grande. Artigas, en su soledad del Hervidero, no pudo menos de llevarse la mano al pecho, y reconocer la destreza de quien le había hecho aquel aleve disparo: había dado en el blanco, sin duda alguna.

¡Sus fieles lo abandonaban, execiando su nombre! El golpe era tanto más brutal, cuanto que, en esos mismos momentos, el hombre herido confirmaba los testimonios, que ya poseía de la connivencia expresa de Buenos Aires con el invasor portugués. Esas pruebas que llegaban a Artigas, no eran, como hemos dicho, tan concretas como las que hoy nosotros poseemos; las negociaciones y los tratados eran secretos, y han sido conocidos mucho después: sus autores no sólo los ocultaban al pueblo argentino, sino que, por temor de sus iras, los enmascaraban en protestas de amor a la causa de los orientales, como lo hemos visto, y en el envío de algunos recursos, aunque pidiendo por ello disculpa al portugués. Pero el Libertador recibía pruebas concluyentes de la insidia, así como de los trabajos que se hacían para acabar con su ascendiente sobre las provincias occidentales, y dejarlo así librado, completamente solo, con todo su pueblo, al golpe de gracia del extranjero, ya lo habéis visto difundir, por todas partes, la exposición de Moreno, Agrelo y Paso en Baltimore.

Artigas, con ser un vidente, era un hombre de carne y hueso En esa hora silenciosa no ha podido menos de sentir el soplo frío de la realidad presente; las realidades soplaban como vientos en sus ojos. La deserción de sus fieles, sobre todo, ha debido hacerle ver pasar por el horizonte, con las miradas clavadas en él, la sombra de una posible realidad futura En ese momento ha debido sentir en sus huesos, creo que por primera vez, algo como la conciencia de un sueño de la media noche: la sensación de una larga caída en el vacío. Pero lejos de desfallecer, el mismo sueño le despertó sobresaltado. Y de ese despertar procede, sin duda, la comunicación que entonces, con fecha 13

de noviembre de 1817, después de su Consulta al pueblo, después de oír a la Sibila, dirige desde Purificación al Director de Buenos Aires. Es una represalia de soberano, una especie de conjuro o de profética maldición, que parece recorrida por las contracciones de su piel atormentada, y en la que el héroe se nos ofrece con los caracteres del hombre poseído por otro *yo*, que se enciende en sus ojos de augur. Artigas recuerda en ese momento todos los muertos orientales que han caído por la libertad; cree ver, como Ezequiel, el profeta, sus huesos áridos, *osa arida*, levantarse en las llanuras en que se despojaron de su carne y profetizar.

Yo quisiera que leyerais íntegra esa nota, mis amigos; ninguna, entre las que poseemos del héroe, que son muchas, nos presenta con mayor relieve su pensamiento, su conciencia y su carácter, al través del énfasis catilinario, que es el lenguaje de entonces. Se ve en ella la realidad inmóvil de aquel espíritu perpetuo, siempre igual a sí mismo.

"¿Hasta cuándo pretende V. E. apurar mis sufrimientos?, grita Artigas al Director Supremo. Ocho años de revolución, de afanes, de peligros, de contrastes y miserias, debieron haber bastado para justificar mi decisión y rectificar el juicio de ese gobierno. Él ha reconocido, en varias épocas, la dignidad del pueblo oriental; él debe reconocer mi delicadeza por lo inalienable de sus derechos sagrados. ¡Y V. E. se atreve a profanarlos!"

Traza enseguida el prócer la larga serie de sus agravios; en ella vemos que, si bien sabía y presumía mucho, no lo sabía todo, ni podía presumirlo. Artigas imputa a Pueyrredón el hecho de querer aparecer como *un neutral* en la lucha de los orientales con los

portugueses. "No, le dice indignado, los actos de Buenos Aires, desde la invasión portuguesa, no son ni siquiera los de un neutral, son los de un beligerante armado contra mí y contra mi pueblo. De allí se han suministrado a la plaza sitiada de Montevideo elementos que se han negado a los sitiadores; de allí se ha protegido la fuga de portugueses prisioneros en poder de los patriotas, han partido de allí los trabajos de disolución de mis elementos fieles en las provincias; de allí, por fin, ha salido el complot fraguado por los portugueses, a fin de promover la deserción del regimiento de Libertos, que vuestra excelencia ha recibido triunfalmente en esa capital ..

"¡Y V. E. es todavía el Director de Buenos Aires!

"Eso tiene un origen más negro que la fría neutralidad, dice Artigas, todo eso responde al plan de derribar en mí al coloso contra la iniquidad de las secretas miras de V. E....

"¡Yo en campaña. agrega con amargura, y repitiendo las sangrientas escenas contra los injustos invasores, y V. E en su capital, debilitando nuestra energía con procederes que excitan las más fundadas sospechas! ¡Yo empeñado en contrarrestar a los portugueses y V. E. en favorecerlos!"

Como lo veis, mis amigos, Artigas ignoraba la alianza consumada entre Buenos Aires y Portugal contra él y contra la causa republicana de América, la sospechaba, sin embargo, y la sola sospecha le parecía temeraria. Todavía, en esa nota memorable, recuerda a Pueyrredón los esfuerzos que ha hecho por llegar a la conciliación y a la paz; en ella procura convencerlo, con buena fe casi inocente, de que no es el Director de Buenos Aires, sino él, el Jefe de los Orien-

tales, quien ha de aniquilar heroicamente las ambiciones del trono del Brasil sobre el Río de la Plata, y le pregunta el por qué de su esfuerzo por debilitarlo en el desempeño de la misión de ser, con su pueblo, la vanguardia rígida de la democracia rioplatense y aun americana.

Artigas se confunde ante esa doblez inexplicable y ante esa *neutralidad* criminal.

¡Neutralidad! dice. "El Director de Buenos Aires no debe ni puede ser neutral en esta contienda .. Pero sea V. E. un neutral, un indiferente o un enemigo, tema justamente la indignación provocada por sus desvaríos; tema, y tema con justicia, el desenfreno de unos pueblos que, sacrificados por el amor a la libertad, nada les acobarda tanto como perderla. La grandeza de los orientales sólo es comparable a sí misma. Ellos saben desafiar los peligros y superarlos; reviven a la presencia de sus opresores. Yo, a su frente, marcharé donde primero se presente el peligro. V. E. ya me conoce, y debe temer la justicia de mi reconvención".

Y, después de calificar de criminal al Director, termina en estos términos augurales

"Pesará a V. E. el oír estas verdades; pero debe pesarle mucho más el haber dado motivo a su esclarecimiento.

"V. E. no ha cesado de irritar mi moderación, y mi honor reclama vindicación. Hablaré por esta vez, y hablaré para siempre. V. E. es responsable, ante las aras de la patria, de su inacción o de su malicia contra los intereses comunes. *Algún día se levantará el tribunal severo de la nación, y en él será administrada justicia*".

El efecto, en Buenos Aires, de ese apóstrofe apocalíptico, puede presumirse sin grande esfuerzo. Como si él hubiera sido una ráfaga de viento, las armas que estaban preparadas para lanzarse a la destrucción de Artigas en las provincias occidentales se movieron solas en los arsenales de Buenos Aires Con el hombre que así hablaba, con ese hombre Artigas en pie, serían frustráneas las negociaciones que se tenían pendientes ante las cortes europeas, y en las que se cifraban todas las esperanzas. Era necesario completar el golpe dado en la Banda Oriental, con uno análogo y decisivo y rapidísimo en la Occidental, en esas provincias argentinas en las del litoral sobre todo, Entrerríos, Corrientes, Santa Fe, enfermas de delirio democrático, y poseídas por aquel energúmeno inexpugnable, poseído a su vez de las energías tenebrosas de un espíritu; las fracasadas misiones del deán Funes y de Castex habían desvanecido toda esperanza de conquista diplomática.

Era preciso, sin pérdida de momento. que Buenos Aires extirpase a Artigas, y dominase en las provincias, aunque fuera extirpándolas a ellas también, conquistándolas, como en la época del descubrimiento, repoblandolas, si necesario fuese A esa obra suprema debían converger todos los elementos nacionales, los que preparaba San Martín para la reconquista de Chile y la expedición al Perú inclusive, todo el presente y todo el porvenir. Y se emprendió la conquista armada de las provincias.

Vais a presenciar, mis amigos artistas, las luchas de las últimas horas de nuestra primera Patria Oriental; los años 18 y 19, hasta el rayar del 20, el año del desenlace, son algunas horas Es la hora de Artigas. Es preciso que os fijéis mucho en esto.

V

Para comprenderlo, os bastará imaginar lo que será de la revolución que se llama de Mayo, si Artigas es vencido, y Buenos Aires consigue disponer de los destinos de estos pueblos, e imponerles la única solución en que tiene fe, la única que juzga razonable, y que presupone, como condición *sine qua non*, la desaparición de la cabeza de Artigas.

Los repartos de estos territorios estaban trazados fatalmente en el plan escéptico: la región oriental, la atlántica, del Plata a las Misiones, la tierra de Artigas, hubiera redondeado el gran lote del rey de Portugal, a que pertenecía geológicamente; es claro que, en ese caso, el Paraguay correría idéntico destino; la tiranía de Francia no lo hubiera defendido, ciertamente. La región occidental, la andina, de Buenos Aires al Alto Perú, incluso Chile, hubieran ido a parar a manos del otro rey, del otro príncipe que se andaba buscando, sin excluir a un miembro de la familia reinante en España: un Borbón, un Orleans, un Braganza, un príncipe de Luca.

Pero hay algo más hondo, y de más transparente oscuridad en todo esto.

Del Alto Perú, una vez dominado el Río de la Plata por el rey que la diplomacia consiguiera, el pendón real restaurado subiría hacia el Norte, hacia el Bajo Perú, hasta Colombia y Venezuela, la tierra de Bolívar; dominaría toda la América española, hasta detenerse en la inglesa, y tropezar allí con Washington, el republicano del Norte, el opulento hermano del indigente Artigas.

Podéis y debéis decir esto, en la forma más expresiva que conciba vuestro genio, mis amigos artistas, a todos los pueblos de la América española.

Es una verdad llena de dolores, que, abandonada y desnuda, ha estado encarcelada durante mucho tiempo, y atada de pies y manos en el fondo de la cisterna. Dad vosotros la libertad a esa belleza cautiva, amigos míos, que se presente a los americanos todos y les hable de nuestro Artigas, que todos han desconocido, y acaso inconscientemente calumniado.

Si aún no hubierais entrevisto esa verdad que debe irradiar de vuestro bronce, yo os la haré penetrar en el alma cuando os haga conocer las negociaciones que, en 1819, se seguirán en Europa para coronar un príncipe, como fruto de la revolución de Mayo. Veréis cómo, en esos tratados, aprobados por el Congreso de Buenos Aires, después de conjurar el peligro que se temía, de una expedición española contra el Río de la Plata, con el establecimiento de una monarquía tributaria, se dejaba a España en libertad de dirigir sus fuerzas contra el Perú, Méjico y Venezuela, de cuyos enviados en Europa se prescindía cautelosamente Mitre ha llamado a eso *la siniestra faz americana de la cuestión.*

¡La siniestra faz! ¡El Calibán que ronda la isla!

El pueblo argentino, el verdadero pueblo de Mayo, no quería eso Bien sabéis que yo llamo pueblo argentino al que toma su nombre del Plata *(argentum)*, tanto al Oriente como al Occidente, tanto al que hoy se llama uruguayo u oriental, cuanto al que ha conservado el primitivo nombre de argentino.

Bien; ese pueblo *argentino* no conocía ese plan tenebroso· la sola sospecha de su existencia será invocada, no ya por los caudillos populares, sino por el general Paz, para justificar su rebelión contra Buenos Aires. Pero ese pueblo argentino, que renegaba de la

mentira, no era otro que el acaudillado por Artigas, tanto al Oriente como al Occidente del Uruguay. Es Artigas, a la cabeza de ese pueblo, el que va a salvar la América de las emboscadas siniestras de esta hora de precipicios. Por él irá San Martín al Perú y llegará hasta Bolívar; sin él, no hubiera habido expedición de San Martín, ni nada que no fuera un arreglo diplomático con el rey.

Decid eso a nuestra América, mis inspirados amigos; le diréis algo que está aún por decir, en alta voz y musical. Pero hacedle ver al mismo tiempo, y esto es lo que más clama por la justicia marmórea, hacedle ver que ese triunfo del espíritu bueno de 1810 sólo se obtuvo por la ofrenda, a la diosa democracia, de una víctima elegida entre los pueblos argentinos. Y ésa no es otra que esta Banda Oriental, a quien Artigas va a conducir al ara de los holocaustos, como aquel Ulises que, al llegar al final de la jornada, en la ribera cubierta de eternas tinieblas, cava la fosa con su espada, y hace sobre ella las libaciones de leche, de vino y de agua, y arroja un puñado de harina blanca, y degüella, para propiciar los manes de los que fueron, el carnero y la oveja negra, cuya sangre convoca los muertos y les arranca el secreto del porvenir.

VI

Entramos en la lucha decisiva. El portugués destruirá a Artigas en la Banda Oriental; Buenos Aires en la Occidental. Ése es el plan; son dos conquistas. Pueyrredón y su oligarquía creyeron que el procedimiento de seducción, tan eficaz al parecer en la Banda Oriental, daría el mismo resultado en las provincias occidentales que obedecían a Artigas; y que el hombre,

para realizar sus propósitos, se le había presentado en uno de los capitanes de la provincia de Entrerríos, don Eusebio Hereñú. Como lo recordaréis, una vez que Artigas hubo vencido a Dorrego en *Guayabo,* en enero de 1815, y cimentado la patria oriental en su capital del Hervidero, envió sus tropas a proteger a la provincia de Santa Fe, primero, y a la de Entrerríos después, contra el predominio de Buenos Aires, que tenía exasperadas a aquellas poblaciones, a cuyos habitantes despreciaba y ofendía, como si fueran salvajes. Díaz Vélez primero, y Viamont después, fueron vencidos. Y fue precisamente ese Hereñú, de quien ahora hablamos, el que, con la protección de Artigas, fue elevado al gobierno y puso su provincia bajo el protectorado del héroe oriental.

Otro tanto ocurrió en la provincia de Santa Fe. Ésta, después de desalojar a Buenos Aires como a un enemigo odioso, enarboló la bandera tricolor de Artigas y se colocó a su sombra. Ya hablamos de eso oportunamente; pero bueno será que os diga ahora que ese *nacer a la vida cívica* de las provincias argentinas, gracias a la protección de Artigas, está comprobado por tantos cuantos papeles pueda exigir el más exigente papelófilo. El último de ellos nos lo ofrece el canónigo de Santa Fe, mi amigo don Jacinto Viñas; se refiere a la primera elección libre realizada allí en 1816, y que dio por resultado la designación de don Mariano Vera. Hasta entonces, de 1810 a 1815, los gobernadores eran enviados de Buenos Aires; Ruiz, español, Romero, Berruti, Montes de Oca, Alvarez Thomás, Díaz Vélez. La elección de Vera, directa y libérrima, se realiza bajo la protección de Artigas, que envía a Ramón Fernández, el héroe de *Asensio,* a proteger la libertad del pueblo santafecino. Fernández

repasa el Paraná una vez realizada la elección. La nota en que Artigas, el 28 de mayo de 1816, felicita al pueblo de Santa Fe, lo estimula a velar por su propia libertad, y le asegura para ello su protección, es un hermoso papel. "Los hechos hablan con más elocuencia que Demóstenes", dice Viñas al publicarlo, deplorando que tales hechos, "que hablan tan alto en honor del Patriarca Oriental, sean tan poco ponderados por los historiadores de ambas orillas del Plata".

Desde entonces, pues, desde el nacer cívico de aquellos pueblos, Hereñú gobernaba en Entrerríos; don Mariano Vera, cuyas notas a Pueyrredón estudiamos con motivo de la misión del deán Funes, seguía de gobernador en Santa Fe. Pero viéndose Hereñú sustituido en el gobierno, dos años después, por don José Ignacio Vera, elegido en su reemplazo, se alzó contra su sucesor Bastaron algunos refuerzos orientales, enviados por Artigas, y algunos de Santa Fe, para sofocar esa tentativa de revuelta. Hereñú, que vio difícil su situación personal, se convirtió entonces en campeón de la oligarquía, y pidió auxilio a Buenos Aires contra Artigas y sus fieles, que apoyaban al nuevo gobernador.

La ocasión propicia se presentaba, pues: el Directorio corrió en apoyo de Hereñú y sus parciales; envió sus batallones; comenzó el supremo esfuerzo contra el predominio del héroe oriental: intentó, una vez más, la conquista de las provincias, sin la cual el advenimiento del rey no era posible.

Pero frente a Hereñú estaban los fieles de Artigas; y éstos, que eran el pueblo entrerriano, tenían ya su caudillo local: Francisco Ramírez. Este Francisco Ramírez era un joven que se había formado al lado de Artigas desde 1811, y que se alaba especialmente por

la rendida admiración que profesaba a quien todo lo debía Artigas, a su vez, tenía predilección por el joven entrerriano. Era éste sagaz, temerario, gran jinete, lleno de ambiciones y rebeldías: él es el *personaje reinante* de su región, sin duda alguna; es la encarnación de la repulsión instintiva que el Directorio inspira a las provincias, pero, como el oriental Otorgués, de quien es el equivalente, ha oído la voz de las brujas, que le salieron al paso de la selva de *Montiel.*

Ramírez, bajo la dirección de Artigas, al que seguía dócilmente, apasionadamente, se aprestó a la resistencia contra Buenos Aires.

La inmediata provincia de Santa Fe prestó sus auxilios a Entrerríos, y los envió al mando de otra entidad, que será el personaje reinante de aquella provincia: el comandante don Estanislao López. Éste sucederá muy pronto en el gobierno al gobernador Vera, que ahora lo envía en auxilio de Ramírez Vera será derrocado por un motín, que estallará el 4 de julio de 1818, por habérsele atribuído connivencias con el Directorio Estos caudillos serán tales mientras dure Artigas, desaparecido éste, todos se hundirán en Rosas, en el tirano.

Precisemos, pues, mis amigos, los factores de la lucha que va a empeñarse· Hereñú, por una parte, rebelado contra Artigas y apoyado en las tropas de Buenos Aires, Ramírez, por la otra, fiel al héroe oriental, y como teniente de éste, acaudillando al pueblo entrerriano, que ha adoptado el pabellón tricolor. He ahí la lucha paralela a la que Artigas libra contra el portugués en su tierra, y que va a trabarse en estos años 18 y 19, hasta rayar el 20. Las dos campañas son una misma, es Artigas que combate personalmente en su

tierra oriental, y, por medio de sus capitanes, en la occidental, contra el Directorio de Buenos Aires, aliado al portugués, sin perjuicio de estar siempre en guardia contra una posible tentativa de España.

VII

Buenos Aires envía a Entrerríos, en auxilio de Hereñú, al coronel don Luciano Montes de Oca, con un ejército de 800 hombres y artillería El invasor es precedido de una proclama, declaración de guerra a Artigas, *a Artigas exclusivamente,* que el director Pueyrredón dirige a los habitantes de Entrerríos, muy semejante a la que Lecor, el portugués, dirigió a los orientales, al invadir su tierra. "Llegó el tiempo, les dice, de que fijéis vuestros destinos de un modo noble... Con las mejores intenciones, libraisteis vuestra confianza en el supuesto *Protector de los Pueblos...;* habéis visto que él destruye en vez de edificar; que él despotiza en vez de proteger. Pedisteis auxilios para sacudir un yugo tan ominoso; ellos os llegan tan pronto como la respuesta de que se os enviaban...

"Honrados compatriotas.... Arrancad la simiente perniciosa de esa doctrina antisocial que *el peligroso patriota don José Artigas* ha esparcido en esos países... Así os granjearéis las bendiciones de la patria y de una posteridad feliz, la admiración del orbe ilustrado, el respeto del mundo virtuoso, y toda la consideración del primer Magistrado de estas provincias, que os saluda, etc., etc. — JUAN MARTÍN DE PUEYRREDÓN".

Otro documento, no menos interesante que el interesantísimo anterior, es la proclama del mismo Pueyrredón a los pueblos de Entrerríos, Corrientes y Banda Oriental. ¡También a la Banda Oriental librada al

portugués! "La expedición que marcha a Entrerríos, dice, va con el objeto de proteger los derechos de aquellos pueblos, que, para recuperarlos, han implorado auxilio. La presente administración no ha hecho ni pretende hacer la guerra a sus hermanos y compatriotas. Todo su anhelo es favorecer los proyectos de los buenos ciudadanos, que han conocido, por experiencia, cuán perjudicial es al sistema de América la doctrina de don José Artigas... El gobierno hace la diferencia debida entre la perversidad de don José Artigas, y la desgracia de los beneméritos vecinos que sufren el yugo de un déspota, *tanto más cruel cuanto más disfrazado*".

Yo no sé de qué se había disfrazado ese déspota; cuál era su máscara. Pero, como lo veis, parece que los pueblos no veían bien su despotismo, sino el de los otros.

Y puesto que leemos documentos, ¿por qué no habéis de conocer la proclama del coronel Montes de Oca a sus soldados?... Ésta es más interesante todavía. Montes de Oca recuerda, sin duda, las horribles depredaciones de Díaz Vélez en Santa Fe, las fulminadas por Vera y reconocidas por el deán Funes, y dice a sus tropas:

"Soldados el Gobierno supremo os ha confiado la suerte de este país .. Que no se diga que los que marchan en auxilio del orden son los que lo observan menos. Reflexionad que el territorio a donde os dirigís es país de amigos y hermanos, de compatriotas nuestros. Esta circunstancia debe aumentar la obligación de proteger sus derechos, de respetar, hasta el más alto grado, *sus esposas, hijos, fortuna; en una palabra, sus propiedades de toda especie...*

"Soldados: Como buenos compañeros de armas, todos andaremos juntos la carrera que se nos presenta... cerca tenéis los laureles con que debéis coronaros .. Soldados: ¡a recogerlos! ..

"Buenos Aires, 15 de diciembre de 1817".

Una nota más (será la final) para documentar, una vez por todas, el carácter conquistador en tierra de infieles de estas expediciones de Buenos Aires sobre las provincias protegidas por Artigas, *el peligroso patriota, tanto más cruel cuanto más disfrazado*. En las instrucciones reservadas que se dieron al jefe militar, después de prevenirle cómo y dónde debía reunirse con Hereñú para rechazar las probables hostilidades de Artigas, se le decía que: "en lo demás debía obrar según su prudente discreción, recomendándole muy especialmente *el respeto por la mujer*, como la propiedad más querida del hombre, y el mayor cuidado de que nadie se acercase a la artillería, con riesgo de que fuera clavada, en un país donde no puede distinguirse al enemigo del amigo".

Todo esto, como lo comprenderéis, este cuidado por la mujer, *considerada propiedad*, etc., etc., denuncia el temor de que las tropas de Buenos Aires repitan los excesos que habían consumado en Santa Fe y otras provincias, *y que hacían odioso hasta el nombre de patria*, según la expresión dolorosa que vais a oír pronunciar a Belgrano.

Montes de Oca desembarcó en territorio entrerriano, y envió una intimación a Ramírez, en la que le decía que los pueblos de Entrerríos habían pedido auxilio al gobierno de las Provincias Unidas, *temerosos de sucumbir a una dominación extranjera*, por falta de po-

der y de aptitudes en Artigas, y que él iba a hacer efectivo ese auxilio.

La campaña del bravo capitán de Artigas, análoga a la del *Espinillo*, en el mismo Entrerríos, y a la del *Guayabo* en la Banda Oriental, fue rápida como ésta, y como ésta desastrosa para Buenos Aires Ramírez cayó sobre Montes de Oca, que estaba unido a Hereñú, Samaniego, Correa, etc., y, en el arroyo de *Ceballos*, destrozó por completo sus caballerías, puso en fuga la infantería y se apoderó de la artillería. El desbande fue completo, tan completo como el de Hollemberg en el *Espinillo*

En presencia de él, Buenos Aires no desiste, envía al general don Marcos Balcarce, con un refuerzo de 500 hombres y más artillería. Éste reorganiza el ejército invasor, redobla sus esfuerzos, busca a Ramírez con un poderoso ejército de las tres armas. Pero su derrota no es menos completa que la de Montes de Oca. Ramírez, al que sigue el país levantado en masa, lo hace pedazos con sus milicias, en el *Saucesito*, el 25 de marzo de 1818 La batalla fue rápida. Todo el ejército invasor fue destruido; cuatro piezas de artillería, armamento y municiones quedaron en poder del vencedor.

Ramírez, con la protección de Artigas, cuya bandera tricolor enarbola, es, desde ese momento, el árbitro de Entrerríos, y, en ese carácter, pide sus órdenes a su protector y supremo jefe. Éste le ordena que pase a Corrientes, donde ha tenido lugar un movimiento semejante al de Hereñú, que es necesario sofocar. el gobernador Méndez, que allí representaba a Artigas, ha sido depuesto por Bedoya, que proclama la unión con Buenos Aires. Artigas ha ordenado a Andresito que, desde el Norte, en que se encuentra, baje también a

restablecer la autoridad en Corrientes. Ramírez penetra por el Sur, para impedir que Hereñú refuerce a Bedoya. Una batalla se traba en *Saladas* entre Andresito y todas las fuerzas de éste, el 2 de agosto de 1818. Bedoya es derrotado y huye. La autoridad de Artigas queda restablecida también en Corrientes, bajo la autoridad de Andresito, que dura algunos meses, y hace el gobierno ejemplar que recordamos en otra ocasión, cuando conocimos por primera vez a este interesante Andrés Artigas.

¡Oh, el leal Andrés Artigas, Andresito, el indio nostálgico y bueno! ¡Sangre fría de la raza muerta!... Es preciso que le demos aquí nuestro adiós, amigos artistas, y que lo miremos por última vez. Poco después de esto, recibió la orden de Artigas de volver de nuevo a las Misiones, a combatir al portugués. Obedeció, luchó, cayó prisionero en la refriega, y fue llevado a las cárceles de Río Janeiro, donde murió solo. La gloria es buena, Andresito; ella te trae, como una nodriza, en sus brazos, y te ofrece el amor de la posteridad. Nadie más amable que tú, pobre indio sin patria y sin sepulcro· hoy tienes patria para siempre y tienes sepulcro. ¡Andrés Artigas, simbólico Andresito!...

Ramírez hace saber todo lo sucedido al héroe. Éste sigue su lucha tenaz contra el portugués, y cuenta, para triunfar en ella, con esos elementos que están venciendo del aliado de aquél, el Directorio, en la región occidental. Ése es su plan.

Ramírez está en él. Todo su anhelo consiste en arrojar de su provincia a Buenos Aires, para correr enseguida a unirse a los orientales contra el portugués, el enemigo común extranjero. Así se lo hace saber a

Artigas, al pasarle el parte de sus victorias sobre la capital. "Lleno de una inexplicable gloria, le dice, tengo el honor de adjuntar a V E. esas comunicaciones. Todas anuncian el feliz término de consolidar el justísimo sistema de los hombres que quieren ser libres... Sólo trato ahora de hostilizar a Hereñú y a los portugueses; de destruir ese ejército portugués, *que es el único enemigo que tenemos en el día*. En fin, concluye, mi objeto es impedir todo recurso al ejército de Curado".

Artigas, mis queridos artistas, contando con ese elemento que se le preparaba en la región occidental, continuaba, como decimos, en la oriental, su resistencia homérica, que tenía que debilitar para enviar su protección a Ramírez. No importa él sobrelleva sus derrotas parciales, con tal de mantener su bandera; espera el momento de poder disponer de sus elementos occidentales, pero ese momento no ha llegado aún.

El Directorio de Buenos Aires no había desistido de su propósito de arrebatar al héroe esa esperanza, y dejarlo solo a merced del portugués. Pueyrredón, derrotado en Entrerríos y Corrientes, ha resuelto hacer un nuevo esfuerzo, un esfuerzo supremo, en Santa Fe, la provincia limítrofe de la de Buenos Aires por el Norte, y separada hacia el Este por el río Paraná de las de Entrerríos y Corrientes. Allí el personaje reinante, que también acata a Artigas y enarbola su bandera, la tricolor, es Estanislao López

Pueyrredón y su partido están desorientados ante la resistencia heroica del gran caudillo y sus orientales contra la formidable irrupción de Portugal; esa resistencia desconcierta todos los cálculos humanos. El Director Supremo estaba en la firme persuasión de que la invasión portuguesa lo iba a desembarazar

de Artigas en dos meses. Desde que su poderoso ejército apareció en 1816, aquél escribía a San Martín, que preparaba en Mendoza sus tropas para pasar los Andes: "La escuadra portuguesa bloquea a Montevideo, y el ejército dicen que se ha movido de Maldonado sobre la plaza. Los orientales se resisten a unirse a nosotros, y yo me resisto a enviarles auxilio".

El 24 de enero de 1817, escribía de nuevo: "Se dice que Artigas, *después de su total destrucción en su territorio*, intenta venir, o se halla ya en Santa Fe, con el fin de hacernos la guerra. Este hombre corre a su precipicio, y yo me preparo a todo; no contento con haber perdido el Oriente, quiere concluir con el Occidente del Río de la Plata; se engaña, si cree que su partido es lo que fue en otro tiempo: *al hombre que pierde, todos le huyen la cara, y tal va a ser su suerte*".

El 3 de marzo de 1817, después de haber triunfado San Martín en Chacabuco, recibía estas noticias de Pueyrredón: Los portugueses han manifestado ya su mala fe. Su objeto y sus miras tan ponderadas de beneficiar a estas provincias, está ya descubierto, *y no es otro que agregar a la corona del Brasil la Banda Oriental;* y si nosotros proclamamos por emperador al rey Don Juan, admitirnos, como gracia, bajo su soberano dominio ¡Bárbaros miserables!... Tenemos más poder y dignidad que ellos, y jamás las Provincias Unidas de Sud de América tendrán *un monarca tan subalterno*.. Yo deseo un soberano para nuestro Estado, pero lo quiero capaz de corresponder a la honra que recibirá en mandarnos".

El 9 de diciembre de 1817, escribía al mismo: "Hereñú está ya en movimiento contra Artigas, y espero que muy pronto lo estará todo Entrerríos".

En 10 de junio de 1818, por fin, después de los desastres sufridos en Entrerríos y Corrientes, todavía escribía. "Se asegura que Artigas ha sido completamente derrotado por los portugueses, y que se ha refugiado en los bosques con muy pocos facinerosos".

Puede, pues, venir de Europa, si es cierto que Artigas ya no existe, puede venir ese soberano de buena cepa, capaz de corresponder a la honra de mandarnos En esos momentos precisamente, a mediados del 1818, Pueyrredón conferenciaba con el coronel Le Moyne, agente del gobierno francés, y, declarándose "hijo de la patria de Enrique IV", trabajaba por traer a "Su Alteza Real el Duque de Orleans", segunda rama de los Borbones, para coronarlo rey del Plata. Consecuencia de esa gestión, llena de curiosos episodios, será el envío, como embajador, de don Valentín Gómez, que os haré conocer después, y la aparición, como nuevo candidato a nuestro dominio, del Duque de Luca, soberano desposeído del reino de Etruria.

VIII

Pero Artigas existía; Artigas no moría. Además de los triunfos de sus capitanes en las provincias, él batallaba en esa fecha contra el invasor extranjero, que recibía refuerzos contínuos. No, aquel bárbaro no moría. Mientras animaba con su espíritu y dirigía con su mente a sus capitanes en las provincias occidentales, él, desde que se retiró del sitio de Montevideo, donde vio los gérmenes de la defección inoculados por Buenos Aires, sostiene en su tierra, con sus fieles, la lucha heroica contra el portugués, que es el equivalente de la que, en los mismos momentos, sostiene San

Martín contra el español Recordemos el *Te Deum* cantado por Artigas al saber el triunfo de *Chacabuco.*

En los dos extremos se empeña la lucha contra el enemigo exterior, Bolívar y San Martín la acaudillan en el del Norte; Artigas, sólo Artigas, en el del Sur.

El gran capitán oriental no muere, pero declina, va cayendo lentamente. La resistencia de ese hombre solo, de ese pueblo abandonado, contra el portugués, que se renueva perpetuamente, es la del león que se desangra.

Lecor, asediado en Montevideo, tiene que valerse de todos los medios para romper aquel cerco de caballeros que lo estrecha: traza una enorme zanja, que se llamó *Zanja Reyuna,* como baluarte avanzado de la plaza. Los sitiadores se repliegan, pero permanecen.

Lo que es indispensable al sitiado de Montevideo es buscar su comunicación con el general Curado, que, después de la batalla del *Catalán,* quedó en el Norte. La comunicación terrestre es imposible: la tierra pertenece a Artigas. Lecor, con autorización de Pueyrredón, envía una escuadrilla por el río Uruguay, ésta se encuentra con una batería en la costa occidental entrerriana, defendida por Ramírez Allí tiene Artigas la caja de su ejército. El combate se traba entre la escuadrilla del explorador y la batería. El cañoneo atrae al coronel portugués Bentos Manuel Riveiro, audaz guerrillero, que adelantaba del Norte, destacado por Curado en busca de su junción con Lecor Los portugueses de tierra se reconocen con los que vienen por el río, y luchan con la batería occidental; se dan, por fin, la mano los del Norte con los del Sur. Bentos Manuel, con 500 hombres, cruza el Uruguay e invade el territorio occidental. Protegido por la oscuridad de la noche, cae sobre la batería, desaloja a Ramírez de

sus posiciones, le arrebata su artillería, que era la tomada por éste a Balcarce en el *Saucesito*, ejerce los actos de dominio que cree oportunos.

No por eso el Directorio de Buenos Aires considera como enemigo al portugués invasor Era el enemigo de Artigas, era, pues, su amigo, su aliado, aun dentro de su territorio.

No importa: Artigas inicia su última campaña; busca una victoria que combinar con las que obtienen sobre Buenos Aires sus capitanes; él sabe que Pueyrredón tenía razón cuando decía a San Martín "que al hombre que pierde, todos le huyen la cara". Necesita, pues, una victoria, para ir a recoger el fruto de las que obtienen sus tenientes el concurso que le debe el pueblo argentino contra el extranjero.

¿Dónde hallar ese triunfo?

El héroe concentra sus diezmadas tropas en el Norte, en el Queguay; Rivera está a su lado; tiene 1.200 hombres Lavalleja forma su vanguardia. Otorgués está más al Norte, sobre el Cuareim, en observación de Curado

Este último avanza, por fin, hacia el Sur, con su formidable ejército. Lavalleja, el temerario Lavalleja, le sale al encuentro. Personalmente, y sin precauciones, pues se juzga invulnerable, se lanza en persecución de las avanzadas enemigas, a las que persigue cuatro leguas. Penetra en pos de ellas al galope, y se encuentra metido entre el grueso de las fuerzas contrarias. ¡El imprudente Lavalleja! Quiere entonces retroceder; pero es tarde; está rodeado, con sus pocos compañeros, por un regimiento enemigo. Espolea, sin embargo, a su caballo jadeante, pero éste queda inmóvil; un temblor recorre su piel llena de espuma. Las boleadoras, el

arma primitiva, formada de tres bolas de piedra unidas por tres largas trenzas de cuero, se han desprendido de su propia montura, y se han agarrado como serpientes a las patas del animal, que se encabrita, con la nariz dilatada y los ojos inyectados. Lavalleja desmonta de un salto, a cortar con el cuchillo aquellos grillos del animal .. Los corta, pero ya no es tiempo de volver a montar. El futuro jefe de los Treinta y Tres queda prisionero del enemigo, que lo envía a Río Janeiro.

Casi al mismo tiempo, lucha Otorgués, allá en el Cerro Largo, con las fuerzas de Bentos Gonzálvez. También es hecho prisionero el incansable Otorgués, y ahí concluye su nebulosa historia. Llevado a Río Janeiro, regresa a la patria tres años después; su figura se disipa para siempre; muere ignorado, en Montevideo, en 1831. ¡Luchó mucho, sin embargo, por la patria!

Rivera, Latorre, Ramos, Manuel Francisco Artigas, Bernabé Rivera quedan en torno del héroe; ellos y el pueblo oriental, que está dispuesto a morir en la fe del patriarca; que sigue muriendo frente al enemigo.

Para haceros oir en toda su extensión, y como un grande acorde, el sonar de este momento, sería necesario que os hiciera escuchar conjuntamente, amigos míos, las batallas que, en la Banda Occidental, libran los capitanes de Artigas contra Buenos Aires, y las que éste empeña, en la Oriental, contra el portugués. Son conjuntas; es la misma batalla. Artigas, de este lado del Uruguay, no está en el caso de sus capitanes de la ribera opuesta, él está solo con el portugués constantemente renovado. Pero su esfuerzo no decrece; lucha como la fiera acorralada: da y recibe golpe tras golpe. Sentid algunos. Es el 4 de junio de 1818. Arti-

gas está en su campamento del Queguay; sus soldados duermen en medio de la oscuridad. El general Bentos Manuel Riveiro sorprende el campamento, lo dispersa, y se apodera de dos piezas de artillería, toma prisionero al delegado don Miguel Barreiro, que allí se encuentra, y lo remite a Montevideo. Esto sucedía a la madrugada. Cuatro horas más tarde, cae Rivera con 500 hombres sobre el vencedor, lo pone en derrota, le mata las dos terceras partes de sus hombres, le arrebata sus caballadas. Bentos Manuel huye a pie por entre el monte vecino.

La Colonia. entregada por un enemigo, está en poder de los portugueses, que consuman depredaciones vandálicas sobre las poblaciones circundantes indefensas. Éstas llaman a Artigas, que acude al punto, manda al comandante Ramos, con 300 hombres de las milicias de Soriano. Ramos es atacado por el coronel Gaspar Un sangriento combate se traba allí. La división portuguesa es batida; Gaspar muere en la refriega, los prisioneros son enviados a Artigas. Acude Lecor, que envía por mar al general Pintos. con 1.000 hombres, a la Colonia. Éste realiza una excursión inocua, llega a San José, y regresa por tierra a Montevideo, llevando, como trofeo de su estéril batida, a cinco damas, esposas de otros tantos patriotas en armas, que son encerradas en la ciudadela.

Artigas, después de su sorpresa del Queguay, rehace y refuerza su ejército, para batir a Curado, que avanza hacia el Sur. Éste está acampado en la barra del Rabón, arroyuelo que desagua en el Río Negro. Artigas destaca contra él a Rivera, con mil setecientos hombres, a tentar con audacia una sorpresa, la extrema vigilancia del disciplinado ejército portugués la hace imposible. Tres mil ochocientos hombres de la bizarra

caballería riograndesa, la mejor del continente, dice Rivera en su autobiografía, persiguen a éste, a las órdenes del teniente general Juan de Dios Mena Barreto. La retirada de Rivera es famosa en la historia: *la retirada del Rabón*. Comenzó al salir el sol y terminó a las cuatro de la tarde. En un trayecto de 60 kilómetros, Rivera perdió sólo 12 soldados y dos oficiales; él personalmente cubría con su poncho las retaguardias, infundía en sus soldados su propio aliento, daba alas a sus centauros.

Y mientras tanto, diez, veinte, cien partidas aisladas acosaban por todas partes al ejército enemigo; los combates se repetían. En uno de ellos, cae prisionero Manuel Francisco Artigas; en otro es Bernabé Rivera, hermano del gran caudillo, el que cae en poder del enemigo.

Andresito, Lavalleja, Otorgués, Barreiro, Rivera, Manuel Artigas, ¿qué va quedando en la patria? .. Queda todo.

Ahí está Artigas, el Grande, que reconcentra todos sus elementos, y prepara su campaña definitiva. Comienza el año 1819. Una gran victoria, la de *Santa María*, le espera aún.

IX

Imaginaos, por consiguiente, mis amigos, el rencoroso despecho de la oligarquía de Buenos Aires, contra ese Anteo infernal, hijo al parecer, de madre divina, y contra ese pueblo que no tiene, al parecer, corazón en que ser definitivamente herido. ¿Hijo también de diosa, acaso?.. ¿Fundador de raza? ¡Oh, viejo Eneas!

El despecho del Directorio contra ese pobre pueblo que no se resuelve a morir, entristece el ánimo del

pensador. Es pasmosa, mis amigos, la negra ofuscación del espíritu de Buenos Aires, encarnado en Pueyrredón en ese momento histórico. Esos hombres no ven con los ojos, no tocan con las manos. Movidos por un vértigo, no distinguen otra cosa que la odiosa forma de Artigas frente a ellos, y sólo consultan el odio que les inspira ese solitario vidente, por no aceptar la muerte con su pueblo. Su heroísmo es un escándalo. Todo lo demás desaparece para aquellos hombres: destruir a Artigas, ahogar para siempre su espíritu es la obra primordial.

Se acuerda entonces una nueva expedición, una suprema tentativa contra la provincia de Santa Fe, cuya pasión por Artigas corre parejas con la de los mismos orientales. En ese asalto se concentran todas las energías de la nación, todo se sacude, y se irrita, y se exacerba en aquel pueblo, al que se inocula el virus de una convulsión mortal. Todo se abandona: defensa nacional en la frontera del Norte, sostenimiento de Chile, expedición al Perú, todo, con tal de aniquilar a Artigas.

No os podéis imaginar, mis amigos, el encarnizamiento de esa campaña.

Todos los ejércitos: el de Buenos Aires, el auxiliar del Alto Perú, que está al mando de Belgrano, el de las provincias centrales y andinas, el mismo de San Martín; todos los generales: Balcarce, Viamont, Belgrano, el glorioso Belgrano, vencedor en Salta y Tucumán, Lamadrid, Arenales, todos son llamados y lanzados sobre Artigas, en el occidente del Paraná. Es indispensable, aniquilarlo, porque las gestiones diplomáticas en Europa llevan buen camino y se precipitan. En esos momentos, Pueyrredón sueña en el Duque de Orleans.

Y Artigas va a triunfar, sin embargo. Sus hombres, Ramírez y López, van a vencer en sus provincias; a pasar la frontera de la de Buenos Aires; a penetrar en ésta con la bandera tricolor, y a apoderarse de la capital. Atarán sus caballos sudorosos en la verja de la Pirámide de Mayo.

Y de allí comunicarán a Artigas, el derrotado en su tierra oriental, la victoria de su visión

Todo esto es susceptible de muchos detalles, los hay llenos de color y de interés sociológico, que en este caso se confunde con el estético. ¿Cuáles elegiré de entre ellos para trazaros la línea fundamental, el movimiento personal, el espíritu palpitante y de gesto escultórico de esos años 18 y 19, y del desenlace de este drama en el derrumbe del año 20?...

X

Veamos algo de la campaña que ha iniciado Pueyrredón contra Santa Fe. Ésta se abre en noviembre de 1818, paralela a la última que va a emprender Artigas contra el portugués. Van sobre la provincia 4 000 hombres, lo más granado de las fuerzas nacionales; ocho piezas de artillería. Una escuadrilla de dos bergantines, una goleta y varios lanchones artillados navegan por las aguas del Paraná. Todo al mando del general don Juan Ramón Balcarce, soldado de la batalla de Tucumán. Con éste iba Hereñú, que venía del Este de Entrerríos, y Bustos, que procedía de Córdoba, de la provincia occidental a Santa Fe, con las milicias de esa provincia, con las fuerzas de Mendoza y San Luis, y con una división, que debía incorporarse, enviada por Belgrano, al mando de Lamadrid. El territorio entero converge armado a Santa Fe.

Ved ahora el carácter de esa invasión.

Las instrucciones que recibió Balcarce eran análogas a las que llevaba Dorrego, contra la Banda Oriental, en la campaña del Guayabo. Como en ésta a los orientales, era preciso exterminar allá a los santafecinos. "Los santafecinos que se sometan, decían las instrucciones, serán tratados con consideración, *pero a condición de ser transportados a la nueva línea de frontera, o a la capital, bajo la vigilancia militar*". Eso, los que se sometan. "Si se resisten, agregaban las instrucciones, deben ser tratados militarmente, como rebeldes, *imponiéndoles sin dilacion la última pena,* lo mismo que a los que en adelante se subleven". "Era, dice Mitre, un plan de conquista, de despoblación y de exterminio".

¿Serían realmente dignos de esa pena los habitantes de Santa Fe, por el crimen de creer en Artigas? .. ¿Y con qué repoblará Buenos Aires ese territorio, una vez que lo extermine, realizando sus justicias, y tenga que presentar al rey de buena cepa, cuya coronación gestiona en Europa el conjunto de sus vasallos americanos? .

López. el personaje reinante en Santa Fe, el brazo de Artigas en esa lucha, salió al encuentro de la invasión Su ejército fantástico se lanzó, como un enjambre irritado, sobre Bustos, que venía del Oeste, y lo desbarató, dejando libre su flanco; retrocedió en seguida sobre Balcarce, que venía del Sur, acosó su ejército a fuerza de correrías, de aparecer y desaparecer, como bandada de pájaros; lo desorientó. Balcarce se dirigió a la ciudad de Santa Fe, y llegó a ella, después de un combate en que, aunque vencedor, se vio vencido, y acampó a una legua de la población que, tres años antes, Díaz Vélez había devastado y ultra-

jado en la forma que sabéis. La ciudad estaba desierta, el enemigo de Buenos Aires no aparecía por ninguna parte; se lo había tragado la tierra o sorbido el matorral. Balcarce lo sintió de repente por la retaguardia, como una furia brotada del suelo. Su comunicación con Buenos Aires estaba interceptada. Aislado, sin plan, sin caballos, sin medios de subsistencia, se sintió vencido, y resolvió volverse por donde había venido. Se fue, como Alvear de Montevideo; como Díaz Vélez de la primera irrupción a Santa Fe; como el otro Balcarce y Viamont, de Entrerríos. Y recordando las instrucciones de su gobierno, anunciaba su retirada diciendo, para excusarse de no haber llenado bien esas feroces instrucciones. "En otra ocasión manifestaré las poderosas razones que he tenido para no destruir la ciudad de Santa Fe y causar el último mal a las familias honradas que han quedado".

Artigas, a la par que sostenía su resistencia en la tierra oriental, era también el alma de la occidental; era su caudillo, y su caudillo en acción. No bien supo la retirada de Balcarce, que dejaba libre la navegación del río Paraná, ordenó que todos los elementos disponibles de Entrerríos y Corrientes cruzaran el río, en auxilio de Santa Fe. Ramírez hizo pasar 200 hombres; Andresito, por orden de Artigas, envió a su segundo, el irlandés Pedro Campbell — que de soldado de Beresford había pasado a ser jefe de Artigas, — con 600 hombres, y una escuadrilla de siete lanchas y doce canoas. Esta escuadrilla, tan llena de carácter, llegó a Santa Fe, enarbolando la bandera de Artigas. El pueblo santafecino, que temblaba ante un nuevo asalto de los soldados de Buenos Aires, la vio aparecer entre las islas del Paraná como una visión,

y se agolpó a recibirla en triunfo, y con transportes de alegría, al grito de *¡Viva la Patria Oriental!*

¡La Patria Oriental! ¡Pobre Patria Oriental! Se sostiene a fuerza de derramar su última sangre, y es todavía aclamada como la salvadora.

Campbell, con los elementos que traía, dio el último golpe a Balcarce, quien, dejando la provincia de Santa Fe "en la última necesidad", como él mismo decía a su gobierno, se había refugiado en el Rosario. Balcarce se fue, por fin, también de Rosario. Allí cumplió sus instrucciones: incendió la población, que quedó reducida a cenizas. Sobre éstas se levanta hoy la segunda magnífica ciudad de la República Argentina.

El Directorio no desistió, por esos contrastes, de su empresa de conquista; envió, en reemplazo de Balcarce, que renunció su cargo, al general Viamont. ¡De nuevo a Viamont! Al mismo tiempo, Belgrano, con el ejército del Alto Perú, cumplía la orden de abandonarlo todo, de dejar al español a su espalda, y acudir a la destrucción de Artigas. El vencedor de Tucumán y Salta tomaría el mando de ambos ejércitos. Más de 7.000 hombres, venidos del Sur y del Oeste, convergían simultáneamente sobre la provincia de Santa Fe.

San Martín, no. San Martín se siente llamado por otro lado. El gobierno le ordena venir sin dilación, con insistencia, con imperio; todo debe concentrarse, agotarse en la empresa de sojuzgar las provincias; pero San Martín no viene a destruir a Artigas. No, no viene; desobedece; se prepara a ir al Perú, donde le llama su visión; salva el ejército que ha formado; lo salva para la causa americana.

Belgrano obedeció, porque tenía la convicción firme, honrada, de que sólo la monarquía, el príncipe deseado, el hombre de sangre real, con sus palafre-

neros y banda de chirimías, podía ser el núcleo de la nueva patria, y de que, para ello, era necesario extirpar el espíritu republicano de Artigas, que era la rebelión. "Esta guerra no tiene transacción posible, dice; los que están a mi frente, son gente de desorden, y ellos correrán luego que vean mis tropas".

Y se pone en marcha.

XI

He ahí otra vez a López en campaña, contra la nueva invasión; ha recibido 800 hombres de Entrerríos, a las órdenes del hermano materno de Ramírez, López Jordán. Con eso, y lo de Campbell, forma un ejército de 2.000 combatientes. Interpuesto entre Viamont, que viene del Sur y Belgrano, que busca su incorporación bajando del Oeste, de Córdoba, el ágil y audaz guerrillero atrae hacia sí las dos vanguardias del enemigo, las aleja del grueso de ambos ejércitos, y las deshace. El choque decisivo tuvo lugar el 10 de marzo de 1819. Viamont, anonadado, se dirige a Belgrano, que, con su ejército de 3.000 soldados, se encamina a Santa Fe.

Belgrano no está menos desorientado que Viamont. "Es urgente concluir con esa desastrosa guerra, por cualquier medio", escribía al gobierno. "Todo es desolación y miseria... Para esta guerra ni todo el ejército de Jerjes es suficiente El ejército que mando no puede acabarla; es un imposible; podrá contenerla de algún modo; pero ponerla fin, no lo alcanzo, sino por un avenimiento. No bien habíamos corrido a los que se nos presentaron, ya volvieron a presentarse a nuestra retaguardia, y por los costados. La movilidad es dificilísima; los campos son inmensos... ¿De dónde sacamos caballos para correr por todas partes?... Si

los factores de esta guerra no quieren concluirla, ella no se acabará jamás". Imaginad, amigos míos, todos esos elementos organizados contra el extranjero, en torno de Artigas de nuestro Bolívar, y decidme qué hubiera podido hacer España y Portugal y toda la Europa coaligada para extirpar la revolución de Mayo. ¿Para qué buscaban reyes esos hombres, contando con ese pueblo invulnerable, conducido por Artigas?

El quebrantado general Belgrano ordena, sin embargo, a Viamont, que se sostenga hasta realizar la junción de los dos ejércitos.

Tal y tan angustioso era el momento, cuando Viamont ve llegar a su campo, como caído del cielo, un parlamentario de López, con la proposición de entrar en negociaciones, de celebrar un armisticio que conduzca a la paz.

¿Qué ha sucedido? . López había interceptado comunicaciones de San Martín al gobierno de Buenos Aires. Por ellas supo que el general de los Andes había repasado la cordillera, de Chile a Mendoza, y el caudillo santafecino creyó que el héroe de Chacabuco y Maipú se resolvía, por fin, a obedecer, que, unido á Belgrano, iba a caer sobre él. No era así. San Martín no pensaba en tal cosa. En esas sus idas y venidas al través de los Andes, era llevado y traído por su visión profética, todo eso no era sino una comedia, sin más objeto que el de obligar al gobierno de Chile, que estaba vacilante, a realizar la expedición al Perú, amenazándole con retirarse con su ejército auxiliar si así no lo hacía. San Martín no obedece, no obedecerá al Directorio, que lo llama a la lucha contra el pueblo americano.

Pero López creyó en su venida, y envió sus parlamentarios. Viamont respiró al verlos; los recibió, pactó inmediatamente con ellos un armisticio de ocho días, el tiempo preciso para recibir la aprobación de Belgrano. Ésta llegó sin demora. Belgrano, en marcha de Tucumán desde el 1º de febrero, había recibido noticias de que una invasión española venía por el Norte, que él había dejado a su espalda sin más resistencia que los animosos gauchos de Güemes, y expuso al gobierno la conveniencia de acudir allá, con una parte de sus fuerzas, con 1 000 hombres. No, le contestó Pueyrredón; no piense usted en más enemigo que Artigas; ante todo, es preciso destruir a Artigas; todo contra él, todo a Santa Fe. Pueyrredón contaba, como sabemos, con las negociaciones diplomáticas, y no con la guerra. Ya hemos visto cómo no le era grata la expedición de San Martín a Chile, ni mucho menos el proyecto de ir al Perú. Artigas es, pues, sin duda alguna, el enemigo, no el español.

Belgrano continuó su marcha hacia el litoral; pero ese hombre de bien, que había partido en la seguridad de que su adversario iba a correr a su presencia, estaba ya convencido de que el enemigo que tenía al frente era algo más que una montonera; era la Naturaleza rebelada contra los cálculos humanos.

Belgrano había abierto los ojos; una inmensa tristeza se había apoderado de aquella alma, tan grande como su tristeza. Porque Belgrano, os lo repetiré cien veces, era un alma honrada. Vio la verdad, cuando ya la muerte habitaba en su cuerpo enfermo. Aquel pueblo que luchaba era una realidad. No, no era cierto que el espíritu de Artigas fuera un genio infernal, era falsa, sobre todo, la leyenda, fraguada en Buenos Aires, según la cual él era el malo, el facineroso que arras-

traba forzados a los pueblos, mientras que los elementos de Buenos Aires eran los buenos, los representantes de la civilización y la humanidad. Belgrano sabe ya que eso es mentira. Ved el precioso testimonio de esa su convicción, que el grande hombre nos dejó a los orientales.

Como se encontrara sin recursos para sostener su ejército, los pidió a Buenos Aires. Se le contestó que usara de la propiedad particular donde la encontrase. Belgrano se resistía a ello; repugnaba a su carácter... Se le dijo entonces, en una extensa nota: "Si el medio ése le repugna, no hay otro; el tesoro está exhausto; desengáñese, señor general, es preciso vencer o morir... Los orientales nos han hecho ventajosamente la guerra, porque no pagan a sus tropas, ni satisfacen el precio de los artículos que arrebatan para su subsistencia Sin embargo, cuentan con los brazos de aquel territorio, a los que obligan con el terrorismo a llenar su objeto". Eso es lo que decía Buenos Aires a todo el mundo.

Pero Belgrano no pensaba ya así.

Es preciso que conozcáis, mis amigos artistas, la contestación de Belgrano; sus palabras son el legado que nos ha dejado a los hijos de Artigas, poco antes de morir. "Demasiado convencido estoy, contesta a su gobierno, como lo he estado desde el principio de nuestra gloriosa revolución, de que es preciso vencer o morir, para afianzar nuestra independencia, pero también lo estoy de que no es el terrorismo el que puede cimentar el gobierno que se desea, y en que nos hallamos constituidos. *Tampoco deben los orientales al terrorismo la gente que se les une,* ni las victorias que los anarquistas han conseguido sobre las tropas del orden. Aquélla se les ha aumentado y los sigue

por la indisciplina de nuestra tropa y los excesos horrorosos que ha cometido, haciendo odioso hasta el nombre de patria. La menor parte la ha tenido el terror en la agregación de hombres y familias; las victorias, menos".

Además de esa convicción sobre esas *tropas del orden* que cometen excesos horrorosos, Belgrano adquirió la de que era imposible vencer a Artigas con ejércitos; a su lado estaban los pueblos dispuestos a morir. Ni Buenos Aires ni nadie los hubiera vencido.

Belgrano aprobó, pues, el armisticio concertado por Viamont con los parlamentarios de López.

El 12 de abril de 1819 se abrieron las negociaciones de paz, a las que concurrió el jefe de Estado Mayor de Belgrano don Ignacio Álvarez Thomás, y, por parte de López y sus aliados, los señores Gómez y Urtubey. Según aquéllas, el armisticio continuaría; las tropas de Buenos Aires abandonarían inmediatamente la provincia de Santa Fe.

Viamont se fue hacia el Sur, hacia San Nicolás; Belgrano hacia el interior, a la *Posta de Arequito,* que será famosa, como lo veréis; allí será depuesto por sus mismos jefes amotinados; por el general Paz especialmente, insigne capitán de las *tropas del orden.* López se retiró hacia el Norte, al otro lado del Salado, donde licenció a sus aliados de Entrerríos y Corrientes.

XII

Pero esa guerra de Santa Fe, que no sin meditado propósito os he hecho conocer con más detalles de lo que parecía necesario, tenía, como bien lo sabéis, sus raíces muy hondas, y agarradas a la esencia de las cosas. No podría tenerse por hombre serio a quien viera

en ella sólo un resultado del querer arbitrario de dos o tres o diez *personajes reinantes,* en la región de A o B. Esa guerra era un simple episodio de la pugna entre dos espíritus: la fe y el escepticismo; el germen de la democracia republicana y la aristocracia monárquica.

Y el depositario del espíritu motor; el héroe conductor de todos los que, por instinto, se sentían arrastrados por la ráfaga polar, estaba más allá de Santa Fe· sostenía la lucha heroica de la Patria Oriental con el portugués.

Y esa Patria Oriental era algo más que aliada de las provincias occidentales; era la nebulosa espiral generatriz del sistema republicano, en formación más o menos caótica.

Es preciso, mis amigos artistas, que haga penetrar en vosotros, con mucha energía, esa idea que, con ser protagonista, se ha hecho destacar muy poco en la historia de las provincias argentinas, hoy agrupadas en organismo federal. Los más sinceros historiadores de esos estados, aun los apologistas de su ingénita autonomía y del esfuerzo de sus animosos caudillos contra la absorción de Buenos Aires, no miran aún con intensidad a Artigas. Sea que sientan el influjo de la tradición bonaerense, que les desfigura o aniquila la propia, sea que temen debilitar la luz de sus *personajes reinantes* con la presencia del *héroe* que les presta su luz refleja, no parecen ver al que es gloria común de todos los pueblos argentinos, andinos y platenses, orientales y occidentales.

Si yo hubiera de dedicar, mis bravos artistas, estas lecciones o conferencias que os doy, a otros que no fuerais vosotros mismos, yo las ofrecería especialmente, y con gran ingenuidad de corazón, a ese pueblo

argentino, nuestro hermano. Es al pie de la estatua de Artigas, que está oculta en el bloque de mármol que vais a despertar, donde el pueblo oriental y el argentino deben reconocerse y amarse. No importa que haya que rectificar algunas páginas de historia, inspiradas en pasiones o en errores que pasaron, no importa que el héroe haya nacido en tierra oriental, que es también argentina, tierra del Plata. La madre Gloria es magnánima; muchos hijos caben en su casa, y pueden comer de su pan sin levadura, alimento de los pueblos. El trabajo será noble, y sano, y digno de corazones fuertes. Que sólo la verdad y la justicia nos harán libres.

Yo he procurado, en general, en mis conversaciones, ahorraros la molesta labor de examinar documentos; los he estudiado para vosotros, y os he puesto en mi palabra el alma de los papeles, de los que tienen alma, cuando menos. Pero ahora, para que os penetréis bien de cómo Artigas es eso que os he dicho, el pensamiento y la acción, el aliento y la fortaleza, el poder ignoto que todos los caudillos populares argentinos reconocen y acatan, libre y necesariamente, creo de gran conveniencia imponeros el trabajo de leer directamente algunos documentos, relativos a los sucesos que acabo de narraros, y a los que vamos a conocer.

Entre otros muchos papeles viejos, conservamos en nuestra Biblioteca Nacional una larga correspondencia, no incorporada hasta ahora a la historia, mantenida por Artigas, de 1817 a 1819, con los Cabildos de Santa Fe y sus gobernadores, don Mariano Vera, don Manuel L. Aldao y don Estanislao López, mientras se desarrollaba la guerra con el Directorio. Os la haría conocer íntegra, si ella cupiera en nuestros propósitos, porque en ella se ve pensar y moverse al héroe.

Pero, pues es demasiado larga, leamos juntos algunos de sus fragmentos. Tengamos paciencia, amigos; es indispensable *empapelarse la memoria,* dejar en ella, cuando menos, la impresión, más aún que el contenido, de los documentos. No sea que se nos diga que no somos serios. Conozcamos, por ejemplo, esta nota que Artigas dirige a Vera, gobernador de Santa Fe, en febrero de 1817, precisamente cuando los portugueses se apoderan de Montevideo, después del desastre del Catalán:

"A pesar de los contrastes, nuestros esfuerzos serán enérgicos y sostenidos; no será tan fácil al enemigo adelantar sus proyectos impunemente... La suerte nos ha desairado; pero ella puede cansarse de sernos ingrata. Por lo menos, nuestra constancia debe creerse superior a los contrastes, y las glorias de Oriente sólo terminarán con la muerte de sus héroes".

El gobernador Vera da cuenta a Artigas de sus actos, del rechazo de Viamont y Díaz Vélez, del resultado de las misiones de Castex y el deán Funes, etc. El protector los aplaude y confirma. "Todos estos pasos, le dice, afianzarán la más íntima unión, y los sucesos irán acreditando cuánto son poderosos, para hacernos respetar de nuestros comunes enemigos".

No echemos en olvido la carta, que hemos leído, dirigida por Artigas a Güemes, en que lo estimula a seguir conteniendo al español en el Norte, mientras él contiene al otro extranjero en el Sur, y le hace esperar la libre organización democrática de los pueblos, después de la victoria.

Con fecha 7 de noviembre del mismo año 17, Artigas previene a Vera, como lo ha hecho con Guemes, contra los planes de Buenos Aires sobre las provincias: "Tome sus medidas de precaución, le dice, y vele la

conducta de los que deben llegar ahí, o al Paraná. El mismo encargo hago con esta fecha al señor Comandante de Paraná.

"Hereñú nos ha perturbado el orden, por encubrir su delito; pero ya he tomado mis providencias más activas para su aprehensión y la de sus cómplices. Hoy mismo paso gente a Entrerríos con ese objeto.

"Ramírez me dice que, en virtud de mis órdenes, franqueó a V. S. 200 hombres. Si necesita más, pida de la gente del Paraná, que por ahora se halla sin mayor fatiga.

"Insto a Ramírez cargue sobre el Uruguay, a proteger las costas de esta Banda".

Aquí tenemos una comunicación que dirige desde su cuartel general, en setiembre de 1818, al Muy Ilustre Cabildo de Santa Fe:

"Sin embargo de que el Entrerríos demanda algún cuidado, ordeno a Ramírez, con esta fecha, que toda la división del Paraná, al mando de Rodríguez, la haga marchar volando al Paraná. Al presente no puedo dar todo el vuelo a mis deseos. Considere V. S. las circunstancias que me rodean: mi empeño por la destrucción de este enemigo (el portugués), a cuya sombra Buenos Aires se ha obstinado en la guerra más injusta y cruel... Yo protesto ante V. S., ante las aras de la Patria, y por lo sagrado de mi honor, que no perderé de vista la protección de Santa Fe, según la fortuna nos vaya preparando lo favorable de algún momento".

Y el 30 de noviembre de 1818, escribe al mismo Cabildo, entre otras cosas, al aplaudir sus triunfales resistencias, que le son comunicadas después de *Fraile Muerto:* "Nada es para mí tan satisfactorio como ese acto de heroísmo. *Luego que todas las provincias se*

hallen revestidas de tan noble decisión, todas entrarán en su turno por el camino de la felicidad . Está visto que la Providencia vela por nuestra conservación, y que la justicia de los pueblos se hace respetar.

"Por lisonjera que haya sido la combinación del gobierno de Buenos Aires con el del Brasil, ambos advierten fallidas sus esperanzas.

"Los portugueses, en unión con Buenos Aires, no han podido lograr su proyecto, después de dos años y medio de guerra. ¿Cómo podrán asegurarlo solos, intimidados y cada día más débiles?

"Es de necesidad la unión de todas las provincias, agrega, córrase el velo que hasta hoy ha ocultado este misterio de iniquidad. Despliéguense las ideas que harán feliz a la América del Sur. Sea ella libre de los extranjeros, desterremos de nuestro suelo hasta el polvo de los antiguos despotismos, y la posteridad agradecida reconocerá a sus bienhechores".

Artigas ha recibido los partes de los combates librados contra Buenos Aires, y la noticia de los triunfos que os he hecho conocer.

Con ese motivo, se dirige a Aldao, gobernador interino de Santa Fe, y a Estanislao López, gobernador efectivo.

"He recibido, dice al primero, sus apreciables del 30, que me incluye Ramírez. Por ellas he visto la energía de los santafecinos. Ella será insuperable. Parece que la obstinación de los tiranos no hace más que reanimar el espíritu de los libres. *¡Gloria inmortal al pabellón tricolor!*

"A Ramírez oficio para que no demore un punto el auxilio que pide V. S... *Depóngase todo espíritu de partido, y trátese sólo de contrarrestar a los tiranos.*

"Vencida la división que se apoyaba en Córdoba, los cordobeses no deben ser indiferentes... Sobre este particular, oficio a López y a ese Muy Ilustre Cabildo .. La seguridad de ustedes mismos reclama la concentración de los esfuerzos de las demás provincias De Córdoba no dudo, presentándosele ocasión tan oportuna.

"Celebro que Santiago se halle tan decidido, tan empecinado en proteger nuestros esfuerzos, y tan resuelto en favor de la salud general.

"Avíseme V. S., termina esa nota, de cualquier momento de apuro o de ventajas, para medir yo mis providencias. Yo haré lo mismo de las ocurridas por acá. La Providencia vela por nuestra conservación, *y nada hay que temer, sino faltar a los sentimientos que inspiran el honor, la razón y la suerte de América*".

A don Estanislao López lo felicita por sus triunfos, y después de exponerle la injusticia con que Buenos Aires, aliado al portugués, trata de sustituir el antiguo tirano por uno nuevo, le dice: "Sea todo el empeño de V. S. recordar a las provincias el deber sagrado de perseguir a sus opresores. Ellas deben reconocer que, habiendo sido violados sus derechos y los de la nación, son los jueces para residenciar al gobierno de Buenos Aires, y al Soberano Poder Representante. Ellas deben armarse, *hasta no ver asegurado el objeto que hizo a la revolución*. V. S. no pierda un momento en activar estas reflexiones a los pueblos americanos ansiosos de recobrar su libertad. El gobierno de Buenos Aires apura hasta las heces de su iniquidad por nuestra perdición; ruego a V. S. quiera manifestar a los pueblos lo sagrado de nuestra justicia por la salvación general de América. Convoque V. S. a los pueblos hermanos a una reunión general, para ac-

tivar la guerra contra la liga de Buenos Aires y el Brasil".

Temo, mis amigos artistas, que os sea pesada la lectura de estos largos, pero preciosos documentos, en que se recoge la impresión fundamental que yo quiero transmitiros; pero no me es posible dejar de haceros conocer algunos fragmentos siquiera de estas comunicaciones, en cuyos términos insustituibles está el espíritu del héroe, y se refleja su autoridad y su pensamiento. En ellos veréis, además, cómo ese hombre extraordinario dirige personalmente, en el enorme campo que se extiende del Plata a los Andes, la batalla sostenida por todas las provincias, que tienen en él clavados los ojos; cómo mueve las masas armadas; cómo les marca sus rumbos, las posiciones que deben ocupar, las ideas que han de proclamar, cómo les recomienda la humanidad, la economía de sangre. Y cómo la palabra cabalística de ese hombre solo, que parece un mito, vuela por el aire y engendra realidades. Y da lo que el héroe mismo no tiene: fuerza, victoria.

Habla Artigas al gobernador de Santa Fe, en 27 de diciembre de 1818, después de los triunfos de las provincias sobre Buenos Aires, y de la renuncia de Pueyrredón, que, fenecido el término de su gobierno, va a ver sustituído por Rondeau.

"Ya han empezado, dice, por la transformación de Pueyrredón en Rondeau. El Congreso y todos deben dar una satisfacción pública de su delito nacional.

"Hablo sobre el particular al señor gobernador López en el adjunto, y encarezco a V. S. ese deber. Debe perseguirse a Balcarce, hasta obligarlo a salir de la jurisdicción de los arroyos (la línea divisoria entre Santa Fe y Buenos Aires); de allí no deben pasar nuestras avanzadas. *Sólo debe estimularse la campaña*

de Buenos Aires, y comprometer su vecindario en la unión, estimulándolo con mi proclamación.

"Encargo a López ponga sus partidas en las puntos precisos, para cortar toda comunicación de Buenos Aires con los pueblos interiores. Prevenga V. S. a López que no basta poner una partida por la Esquina: es preciso penetrarlas hasta los fortines de la frontera, para que por allí no pasen por la pampa los chasquis *a Chile, ni, por las Guardias del Sauce, a Córdoba y Tucumán.*

"El señor Comandante general Ramírez me avisa que hacía pasar a don Ricardo López, con 400 hombres de caballería. Supongo que, a esta fecha, no son precisos sobre el Rosario. Éstos, al mando del mismo don Ricardo, pueden marchar por el Río Tercero, y alarmando a toda la campaña, llegar hasta Córdoba, y deponer allí la dominación porteña, si antes no lo han efectuado los cordobeses.

"Es preciso que, con el mismo objeto, *dirija V. S. a Santiago sus insinuaciones con mi proclamación.* El caso es imposibilitar los esfuerzos de Buenos Aires y Tucumán, en caso de querer repetirlos contra esa heroica provincia, cuya energía y entusiasmo servirán de modelo a las demás".

Veamos ahora lo que dice Artigas, en el mismo día 27 de diciembre de 1818, al gobernador López:

"Acabo de recibir, por conducto del señor Comandante general, don Francisco Ramírez, los partes y comunicaciones de V. S. hasta el 13 del corriente. Con ellas, la renuncia precaria del mismo Pueyrredón. Son demasiado conocidas sus intenciones para que pueda ocultarse el objeto de sus providencias. Ellos quieren eludir su delito nacional, con la transformación paliativa en Rondeau.

"Yo supongo en manos de V. S. *mi resolución sobre las hostilidades de Balcarce.* V. S. no debe dejar de perseguirlo, mientras no salga de la jurisdicción de los arroyos. V. S. no debe adelantar un paso de los arroyos para adelante.

"Entretanto V. S. no debe perder un instante en aprovechar el disgusto de la campaña de Buenos Aires, echándole las proclamaciones que incluí a V. S., y animando sus esfuerzos, hasta comprometerlos, y hacerle la guerra con ellos mismos, como ellos lo acostumbran con nosotros, aunque con un objeto muy diverso.

"El caso es tenerlos aislados y dejarlos que maquinen. El Congreso es tan inicuo como Pueyrredón. Ya dije a V. S. en mi anterior, que de ninguna manera convenía entrar con ellos en ajustes, por mayores que sean sus transformaciones, sin que se hayan llenado los votos e interés general de las provincias... No hay que acceder, *sin que todos los gobernantes de la época hayan dado una satisfacción de sus inicuos y escandalosos avenimientos con los portugueses.*

"Es llegado el día de confusión para Buenos Aires; y en que los pueblos deben asegurar su futuro destino, sobre la base sólida de la inviolabilidad de sus derechos.

"*Para ello no es preciso empeñar demasiado la guerra ni derramar la sangre de los americanos.* Expuse a V. S. lo bastante sobre este particular. Lo recomiendo a V. S. de nuevo, y la mayor actividad en promover una alarma general *en Córdoba y Santiago del Estero.* V. S. no debe perder un momento en anunciarme esos resultados y otros cualesquiera, prósperos o adversos a nuestros intereses, para reglar por ellos el orden de mis providencias".

Quiero, por fin, mis artistas, que conozcáis literalmente este fragmento, cuando menos, de la nota que dirige, en 4 de febrero de 1819, al Cabildo de Santa Fe: "Excitan a compasión los suspiros continuamente exhalados, la sangre derramada y los sacrificios prodigados por la libertad, sin que, por premio de todos ellos, veamos renacer siquiera la esperanza de libertarnos de la esclavitud. Amenaza sobre todas nuestras cabezas el yugo más insoportable. *V. S. mismo habrá oído que los pueblos aún laboran en ignorancia; que aún no tienen un juicio para sancionar sus derechos, ni la edad suficiente para su emancipación Conque, en suma, nuestra suerte será la de los africanos, que, por su ignorancia, viven sujetos al perpetuo y duro yugo de la esclavitud. Los pueblos no tienen más derechos que los que quiera concederles Buenos Aires, ni otra emancipación que estar bajo su tutela.*

"Nada está tan distante del corazón de los pueblos que el hacernos la guerra, y los porteños están empeñados en realizarla con la autoridad de los pueblos Nada es tan obvio a un porteño como no declarar la guerra a los portugueses, y nada es tan urgente a los intereses de América como declararla".

. . . .

Está bien, mis amigos artistas: creo que con lo leído basta, y aún sobra quizá, de eso que ha dado en llamarse documentos comprobantes.

Estáis más que habilitados para daros cuenta de cómo y porqué el armisticio o preliminar de paz entre las provincias y Buenos Aires, pactado por Estanislao López, representante de Santa Fe, con Viamont y Belgrano, no podía ser firme y definitivo, mientras las demás provincias no enviaran sus negociadores, y,

sobre todo, mientras no interviniera en él Artigas, que es el alma de todas ellas.

Y bien comprendéis que la exigencia que va a formular necesariamente Artigas para adherirse al tratado de paz, tiene que ser, también forzosamente, rechazada por Buenos Aires. Artigas es la verdad, es la realidad escondida en el fondo de las apariencias.

¿Cómo podrá adherirse a un tratado que no tenga por base la alianza sincera, leal, de los pueblos argentinos contra el invasor extranjero, y, por consiguiente, la declaración de guerra al portugués?

¿Y cómo podrá convenir en eso Buenos Aires, si precisamente la alianza con el portugués, las combinaciones diplomáticas, son la base de su tenebrosa política, como sabemos?

"Menos doloroso me hubiera sido un contraste en la guerra, escribe el héroe al Cabildo de Santa Fe, que ver debilitados los resortes impulsivos de las comunes esperanzas".

No, Buenos Aires no quiere, no puede querer pacto alguno sincero con Artigas; no puede dar a éste la más mínima intervención en sus planes, porque es un bárbaro, incapaz de comprender la grandeza de un príncipe de la sangre. Todo lo que no sea la sumisión incondicional no puede ser aceptado por Buenos Aires como base de paz Si lo acepta, en fuerza de las circunstancias, no lo hará con sinceridad; será sólo apariencia, simulacro. Me parece, mis amigos, que habéis visto eso con evidencia meridiana.

XIII

Hay alguien, sin embargo, que no cree del todo imposible un avenimiento con el hombre oriental. Notad,

mis amigos artistas, algo que no puede menos de invitar a la meditación: hay un hombre solo, entre los próceres de Buenos Aires, que está dispuesto a la paz sincera con Artigas, a reconocer en éste un hermano. ¿Sabéis quién es?... No puede ser más que uno: San Martín, el otro rebelde, el de la otra visión, el que ya es mirado de reojo por los hombres de Buenos Aires por su desobediencia genial que lo lleva al Perú. Hay algo, sin duda alguna, que vincula esas dos almas, con ser ellas tan distintas. Es preciso que conozcáis, con algún detalle, esta faz del asunto.

Un mes antes de abrirse las forzadas negociaciones de Viamont y de Belgrano con López, San Martín las había abierto voluntariamente con el mismo Artigas. Él había visto, antes que Belgrano, que aquella guerra era interminable. Incitó entonces al gobierno de Chile a mediar en la contienda entre Artigas y Buenos Aires; consiguió que O'Higgins enviara dos embajadores cerca de aquél; los recomendó a su gobierno; se dirigió él mismo confidencialmente al héroe; le habló de la bajada del ejército del Alto Perú, con el cual él contaba para la realización de sus grandes planes; de la expedición española que se proyectaba en Cádiz contra el Río de la Plata. "Bien poco me importaría, le decía, que fueran 20.000 hombres, con tal que estuviéramos unidos..." "No puedo ni debo analizar, continuaba, las causas de esa guerra entre hermanos. Sean cuales fueren, creo que debemos cortar toda diferencia y dedicarnos a la destrucción de nuestros crueles enemigos, los españoles, quedando tiempo para cortar nuestras desavenencias". Le anunciaba, al mismo tiempo, la partida de la comisión mediadora de Chile, y terminaba: "Mi sable jamás se sacará de la vaina por opi-

niones políticas, como éstas no sean en favor de los españoles o su dependencia".

Toda la gestión de San Martín fue hecha pedazos, con despechada cólera, en Buenos Aires. ¡Si lo había sido la del deán Funes al sólo pronunciarse el nombre de Artigas! El gobierno impidió el acceso a éste de los mediadores chilenos, Belgrano interceptó las cartas confidenciales de San Martín al Jefe de los Orientales.

Pueyrredón escribe al vencedor de Chacabuco: "Es, sin duda, un falso concepto el que movió y decidió al gobierno de Chile a mandar sus embajadores cerca de Artigas, y a usted a apoyar esa determinación, de oficio y confidencialmente. Ya ha debido usted ver, en esta fecha, que nuestra situación es muy distinta de la que se creyó, *y que, lejos de necesitar padrinos, estamos en el caso de imponer la ley a la anarquía.*

"Pero prescindiendo de esa actitud, ¿cuáles son las ventajas que usted se ha prometido de esa misión?... ¿Es acaso docilizar el genio feroz de Artigas, o traer a razón a un hombre que no conoce otra que su conservación, y que está en la razón de su misma conservación hacernos la guerra? .. Él sabe bien que una paz proporciona una libre y franca comunicación, y que ésta es el arma más segura y eficaz para su destrucción, porque el ejemplo *de nuestro orden* destruye las bases de su imperio. Esto lo empezó a sentir el año pasado y por eso me remitió todos los oficiales prisioneros y cerró los puertos orientales a nuestro comercio, sin antecedentes ni motivos. *De ahí que él siempre dice que quiere la paz, pero sujetándola a condiciones humillantes e injuriosas a las Provincias Unidas*; y de aquí que nunca ha podido celebrarse un ajuste permanente con esa fiera indócil. Jamás creería que la gestión de Chile había sido oficiosa de parte de

aquel gobierno, y sí que éste la había solicitado por debilidad y temor de su situación. Resultaría de ahí un nuevo engreimiento para él y un mayor aliento a sus bandidos, a quienes tendría esa ocasión más de alucinar.

"Por otra parte, ¡cuánto es humillante para nosotros que la embajada se dirija a Artigas para pedirle la paz y no a este gobierno! Esto probaría que aquél es el fuerte, el poderoso y el que lleva la opinión a su favor, y que nuestro lugar político es subordinado al de aquél. *Los extranjeros que vean este paso degradado para nosotros, ¿qué juicio formarán?*...

"Hay tantas razones, que no es posible vaciar en lo sucinto de una carta, que se oponen a que se realice esa mediación, que me he resuelto a prevenir a los diputados que suspendan todo paso en ejercicio de su comisión. También lo digo a usted, en contestación a su oficio".

Pueyrredón no podía, en ese momento, penetrar en el alma de San Martín; bien conocía éste las *ventajas de la misión a Artigas*. Nadie sino él sabía que fueron los gauchos de Guemes los que, guardándole la frontera del Norte, impidieron que cuatro mil realistas cayeran sobre él cuando preparaba en Mendoza su gloriosa travesía de los Andes. Y San Martín no podía menos de contar con Artigas, como con el Bolívar del extremo Sur, para dejar guardadas sus espaldas en el Río de la Plata, en caso de una expedición española por el Atlántico, mientras él marchaba al encuentro del Bolívar del extremo Norte. Sólo San Martín podía ver eso. Que sólo él y Artigas son, en ese momento, los iluminados, los conducidos por la remota estrella.

No debéis olvidar, amigos artistas, que en los momentos precisamente en que Pueyrredón hacía y decía

eso, Artigas *y sus bandidos* eran aclamados en el Congreso de Washington, y que era el instante en que Pueyrredón soñaba, como en un triunfo supremo, en la venida del príncipe de Orleans, sobre lo cual la *fiera indócil* jamás aceptaría tratos ni contratos. Era, pues, inútil iniciarlos, para escándalo de *los extranjeros.*

No menos radical que Pueyrredón era Belgrano, que no veía más solución que un trono, antes de haber tocado el desengaño; cuando creía que los hombres de Artigas iban a huir ante su ejército. A la primera insinuación de un arreglo con el oriental, que le fue hecha por San Martín, contestó: "A lo que entiendo, esta guerra *no tiene transacción.* No necesitamos más fuerzas que las que hay aquí; tengo 3.000 hombres, con una batería de 8 piezas, perfectamente servidas, y es excusado, según comprendo, que vengan más. Los que están en mi frente son gente de desorden, y ellos correrán luego que vean mis tropas".

Ya habéis visto, mis amigos, que esos hombres que Belgrano tenía al frente no corrían, o lo hacían para reaparecer a retaguardia y por los costados; recordad, por otra parte, que esos bandidos de Artigas mueren, pero no corren tampoco ante el portugués, como no corrieron en Las Piedras ante el español, ni en el Guayabo ante Dorrego... El presidente Monroe, el sucesor de Washington, no se creía deprimido tratando, lo mismo que Inglaterra, con ese Artigas, cuyas comunicaciones elevaba al Congreso, conjuntamente con la declaratoria de independencia de Tucumán y con las notas de O'Higgins y San Martín; Adams le llamaba el único campeón de la democracia, *the brave and galant general Artigas;* pero Pueyrredón no veía en él sino *una fiera indócil.* La condición humillante

que él impone para la paz es el reconocimiento de la voluntad de los pueblos. ¡Oh, genio infernal!

Ahora, después de los desastres, los hombres de Buenos Aires esperan ansiosos que se abran las negociaciones definitivas; que se concluya el tratado de paz con ese hombre feroz; urgen el envío de los negociadores de Artigas, de los de sus caudillos de las provincias. Vosotros juzgaréis, mis amigos, si hay en eso sinceridad. No, eso es sólo apariencia. Belgrano tenía razón: esa guerra no tiene transacción posible.

Y pasaban los meses. mayo, junio; llegaron agosto y setiembre. López no enviaba sus representantes; se excusaba con Ramírez. Ramírez, fiel hasta entonces a su jefe, a su ídolo, no estaba dispuesto a iniciar negociaciones que no tuvieran, como base, *sine qua non,* el cumplimiento del deber de honor. la alianza ofensiva y defensiva con el hermano oriental; la guerra con Portugal; recibir de Buenos Aires las armas y los elementos necesarios para correr, sin pérdida de momento, al lado de Artigas, y luchar con él contra el extranjero en defensa de toda la familia, del heroico hermano sobre todo.

Y eso no sería jamás aceptado por Buenos Aires. ¡Jamás!... Precisamente en Buenos Aires se realizaban entonces dos acontecimientos incompatibles con la salvación de Artigas y de la Patria Oriental, y contradictorios entre sí: la sanción aparente de una Constitución republicana unitaria, y el envío a Europa de un nuevo embajador, don Valentín Gómez, encargado de gestionar, unido a los que allá trabajan, la coronación de un rey para el Río de la Plata, dejando a España en libertad de proceder como quisiera con el Perú y Colombia. Ésta es la *parte siniestra de la cuestión,* que dice Mitre.

¡Pero Artigas vive aún!

Comprenderéis, mis amigos, que estamos en la víspera de un desenlace. Las apariencias van a desvanecerse, y va a surgir y a imponerse la sola realidad. El pueblo argentino va abrir las puertas de la Logia, y "se iluminarán con lámparas los secretos de las tinieblas".

FIN DEL TOMO IV